

NO HAY NADA COMO ESTAR A SALVO



Una
Canción
Salvaje

BEST SELLER #1 DEL NEW YORK TIMES

VICTORIA SCHWAB

Una
Canción
Salvaje

Libro *I* de la bilogía
Los Monstruos de Verity

Una
Canción
Salvaje

VICTORIA SCHWAB

Traducción de Nora Escoms



P U C K

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *This Savage Song*

Editor original: Greenwillow Books, un sello de HaperCollinsPublishers.

Traducción: Nora Escoms

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2016 *by* Victoria Schwab

All Rights Reserved

This edition is published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

© de la traducción 2018 *by* Nora Escoms

© 2018 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17312-26-8

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

A los raros, los locos y los monstruosos

*Muchos humanos son monstruosos,
y muchos monstruos saben jugar a ser humanos.*

V. A. VALE

P
R
E
L
U
D
I
O

Kate

La noche en la que Kate Harker decidió prender fuego a la capilla del colegio no estaba furiosa ni ebria. Estaba desesperada.

En realidad, incendiar la iglesia era un último recurso; ya le había roto la nariz a una chica, había fumado en los dormitorios, hecho trampa en su primer examen y hostigado verbalmente a tres de las monjas. Pero hiciera lo que hiciese, la Academia St. Agnes siempre la *perdonaba*. Ese era el problema de los colegios católicos: la veían como alguien a quien debían salvar.

Pero Kate no necesitaba que la salvaran; simplemente necesitaba salir de ahí.

Era casi medianoche cuando su calzado pisó el césped bajo la ventana de su dormitorio. La hora de las brujas, como solía decir la gente; esa hora en la que los espíritus inquietos buscaban la libertad. Los espíritus inquietos, y las adolescentes atrapadas en internados demasiado lejos de su casa.

Recorrió el cuidado sendero de piedra que llevaba desde los dormitorios hasta la Capilla de la Cruz con un bolso al hombro lleno de botellas, que tintineaban como espuelas al ritmo de sus pasos. Habían cabido todas las botellas, salvo una: un vino añejo de la reserva privada de la Hermana Merilee, que llevaba colgando de las puntas de sus dedos.

Las campanas empezaron a dar la hora con un tañido grave y apacible, pero el sonido provenía de la Capilla de los Santos, la más grande, que estaba al otro lado del campus. Esa nunca quedaba completamente desatendida; la Madre Alice, la directora del colegio dormía en una habitación cercana a la

capilla, y aunque Kate hubiera querido prender fuego a ese edificio en particular, no era tan estúpida como para cometer un homicidio además de provocar un incendio. No cuando el precio de la violencia era tan alto.

Las puertas de la capilla pequeña se cerraban por las noches, pero ese día Kate había conseguido hacerse con una llave mientras soportaba uno de los sermones de la Hermana Merilee acerca de encontrar la gracia del Señor. Entró y dejó el bolso apenas pasada la puerta. La capilla estaba más oscura de lo que nunca la había visto, y los vitrales azules se veían negros a la luz de la luna. Había una docena de bancos entre ella y el altar, y por un momento casi se sintió mal al pensar en incendiar aquel lugar tan pintoresco. Pero no era la única capilla del colegio, ni siquiera la más bonita, y si sobre algo habían predicado las monjas de St. Agnes era sobre la importancia del sacrificio.

Kate había pasado por dos internados a fuerza de incendios (metafóricamente hablando) en su primer año de exilio, y otro más en el segundo año, con la esperanza de que fuera el último. Pero su padre estaba decidido —a alguien tenía que salir ella— y siguió buscando opciones. El cuarto, un colegio-reformatorio para adolescentes problemáticos, había resistido casi un año antes de pasar a mejor vida. El quinto, una academia para varones que aceptó hacer una excepción a cambio de una generosa donación, duró apenas unos meses, pero aparentemente su padre tenía preparado el número de este instituto-convento del infierno y un lugar reservado para ella, porque la llevaron directamente allí sin un desvío a Ciudad V.

Seis colegios en cinco años.

Pero esta era la última. Tenía que serlo.

Kate se agachó en el suelo de madera, abrió la cremallera del bolso y se puso manos a la obra.

Había demasiado silencio después de las campanas, y en la capilla reinaba

una quietud espectral. Kate se puso a tararear una canción mientras sacaba el contenido del bolso: dos botellas de whisky y una casi entera de vodka que había encontrado en una caja de artículos confiscados, tres botellas de vino tinto de la casa, un whisky de varias décadas del armario de la Madre Alice y el vino añejo de la Hermana Merilee. Puso las botellas en fila en el último banco y luego se dirigió hacia las velas de oración. Junto a las tres hileras de portavelas de cristal había una bandejita con cerillas de las antiguas, largas y de madera.

Sin dejar de tararear, Kate regresó a la licorería que había armado en el fondo, destapó las distintas botellas y roció los asientos, fila tras fila, tratando de que el contenido le alcanzara. Reservó el whisky de la Madre Alice para el podio de madera que había en el frente. Allí había una Biblia abierta y, en un arranque de superstición, Kate rescató el libro y lo arrojó al césped por la puerta abierta. Cuando volvió a entrar, el aroma dulce y húmedo del alcohol invadió sus sentidos. Tosió y escupió para quitarse el sabor amargo de la boca.

En el otro extremo de la capilla, había un inmenso crucifijo colgado sobre el altar, y, a pesar de la oscuridad, Kate sintió sobre ella la mirada de la estatua al levantar la cerilla.

Perdóneme, padre, porque he pecado, pensó, al tiempo que la frotaba contra el marco de la puerta.

«No es nada personal», añadió en voz alta mientras la cerilla se encendía con un brillo repentino.

Durante un largo rato, Kate la observó arder, mientras la llama iba acercándose lentamente a sus dedos. Y luego, justo antes de que llegara demasiado cerca, dejó caer la cerilla sobre el asiento más cercano. Este se encendió al instante, y el fuego se propagó como una exhalación audible; al

principio, consumió solo el alcohol, y luego se apoderó de la madera. En unos instantes, los bancos estaban ardiendo, luego el suelo, y por último el altar. El fuego fue creciendo más, y más, y más, desde una llama del tamaño de la uña de Kate hasta llegar a ser un incendio con vida propia, y Kate se quedó observando, fascinada, cómo las llamas danzaban, ascendían y consumían centímetro tras centímetro, hasta que por fin el calor y el humo la obligaron a salir al frescor de la noche.

Corre, dijo en su cabeza una voz tenue, urgente, instintiva, mientras la capilla ardía.

Kate resistió el impulso y se sentó en un banco, a una distancia segura del fuego, y empezó a mecer los pies adelante y atrás sobre la hierba de finales del verano.

Si forzaba los ojos, podía ver en el horizonte la luz de la subciudad más cercana: Des Moines. Un nombre anticuado, reliquia de la época anterior a la reconstrucción. Había media docena de estas subciudades esparcidas en la periferia de Verity, pero no tenían más de un millón de personas; sus habitantes estaban encerrados, presos, y ninguna de ellas le hacía sombra a la capital. Esa era la idea. Nadie quería atraer a los monstruos. Ni a Callum Harker.

Kate sacó su mechero, uno plateado, hermoso, que la Madre Alice le había confiscado la primera semana, y lo hizo girar y girar en sus manos para que dejaran de temblar. Al ver que no daba resultado, sacó un cigarro del bolsillo de su blusa —otro botín de la caja de objetos confiscados— y lo encendió, observando la danza de la pequeña llama azul contra la inmensa llamarada naranja.

Dio una calada y cerró los ojos.

¿Dónde estás, Kate?, se preguntó.

A veces jugaba a eso, desde que había aprendido sobre la teoría de los

universos paralelos infinitos: la idea de que el camino de una persona en la vida en realidad no era una línea sino un árbol, pues cada decisión daba origen a una rama divergente y a un yo divergente. Le agradaba la idea de que hubiera cientos de Kates distintas, viviendo cientos de vidas distintas.

Quizás en alguna de ellas no había monstruos.

Quizás su familia seguía completa.

Quizás ella y su madre nunca se habían marchado de casa.

Quizás nunca regresarían.

Quizás, quizás, quizás... Y si realmente había cientos de vidas, cientos de Kates, entonces *ella* era solo una de tantas, y exactamente la que debía ser. Y al final, era más fácil hacer lo que tenía que hacer si podía creer que, en alguna parte, otra versión de ella podía tomar otra decisión. Podía llevar una vida mejor, o al menos más simple. Tal vez incluso estaba protegiéndolas. Permitiendo que otra Kate siguiera a salvo y conservara la cordura.

¿Dónde estás?, se preguntó.

Tendida en un campo. Contemplando las estrellas.

Es una noche cálida. El aire está limpio.

Siento el césped fresco en la espalda.

No hay monstruos en la oscuridad.

Qué agradable, pensó Kate mientras, frente a ella, la capilla empezaba a derrumbarse, levantando una oleada de brasas.

A lo lejos se oyó un aullido de sirenas, y Kate se enderezó en el banco.

Allá vamos.

En cuestión de minutos, empezaron a salir chicas de los dormitorios y la Madre Alice apareció en bata, con su rostro pálido teñido de rojo por la luz de la capilla en llamas. Kate tuvo el placer de oír a la prestigiosa monja anciana soltar un rosario de palabrotas antes de que llegaran las autobombas y

el bullicio de las sirenas ahogara todo lo demás.



Hasta los colegios católicos tenían sus límites.

Una hora más tarde, Kate iba en el asiento trasero de un coche patrulla local, cortesía de Des Moines, con las manos esposadas sobre la falda. El vehículo iba a toda velocidad, atravesando las tierras oscuras que formaban la esquina noreste de Verity, alejándose de la seguridad de la periferia, con rumbo a la capital.

Kate intentó acomodarse en el asiento mientras el vehículo aceleraba. Se tardaba tres días en cruzar Verity en coche, y calculó que aún faltaban unas cuatro horas para llegar a la capital y una hora hasta el límite del Páramo, pero ese agente de policía local de ninguna manera iba a atravesar semejante lugar con un vehículo así. No era un coche muy seguro: solo tenía el reborde de hierro y las luces altas UVR —rayos ultravioleta reforzados— que proyectaban líneas claras en la oscuridad.

Las manos del hombre en el volante tenían los nudillos blancos.

Pensó en decirle que no se preocupara, todavía no, que aún estaban lejos; las afueras de Verity seguían siendo relativamente seguras, porque ninguna de las cosas que abundaban en la capital querían cruzar el Páramo para llegar hasta ellos, habiendo aún tanta gente que comer más cerca de Ciudad V. Pero el hombre la miró con expresión desagradable y decidió dejarlo rumiar su enfado.

Kate giró la cabeza, apoyó la oreja sana contra el asiento de cuero y contempló la oscuridad.

La carretera estaba vacía, y la noche, oscura. Kate observó su reflejo en la ventanilla. Era extraño cómo en el cristal ahumado se veía solo lo evidente — pelo claro, mandíbula bien definida, ojos oscuros— y no la cicatriz que parecía una lágrima secándose en el rabillo del ojo, ni la que le recorría el nacimiento del cabello desde la sien hasta la mandíbula.

En St. Agnes, la Capilla de la Cruz ya se habría convertido en una cáscara carbonizada.

La multitud creciente de chicas en pijamas se habían persignado al verla (Nicole Teak, a quien Kate le había roto la nariz poco tiempo atrás, esbozó una sonrisa complacida, como si Kate fuera a recibir su merecido, como si no hubiera *querido* que la descubrieran), y la Madre Alice había rezado una plegaria por su alma mientras la retiraban del lugar.

Hasta nunca, St. Agnes.

El policía dijo algo, pero las palabras se desintegraron antes de llegar a ella, que no oyó sino sonidos apagados.

—¿Qué? —le preguntó, simulando desinterés al girar la cabeza.

—Que ya falta poco —masculló el hombre, todavía visiblemente enfadado porque alguien lo había obligado a llevarla hasta allí en lugar de hacerle pasar la noche en una celda.

Pasaron un cartel: 378 kilómetros hasta Ciudad V. Estaban acercándose al Páramo, la zona de protección que separaba la capital del resto de Verity. Una especie de fosa, pensó Kate, un fosa que tiene sus propios monstruos. No había una frontera definida, pero se podía percibir el cambio; como en la orilla del mar, el suelo parecía estar en declive, aunque seguía siendo plano. Las últimas ciudades daban el paso a campos desiertos, y el mundo pasaba de la tranquilidad al *vacío*.

Algunos kilómetros más en un silencio doloroso —el policía se negaba a

encender la radio— hasta que un camino secundario quebró la monotonía de la carretera principal. El coche patrulla lo cogió, y las ruedas pasaron del asfalto a la grava hasta detenerse como rezongando.

Kate sintió un leve asomo de esperanza cuando el policía encendió sus luces, faros UVR que formaban un arco de luz en torno al coche. No estaban solos: había un vehículo negro de traslado parado al costado del camino angosto, con el motor encendido. Sus únicas señales de vida eran su chasis con UVR, el rojo de sus luces de freno y el rumor grave del motor. El círculo de luz del coche patrulla iluminó por un instante las ventanillas polarizadas y se posó en el enrejado metálico capaz de emitir una descarga de cien mil voltios contra cualquier cosa que se acercara demasiado. Era un vehículo diseñado para cruzar el Páramo... y para enfrentar cualquier cosa que allí se ocultara.

Kate sonrió, la misma sonrisa que le había dirigido Nicole frente a la iglesia: presumida y sin dientes. No era una sonrisa feliz, pero sí victoriosa. El policía descendió, le abrió la puerta y la cogió por el codo para levantarla del asiento trasero. Le quitó las esposas, mascullando para sí algo acerca de la política y los privilegios mientras Kate se frotaba las muñecas.

—¿Ya puedo irme?

El policía se cruzó de brazos. Ella lo tomó como un sí, y empezó a caminar hacia el transporte, pero enseguida dio media vuelta y extendió la mano.

—Usted tiene algo mío —afirmó.

El hombre no se movió.

Kate lo miró con irritación y chasqueó los dedos. El hombre echó un vistazo al vehículo blindado que esperaba detrás de ella y luego sacó del bolsillo el mechero de plata.

Kate aferró el metal liso y se apartó, no sin antes escuchar la palabra *perra*

con su oído sano. No se molestó en mirar atrás. Subió al vehículo de traslado, se acomodó en el asiento de cuero y escuchó el sonido del coche patrulla alejándose. El conductor de este vehículo estaba hablando por teléfono. La miró por el espejo retrovisor.

—Sí, la tengo. Sí, vale. Cógelo. —Le pasó el móvil a través del tabique divisor, y a Kate se le aceleró el pulso al sujetarlo y acercárselo al oído izquierdo.

—*Katherine. Olivia. Harker.*

La voz que llegaba por la línea parecía un trueno grave que hacía vibrar la tierra. No era elevada, pero sí fuerte; la clase de voz que imponía respeto, si no temor; la clase de voz que Kate llevaba años practicando, pero aun así le produjo un estremecimiento involuntario.

—Hola, padre —saludó, esforzándose por mantener su voz serena.

—¿Estás orgullosa de lo que hiciste, Katherine?

Ella se miró las uñas.

—Bastante.

—Con St. Agnes son seis.

—¿Hmm? —murmuró, como distraída.

—Seis colegios. En cinco años.

—Bueno, las monjas dijeron que yo podía hacer cualquier cosa si me lo proponía. ¿O fueron los profesores en Wild Prior? Empiezo a perder la cuenta...

—Basta. —La palabra fue como un puñetazo en el pecho—. Tienes que dejar de hacer esto.

—Lo sé —respondió Kate, tratando de comportarse como la Kate buena, la que quería estar con él, la que *merecía* estar con él. No como la chica tendida en el campo ni la que lloraba en un coche justo antes de que se estrellara. La

que no le temía a nada. A nadie. Ni siquiera a él. No le salió aquella sonrisa presumida, pero la imaginó y conservó la imagen en su mente.

—Lo sé —volvió a decir—. Y tengo que imaginar que es cada vez más difícil cubrir esta clase de cosas. Y más caro.

—Entonces, ¿por qué...?

—Tú sabes por qué, papá —lo interrumpió—. Sabes lo que quiero.

Lo oyó exhalar del otro lado de la línea, y recostó la cabeza contra el cuero. El vehículo tenía el techo abierto, y podía ver las estrellas que salpicaban la densa oscuridad.

—Quiero ir a casa.

August

Todo comenzó con un estallido.

August leyó las palabras por quinta vez sin llegar a asimilarlas. Estaba sentado junto a la encimera de la cocina, haciendo girar una manzana con una mano y manteniendo abierto un libro sobre el universo con la otra. Había caído la noche más allá de las ventanas con cortinas de acero del edificio, y sentía que la ciudad lo atraía a través de las paredes. Miró su reloj y, al levantársele un poco el puño de su camisa, vio la más baja de las marcas de conteo negras. Desde la otra habitación llegó la voz de su hermana, aunque las palabras no eran para él, y desde los diecinueve pisos inferiores llegaba el ruido de voces, un ritmo de botas, el chasquido metálico de un arma al cargarse, y los otros mil sonidos fragmentados que conformaban la música del edificio Flynn. Se obligó a prestar atención al libro.

Todo comenzó con un estallido.

Las palabras le recordaron un poema de T. S. Eliot, «Los hombres huecos». *No con un estallido sino con un gemido.* Claro que uno hablaba del comienzo de la vida, y el otro, del final, pero aun así August se quedó pensando: en el universo, en el tiempo, en sí mismo. Los pensamientos caían en su cabeza como piezas de dominó; uno derribaba al siguiente, y al otro, y al otro...

August levantó la cabeza un momento antes de que se abriera la puerta corrediza de acero de la cocina, y entró Henry. Henry Flynn, alto y delgado, con manos de cirujano. Llevaba puesto el uniforme obligatorio de la fuerza de tareas, oscuro y con estampado de camuflaje, con una estrella que una vez

había sido de su hermano, y antes que de él, de su padre, y antes, de su tío abuelo, y así sucesivamente cincuenta años atrás, antes de la caída, la reconstrucción y la fundación de Verity, y probablemente incluso antes de eso, porque *siempre* había habido un Flynn en el corazón de esa ciudad.

—Hola, papá —lo saludó August, tratando de disimular que llevaba toda la noche esperando ese momento.

—August —respondió Henry, al tiempo que colocaba un HUV, una baliza ultravioleta de alta densidad, sobre la encimera—. ¿Cómo estás?

August dejó de hacer girar la manzana, cerró el libro y se obligó a quedarse inmóvil, aunque un cuerpo quieto implicaba una mente inquieta. Era algo que tenía que ver con el potencial y la energía cinética, supuso; solo sabía que él era un cuerpo en busca de movimiento.

—¿Estás bien? —le preguntó Henry, al ver que no respondía.

August tragó saliva. No podía mentir, entonces ¿por qué le costaba tanto decir la verdad?

—No puedo seguir haciendo esto —dijo.

Henry observó el libro.

—¿Astronomía? —preguntó, con una falsa actitud relajada—. Descansa un rato, entonces.

August miró a su padre a los ojos. Henry Flynn tenía ojos bondadosos y boca triste, u ojos tristes y boca bondadosa; nunca lograba definirlos. Los rostros tenían muchos rasgos, infinitamente divisibles, y, sin embargo, la suma de todos daba forma a expresiones únicas, identificables, como el orgullo, el asco, la frustración, la fatiga... Otra vez empezaba a perder el hilo de sus pensamientos. Se esforzó por recuperarlo antes de que se perdiera del todo.

—No me refería al libro.

—August... —empezó a responder Henry, porque ya sabía adónde apuntaba.

No vamos a hablar de eso.

—Pero si me dieras...

—Lo de la fuerza de tareas está *fuera de discusión*.

Volvió a abrirse la puerta y entró Emily Flynn con una caja de provisiones que apoyó sobre la encimera. Era apenas más alta que su esposo; tenía los hombros más anchos, tez oscura, el pelo corto tipo taza y una pistolera en la cadera. Emily tenía el porte de un soldado, pero también los mismos ojos cansados y la misma mandíbula tensa que Henry.

—¿Otra vez con eso? —preguntó.

—Todo el tiempo estoy rodeado por la FTF —protestó August—. Cada vez que voy a alguna parte, me visto como ellos. ¿Es muy descabellado querer *ser* uno de ellos?

—Sí —respondió Henry.

—Es peligroso —añadió Emily mientras sacaba los alimentos de la caja—. ¿Ilsa está en su habitación? Se me ocurrió que podríamos...

Pero August insistió.

—En todas partes hay peligro —la interrumpió—. De eso se trata. Vosotros y vuestra gente salís todos los días a enfrentar a esas *cosas* poniendo en riesgo vuestra vida, y yo me quedo aquí leyendo sobre las estrellas, simulando que todo está bien.

Emily meneó la cabeza y sacó un cuchillo de una ranura en la encimera. Se puso a cortar verduras, creando orden a partir del caos, de a una rebanada por vez.

—El edificio es seguro, August. Al menos, más que las calles ahora.

—Por eso mismo yo debería estar allí afuera *ayudando* en la zona roja.

—Tú cumples tu parte —arguyó Henry—. Eso es...

—¿Qué es lo que tanto teméis? —preguntó August, impaciente.

Emily dejó el cuchillo con un golpe en la encimera.

—¿Es necesario que lo preguntes?

—¿Pensáis que voy a salir herido?

Entonces, antes de que ella llegase a responder, August se puso de pie. Con un solo movimiento ágil recogió el cuchillo y se lo clavó en la mano. Henry hizo una mueca de dolor y Emily ahogó una exclamación, pero la hoja rebotó en la piel de August como si fuera de piedra, y la punta se clavó en la tabla que había debajo. En la cocina se hizo un profundo silencio.

—Actuáis como si yo fuera de cristal —continuó, mientras soltaba el cuchillo—. Pero no lo soy. —La cogió de las manos, como había visto hacer a Henry tantas veces—. Em —le dijo, con voz queda—. *Mamá*. No soy frágil. Soy lo *contrario* de frágil.

—Tampoco eres invencible —repuso ella—. No...

—No voy a enviarte allí afuera —intervino Henry—. Si te atrapan los hombres de Harker...

—A Leo lo dejas dirigir toda la fuerza de tareas —replicó August—. Por todas partes hay carteles con su cara, y aun así sigue vivo.

—Eso es diferente —dijeron al unísono Henry y Emily.

—¿Por qué? —cuestionó.

Emily cogió la cara de August entre sus manos, como hacía cuando era un niño... aunque no era esa la palabra más indicada. Él nunca había sido un niño, en realidad; los niños no aparecen de la nada, totalmente formados, en medio de la escena de un crimen.

—Solo queremos protegerte. Leo es parte de la campaña desde el primer día. Pero eso lo convierte en un blanco *constante*. Y cuanto más terreno ganemos en esta ciudad, más intentarán los hombres de Harker aprovecharse de nuestras debilidades y reducir nuestros puntos fuertes.

—¿Y yo, qué soy? —preguntó August, apartándose—. ¿Una debilidad o un punto fuerte?

Los cálidos ojos pardos de Emily se dilataron y perdieron expresión cuando pronunció las palabras.

—Ambas cosas.

La pregunta era injusta, pero aun así, la verdad dolía.

—¿A qué viene esto? —preguntó Henry, frotándose los ojos—. Tú no quieres pelear en realidad.

Tenía razón: August no quería pelear, ni en las calles en mitad de la noche, ni aquí con su familia. Pero sentía una horrible vibración en los huesos, algo que pugnaba por salir, una melodía que sonaba más y más fuerte en su cabeza.

—No —admitió—. Pero quiero *ayudar*.

—Ya estás ayudando —insistió Henry—. La fuerza de tareas solo puede tratar los síntomas. Tú, Ilsa y Leo podéis tratar la enfermedad. Así son las cosas.

¡Pero no sirve!, quería gritar August. La tregua en Ciudad V había durado apenas seis años, con Harker de un lado y Flynn del otro, y ya estaba deshilachándose. Todos sabían que no duraría mucho. Todas las noches, más muerte llegaba desde el otro lado del Tajo. Había demasiados monstruos, y faltaban hombres buenos.

—Por favor —insistió—. Puedo hacer más, si me dejáis.

—August... —empezó Henry.

August levantó la mano.

—Solo prometedme que lo pensaréis.

Dicho eso, salió de la cocina antes de que sus padres se vieran obligados a decirle la verdad.



El dormitorio de August era un ejercicio de entropía y orden, una especie de caos contenido. Era pequeño y no tenía ventanas, cerrado de un modo que habría resultado claustrofóbico de no haber sido tan familiar. Hacía tiempo que en los estantes se había acabado el espacio, y ahora los libros estaban apilados en precario equilibrio sobre la cama y alrededor de ella; varios más, abiertos con las páginas hacia abajo sobre las sábanas. Algunas personas preferían un género o un tema en particular. August tenía pocas preferencias, siempre que no fuera ficción; quería aprenderlo todo sobre el mundo como era, como había sido y como podría ser. Por ser alguien que había empezado a existir muy repentinamente, como el final de un truco de magia, lo asustaba la naturaleza frágil de su existencia, la idea de que en cualquier momento pudiera dejar de existir así como así.

Los libros estaban apilados por temas: *astronomía, religión, historia, filosofía.*

La educación de August se llevaba a cabo en casa, lo que en realidad significaba que se educaba solo. A veces Ilsa trataba de ayudarlo, cuando su mente funcionaba de manera más organizada, pero su hermano, Leo, no tenía paciencia para los libros, y Henry y Emily estaban demasiado ocupados, de modo que la mayor parte del tiempo August no tenía ayuda. Y la mayor parte del tiempo no le importaba que así fuera. O, mejor dicho, no *solía* importarle. No recordaba en qué momento exacto el aislamiento de su habitación había empezado a hacerlo sentir aislado en todo sentido, pero así era.

Lo único que había en su habitación, además de muebles y libros, era un violín. Estaba en un estuche abierto apoyado sobre dos pilas de libros, y

August se acercó a él por instinto, pero resistió el impulso de cogerlo y tocar. Empujó un tomo de Platón para quitarlo de su almohada y se dejó caer con hastío sobre las sábanas enredadas.

En la habitación hacía calor y el aire estaba viciado. August se arremangó la camisa, y al hacerlo dejó al descubierto las cientos de marcas de conteo negras que empezaban en su muñeca izquierda y subían por el codo y el hombro hasta rodear las clavículas y llegar a las costillas.

Esa noche había cuatrocientas doce.

Se apartó de los ojos el pelo oscuro y escuchó a Henry y Emily Flynn, que todavía estaban en la cocina, hablando en voz baja sobre él, la ciudad y la tregua.

¿Qué pasaría si se rompiera la tregua? Cuando. Leo siempre decía *cuando* se rompiera.

August no estaba vivo cuando estallaron las guerras tras el Fenómeno; solo había oído relatos de los derramamientos de sangre. Pero sí veía el temor en los ojos de Flynn cuando se tocaba el tema, lo cual ocurría cada vez más a menudo. Leo no parecía preocupado; afirmaba que Henry había *ganado* la guerra por el territorio, que ellos habían logrado la tregua, y que podían volver a hacerlo.

«Cuando eso pase», decía Leo, «estaremos preparados».

«No», respondía Flynn, con expresión desolada, «nadie está preparado para eso».

A la larga, las voces en la otra habitación se fueron apagando y August quedó a solas con sus pensamientos. Cerró los ojos en busca de paz, pero apenas se había hecho silencio cuando algo lo interrumpió. El tartamudeo lejano de las armas de fuego resonó contra su cráneo como de costumbre; el sonido invadía todo momento de quietud.

Todo comenzó con un estallido.

Giró sobre sí mismo y sacó el reproductor de música de debajo de la almohada; se colocó los auriculares y pulsó la tecla de reproducir. Empezó a sonar música clásica, fuerte, brillante y maravillosa, y August se dejó absorber por la melodía mientras pasaban números por su mente.

Doce. Seis. Cuatro.

Doce años desde el Fenómeno, el momento en que la violencia empezó a tomar forma y Ciudad V se desmoronó.

Seis años desde la tregua que volvió a armarla, ya no como una ciudad, sino como dos.

Y cuatro desde el día en que había despertado en la cafetería de un instituto acordonado, como la escena de un crimen.

—Dios mío —había dicho una mujer, cogiéndolo por el codo—. ¿De dónde has salido? —Y luego le había gritado a otra persona—: ¡He encontrado a un chico!

La mujer se arrodilló frente a él hasta quedar cara a cara, y August se dio cuenta de que ella intentaba impedir que viera algo. Algo terrible.

—¿Cómo te llamas, cielo?

August la había mirado sin comprender.

—Debe estar en shock —observó un hombre.

—Sáquenlo de aquí —ordenó otro.

La mujer lo cogió de las manos.

—Cariño, quiero que cierres los ojos.

Entonces August vio lo que había detrás de ella. Las sábanas negras, alineadas como marcas de conteo en el suelo.

En los oídos de August terminó la primera sinfonía, y un momento después empezó la segunda. Podía distinguir cada acorde, cada nota; no obstante, si se

concentraba lo suficiente, aún podía oír los murmullos de su padre y los pasos nerviosos de su madre. Por eso no le costó nada oír el triple bip del móvil de Henry. No le costó nada oírlo atender, ni entender sus palabras cuando bajó la voz con preocupación.

—¿Cuándo? ¿Estás seguro? ¿Cuándo la alistaron? No, no, me alegro de que me hayas avisado. De acuerdo. Sí, lo sé. Me ocuparé de eso.

La llamada terminó, y Henry tardó un momento en volver a hablar, esta vez a Leo. August había oído todo menos la respuesta de su hermano. Estaban hablando de él.

Se incorporó en la cama y se arrancó los auriculares.

—Dale lo que quiere —iba diciendo Leo en su tono grave y sereno—. Lo tratas más como una mascota que como a un hijo, y no es ni lo uno ni lo otro. Somos soldados, Flynn. Somos fuego sagrado...

August puso cara de exasperación. Agradecía el voto de confianza de su hermano, pero podía prescindir de aquella actitud de superioridad.

—Y estás ahogándolo.

En eso coincidía con él.

Emily se sumó al debate.

—Tratamos de...

—¿De protegerlo? —la interrumpió Leo—. Cuando se acabe la tregua, este edificio no va a mantenerlo a salvo.

—No vamos a enviarlo con el enemigo.

—Te han dado una oportunidad. Simplemente sugiero que la aproveches.

—El riesgo...

—No es tan grande, siempre que sea cuidadoso. Y la ventaja...

August se hartó de que hablaran de él como si no estuviera, como si no pudiera *oírlos*, de modo que se puso de pie y derribó una pila de libros

camino a la puerta. Era demasiado tarde: cuando la abrió, la conversación ya había terminado. Leo ya no estaba, y su padre estaba extendiendo el brazo como para llamar a su puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Henry no intentó ocultarle la verdad.

—Tenías razón —le dijo—. Mereces tener la oportunidad de ayudar. Y creo que he encontrado una manera.

August sonrió.

—Lo que sea —dijo—, cuenta conmigo.

Verso 1

MONSTRUO,

¿PUEDO?

1

Eso no era lo que August tenía en mente.

La mochila escolar estaba abierta sobre la cama, repleta de útiles... y el uniforme le quedaba demasiado ajustado. Emily afirmaba que así se usaba, pero August tenía la sensación de que la ropa intentaba estrangularlo. Los atuendos de la Fuerza de Tareas Flynn eran flexibles, diseñados para el combate, pero el uniforme de la Academia Colton era rígido y sofocante. Las mangas de la camisa le llegaban hasta los huesos de la muñeca, y *cada vez* que flexionaba el brazo se le veía la más baja de las marcas que tenía en el antebrazo (ahora eran cuatrocientas dieciocho). August rezongó y volvió a estirar la tela. Se pasó un peine por el pelo, aunque en realidad no logró que los rizos negros dejaran de caer sobre sus ojos claros, pero al menos hizo el intento.

Se enderezó y se miró en el espejo, pero vio en su expresión una vacuidad que lo hizo estremecer. A Leo, los rasgos inexpresivos le daban un aire de

seguridad. A Ilsa, le daban un semblante sereno. Pero August parecía *perdido*. Había observado a Henry, a Emily y a todos aquellos a quienes conocía, desde los cadetes de la FTF hasta los pecadores; había intentado memorizar el modo en que sus rasgos se iluminaban con entusiasmo, se retorcían con ira o culpa. Pasaba *horas* frente al espejo, tratando de dominar los matices y reproducir esas expresiones, ante la mirada vacía de Leo.

—Pierdes el tiempo —le decía su hermano.

Pero Leo se equivocaba: todas esas horas iban a dar sus frutos. August parpadeó —otro acto natural que sentía artificial, afectado—, apenas logró fruncir el ceño, como pensativo, y recitó las palabras que había practicado.

—Me llamo... Freddie Gallagher —. Hubo una leve demora antes de la *F*, porque las palabras le rasparon la garganta. En realidad, no era una mentira; simplemente un nombre prestado, como *August*. Él no tenía nombre. Henry había elegido el nombre August, y ahora August elegía el nombre Freddie, y ambos le pertenecían, así como ninguno era de él. Eso fue lo que se dijo, una y otra vez, hasta que llegó a creerlo, porque no era lo mismo la verdad que un hecho. Era algo personal. Tragó saliva, intentó decir la segunda línea, la que se refería solo a él—. No soy un...

Pero se le cerró la garganta. Se le atragantaron las palabras.

No soy un monstruo, eso era lo que quería decir, pero no pudo. No había encontrado el modo de hacerlo verdad.

—Pero qué guapo estás —dijo una voz desde la puerta.

La mirada de August se desvió apenas en el espejo y vio a su hermana, Ilsa, recostada en el marco de la puerta con un levísimo asomo de sonrisa. Era mayor que August, pero parecía una muñeca, con su largo pelo rubio rojizo recogido como siempre, como un nido descuidado, y los grandes ojos azules con aspecto febril, como si no hubiera dormido (y rara vez lo hacía).

—Guapo —dijo Ilsa, apartándose de la puerta—, pero no feliz.

Entró a la habitación. Sus pies descalzos se movieron sin esfuerzo entre los libros, aunque nunca bajó la vista.

—Deberías estar contento, hermanito. ¿No es esto lo que querías?

¿Lo era? August siempre se había imaginado con el uniforme de la FTF, custodiando el Tajo y protegiendo Ciudad Sur. Como Leo. Oía a los soldados hablar de su hermano como si fuera un dios, que mantenía la oscuridad a raya tan solo con la música que tenía en la cabeza. Le temían. Lo veneraban.

August se acomodó el cuello de la camisa, lo que hizo que se le levantaran las mangas *otra vez*. Las estiró mientras Ilsa lo abrazaba. Se quedó quieto. Leo rechazaba esos contactos, y August no sabía cómo tomarlos —tantas veces tocar implicaba sostener— pero Ilsa siempre había sido así, afectuosa. August levantó la mano y le tocó el brazo.

Así como él tenía la piel marcada por líneas negras cortas, la de ella estaba cubierta de estrellas. Parecía todo un cielo, pensaba August. Él nunca había visto más que un puñado de estrellas de verdad, en las noches en las que se caía la red. Pero había oído de ciertos lugares donde no llegaban las luces de la ciudad, donde había tantas estrellas que alumbraban el paisaje, aun en noches sin luna.

—Estás soñando —observó Ilsa con su tono musical.

Apoyó el mentón en el hombro de su hermano y lo miró con ojos entornados.

—¿Qué es eso que tienes en los ojos?

—¿El qué?

—Esa manchita. Ahí. ¿Es miedo?

August la miró en el espejo.

—Puede ser —admitió. No había pisado un colegio desde el día de su catalizador, y sentía los nervios como campanas detrás de las costillas. Pero

también había otra cosa, una extraña excitación por la idea de tratar de fingir ser normal, y cada vez que intentaba discernir lo que sentía, acababa hecho un nudo.

—Están dándote libertad —dijo Ilsa.

Lo hizo darse una vuelta y se acercó hasta que su rostro quedó a apenas un par de centímetros del de él. Menta. Ella siempre olía a menta.

—Alégrate, hermanito. —Pero luego su voz perdió el tono optimista y sus ojos azules se oscurecieron de celeste a azul ocaso sin un parpadeo—. Y ten cuidado.

August logró esbozar apenas una leve sonrisa para ella.

—Siempre tengo cuidado, Ilsa.

Pero ella no pareció oírlo. Ahora meneaba la cabeza, con un lento movimiento de lado a lado que no cesó cuando debería. Ilsa se enredaba con mucha facilidad, a veces por un momento, a veces durante días.

—No te preocupes —dijo August suavemente, tratando de apartarla.

—La ciudad es muy grande —prosiguió ella, con la voz tensa como una cuerda. Está llena de agujeros. No vayas a caerte en alguno.

Hacía seis años que Ilsa no salía del edificio Flynn, desde el día de la tregua. August no conocía los detalles, no todos, pero sabía que su hermana no salía de la casa, pasara lo que pasase.

—Miraré bien dónde piso —le aseguró.

Ella le apretó un poco más el brazo. Luego se le iluminaron los ojos y volvió a ser ella.

—Claro que sí —dijo, alegre como un rayo de sol.

Ilsa le dio un beso en la cabeza. Él se agachó para librarse de los brazos de su hermana y se dirigió a la cama, donde estaba abierto el estuche de su violín; en su interior esperaba el bello instrumento. August quería tocarlo —el deseo

de hacerlo era como un peso hueco en el pecho, como el hambre— pero solo se permitió pasar los dedos por la madera antes de cerrar el estuche.



Miró el reloj mientras se movía por el apartamento a oscuras. Las 6:15. Incluso allí, veinte pisos arriba, en lo más alto del edificio Flynn, las primeras luces del amanecer seguían escondidas tras las construcciones que había al este.

En la cocina, encontró una fiambarrera negra con una nota sujeta por delante:

Que tengas un gran primer día.

Espero que no te importe, le di un mordisco.

~Em

Al abrir la fiambarrera, August vio que todo lo que contenía, desde el sándwich hasta el dulce, estaba a medio comer. En realidad, era un bonito gesto. Emily no solo le había preparado el almuerzo. También le había dado una excusa. Si alguien llegara a preguntarle, podría decir que ya había comido.

Lo único intacto era una manzana verde, en el fondo de la bolsa.

Mientras guardaba la fiambarrera en su mochila, se encendieron las luces de la cocina y entró Henry, con una taza de café. Todavía se lo veía cansado. *Siempre* se lo veía cansado.

—August —lo saludó con un bostezo.

—Papá. Has madrugado.

Henry era prácticamente nocturno. Él tenía un dicho: *los monstruos cazan de noche, y nosotros debemos hacer lo mismo*, pero últimamente sus noches se habían hecho aún más largas. August intentó imaginar cómo habría sido

antes del Fenómeno; antes de que la violencia engendrara a los Corsai, a los Malchai y a los Sunai; antes de la anarquía, de las fronteras cerradas, de las luchas internas, del caos. Antes de que Henry perdiera a sus padres, a sus hermanos, a su primera esposa. Antes de convertirse en el Flynn a quien recurría la ciudad, el único Flynn que *tenía*. El creador de la FTF y el único hombre capaz de hacer frente a un delincuente glorificado y *pelear*.

August había visto fotografías, pero el hombre que veía en ellas tenía ojos brillantes y sonrisa fácil. Tenía aspecto de pertenecer a otro mundo. A otra vida.

—Gran día. —Henry volvió a bostezar—. Quería despedirte.

Era verdad, pero no toda la verdad.

—Estás preocupado —observó August.

—Claro que sí. —Henry aferró su taza de café—. ¿Es necesario que repasemos las reglas una vez más?

—No —respondió August, pero Henry siguió hablando de todos modos.

—Vas directamente a Colton. Vienes directamente a casa. Si hay alguna dificultad en el camino, nos llamas. Si hay demasiada seguridad, nos llamas. Si tienes algún problema, lo que sea, incluso si tienes un mal *presentimiento*, August...

—Os llamo.

Henry arrugó la frente, y August se enderezó.

—Todo va a salir bien.

Habían repasado el plan cientos de veces durante la semana anterior, para asegurarse de que todo estaba en orden. Miró el reloj. Otra vez las marcas quedaron al descubierto. Otra vez las cubrió. No sabía para qué se molestaba en hacerlo.

—Mejor me voy.

Henry asintió.

—Sé que esto no es lo que querías, y espero que resulte innecesario, pero...

August frunció el ceño.

—¿De verdad crees que la tregua se va a romper?

Intentó imaginar a Ciudad V como debía haber sido: dos mitades en guerra en torno a un centro sangriento. En Ciudad Norte, Harker. En Ciudad Sur, Flynn. Los que estaban dispuestos a pagar por su seguridad contra los que estaban dispuestos a luchar por ella. A morir por ella.

Henry se frotó los ojos.

—Espero que resista —respondió—. Por el bien de todos.

No era exactamente lo que había preguntado, pero August lo dejó pasar.

—Descansa un poco, papá.

Henry sonrió con aire sombrío y meneó la cabeza.

—Para los malvados no hay descanso —dijo, y August supo que no se refería a sí mismo.

Se dirigió a los ascensores, pero allí ya había alguien; su silueta se recortaba contra la luz de las puertas abiertas.

—Hermanito.

La voz era grave y homogénea, casi hipnótica, y un segundo después la sombra se adelantó y se convirtió en un hombre de hombros anchos y cuerpo delgado y fuerte, todo músculos magros y huesos largos. El uniforme de la FTF le iba a la perfección, y bajo las mangas recogidas se le veían los antebrazos rodeados de pequeñas cruces negras. Por encima del mentón bien definido, el pelo claro le caía sobre los ojos negro azabache. La única imperfección era una cicatriz pequeña que le atravesaba la ceja izquierda, recuerdo de sus primeros años; pero a pesar de la marca, Leo Flynn parecía más un dios que un monstruo.

August sintió que se erguía, tratando de imitar la postura de su hermano, hasta que recordó que era demasiado rígida para un estudiante. Volvió a aflojarse, pero esta vez se relajó demasiado, y luego no pudo recordar cómo era una postura normal. Los ojos negros de Leo lo miraban todo el tiempo, sin parpadear. Aunque era de carne y hueso, no era tan fácil confundirlo con un ser humano.

—El joven Sunai se va al colegio.

Su voz no se elevó al final; no era una pregunta.

—A ver si adivino —dijo August, y logró esbozar una sonrisa torcida—, ¿tú también querías despedirme? ¿Desearme que me divierta?

Leo ladeó la cabeza. Siempre le había costado reconocer el sarcasmo; a todos les costaba, en realidad, pero August había aprendido a reconocer algunos indicios por los integrantes de la FTF.

—Si disfrutas o no, no es asunto mío —respondió Leo—. Pero sí me importa que no te distraigas. Todavía no has salido de aquí, August, y ya se te olvida algo.

Lanzó un objeto por el aire y August lo atrapó, y al tocarlo hizo una mueca. Era un medallón de Ciudad Norte, con una *V* grabada de un lado, y del otro, una serie de números. La medalla, hecha de hierro, le producía un escozor incómodo en la palma de la mano. El metal puro repelía a los monstruos: los Corsai y los Malchai no podían tocarlo; a los Sunai simplemente les desagradaba hacerlo (todos los uniformes de la FTF contenían hilos de metal, pero el suyo y el de Leo estaban entretejidos con una aleación).

—¿De verdad tengo que ponerme esto? —preguntó. El contacto prolongado ya empezaba a darle náuseas.

—Si quieres pasar por uno de ellos, sí —respondió Leo simplemente—. Si quieres que te descubran y te asesinen, no lo dudes: no te la pongas.

August tragó saliva y se colgó la medalla al cuello.

—Es una falsificación —prosiguió su hermano—. Sirve para una inspección rápida de cualquier ojo humano, pero que no te atrapen al norte del Tajo después del anochecer. Yo no la pondría a prueba contra nada que obedezca a Harker.

Por supuesto, no era solo el metal lo que mantenía a raya a los monstruos. Era el sello de Harker. Su ley.

August acomodó el medallón sobre su camiseta y subió la cremallera de la chaqueta confeccionada por la FTF. Pero cuando hizo amago de entrar al ascensor. Leo se interpuso en su camino.

—¿Comiste algo?

Tragó saliva, pero las palabras ya ascendían por su garganta. Había una diferencia entre la incapacidad de mentir y la *necesidad* de decir la verdad, pero la omisión era un lujo que no podía permitirse con su hermano. Cuando un Sunai formulaba una pregunta, se imponía una respuesta.

—No tengo hambre.

—August —lo reprendió Leo—. Siempre tienes hambre.

August se encogió.

—Comeré más tarde.

Leo no respondió; solo lo observó, con suspicacia en sus ojos negros, y antes de que pudiera decir nada más, u obligar a August a hacer algo más, este siguió caminando. Al menos, lo intentó. Iba a mitad de camino hacia el ascensor cuando Leo extendió la mano súbitamente y aferró la de él. La que sostenía el estuche del violín.

—Entonces no necesitas esto.

August se envaró. En cuatro años, nunca había salido del edificio sin el instrumento. La idea le provocó vértigo.

—¿Y si pasa algo? —preguntó, con pánico creciente.

Hubo apenas un asomo de diversión en el rostro de Leo.

—Pues tendrás que ensuciarte las manos.

Dicho eso, le quitó el estuche y le dio un suave empujón hacia el interior del ascensor. August tropezó y se dio la vuelta; sentía un escozor en las manos por la repentina ausencia del violín.

—Adiós, hermano —dijo Leo, y pulsó el botón que llevaba a la planta baja—. Que te diviertas en el colegio —agregó mientras se cerraban las puertas.

August metió las manos en los bolsillos mientras el ascensor bajaba los veinte pisos. El edificio era en parte rascacielos, en parte, base de operaciones y en parte, todo una fortaleza. Una bestia de cemento, acero, alambre de cuchillas y plexiglás, utilizada en su mayor parte como cuartel para los integrantes de la fuerza de tareas. La inmensa mayoría de los sesenta mil oficiales de la FTF se alojaban en distintos cuarteles en la ciudad, pero los casi mil que vivían en el edificio eran un excelente camuflaje. Cuantas menos personas entraran al edificio o salieran de él, más se destacaba cada una. Y Harker, que quería descubrir a los tres Sunai de Flynn, sus armas secretas, estudiaba todas las caras. Esto no era tan problemático para Leo, pues él *era* la cara de la FTF; tampoco para Ilsa, dado que jamás salía del edificio, pero Henry estaba decidido a mantener la identidad de August en secreto.

En la planta baja, ya había personas que entraban y salían (debido al toque de queda por las noches, los días empezaban temprano), y August se les sumó como si fuera uno más, cruzó el vestíbulo de cemento y las puertas custodiadas y salió a la calle. La mañana lo envolvió, cálida y luminosa, empañada solamente por el disco de metal que le raspaba la piel y la ausencia de su violín.

El sol se filtraba entre los edificios. August respiró hondo y levantó la vista

hacia el edificio Flynn. Cuatro años sin salir casi nunca, e incluso esas pocas veces, casi siempre de noche. Y ahora allí estaba. Fuera. Solo. Veinticuatro millones de personas en esa superciudad, según el último censo, y él era apenas uno más, un rostro más entre el gentío que iba a trabajar. Por un instante infinito, deslumbrante, August se sintió como si estuviera de pie ante un precipicio: el fin de un mundo y el comienzo de otro, un susurro y un estallido.

Y entonces sonó su reloj, lo apartó del borde del precipicio, y August se puso en marcha.



El sedán negro atravesaba la ciudad como un cuchillo.

Kate lo observaba cortar calles, cruzar puentes; el tráfico se partía como carne mientras el vehículo se abría camino por Ciudad Norte. En el exterior, la mañana estaba clara y bulliciosa, pero desde adentro, parecía una película antigua, descolorida por los cristales polarizados. En la radio se oía música clásica, a volumen bajo pero constante; reforzaba la ilusión de calma que la mayoría de la gente optaba por creer de tan buena gana. Cuando le pidió al conductor, un hombre con rostro de piedra llamado Marcus, que cambiara de emisora, y él no le hizo caso, Kate se colocó el auricular izquierdo y pulsó «Reproducir». Su mundo se convirtió en un ritmo pesado, una voz iracunda; se recostó sobre el asiento de cuero y dejó que la ciudad siguiera pasando en el exterior. Desde allí, parecía casi normal.

Ciudad V era un lugar que Kate conocía solo por vistazos, fotografías, secuencias de imágenes separadas por años. Una vez la habían enviado lejos

por su propia seguridad; la segunda vez la habían secuestrado en mitad de la noche, y la tercera vez la habían exiliado por los delitos de su madre. Pero al fin había vuelto a su lugar. A la ciudad de su padre. Al lado de su padre.

Y esta vez no pensaba irse.

Kate jugaba con su mechero mientras observaba la tableta que tenía apoyada en la falda, con un mapa de Ciudad V en la pantalla. A primera vista, se parecía a cualquier otra superciudad: un centro de alta densidad que menguaba hacia las afueras; pero cuando dio un golpecito en la pantalla con una uña metálica, apareció una nueva capa de información.

Una línea negra cruzó la imagen de izquierda a derecha, dividiendo la ciudad. El Tajo. En realidad, no era una línea recta, pero sí bien marcada, que cortaba Ciudad V en dos. Si uno se paraba en el lado norte, estaba en territorio de Callum Harker. Si se paraba en el lado sur, estaba en el de Henry Flynn. Una solución muy simplista a seis años brutales de luchas, sabotaje, asesinatos y monstruos. Tracemos una línea en la arena. Cada cual se queda en su mitad. No era de extrañar que la tregua corriera peligro.

Flynn era un idealista, y estaba muy bien hablar de justicia, tener una «causa», pero en última instancia, su gente estaba muriendo. Carne y huesos contra dientes y garras.

Ciudad V no necesitaba un código moral. Necesitaba a alguien que estuviera dispuesto a asumir el control. Alguien dispuesto a ensuciarse las manos. Necesitaba a Harker. Kate no tenía pretensiones, sabía que su padre era un mal hombre; pero la ciudad no necesitaba un hombre bueno.

Bueno y malo eran palabras débiles. A los monstruos no les importaban las intenciones ni los ideales. Los hechos eran simples. El sur era el caos. El norte era el orden. Era un orden comprado y pagado con sangre y miedo, pero orden al fin.

Kate siguió con el dedo la línea del Tajo, por encima del cuadrante gris que señalaba el Yermo.

¿Por qué su padre se había conformado con la mitad de la ciudad? ¿Por qué dejaba que Flynn se escondiera tras sus muros, solo porque tenía como mascotas a unos monstruos raros?

Se mordió el labio, dio otro golpecito en el mapa y se abrió una tercera capa de información.

Sobre la parte superior del mapa aparecieron tres círculos concéntricos, como un blanco de tiro. Era la cuadrícula de riesgo, que señalaba el aumento de monstruos y la necesidad de estar alerta si se viajaba hacia el centro de la ciudad. Una franja verde formaba el círculo exterior, seguida por otra amarilla y una roja en el centro. En general, la gente no le prestaba atención a estas zonas durante el día, pero todos conocían los límites, los puntos donde el rojo violento daba paso al amarillo alerta hasta llegar a la relativa seguridad del verde. Claro que para aquellos que contaban con la protección de su padre, el riesgo disminuía casi hasta cero... siempre que se quedaran dentro de los límites de Ciudad Norte. Si iban más allá del verde, llegaban al Páramo, donde norte y sur no importaban porque cada uno debía arreglárselas solo.

Si uno se alejaba lo suficiente, a la larga volvía a encontrarse en terreno seguro; cerca de las fronteras, donde los monstruos aún eran muy escasos, la población evitaba llamar la atención. Allí no veían con agrado que llegara alguien de la superciudad por si traían consigo la oscuridad como una peste. Donde una chica podía incendiar una capilla, o tenderse en un pastizal junto a su madre y aprender las estrellas en verano...

En alguna parte sonó un claxon; Kate levantó la vista, la casa de campo se disolvió y volvieron a aparecer las calles de la ciudad. Miró más allá del tabique divisorio del vehículo, más allá del conductor y del parabrisas, donde

estaba la gárgola plateada sobre el capó. Originalmente, el adorno que traía el coche era un ángel, con los brazos y las alas echados hacia atrás por un viento invisible, pero Harker lo había quitado y había puesto en su lugar a la bestia, agazapada hacia adelante, con sus garras diminutas aferrándose al borde de la parrilla.

«Esta es una ciudad de monstruos», había dicho, mientras arrojaba al ángel a la basura.

En eso, su padre tenía razón. Pero los monstruos, los monstruos *de verdad*, no tenían el aspecto de aquel estúpido adornito del capó. No, los monstruos de verdad eran *mucho* peores.



August levantó la cara hacia el sol, disfrutando la mañana de verano mientras caminaba. Dejaba que su cuerpo se moviera y su mente quedara maravillosamente quieta. Era asombrosa la facilidad con la que podía pensar en líneas rectas cuando estaba en movimiento, incluso sin el violín. Caminó por aceras agrietadas, pasando por edificios con ventanas tapiadas. La mitad de las construcciones eran ahora cáscaras quemadas, abandonadas y saqueadas: cualquier material que pudiera servir se rescataba para fortificar otros edificios. El lado sur de Ciudad V todavía parecía un cadáver desfigurado, pero estaban reconstruyéndolo. La FTF estaba en todas partes, sobre los techos, patrullando las calles; de las radios portátiles que incluían sus uniformes se oía el crujido de señales. Por la noche, cazaban monstruos, pero durante el día intentaban impedir que se crearan otros nuevos. El delito. Esa era la causa. Los Corsai, Malchai y Sunai eran el efecto.

August pasaba inadvertido entre el gentío que caminaba por la calle. Iba

hacia el norte, y el bullicio de la ciudad era como música a su alrededor, lleno de armonía y disonancia, ritmo y contraste. Formaba capas y más capas hasta que la melodía caía en la discordia, la maravilla se volvía aflicción, y tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en la ruta y no en todo lo que lo rodeaba. El camino en sí era fácil: cuatro calles derecho por la Avenida Central.

Una línea recta hasta el Tajo.

Cuando lo divisó, August aminoró el paso.

La barrera era una barricada inmensa, de tres pisos, que cortaba la ciudad de este a oeste por el centro, protegida con franjas de metal puro y equipada con numerosas cámaras. El muro era el resultado de seis años de guerra territorial. Cada acto de violencia, cada muerte humana traía al mundo más Corsai y Malchai, y todo porque los Flynn tenían la ciudad y Harker la quería.

Dos calles hacia el oeste estaba el Yermo: una calle arrasada, de tierra chamuscada, un recordatorio para ambos bandos. Alguna vez había sido una plaza, un poco de verde en el corazón de la ciudad, pero ahora no había nada. Algunos decían que todavía se podían ver los contornos de los muertos en el pavimento. La mayoría de los integrantes de la FTF decía que Henry Flynn había detonado allí un arma el último día de las guerras territoriales, algo suficiente para borrar todo vestigio de vida. August no lo creía, no *quería* creerlo; pero fuera lo que fuese eso que había ocurrido aquel día, la amenaza de que se repitiera había bastado para que Harker decidiera negociar y aceptara dividir Ciudad V en dos.

Durante el día, la ciudad seguía unificada, al menos teóricamente. En el Tajo había tres portales para dejar pasar a la gente, pero estaban vigilados por hombres armados y por los ojos rojos siempre alertas de las cámaras móviles, y todos los que pasaban debían identificarse mientras las cámaras de escaneo

verificaban que fueran humanos.

Lo cual era un problema.

August cogió una calle angosta semiderruida que corría paralela al Tajo hasta llegar a un edificio de oficinas cuyas ventanas habían sido reemplazadas por placas de acero. Había dos integrantes de la FTF custodiando la puerta. La recepcionista asintió brevemente a modo de saludo mientras él pasaba por seguridad, y luego August cogió un ascensor separado para bajar al subsuelo. La ruta estaba señalada por medio de puntos de pintura fosforescente en la pared, y August los siguió por una red de pasillos húmedos hasta llegar a un muro. O a algo que *parecía* un muro. Había una placa de metal corrediza que daba paso a un túnel, y August avanzó por él hasta llegar a una pared falsa similar en el otro extremo. La deslizó y salió al sótano de un apartamento de planta baja.

Allí había silencio, y August se detuvo un momento; detestó el alivio que sintió al estar solo otra vez tan pronto. Se tomó diez segundos mientras esperaba que su corazón se desacelerara y sus nervios se aplacaran; luego se sacudió el polvo y subió la escalera.

Paris estaba fumando como una chimenea y preparando el desayuno.

Ni siquiera se sobresaltó cuando August apareció en la cocina detrás de ella.

—Buenos días, cariño —lo saludó. Su medallón de hierro colgaba peligrosamente cerca de la tortilla.

Tenían pocos aliados en el lado norte; eran sumamente costosos, y aun cuando representaba un riesgo, Henry y Paris eran viejos amigos y ella había pasado la inspección de Leo. August miró alrededor. El apartamento era... acogedor, como las fotos que había visto en revistas anteriores al Fenómeno. Con mosaicos, madera y cristal en las ventanas.

—Tienes el pase para el metro sobre la mesa.

—Gracias, Paris —respondió August, al tiempo que bajaba la cremallera de su chaqueta de la FTF y la colgaba de un perchero junto a la puerta. Se le habían vuelto a subir las mangas de la camisa, y ahora se veían dos hileras de marcas negras. Estiró la tela, a pesar de que Paris no podía ver las marcas. Para el caso, ella no podía ver nada.

Paris era ciega, pero tenía los demás sentidos bien despiertos. Tanto que advirtió la falta del violín, de la vibración apenas audible de las cuerdas dentro del estuche. Soltó una bocanada de humo.

—¿Hoy no hay concierto? —preguntó, y echó ceniza sobre sus huevos.

Los dedos de August se cerraron como lo hacían siempre en torno al asa del estuche, pero no encontraron más que aire.

—No —respondió. Sacó de la mochila la chaqueta de la Academia Colton y se la puso frente al espejo del vestíbulo. Se sorprendió al ver que sus rasgos se contraían, casi automáticamente, en un ceño fruncido.

—Flynn me habló de esa música —masculló Paris para sí, y por su tono August se dio cuenta de que se refería a los tres—. Siempre quise saber cómo suena...

August se abotonó la chaqueta.

—Espero que nunca lo sepas —le dijo, y se dirigió a la puerta—. Volveré antes del anochecer.

—Que tengas un buen día en el colegio —respondió ella al cerrarse la puerta, y a diferencia de Leo, pareció sincera.

August salió a la calle y suspiró con alivio al ver el Tajo a sus espaldas. Entonces giró hacia el norte, y sus ojos se dilataron. Se había preparado para lo que encontraría, pero la diferencia entre los dos lados de Ciudad V fue como un golpe en el pecho. Ciudad Norte no era un cascarón arrasado por las

bombas. Toda cicatriz que hubiera quedado había sido reparada y pintada. Allí los edificios resplandecían, todos de metal, piedra y cristal; por las calles circulaban coches impecables y personas bien vestidas. Si Harker tenía guardianes en la calle, estarían mezclados con ellas. Había un escaparate con frutas tan coloridas que le dieron deseos de probarlas, aunque sabía que le sabrían a ceniza.

La vista, la *ilusión* de aquella ciudad limpia y segura lo llenó de ira, y las marcas en su piel le produjeron un escozor de advertencia; el calor de las marcas de conteo contrastaba con la desagradable frescura del medallón contra su pecho. Concéntrate, concéntrate.

La estación del metro más cercana estaba a una calle de distancia. Ciudad Sur había cerrado los trenes subterráneos —eran demasiado peligrosos, con los Corsai refugiándose en los lugares oscuros— y habían tapiado los pasadizos lo mejor posible, aunque August sabía que la FTF aún usaba los túneles en caso de necesidad.

Bajó los escalones de dos en dos. En alguna parte había leído que Ciudad V había crecido hacia arriba tanto como hacia las afueras, que de hecho los edificios estaban contruidos *encima* de la red anterior, y los túneles del metro, donde estaban las calles originalmente. No sabía si era verdad, pero la estación a la que llegó estaba tan limpia como las calles: de piedra blanca pulida, y desde algún lugar bajo los sonidos de pasos en la calle, se oía música clásica. Un concierto para piano. No había señales de lucha ni sufrimiento, ningún rastro de los terrores que aparecían por las noches. Era un truco, para atraer a los sureños y recordar a los norteños por qué pagaban tanto.

August llegó al andén justo cuando el tren salía. Se recostó contra un poste para esperar el siguiente. Su atención empezó a vagar desde una pareja que

estaba besándose más allá hasta un músico callejero que tocaba la guitarra, hasta que por fin se detuvo en una niña que estaba delante de él, de la mano de una mujer. La niña lo miró, y August se quedó mirándola, fascinado de ver a una criatura de tan corta edad. Había muy pocos niños en el edificio de Flynn, y para el caso, también en Ciudad Sur. La niña esbozó una amplia sonrisa, y August le sonrió a su vez.

Y entonces ella se puso a cantar.

—*Monstruos, monstruos, pequeños y grandes*—cantó alegremente—. *Pronto vendrán y a todos comerán.*

August se estremeció.

—*Corsai, Corsai, dientes y garras, sombra y huesos, nada dejarán.*

Malchai, Malchai, veloces, astutos, sonrían y muerden, tu sangre beberán.

August tragó saliva; sabía lo que seguía.

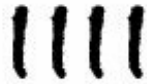
—*Sunai, Sunai, ojos de carbón, el alma te roban con una canción.*

La sonrisa de la niña se hizo aún más amplia.

—*Monstruos, monstruos, pequeños y grandes, ¡pronto vendrán y a todos comerán!*

Lanzó un chillido de deleite. August se sintió descompuesto y se apartó.

Cuando llegó el tren, eligió otro vagón.



Monstruos, monstruos, pequeños y grandes...

Kate tarareaba mientras el coche continuaba su recorrido. Dio un golpecito en la pantalla de la tableta para cerrar el mapa, abrió una nueva ventana y empezó a recorrer las carpetas del servidor privado de su padre —había robado los códigos de acceso en su primera noche en casa— hasta encontrar las que buscaba. Harker tenía vigilancia en casi todas las calles de la zona roja. Todos los días, se revisaban las filmaciones y luego se borraban, salvo que hubiera algún «incidente»: esas se guardaban para que Harker las viera y, de ser necesario, tomara medidas. Desde luego, esos «incidentes» nunca llegaban a las noticias. Sabían que no convenía poner cosas así en la televisión. Perturbarían la ilusión de normalidad, de seguridad... las cosas por las que la gente pagaba.

Pero Harker tenía que vigilar a sus monstruos. Tenía que saber cuándo aparecía alguno nuevo y cuándo los viejos se portaban mal. Esas grabaciones

guardadas estaban organizadas en categorías. *Monstruos. Humanos. Génesis.*

Kate había empezado a revisar esos vídeos apenas había llegado; quería aprender todo lo posible acerca de los monstruos *reales* de Verity. Sentía que estaba descendiendo por una conejera. Dio un golpecito en *Corsai* y la pantalla se llenó de vídeos; en los íconos no se veían más que sombras borrosas. Sus dedos quedaron un momento en suspenso sobre la pantalla, y por fin eligió un vídeo, que se abrió a pantalla completa.

Había sido recortado, le habían quitado toda la grasa y habían dejado solo la carne violenta del incidente. La cámara no estaba en un buen ángulo, pero aun así logró distinguir a dos hombres en la entrada de un callejón, de pie bajo la luz de un farol. Tardó un momento en darse cuenta de que estaba viendo una pelea. Todo empezaba con una tontería; una conversación que da un mal giro, un empujón contra la pared, un puñetazo torpe. Uno de los hombres caía y el otro empezaba a patearlo, una y otra vez, y otra más, hasta que el hombre caído ya no era un hombre sino una maraña crispada de brazos y piernas con el rostro ensangrentado.

El atacante huía, y durante largos segundos el hombre se quedaba tendido en el pavimento; su pecho subía y bajaba en una respiración entrecortada. Y luego, mientras intentaba levantarse, las sombras que lo rodeaban empezaban a moverse. El hombre no se percataba; estaba demasiado ocupado tratando de ponerse de pie. Pero Kate observó, como hipnotizada, cómo la oscuridad se estiraba, se crispaba, se despegaba de las paredes y de la calle y empezaba a tomar forma, elevándose como humo, con un rostro marcado solamente por unos espeluznantes ojos blancos que hacían fluctuar el foco de la cámara, y por unos dientes brillantes. Abría la boca como un enorme bostezo y su cuerpo se erguía con agilidad; sus extremidades terminaban en garras.

Y el hombre, todavía de rodillas, cometía el error de gatear hacia adelante,

alejándose de la seguridad de la luz del farol.

Apenas salía de la luz, llegaba el ataque: un torbellino de dientes y garras que se hundían en la carne del hombre y empezaban a desgarrarlo.

«La violencia engendra violencia». Eso había dicho una de las profesoras de St. Agnes después de que Nicole Teak hiciera una zancadilla a Kate y esta se desquitara rompiéndole la nariz. La profesora siguió explicándole que lo único que conseguía era perpetuar el problema, pero para entonces Kate ya había dejado de prestarle atención. En lo que a ella respectaba, Nicole se lo tenía merecido.

Pero la profesora tenía razón en algo: la violencia *engendra*.

Alguien tira de un gatillo, detona una bomba, hace que un autobús lleno de turistas se caiga de un puente, y lo que queda no es solo munición usada, una carrocería destrozada, cadáveres. Hay algo más. Algo *malo*. Una secuela. Un *rebote*. Una reacción a toda esa ira, ese dolor y esas muertes. En realidad, eso había sido el Fenómeno: un punto de inflexión. Verity siempre había sido violenta, la peor de los diez territorios; solo era cuestión de tiempo hasta que alcanzara suficiente masa y todo aquel mal empezara a tomar forma.

Kate pasó el pulgar sobre el medallón que llevaba sujeto en la parte delantera del uniforme, el que la protegía de las cosas que acechaban. En la pantalla, el Corsai seguía su festín. La mayor parte de aquel frenesí se perdía en las sombras, pero de vez en cuando se alcanzaba a ver un destello de garras y dientes afilados, y Kate vio cómo la sangre salpicaba el área iluminada. Ahogó una exclamación de asco y se alegró de que el vídeo no tuviera sonido.

Marcus le hizo señas desde el otro lado del tabique. Kate se quitó el auricular y volvió a sumergirse en un mundo de blancos y negros, de luz matutina, con el suave repiqueteo de las teclas del piano.

—¿Qué pasa? —preguntó, irritada.

—Disculpe, señorita Harker —dijo Marcus a través del tabique—. Ya llegamos.



La Academia Colton estaba ubicada en el límite entre la zona amarilla y la verde, donde las calles de la ciudad daban paso a los suburbios; la zona más segura, donde los ricos podían construir sus pequeños caparzones y simular que nada estaba devorando viva a Verity. Parecía una fotografía: edificios pálidos de piedra en una extensión de césped verde vívido, y todo bañado por la luz clara de la mañana. Eran apenas quince minutos en coche desde el corazón oscuro de Ciudad Norte, pero nadie lo imaginaría con solo ver el lugar. Kate supuso que esa era la idea. Ella habría preferido estar en una institución en el centro de la ciudad, en el corazón de la zona roja, pero casi todas estaban cerradas, y aunque hubiera cabido esa posibilidad, su padre se negaba rotundamente. Ya que debía tenerla en Ciudad V, estaba decidido a mantenerla «a salvo». Lo cual significaba quitarla de en medio, pues nadie estaba a salvo en ese lugar, sin importar en qué lado viviera.

Marcus le abrió la puerta y Kate salió, tratando de olvidar las imágenes del Corsai y recomponiendo su expresión. Alisó el cuello de su polo de Colton y se pasó una mano por el pelo claro. Lo llevaba suelto, peinado de manera que le ocultara las cicatrices que tenía donde su cabeza había golpeado el cristal. Podría haber sido peor: la pérdida auditiva era solo parcial; pero sabía que no le convenía que se vieran. En todo caso, eran una debilidad, y nunca se debían mostrar las debilidades. Eso le había dicho Harker, cuando ella tenía doce años y las heridas eran recientes.

—¿Por qué? —le había preguntado ella, porque era muy joven y tonta.

—Toda debilidad deja nuestra carne al descubierto —le había explicado—, y la carne atrae al cuchillo.

—¿Y tus debilidades, cuáles son? —le había preguntado entonces, y la boca de Harker había adoptado una forma que *casi* parecía una sonrisa, pero no lo era.

Desde entonces, Harker nunca había respondido aquella pregunta. Kate no sabía si era porque su padre no confiaba en ella como para revelarles sus debilidades, o porque no las tenía. Ya no. Pero se preguntaba si habría otra versión de Callum Harker en aquellos otros mundos, y si esa otra versión tenía secretos, debilidades y puntos donde pudieran entrar los cuchillos.

—Señorita Harker —dijo el conductor—. Su padre me pidió que le diera un mensaje.

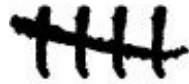
Kate guardó el mechero plateado en el bolsillo de su camiseta.

—¿Cuál, Marcus? —preguntó sin interés.

—Si hace que la expulsen, él la exiliará de Verity. Sin regreso. Para siempre.

Kate le sonrió con descaro.

—¿Por qué haría que me expulsasen? —preguntó—. Por fin estoy donde quiero estar.



Park Station, anunció una voz serena y metálica.

August se recostó contra el respaldo del asiento del tren, sacó de la mochila un ejemplar gastado de *La república* y lo abrió en el medio. Sabía de memoria la mayor parte del texto, de modo que no le importó en qué página se abría. Lo importante era que le daba una excusa para estar mirando hacia abajo. Prestaba atención a los anuncios de las paradas; no quería arriesgarse a levantar la vista por si llamaba la atención de las cámaras que había arriba. Más ojitos rojos en busca de monstruos, aunque todo el mundo sabía que todos salían por las noches.

Bueno, pensó August. Casi todos.

Martin Center.

Faltaban tres estaciones. El vagón estaba llenándose, y August se puso de pie para cederle el asiento a una anciana. Mantuvo la cabeza gacha sobre el libro, pero recorrió con la mirada a los pasajeros, con sus vestidos y

pantalones finos, sus tacones altos y sus trajes, y ni una sola arma a la vista.

Un hombre lo empujó al pasar, y August se puso tenso.

El sujeto no tenía nada de raro: traje y corbata, algo de barriga. Lo que le llamó la atención fue su *sombra*. No se comportaba como una sombra normal —en un sitio tan iluminado, ni siquiera debería *tenerla*— pero cuando el hombre se detuvo, la sombra siguió moviéndose, crispándose y cambiando de lugar en torno a él como un pasajero inquieto. Nadie más podía verla, pero a los ojos de August, permanecía en el aire, una cosa fantasmal con demasiadas características para una simple sombra, y demasiado pocas para un hombre. August sabía lo que era: un eco de violencia, una marca de pecado. En alguna parte de la ciudad, había un monstruo que vivía y asesinaba por causa de ese hombre, por algo que él había hecho.

Los dedos de August aferraron la barra.

Si hubieran estado en Ciudad Sur, se enteraría del nombre de aquel sujeto. Se lo darían, a él o a Leo, en un papel junto con una dirección, y por la noche iría a buscarlo, acallaría el eco y le quitaría la vida.

Pero estaban en Ciudad Norte.

Donde los malos siempre se salían con la suya, mientras tuvieran dinero.

August se obligó a dejar de mirarlo cuando la anciana que estaba sentada se inclinó hacia adelante.

—Siempre quise estar sobre un escenario —dijo, en tono confidente—. No sé por qué nunca lo hice. Ahora es demasiado tarde...

August cerró los ojos.

Union Plaza.

Dos estaciones..

—Estoy segura de que es demasiado tarde... —siguió diciendo la mujer— pero todavía sueño con eso...

Ni siquiera estaba hablando con él, en realidad. Los monstruos no podían mentir, pero cuando los seres humanos estaban cerca de un Sunai, se volvían... sinceros. August no necesitaba obligarlos —de hecho, los obligaría a *no* hablar, si pudiera—; simplemente empezaban a descargarse. La mayor parte del tiempo, ni siquiera se daban cuenta de que lo estaban haciendo.

A eso, Henry lo llamaba *influencia*, pero Leo tenía una palabra mejor: *confesión*.

Lyle Crossing.

Una estación.

—...todavía sueño...

Sin duda, la confesión era la que menos le agradaba de sus capacidades. Leo la disfrutaba y hacía que todos los que lo rodeaban expresaran sus dudas, sus temores, sus debilidades, pero a August solo lo incomodaba.

—¿Usted sueña...?

Colton, anunció la voz.

El tren frenó lentamente, y August rezó una plegaria por dentro mientras salía a toda prisa del vagón; la confesión de la anciana lo siguió.



Si Ciudad Norte era surreal, Colton era algo completamente distinto. August nunca había estado tan lejos de la zona roja. La Academia estaba cercada, pero a diferencia del Tajo, los muros parecían más estéticos que funcionales. Más allá del portón de hierro, se encontraba la Academia Colton en un terreno cubierto de hierba, con una línea de árboles en el fondo. August había visto árboles una vez, en un parque abandonado, tres calles al sur del edificio Flynn;

pero estos eran distintos. Había tantos árboles como para formar una pared. No, un *bosque*. Así se llamaban cuando había muchos.

Pero los árboles no lo distrajeron tanto como las *personas*.

Dondequiera que mirara, las veía; no eran cadetes de la FTF ni civiles del norte de la ciudad, sino adolescentes con el uniforme azul característico de Colton. Chicas y chicos entrando por el portal, o sentados en grupos en el césped. Lo maravilló la facilidad con la que conversaban y estaban con otros, chocando codos, abrazándose, cabeza con cabeza y cadera con cadera. El modo en que sus rostros formaban sonrisas amplias, o se fruncían con fastidio, o se abrían en una carcajada. Parecía muy... natural.

¿Qué hacía él allí?

Tal vez Leo tenía razón: debería haber comido algo. Pero ya era demasiado tarde. Contuvo el impulso de huir; intentó recordarse que él mismo había querido salir del edificio Flynn de algún modo, que el mismísimo Leo había intercedido por él, que tenía un *trabajo* que hacer, un trabajo que era tan importante como el de cualquier otro integrante de la FTF. Obligó a sus pies a avanzar, seguro de que con cada paso alguien desconfiaría del uniforme de Colton y la sonrisa ensayada y se daría cuenta de que no era humano. Como si lo tuviera escrito en el rostro con la misma claridad de las marcas que tenía en el brazo. De pronto, las horas que había pasado frente al espejo le resultaron ridículas. ¿Cómo podría llegar a imitar aquello? ¿Cómo se le había ocurrido que podía hacerse pasar por uno de ellos, solo porque tenían la misma edad? La idea interrumpió el curso de sus pensamientos. No *tenían* la misma edad. Solo *aparentaban* la misma edad que él. No, no era cierto: él aparentaba la misma edad que *ellos*, porque todos habían nacido, mientras que él había despertado con la forma de un niño de doce años porque esa era la edad que tenían ellos, los cadáveres que estaban en las bolsas negras cuando *todo*

empezó con un estallido, no el universo sino solo las ráfagas de disparos y...

Paró en seco; le costaba respirar.

Alguien chocó contra su hombro, pero no fue una broma amistosa sino un golpe hostil. August trastabilló hacia adelante, y alcanzó a ver quién había sido al recuperar el equilibrio: un muchacho rubio de hombros anchos que lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Y a ti qué te pasa? —le preguntó August, enfadado. La pregunta se le escapó antes de que alcanzara a pensar en no hacerla.

El muchacho giró hacia él hecho una furia.

—Estabas en mi camino —gruñó, al tiempo que aferraba a August por el cuello de la camisa—. ¿Crees que voy a dejar que un novato de mierda me arruine la vida? Este es *mi* año, imbécil, *mi* colegio.

Y entonces August vio horrorizado que el chico *seguía hablando*.

—¿Crees que puedes asustarme con esa mirada fija? No te tengo miedo. No le tengo miedo a nadie. Yo... —Se estremeció y obligó a August a acercarse más—. No puedo dormir; cada vez que cierro los ojos los veo.

—Tranquilos —dijo otro estudiante por encima del hombro de August—. ¿Algún problema, Jack?

El chico rubio, Jack, parpadeó varias veces, su mirada se aclaró, y luego empujó a August hacia atrás. El otro alumno lo cogió del hombro.

—Vamos, esto no es necesario. Mi amigo lo lamenta. No fue su intención hacerte enfadar. —Lo dijo en tono amigable, tranquilo.

—No dejes que se me acerque, Colin —replicó Jack, otra vez con su voz normal—, o le rompo esa cara presumida que tiene.

—De acuerdo.

Colin meneó la cabeza.

—Tonto —murmuró mientras Jack se alejaba hecho una furia.

Se volvió hacia August; era un chico de baja estatura, delgado, que tenía el nacimiento del cabello en forma de V, ojos bondadosos y rostro franco.

—Conque haciendo amigos en tu primer día, ¿eh?

August se enderezó y se alisó la chaqueta.

—¿Quién dijo que es mi primer día?

Colin rio: un sonido espontáneo, tan natural como respirar.

—Este colegio es pequeño, amigo —respondió con una amplia sonrisa—, y nunca te he visto por aquí. ¿Tienes nombre?

August tragó saliva.

—Frederick —respondió.

—¿Frederick? —repitió Colin, levantando una ceja. August se preguntó si se había equivocado al elegir el nombre.

—Sí —dijo lentamente, y luego agregó—: pero puedes llamarme Freddie.

Nunca nadie lo había llamado Frederick ni Freddie, pero fue la respuesta correcta. El rostro de Colin volvió a transformarse en un instante, de escéptico a alegre.

—Ah, gracias a Dios —dijo—. Frederick es un nombre muy pretencioso. Sin ánimo de ofender. Tú no tienes la culpa.

Empezaron a caminar juntos hacia el edificio principal, pero un par de alumnos llamaron a Colin.

—Oye, nos vemos adentro —dijo, mientras corría a reunirse con ellos.

A mitad de camino, giró con una sonrisa.

—Trata de no fastidiar a nadie más antes de la primera clase.

August logró imitar apenas la sonrisa del otro muchacho.

—Lo intentaré.



—¿Nombre? —preguntó la mujer de la oficina de inscripción.

—Frederick Gallagher —respondió August, y logró esbozar lo que esperaba que fuera una sonrisa nerviosa, al tiempo que se apartaba un mechón de pelo de los ojos—. Pero todos me llaman Freddie.

—Ah —dijo la mujer, y sacó una carpeta que tenía una franja amarilla en la parte superior—. Tú debes de ser uno de nuestros nuevos alumnos.

August asintió e intentó mejorar la sonrisa. Esta vez, la mujer le sonrió también.

—Mírate —dijo—. Pelo oscuro. Ojos bondadosos. Hoyuelos. Las chicas van a querer devorarte.

August no entendió a qué se refería.

—Espero que no —respondió.

Ella rio. Allí todos reían con mucha facilidad.

—Te falta conseguir la credencial —le informó—. Ve a la siguiente oficina y entrégales la primera página que tienes en tu carpeta. Allí te atenderán.

La mujer vaciló, como a punto de decir algo más, algo personal. August se apartó antes de que llegara a hacerlo.

Al lado, había una fila corta que salía de una puerta rotulada Registro de identidad. August observó cómo un alumno que estaba delante entregaba su papel al hombre que atendía, y luego se colocaba frente a un fondo de color verde claro. Sonreía, y enseguida se disparaba un flash. August sintió temor. Otro alumno repitió el proceso. Y otro más. August se retiró.

Los demás alumnos parecían dirigirse a unas puertas grandes que estaban del otro lado del vestíbulo, de modo que los siguió, y se encontró en la entrada

de un auditorio. Había algún sistema tácito, un orden natural que todos parecían entender. Caminaban en fila hacia sus asientos, y August se rezagó, tratando de no interrumpir el paso de los demás.

—¿Año? —le preguntó una voz de mujer.

Al darse vuelta, se encontró con una profesora vestida de falda que tenía en las manos una pila de carpetas.

—Tercero —respondió.

Ella asintió.

—Te toca sentarte delante, a la izquierda.



Mientras August buscaba un asiento, el auditorio se iba llenando de cuerpos y voces, y la inmensa cantidad de ambas cosas lo dejó aturdido. Alrededor, cientos de voces hablaban superponiéndose constantemente, formando capas como la música, pero la cadencia estaba mal, más similar al jazz que a la música clásica, y cuando intentó distinguir las conversaciones no le quedaron acordes, sino sílabas, risas y sonidos que no entendía. Luego, para su alivio, las voces se aquietaron, y al levantar la vista August vio a un hombre de traje azul impecable cruzando el escenario.

—Hola —dijo este, dando golpecitos al micrófono que había en el podio—. Soy el señor Dean, Director de Colton. Quiero dar la bienvenida a nuestros estudiantes de primer año a un nuevo colegio, y a nuestros alumnos que regresan, la bienvenida a un nuevo año escolar. Quizá no habéis notado la incorporación de varios alumnos nuevos. Y como Colton es una comunidad, voy a pedirles que se pongan de pie cuando diga sus nombres, para que

vosotros os ocupéis de hacerlos sentir como en casa.

A August se le encogió el estómago.

—Tenemos dos alumnos nuevos de segundo año. Marjorie Tan...

Una chica se puso de pie unas doce filas detrás de él, y se sonrojó profundamente ante la mirada colectiva. Empezó a sentarse de inmediato, pero el director levantó la mano.

—Quédate de pie, por favor —insistió—. Ahora veamos, ¿Ellis Casterfeld?

Un chico flacucho se levantó e hizo un saludo general al salón.

—Alumnos de tercero, tenemos un nuevo compañero para vosotros. —El corazón de August se aceleró—. El señor Frederick Gallagher.

August exhaló, aliviado al no oír su nombre. Entonces recordó que Frederick *era* su nombre. Tragó saliva y se puso de pie. Desde todas las direcciones, los alumnos de tercer año giraron para verlo mejor. Sintió que le ardía la cara, y por primera vez August deseó ser *menos* real. Quizás incluso desaparecer.

Y por fin el director la mencionó, y en cierto modo August sí desapareció.

—Y por último, una nueva alumna de cuarto año: la señorita Katherine Harker.

Se hizo silencio en el auditorio y todos los demás quedaron en el olvido cuando, cerca del frente, una chica se puso de pie. Todas las cabezas giraron hacia ella.

Katherine Harker.

La única hija de Callum Harker, el «gobernador» de Ciudad Norte, hombre conocido por coleccionar monstruos como armas, y la razón por la que habían enviado a August a aquel colegio.

Recordó la conversación que había tenido con Henry y Leo.

—No entiendo. ¿Queréis que... vaya al colegio? ¿Con ella? —Se le

frunció la nariz al pensarlo. *Harker era el enemigo. Un asesino. Katherine era un misterio, pero si salía en algo a su padre...—. ¿Y qué queréis que haga?*

—Síguela —dijo Leo.

—El colegio es demasiado pequeño. Se dará cuenta.

—No serás tú —respondió Leo—. Y queremos que se dé cuenta. Queremos que te acerques a ella.

—No demasiado —aclaró Henry—. Solo queremos que la vigiles. Por si llegamos a necesitar una ventaja...

—Por eso mismo su gente te busca a ti —explicó Leo—. Cuando esta tregua se quiebre...

—Si es que la tregua se quiebra... —lo interrumpió Henry.

—Podría sernos muy útil.

—No sabemos nada de ella —protestó August.

—Es la hija de Harker. Si a ese hombre le importa alguien, es ella.

August observó a la chica de la primera fila. Katherine se parecía a su padre: delgada, bien vestida y llena de ángulos. Tenía el pelo diferente de la fotografía que él había visto. Rubio, sí, pero cortado al hombro, bien lacio y peinado de modo que le cubría la mitad de la cara. La mayoría de las chicas de Colton se habían puesto falda con el polo del uniforme, pero ella tenía unos pantalones de corte ajustado, y las manos enganchadas en los bolsillos. Alrededor de August, la gente empezó a murmurar. Y entonces, Katherine, que había estado mirando hacia el frente con ojos indiferentes, se dio la vuelta y miró por encima del hombro.

A él.

Ella no sabía, no *podía* saber quién era él, pero sus ojos oscuros lo recorrieron de un modo lento y evaluador, con un leve asomo de sonrisa en los

labios, hasta que el señor Dean les indicó que tomaran asiento. August se hundió en su butaca, con la sensación de que acababa de escapar de un roce con la muerte.

—Ahora bien —prosiguió el director—, si todavía no tienen sus credenciales, no dejen de pasar a retirarla después de clase. No solo pueden usarla para pagar el almuerzo y sus útiles escolares, sino que además la necesitarán para acceder a ciertas partes del campus, como el teatro, las instalaciones deportivas y las salas de música insonorizadas.

August levantó la cabeza al oír eso. No le importaba la cafetería, tenía poco interés en el teatro o en el ejercicio físico, pero ¿un lugar donde podría tocar en paz? Para eso valía la pena tener la credencial.

—Habrá alguien atendiendo en la oficina de identificación durante la hora de almuerzo y hasta media hora después de clase...

El director siguió hablando varios minutos más, pero August había dejado de prestarle atención.

Cuando terminó la asamblea, la ola de alumnos lo llevó desde el auditorio al vestíbulo, donde tardó unos treinta segundos en darse cuenta de que no tenía idea de dónde tenía que ir. El corredor era una maraña de cuerpos uniformados, y August intentó quitarse de en medio mientras buscaba el horario de clases en la mochila.

—Oye, *Frederick*.

Levantó la vista y vio a Colin acercándose con dificultad entre la multitud. Cogió a August por la manga y lo sacó del paso.

—Te tengo. —Colin bajó la mirada un segundo y vio las marcas en el antebrazo de August, donde se le había levantado la manga. Aquellos ojos tan expresivos se dilataron—. Ah, qué buenos tatuajes, amigo. Pero no dejes que Dean te los vea. Es terriblemente estricto. Una vez me hice uno temporal en la

cara, creo que era una abeja, no recuerdo por qué, y me hizo lavarme hasta borrarlo. Es la política del colegio.

August volvió a estirarse la manga, y Colin echó un vistazo a la hoja que tenía en la mano—. Ah, perfecto. Tenemos Lengua juntos. Me pareció ver tu nombre en la lista. Siempre reviso las listas antes de clases, solo para ver con quiénes voy a estar, ¿sabes?

August no lo sabía, y no distinguía si era su influencia lo que ponía tan conversador a Colin, o si era así por naturaleza, pero sospechaba que era esto último.

—Bien, vamos —dijo Colin, y lo llevó hacia una puerta que daba a la escalera—. Conozco un atajo.

—¿Adónde?

—A la clase de Lengua, claro. Podríamos ir por el pasillo ¡pero *hay demasiados mocosos de primer año!* —bramó.

Varios alumnos menores lo miraron con los ojos muy abiertos, y la profesora que llevaba falda lo miró con aire acusador.

—A clase, señor Stevenson.

Colin solo le guiñó un ojo, entró al hueco de la escalera y sostuvo la puerta para August, que no sabía a ciencia cierta si estaba ayudándolo o secuestrándolo. Pero no quería llegar tarde a la primera clase de su vida, de modo que lo siguió. Justo antes de que se cerrara la puerta con un fuerte golpe, le pareció ver pasar a Katherine Harker, y los alumnos se abrían a su paso como un mar.



Cuando la gente hablaba del primer día de colegio, usaba expresiones como «volver a empezar» o «un nuevo comienzo», y siempre destacaba que era una oportunidad de definirse, o redefinirse.

A los ojos de Kate, el primer día era una oportunidad, algo que ella había aprovechado en cada una de sus colegios anteriores, y aquellos primeros días habían sido educativos en sí mismos, pues la habían conducido a esto. Su primer día en Colton era una oportunidad para establecer pautas. Para causar una *impresión*. Contaba con la ventaja adicional de ser local; quizá no la conocieran, pero todos sabían de ella, y eso era mejor. Era un cimiento, algo sobre lo cual construir. Al terminar la semana, Colton ya sería suyo. Al fin y al cabo, si no era capaz de mandar en un colegio, no merecía gobernar una ciudad.

En realidad, a Kate no le interesaba tanto gobernar un colegio ni una ciudad. Simplemente no quería que Harker la mirara y la viera débil, indefensa, una

chica que no había heredado de él más que algunos rasgos faciales y el tono del cabello. Quería que, al mirarla, viera a alguien que merecía estar allí. Porque de ninguna manera dejaría que la enviara lejos; esta vez, no.

Ella había luchado por llegar allí, y lucharía por quedarse.

Soy hija de mi padre, pensaba mientras caminaba por el pasillo, con los brazos a los costados y la cabeza en alto; el medallón y las uñas metálicas brillaban bajo las luces (le recordaban los dientes del monstruo que brillaban en el vídeo, y eso le daba fuerzas). Las miradas la seguían por los pasillos. Los labios se movían detrás de los dedos que intentaban cubrirlos. A cada lado, los estudiantes se amontonaban y se separaban, se adelantaban y retrocedían como una ola, como una bandada de estorninos. Todos juntos. Todos separados.

«Hay que doblegarlos desde el comienzo», había dicho su padre una vez. Claro que él se refería a los monstruos, no a los adolescentes, pero tenían mucho en común. Ambos tenían mente de colmena: pensaban y actuaban en grupo. Tanto las ciudades como los colegios eran microcosmos de vida, y los colegios pequeños tenían su propio ecosistema delicado.

St. Agnes había sido la más pequeña de todas: solo había cien chicas, mientras que Fischer, su primer colegio privado, albergaba a seiscientas cincuenta. La Academia Colton tenía cuatrocientos alumnos, es decir que era suficientemente pequeña como para que los alumnos se conocieran pero a la vez lo bastante grande como para garantizar al menos un módico grado de resistencia.

Era natural: siempre había quienes querían desafiar al poder, reivindicar su derecho a la autoridad o a la popularidad, o a lo que fuera que quisieran, y por lo general Kate lograba reconocerlos en los primeros días. Esas pocas personas alteraban la mente de colmena, y Kate sabía que tendría que ocuparse

de ellas lo más pronto posible.

Solo necesitaba una oportunidad para establecerse.

Y, sorprendentemente, se le presentó una casi de inmediato.

Sabía que los demás murmurarían sobre ella. Que habría rumores. No eran malos de por sí. De hecho, algunos eran prácticamente propagandísticos. Mientras recorría los pasillos entre clases, ladeaba la cabeza para oír los menos disimulados.

«Dicen que incendió su colegio anterior».

«Dicen que estuvo en la cárcel».

«Dicen que bebe sangre como un Malchai».

«¿Sabéis que atacó a un alumno con un hacha?»

«Psicópata».

«Asesina».

Y entonces, al entrar a su siguiente clase, lo oyó.

—Dicen que su madre se volvió loca.

Kate aminoró el paso.

—Sí —prosiguió la chica, con voz suficientemente alta para que ella la oyera—. Se volvió loca, intentó despeñar el coche con ellas adentro.

Kate apoyó la mochila en un pupitre y se puso a buscar algo adentro como distraída, apuntando su oído sano hacia la chica.

—Dicen que Harker la envió lejos porque no soportaba mirarla. Le recordaba a su esposa muerta.

—Charlotte —susurró otra chica—. Cállate.

Sí, Charlotte, pensó Kate. Cállate.

Pero Charlotte no se calló.

—Tal vez la envió lejos porque ella también estaba loca.

Loca, no, quería decir Kate. No, él pensaba que era joven, que era débil

como su madre. Pero se *equivocaba*.

Se clavó las uñas salvajemente en las palmas de las manos, se sentó y fijó la vista en la pizarra. Pasó toda la clase así sentada, con la cabeza erguida, pero no estaba prestando atención, no tomaba apuntes. No oyó una sola palabra de lo que dijo el profesor, ni le importaba. Se quedó quieta en su lugar y esperó que sonara el timbre. Cuando sonó, salió detrás de Charlotte y la siguió por el pasillo. La clase que tenía después, fuera la que fuese, no era tan importante como esto.

Cuando la chica se desvió y entró al baño más cercano, Kate la siguió y atrancó la puerta al entrar.

Charlotte, bonita con un estilo muy aburrido, estaba de pie frente al lavabo, retocándose el maquillaje. Kate se le acercó y empezó a enjuagarse las manchas de sangre que le habían dejado las uñas en las palmas de las manos. Luego se colocó el pelo detrás de la oreja, y al hacerlo dejó al descubierto la cicatriz que le cruzaba la cara desde la sien hasta la mandíbula. La otra chica levantó la vista, vio en el espejo que Kate la miraba, y tuvo el valor de sonreír con desdén.

—¿Querías algo?

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Kate.

La chica levantó una ceja decolorada y se secó las manos.

—Charlotte —respondió, y empezó a darse la vuelta para irse.

—No —dijo Kate lentamente—. Tu nombre completo.

Charlotte se detuvo, desconfiada.

—Charlotte Chapel.

Kate lanzó una risita por lo bajo.

—¿Chapel, como «capilla» en inglés?

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó la chica, irritada.

Kate se encogió de hombros.

—Una vez incendié una capilla.

El rostro de Charlotte se frunció con asco.

—Engendro —murmuró, y empezó a alejarse.

Pero no llegó muy lejos.

En un instante, Kate la sujetó contra la pared y le envolvió la garganta con cinco uñas con puntas de metal. Con la mano libre, Kate sacó el mechero del bolsillo. Presionó una muesca en el costado, y salió una navaja automática con un sonido apagado.

Los ojos de Charlotte se dilataron.

—Estás más loca de lo que creía —dijo, agitada.

Por un momento, Kate pensó en lastimarla. En lastimarla de verdad. No porque fuera a servirle de algo, sino solo porque la haría sentir muy, pero muy bien. Pero si la expulsaban, todo lo que había hecho para llegar allí habría sido en vano.

Va a exiliarla de Verity. Sin regreso. Para siempre.

—Cuando se entere el director...

—No se enterará —replicó Kate, apoyando la navaja contra la mejilla de Charlotte—. Porque no vas a decírselo. —Lo dijo en el mismo tono en que decía todo: con voz baja y serena.

Una vez había visto un documental sobre los líderes de sectas y los rasgos que los hacían tan efectivos. Una de las características más importantes era una presencia imponente. Demasiadas personas pensaban que eso significaba hablar levantando la voz, pero en realidad se refería a alguien que no *necesitaba* levantar la voz. Alguien capaz de imponerse a un auditorio sin alzarla ni un poquito. El padre de Kate era así. Ella lo había observado, en los pocos momentos que habían compartido, y Callum Harker jamás gritaba.

Kate, tampoco.

Aflojó apenas los dedos sobre la garganta de Charlotte, acercó la navaja al medallón que pendía sobre la camiseta del uniforme y dio unos golpecitos con la hoja contra la *V* tallada.

—Quiero que recuerdes algo, Charlotte Chapel. —Se acercó más—. Ese colgante podrá protegerte de los monstruos, pero no te protegerá de mí.

Sonó el timbre y Kate se apartó, con su mejor sonrisa. La navaja desapareció en el interior del mechero y su mano soltó la garganta de la otra chica.

—Ahora date prisa —le dijo, con voz gélida—. No querrás llegar tarde.

Charlotte se llevó la mano a la garganta y salió del baño a toda prisa.

Kate no la siguió. Se acercó al lavabo, volvió a lavarse las manos y se arregló el pelo. Por un instante, se miró a los ojos en el espejo, y vio otra versión de sí misma detrás del azul tormenta, alguien que pertenecía a una vida diferente, a un mundo más apacible. Pero esa Kate no tenía cabida en este.

Inhaló largamente, giró la cabeza para aflojar el cuello y fue a clase, segura de haber causado una sólida primera impresión.



August debía estar en clase de gimnasia.

O al menos, todos los demás alumnos de tercer año debían estar en clase de gimnasia, y probablemente allí estaban, pero gracias a un problema de salud —asma, según su expediente—, a él le habían permitido ir al salón de estudio durante esa hora.

August no tenía asma. Lo que sí tenía eran cuatrocientas dieciocho marcas uniformes que le recorrían todo un brazo y empezaban a extenderse por su espalda y su pecho, y a Henry le preocupaba que llamaran la atención.

Por eso, en lugar de ir a gimnasia, August estaba en hora de estudio. O al menos, lo había estado. Imaginaba que un salón de estudio podía serle útil, pero al ser el primer día de clase, no tenía nada que estudiar, entonces le había pedido permiso al profesor para ir al baño y no había regresado.

Ahora estaba frente a la oficina de identificación. Mientras iba hacia allá, había buscado una excusa para que no le tomaran una foto —una vez había

leído acerca de una tribu que creía que si los fotografiaban les robarían el alma—, pero al final no la necesitó.

No había nadie en la oficina. Las luces estaban encendidas, y cuando empujó la puerta, la encontró sin llave. Miró alrededor con nerviosismo, entró y cerró la puerta. En la pantalla del ordenador aún estaba el formulario de identidad, y August ingresó sus datos: Frederick Gallagher, 16 años, 1,78m, pelo negro, ojos grises.

A la derecha de esta información esperaba un rectángulo vacío. August sabía para qué era. Tragó saliva, pulsó el botón de disparo automático retardado y se colocó frente al fondo claro, como había visto hacer a los otros alumnos. Miró directamente a la cámara y el flash se disparó. August parpadeó por la luz y contuvo el aliento mientras rodeaba el escritorio, pero se le aceleró el corazón cuando vio la foto en la pantalla. Tenía una expresión vacía, pero su rostro tenía todos los componentes indicados: mentón, boca, nariz, pómulos, pelo. Un muchacho común y corriente... salvo por los ojos. Donde debían estar los ojos, había solo un borrón negro. Como si alguien hubiera dibujado su rostro con carbonilla y luego la hubiera intentado borrar.

Sunai, Sunai, ojos de carbón, cantó una voz en su mente. Se le retorció el estómago.

¿Otra toma?, preguntaba el ordenador.

August pinchó *sí*. Esta vez no miró directamente a la cámara sino justo por encima. No tuvo suerte. El mismo manchón oscuro seguía ocultando su mirada. Hizo otro intento, y otro, y otro más, cada vez enfocando los ojos una fracción hacia la izquierda o hacia la derecha, arriba o abajo; la mancha negra cambiaba de lugar, a veces un poco más clara, pero siempre aparecía. Se le llenó el campo visual de puntitos de luz, como una docena de flashes cada vez que parpadeaba. La última toma lo miraba desde la pantalla, con los ojos

tapados por la misma mancha negra, pero con el ceño apenas fruncido por la frustración. No debería haberse tomado la molestia; debería haber sabido que no daría resultado, pero había esperado... ¿qué?

¿Una oportunidad de jugar a ser humano?, lo reprendió la voz de su hermano.

El alma te roban con una canción.

Meneó la cabeza.

Estallido.

Demasiadas voces.

¿Otra toma?, preguntaba el ordenador.

El dedo de August se acercó al *no* y permaneció allí un instante, pero al cabo de un momento pinchó *sí*. Una vez más. Se puso adelante del fondo claro, inhaló profundamente y se preparó para el flash inevitable, con la decepción de un último intento fallido. Pero el flash nunca salió. Oyó el clic digital de la cámara, pero seguramente la luz había fallado. Se acercó a la pantalla, con el corazón acelerado, y miró.

Quedó sin aliento.

En la pantalla había un muchacho de pie, con las manos en los bolsillos. No estaba mirando a la cámara. Tenía los ojos entornados y la cabeza apartada; los bordes ligeramente borrosos, como una foto tomada en movimiento. Pero era él. Sin mancha negra. Sin mirada vacía.

August exhaló con un estremecimiento y pinchó *imprimir*, y un minuto después la máquina escupió su identificación. Se quedó varios largos segundos contemplando la imagen, como hipnotizado; luego guardó la tarjeta y salió con sigilo justo cuando sonaba el timbre para ir a almorzar. Iba a mitad de camino de su casillero cuando alguien lo llamó. Bueno, llamó a *Freddie*.

Al darse la vuelta vio a Colin, flanqueado de un lado por un muchacho, y del

otro, por una chica.

—Alex y Sam, él es Freddie —anunció, a modo de presentación—. Freddie, Alex y Sam.

August no estaba seguro de cuál de los dos era Alex y cuál era Sam.

—Hola —lo saludó uno de ellos.

—Hola —repitió el otro.

—Hola —respondió August.

Colin le pasó un brazo por encima del hombro, lo cual era difícil si se toma en cuenta que medía quince centímetros menos. August se tensó al sentir el súbito contacto, pero no se apartó.

—Parece que te perdiste.

August empezaba a menear la cabeza cuando Colin lo interrumpió.

—¿Tienes hambre? —le preguntó alegremente—. Yo estoy famélico, vayamos a comer algo.



—...me pone la piel de gallina.

—...fiesta este fin de semana.

—...un imbécil.

—¿...Jack y Charlotte juntos?

August se quedó mirando su almuerzo a medio comer.

Había mucho bullicio en la cafetería, mucho más del que había esperado: el traqueteo constante de bandejas, risas y gritos como disparos a repetición; pero trataba de no pensar en eso y de concentrarse más bien en la manzana que estaba haciendo girar en las manos. Las manzanas eran su comida preferida, no

por su sabor sino porque le gustaba sentir las en las manos: la cáscara fresca y lisa, el peso sólido. Pero se dio cuenta de que Sam —que resultó ser la chica— estaba observándolo, así que se llevó la manzana a la boca y le sacó un bocado, intentando contener una mueca.

August *podía* comer, pero no lo disfrutaba. No era que el acto le resultara repulsivo. Era solo que... la gente hablaba de la delicia que era un pastel de chocolate, de la dulzura de los melocotones, del placer inmenso de un buen bistec. Para ellos, cada alimento era una *experiencia*.

Para August, todo tenía el mismo sabor. Y era sabor a... nada.

«Es porque es comida para *personas*», le decía Leo.

«Yo soy una persona», replicaba August, tensándose.

«No,» su hermano meneaba la cabeza, «no lo eres.»

August sabía a qué se refería: *Eres más*. Pero no lo hacía sentir más. Lo hacía sentir un impostor.

Ahora bien, todo eso que la gente sentía con la comida, August lo sentía con la música. Podía saborear cada nota, paladear la melodía. Al pensarlo, sintió un cosquilleo en las marcas de su piel, y sus dedos ansiaron coger el violín. Frente a él, en la mesa, Colin estaba contando una anécdota. August no estaba prestando atención a lo que decía, pero lo *observaba*. Mientras hablaba, el rostro de Colin pasaba por una procesión acrobática de expresiones; cada una daba lugar a la siguiente.

August comió un segundo bocado, masticó, tragó y dejó la manzana.

Sam se inclinó hacia adelante.

—¿No tienes hambre?

Antes de que August alcanzara a mostrarle el contenido a medio comer de su fiambarrera, Colin intervino.

—Yo siempre tengo hambre —dijo, con la boca llena—. Pero siempre.

Sam lo miró con exasperación.

—Ya me he dado cuenta.

El chico, Alex, clavó el cuchillo en un trozo de fruta.

—Oye, *Frederick* —dijo, enfatizando cada sílaba del nombre—. Colton no suele recibir mucha sangre nueva. ¿Te echaron de alguna de las otras academias?

—Me dijeron que a *ella* la echaron —susurró Colin. No fue necesario que aclarara a quién se refería.

—Ese no es el único motivo por el que la gente cambia de colegio —repuso Sam, dirigiéndose a Alex—. El hecho de que *a ti* te hayan expulsado...

—¿Fue un traslado voluntario! —exclamó Alex, y volvió a dirigir su atención a August—. ¿Y bien? ¿Fue expulsión? ¿Traslado? ¿Te tiraste a una profesora?

—No —respondió August automáticamente, y luego, más despacio—. Estudiaba en casa.

—Ah, con razón eres tan callado.

—*Alex* —lo reprendió Sam, al tiempo que le propinaba un puntapié por debajo de la mesa—, no seas grosero.

—¿Qué? Habría podido decirle que es raro.

Otra patada.

—No hay problema —dijo August, y logró formar una sonrisa—. Es solo que no estoy habituado a tanta gente.

—¿Dónde vives? —le preguntó Colin con la boca llena de pasta.

August mordió otro bocado de la manzana para contener las palabras que le subían por la garganta. En esos segundos robados, repasó su versión en busca de la verdad correcta.

—Cerca del Tajo —respondió.

—Caray —se sorprendió Alex, con un silbido—. ¿En la zona roja?

—Sí —dijo August lentamente—, pero es Ciudad Norte, así que...

—Solo da miedo si no tienes medalla —añadió Colin, al tiempo que daba unos golpecitos al colgante labrado que llevaba al cuello.

Sam meneó la cabeza.

—No sé. Me han dicho que en la zona roja pasan cosas malas. Incluso a los que tienen la protección de Harker.

Alex echó un vistazo hacia el otro lado de la cafetería.

—Que no te oiga *ella*. Se lo va a contar a su papá.

Colin se encogió de hombros y se puso a hablar de un concierto. La mente de aquel chico parecía divagar incluso más que la de August, pero este siguió la dirección de la mirada de Alex. Katherine estaba sentada sola en una mesa, pero no parecía molestarle la soledad. De hecho, tenía en los labios una leve sonrisa desafiante. Como si *quisiera* estar sola. Como si el hecho de que la gente la evitara fuera una medalla de honor. August no lo entendió.

—¿Quieres venir, Freddie?

La observó comer con lentitud y desinterés, pasar una uña metálica por el borde de su medalla, ponerse de pie.

—¿Freddie?

El ambiente de la cafetería se alteró con ese movimiento, y las miradas se volvieron hacia ella. Pero no parecía importarle. Con la cabeza erguida, fue a dejar la bandeja y se retiró.

—Ni siquiera está escuchando.

La atención de August volvió a su mesa.

—Disculpa, ¿qué?

—Al concierto, el sábado, ¿quieres venir?

—*Ninguno de nosotros* va a ir —aclaró Sam, y salvó a August de tener que

responder—. Porque hay *toque de queda*, Colin. ¡Y queda prácticamente en el Páramo!

—Además, no queremos *morir* —agregó Alex, con una imitación exagerada de la voz de Sam. Agitó los brazos al decirlo.

—Mi madre me despellejaría —insistió Sam, ignorando la imitación.

—Si no te atrapa primero un Corsai —bromeó Alex. Sam lo miró horrorizada y le dio un puñetazo en el hombro.

—¡Ay!

—Yo creo —dijo Colin, inclinándose sobre la mesa— que la vida es corta, ¿sabéis?

Habló en voz baja, como conspirando. Tenía una actitud que hacía sentir a August que no era nuevo, que siempre había estado en ese colegio.

—...No podemos vivirla con miedo.

August asintió, aunque pasaba la mayor parte del tiempo con miedo. Miedo de lo que él era, miedo de lo que no era, miedo de deshacerse, de convertirse en otra cosa, de convertirse en nada.

—Sí —concordó Alex—, la vida es corta, y será muchísimo más corta si andas por ahí de noche...

Colin disimuló una sonrisa.

—Freddie no les tiene miedo a los monstruos, ¿verdad?

August no supo qué responder. Pero no fue necesario.

—Una vez vi uno —añadió Colin.

—Eres un mentiroso...

—¿Y qué hiciste?

—Obviamente, corrí todo lo que me dejaron las piernas.

August rio. Eso lo hizo sentir bien.

Y luego, entre un bocado de manzana y otro, empezó el hambre.

Empezó como una cosa de nada.

O *casi* nada, como el momento previo al inicio de un constipado, ese segundo en que uno se siente como atontado y nos avisa que viene la fiebre. Pensar en ello —¿Voy a estornudar? ¿Empieza a dolerme la garganta? ¿Cuánto hace que tengo la nariz taponada?— solo hizo que empeorara más rápido, y August intentó ahogar el pánico que crecía dentro de él.

Ignóralo, se dijo. *La mente domina al cuerpo...* Eso le daría resultado hasta que el hambre se extendiera desde el cuerpo a la mente, y entonces estaría en problemas. Se concentró en la respiración, se obligó a hacer pasar el aire por la garganta y llegar a los pulmones.

—Oye, Freddie, ¿te encuentras bien? —le preguntó Colin, y August tomó conciencia de que estaba aferrándose a la mesa—. Te veo un poco descompuesto.

—Sí —respondió; se puso de pie y casi tropezó al enredársele las piernas con la silla—. Solo... voy a tomar un poco de aire.

August se colgó la mochila al hombro, tiró a la basura lo que quedaba de su almuerzo y salió por las puertas de la cafetería. No le importaba adónde dieran, con tal de *salir*.

Se encontró detrás del colegio; los árboles eran una línea verde a lo lejos. El aire estaba fresco, y lo inhaló a bocanadas, murmurando: «*estás bien, estás bien, estás bien*», hasta que se dio cuenta de que no estaba solo.

Alguien se aclaró la garganta, y al darse la vuelta, August encontró a Katherine Harker recostada contra el edificio, con un cigarro entre los dedos.

—¿Mal día?



Kate quería tan solo un momento de paz. Un momento para respirar, para pensar, sin estar en exhibición. Aún no lograba borrar de su mente las palabras de Charlotte.

Dicen que su madre se volvió loca. Intentó despeñar el coche con ellas adentro.

Las palabras le trajeron no un recuerdo, sino dos. Dos mundos distintos. Dos Kates diferentes. Una, tendida en el césped. La otra, estirada sobre el asfalto. Una, rodeada por la quietud susurrante del campo. La otra, rodeada por un silencio atronador.

Distraída, se llevó los dedos hasta la cicatriz oculta por el pelo y se pasó una uña metálica por la curva de la oreja. Era desconcertante poder sentir pero no oír el roce de la uña sobre la piel.

Justo entonces se abrieron las puertas y salió un chico. Kate bajó la mano. El muchacho parecía un poco perdido y algo descompuesto, y en realidad no

podía culparlo: había salido de la cafetería, y ese lugar era suficiente para descomponer a cualquiera.

—¿Mal día?

Él levantó la vista, sobresaltado, y entonces lo reconoció.

Frederick Gallagher. El nuevo alumno de tercero. De cerca, parecía más un perro callejero que un estudiante. Tenía grandes ojos grises bajo una espesa cabellera negra, y un aire hambriento; los huesos le presionaban la piel.

Lo observó abrir la boca, cerrarla y abrirla otra vez, solo para responder con una sola palabra.

—Sí.

Kate dio un golpecito al cigarro para que cayera la ceniza y se puso de pie.

—Eres nuevo, ¿verdad?

Una sola ceja se levantó, apenas una fracción.

—Tú también —replicó.

La respuesta la tomó desprevenida. Había pensado que sería uno de esos que hablan entre dientes, o un inseguro. Pero este chico hablaba mirándola a los ojos, y su voz, aunque baja, era firme. Quizá no era un perro callejero, entonces.

—Te llamas Katherine, ¿verdad?

—Kate —respondió—. ¿Frederick?

—Freddie —la corrigió.

Kate dio una calada al cigarro. Frunció el ceño.

—No tienes cara de Freddie.

Él se encogió de hombros, y durante un segundo se quedaron así, midiéndose mutuamente. El momento se prolongó y la mirada empezó a resultar incómoda, hasta que los ojos grises de él se apartaron por fin y bajaron hacia el suelo. Kate sonrió, victoriosa. Señaló el asfalto y el césped que seguía a

continuación.

—¿Qué te trae a mi oficina?

Freddie miró alrededor, confundido, como si en verdad hubiera irrumpido en un lugar ajeno. Luego levantó la mirada y respondió:

—La vista.

Kate sonrió de medio lado.

—No me digas.

Freddie se sonrojó.

—No me refería a ti —aclaró enseguida—, sino a los árboles.

—Caramba —dijo ella secamente—. Gracias. ¿Cómo puedo competir con los pinos y los robles?

—No lo sé —respondió Freddie, ladeando la cabeza. Otra vez el perro callejero—. Son fantásticos.

Kate se colocó el pelo detrás de la oreja y se miraron. Solo un momento. Él tenía un rubor en las mejillas, pero no era porque estuviera avergonzado. Realmente parecía sentirse mal.

—Te ofrecería una silla —le dijo ella, al tiempo que echaba más ceniza al suelo.

—No te preocupes —respondió Freddie, y se recostó contra la pared adyacente—. Solo necesitaba un poco de aire.

Kate observó cómo aquel pecho se llenaba y se vaciaba, los ojos grises fijos en un grupo de nubes bajas. Había algo en esos ojos, algo presente y distante a la vez.

¿Dónde estás?, pensó Kate, con la pregunta en la punta de la lengua.

—Toma. —Le ofreció el cigarro—. Parece que te vendría bien.

Pero Freddie levantó la mano.

—No, gracias —dijo—. Esas cosas matan.

Kate rio por lo bajo, sin sonido.

—Igual que tantas otras cosas por aquí.

Una sonrisa triste.

—Cierto.

Sonó el timbre, y Kate se apartó de la pared.

—Nos vemos, Freddie.

—¿Tengo que programar una cita? —preguntó él.

Kate levantó la mano.

—Mi oficina siempre está abierta.

Dicho eso, apagó el cigarro y volvió a entrar.



Al final del día de clases, Kate era intocable.

Era obvio que se había corrido la voz, al menos entre los alumnos de cuarto año, sobre su actitud hacia Charlotte en el baño de las chicas. La mayoría conservaba la distancia y callaban cuando ella pasaba, pero algunas eligieron otra táctica.

—Me encanta tu pelo.

—Tienes una piel preciosa.

—Tus uñas son increíbles. ¿Eso es *hierro*?

Kate tenía aún menos paciencia para las que querían congraciarse que para las Charlottes. Había visto a la gente humillarse a los pies de su padre, tratando de rogarle, de engañarlo y de caerle en gracia. Él le había dicho una vez que por eso prefería a los monstruos antes que a los hombres. Los monstruos eran cosas viles y repugnantes, pero tenían poco interés y menos

talento cuando se trataba de ganarse el favor de alguien o mentir. Siempre estaban hambrientos, pero esa hambre no tenía nada que ver con la ambición.

«*Nunca tengo que pensar qué es lo que quieren*», le había dicho su padre.
«*Ya lo sé.*»

Kate siempre había detestado a los monstruos, pero ahora que la mitad colegio se apartaba de ella y la otra mitad intentaba congraciarse, empezó a entender aquel concepto. Era agotador, y sintió alivio cuando al fin sonó el último timbre.

—Mira —dijo a Marcus al llegar al sedán negro—. No me expulsaron.

—Es un milagro —respondió el chofer, con simulada seriedad, mientras le sostenía abierta la puerta.

Una vez detrás de las ventanillas oscuras, dejó por fin que se le borrara aquella sonrisa fría mientras el coche se alejaba de Colton y se dirigía hacia su casa.

Su casa... aún no se acostumbraba a esas palabras.

Los Harker vivían en el último piso de lo que alguna vez había sido el Edificio Allsway y ahora se conocía por el nombre ostentoso de Harker Hall, pues era todo de su padre, desde la acera hasta la punta de la aguja en la que terminaba el techo. Marcus se quedó en el coche, mientras dos hombres de trajes oscuros abrían las puertas de cristal para que entrara Kate. Se oía música clásica que flotaba en el aire como un perfume: era agradable en dosis pequeñas, pero pronto se hacía insoportable. El lugar en sí era muy lujoso: el vestíbulo abovedado, el suelo de mármol oscuro, las paredes de piedra blanca con ribetes de oro y los cielorrasos iluminados por arañas de cristal.

Kate había leído una vez una novela de ciencia ficción acerca de una ciudad brillante en el futuro, donde todo era glamoroso por fuera, pero por dentro estaba podrido. Como una manzana en mal estado. A veces se preguntaba si su

padre también la habría leído (de ser así, era obvio que nunca la había leído hasta el final).

Uno de los hombres de traje oscuro la siguió mientras cruzaba el vestíbulo, que estaba atiborrado de hombres y mujeres de atuendos elegantes; obviamente, muchos esperaban conseguir una audiencia con Harker. Una de esas personas, una mujer bellísima con un abrigo color crema, intentó poner un sobre con dinero en la mano de Kate, pero la detuvo el hombre del traje. (Lo cual fue una lástima. Tal vez ella habría aceptado el soborno. Aunque no habría llegado a manos de su padre). Kate mantuvo la mirada al frente hasta llegar al elevador dorado. Solo entonces se dio la vuelta, recorrió el recinto con la vista y esbozó la sombra de una sonrisa.

«Las personas te usan. Es una verdad universal. Tienes que usarlas, o te usarán a ti».

Otra cita del manual de Callum Harker para mantenerse en la cima.

Y hacía muchísimo tiempo que Callum Harker estaba en la cima, o al menos en ascenso. Era un hombre que sabía hacer tres cosas: amigos, enemigos y dinero (en su mayor parte ilegal). Mucho antes del Fenómeno y del caos, antes de las guerras territoriales y de la tregua, ya empezaba a convertirse en una especie de rey. No en la superficie, claro; ese título pertenecía a los Flynn. Pero todas las ciudades eran icebergs: el verdadero poder estaba por debajo, e incluso en aquellos días Harker tenía a media Ciudad V en el bolsillo. Por eso, cuando a las sombras empezaron a salirles dientes, cuando los territorios vecinos cerraron las fronteras, cuando el pánico expulsó a los habitantes de la ciudad y la gente que vivía fuera de la ciudad los envió de vuelta, cuando todos estaban aterrados, Harker estuvo allí.

Tuvo la visión —*siempre* había tenido la visión— y de pronto tenía también a los monstruos. Todo parecía muy sencillo: ir con Flynn y vivir con miedo, o

ir con Harker y pagar por la seguridad.

Resultó que la gente estaba dispuesta a pagar *mucho*.

El piso de los Harker era minimalista y elegante: más mármol y cristal, interrumpidos por madera oscura y acero. Allí arriba no había sirvientes. No había hombres de traje. Todo era frío en el apartamento, lleno de bordes afilados; no era lugar para una familia. Sin embargo, habían vivido allí como tal. En el último piso, los tres, en aquellos cortos meses posteriores a la tregua y antes del accidente. Pero cuando Kate revisaba sus recuerdos en busca de su *hogar*, las imágenes se confundían: campos abiertos con árboles lejanos, cristales rotos y metal retorcido.

No importaba.

Ahora estaba allí. Haría suyo ese lugar.

—¿Hola? —llamó Kate.

Nadie respondió. No había esperado una bienvenida, un ¿qué tal tu día, cariño? Nunca habían sido una familia *así*. La oficina privada de su padre estaba en el apartamento, pero bien podría haber sido su propio apartamento, su propio mundo. Las puertas enormes estaban cerradas, y cuando acercó el oído sano a la madera, no oyó más que un rumor grave y constante. Estaba insonorizada. Kate se apartó de las puertas y regresó al apartamento.

Más allá de los ventanales, el sol empezaba a descender tras los edificios más altos. Kate dio un golpecito en un panel que había en la pared y se encendieron las luces e inundaron el lugar con un blanco artificial. Otro golpecito, y el silencio se quebró al salir música de los altavoces que había por todo el apartamento. Con los ojos fijos en la oficina de su padre, siguió presionando con el dedo. El volumen subió y subió hasta que el sonido le vibró en el pecho e hizo que el lugar vacío le pareciera lleno. El ritmo ahogó el sonido de sus pasos al dirigirse a la cocina, donde se sentó junto a la

encimera y vació su mochila. En Colton daban una tremenda cantidad de tarea, pero ella había pasado años en internados que, aparentemente, no tenían nada mejor que hacer que asignar tarea para el hogar. Entre sus papeles había un folleto sobre preparativos para la universidad, titulado «La vida después de Colton», lleno de opciones, en su mayoría dentro de Verity pero también había algunas más lejos. Las fronteras habían vuelto a abrirse dos años atrás con muchas restricciones —el territorio todavía era zona cerrada, bajo Cuarentena por Código 53: Otros— pero Kate supuso que algunos de los alumnos de Colton tenían conexiones para conseguir papeles de traslado junto con una invitación de una universidad.

Al fin y al cabo, los demás territorios *querían* las mentes más brillantes de Verity.

Lo que no querían eran sus monstruos.

Dejó el folleto a un lado.

Sobre la encimera de mármol había una pila de medallones nuevos, pesados discos de hierro con la *V* ornada grabada en el frente. Kate hizo girar uno entre sus dedos, distraída. Hierro. Era verdad que los monstruos lo aborrecían, pero no era ese metal lo que daba seguridad a la gente. Era Harker. Cualquiera podía colgarse un trozo de metal al cuello y esperar que ocurriera lo mejor, pero estos eran especiales.

En el dorso de cada medallón había un número grabado, y cada número era, o sería, asignado a una persona. En la oficina de su padre había un libro donde llevaba el registro de todas las personas que habían comprado su protección contra las cosas que acechaban en la oscuridad. No porque los monstruos temieran al metal. Porque le temían *a él*.

Kate chasqueó los dedos y volvió a hacer girar el medallón, observando cómo pasaban los dos lados una y otra vez.

Sin medalla no había protección. Esa era la ley de Harker.

Cuando el disco empezaba a tambalearse, sintió que algo se movía detrás de ella. No lo oyó, por el ritmo intenso del equipo de música, pero supo al instante, por el modo en que se le erizó la nuca, que ya no estaba sola.

Pasó la mano por debajo del borde de la encimera y encontró la pistola que estaba sujeta al granito. Cuando el medallón cayó, estaba de pie, había quitado el seguro y tenía la pistola levantada. Se enfocó en la mira y se encontró con un par de ojos rojos que la miraban.

Sloan.

Seis años atrás, ella había llegado a su casa en Ciudad V, a casa de su padre, y había encontrado a Sloan a su lado. Vestido con un traje negro a medida, el Malchai favorito de su padre parecía casi humano. Tenía la estatura de Callum Harker, aunque no su contextura, y sus mismos ojos hundidos, aunque los de Sloan eran de un carmesí brillante, mientras que los de Harker eran azules. Pero mientras que su padre era robusto como un buey, Sloan era un espectro; los huesos oscuros de su esqueleto se veían apenas a través del fino pergamino de su piel. Con su palidez, Sloan parecía enfermo. *No*, pensó Kate. Parecía *muerto*. Como un cadáver en un día frío.

En la mejilla del monstruo, justo debajo del ojo izquierdo, había una *H* marcada a fuego, del tamaño y la forma de un anillo universitario. (Su padre lo usaba en la mano izquierda, junto a su anillo de bodas).

Los labios finos de Sloan se separaron y dejaron al descubierto unos dientes afilados, como los de un tiburón, que terminaban en punta.

*Malchai, Malchai, veloces, astutos,
sonríen y muerden, tu sangre beberán.*

Sloan estaba diciendo algo pero ella no oía sus palabras por el volumen atronador de la música. No quería oírlas. La voz de Sloan era muy

desagradable; no era un sonido áspero ni un gruñido, sino algo suave y empalagoso. Kate nunca había visto comer a los Malchai, pero podía imaginarlo cubierto de sangre, con esa voz siempre asquerosamente dulce.

—*No lo oigo.*

Kate formó las palabras con la boca, con la esperanza de que se fuera. Pero Sloan era paciente por demás. Extendió un brazo y tocó un panel en la pared con una uña afilada; la música se acalló, y quedaron en silencio.

Kate no bajó el arma. Se preguntó con qué tipo de balas estaría cargada. ¿De plata? ¿De hierro? ¿De plomo? Algo que hiciera daño.

—Lleva menos de una semana en casa —dijo Sloan en voz tan baja que, después de la música, Kate tuvo que hacer un esfuerzo para oírlo—, y ya encontró las armas.

Kate sonrió con aire sombrío.

—¿Qué puedo decir?

—¿Piensa dispararme? —preguntó, dando un paso adelante como un animal que merodea, los ojos rojos llenos de interés, como si se tratara de un juego.

—Se me ha cruzado esa idea —respondió Kate, pero no disparó, y entonces sintió un peso encima del arma. Al bajar la vista, vio la mano de Sloan apoyada como si nada en el cañón de la pistola. Ni siquiera lo había visto moverse. Así eran los Malchai, lentos hasta que atacaban.

Sloan chasqueó la lengua contra los dientes afilados.

—Mi querida Kate —le dijo—. No soy su enemigo.

Sus dedos avanzaron, rozando los de ella, fríos y lisos, casi como los de un *reptil*. Kate se apartó y le entregó el arma. Sloan la dejó sobre la encimera, entre los dos.

—Hoy no hubo ningún problema, supongo.

Kate se señaló.

—Volví intacta.

—¿Y el colegio?

Como si le importara.

—Todavía en pie.

En la cocina estaba bajando la temperatura, como si Sloan estuviera absorbiendo todo el calor de la habitación. Kate se cruzó de brazos.

—Veo que se levantó temprano.

—Un chiste de vampiros. Qué original.

Sloan jamás esbozaba una sonrisa, pero tenía el mismo humor ácido que Callum Harker. Solo los Corsai eran verdaderamente nocturnos, alérgicos a la luz del día. Los Malchai bebían sangre y obtenían su fuerza de la noche, pero no eran vampiros, no los espantaban las cruces ni se incendiaban con el sol. Eso sí: de un trozo de metal puro directo al corazón no se salvaban.

Kate observó cómo Sloan miraba la pila de medallones que estaba sobre la encimera y retrocedía casi imperceptiblemente. Luego se volvió hacia los ventanales y la luz del día que iba apagándose.

Kate tenía una teoría con respecto a Sloan: que no era solo un sirviente de Harker, sino que era *su* Malchai, producto de algún crimen horrendo, una secuela, como aquellos Corsai del vídeo que había visto. Algo que seguía a Harker como una sombra. Pero ¿a quién había matado para engendrar a una criatura como Sloan? ¿Y cuánto tiempo llevaba allí el Malchai, al lado de su padre, cuando Kate no estaba allí? La pregunta le dio deseos de disparar una bala de plata justo al ojo del monstruo.

Su mirada se desvió hacia la marca que el Malchai tenía en la mejilla.

—Dígame una cosa, Sloan.

—¿Hmm?

—¿Qué hizo para llegar a ser la *mascota* preferida de mi padre?

El rostro del Malchai se tensó, como si se congelara en una expresión.

—¿Aprendió algún truco nuevo desde que me fui? ¿Sabe sentarse? ¿Acostarse? ¿Jugar a buscar y traer la pelota?

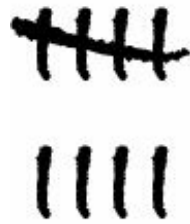
—Yo tengo un solo truco —respondió, y levantó una mano huesuda en el aire, junto a la cabeza de Kate—. Sé escuchar.

Chasqueó los dedos junto al oído malo de ella. Kate hizo amago de coger la pistola, pero él se le adelantó.

—No, no —le advirtió, moviendo el arma de un lado a otro—. Nada de peleas.

Kate levantó las manos y dio un paso atrás.

—¿Quién sabe? —añadió Sloan, haciendo girar el arma—. Si se porta bien, puede que Harker también la reconozca por fin.



August se sentía como el demonio.

Cuando se desplomó en el asiento del metro y cerró los ojos, cada una de sus cuatrocientas dieciocho marcas estaba vibrando ligeramente. Sentía el pulso como fuertes latidos en la cabeza, junto con un sonido lejano y constante de disparos. Intentó no pensar en ello, pero era como tratar de no rascarse una comezón.

—¿Cómo *pudiste*? —reprochó una mujer del otro lado del pasillo. Estaba de pie junto a un hombre que leía de una tableta. Como él no levantaba la vista, la mujer apoyó de un golpe la mano en la pantalla—. *Mírame*.

—Maldición, Leslie.

—¡Trabajo con ella!

—¿De verdad quieres hacer esto ahora? —gruñó el hombre—. Bien, veamos quién hizo más.

—Pedazo de *imbécil*.

—Estuvo Eric, y Harry, y Joe, pero ¿estamos contando a los que no te quisieron...?

Ella le dio una bofetada, fuerte; el sonido fue un chasquido en el vagón y un estallido en el cráneo de August. Las cabezas giraron hacia la pelea. August tragó saliva. Su influencia se extendía, se irradiaba de él como el calor. Dos asientos más allá, un hombre se puso a sollozar.

—Todo fue por mi culpa, por mi culpa, no fue mi intención...

—Eres una *puta*.

—No valía la pena.

—Debería haberme marchado.

—Todo fue por mi culpa.

El ruido iba en aumento en el vagón. August se aferró al asiento, con los nudillos blancos, y contó las estaciones que faltaban para llegar al Tajo.

—¿Estás bien? —le preguntó Paris cuando llegó al apartamento. Ella tenía un sentido especial que le hacía presentir cuando algo no iba bien.

—Estoy vivo —respondió, mientras se cambiaba la chaqueta por la chaqueta de la FTF.

Paris extendió la mano y la alzó hasta la mejilla de August.

—Tienes fiebre.

Sus huesos estaban calentándose y tenía la piel muy tirante por encima de ellos.

—Lo sé.

El sótano estaba maravillosamente oscuro y fresco, y una parte de él tuvo el impulso de acostarse en el suelo húmedo y cerrar los ojos, pero siguió caminando hasta cruzar el túnel y llegar al edificio del otro lado, subir a la planta baja y salir, y luego cuatro calles más por los callejones destrozados hasta su hogar. En el elevador se miró al espejo e hizo lo posible por peinarse

y componer su expresión. Estaba pálido, pero fuera de eso, el malestar aún no se manifestaba.

Henry lo esperaba en la Torre.

—¿August? —lo reprendió—. Debías enviarme un mensaje cuando salieras del colegio.

—Lo siento —masculló.

—¿Estás bien?

Dios, cómo detestaba esa pregunta.

—Estaré bien —logró responder. No era una mentira. A la larga, estaría bien.

—No te veo bien —lo cuestionó Henry.

—Fue un día largo —murmuró, con los dientes apretados.

Henry suspiró.

—Bueno, arriba ese ánimo. Emily está preparando una rica cena para celebrar tu primer día.

—Eso es ridículo —dijo—. Tres de nosotros ni siquiera comemos.

—Dale el gusto.

August se frotó los ojos.

—Voy a ducharme.

Dejó las luces del baño apagadas y se quitó el uniforme a oscuras. El agua salía fría, pero no la calentó. Entró al cubículo y ahogó una exclamación al sentir el agua sobre la piel desnuda, y se estremeció bajo la ducha helada. Allí se quedó hasta que los huesos dejaron de dolerle, hasta que el frío calmó un poco el fuego que sentía en el pecho y August dejó de sentir como si tragara humo con cada inhalación. Apoyó la frente contra la pared. *Estás bien, estás bien, estás bien.*

Cuando al fin salió de la ducha, el sol ya se había puesto.

Todos estaban esperándolo en la cocina.

—Allí está —dijo Emily, y fue a darle un abrazo—. Ya empezábamos a preocuparnos.

La piel de August seguía fresca por la ducha, de modo que ella no notó la fiebre. No obstante, se apartó y se dirigió a la mesa.

August hizo una mueca de dolor; las luces de la cocina brillaban demasiado, y el roce de las sillas en el suelo era muy estridente. Todo estaba aumentado, como si alguien hubiera subido el volumen en su vida pero no de un modo agradable. Los ruidos estaban demasiado fuertes; los olores, demasiado intensos, y el dolor, que sí sentía, demasiado agudo. Pero peor que los sentidos eran las emociones. Bajo su piel y en su cabeza ardían la agitación y la furia. Cada comentario y cada pensamiento eran como una chispa sobre leña seca.

La mesa estaba puesta. Había dos platos servidos; los otros tres solo tenían servilletas encima. Era ridículo. Una pérdida de tiempo. ¿Para qué *trataban* siquiera de fingir que...?

—Siéntate a mi lado —le dijo Ilsa, dando unas palmadas a la silla que estaba a su izquierda.

August se dejó caer en la silla, con los puños apretados. Sentía sobre él la mirada de Leo, pesada como una piedra, pero fue Henry quien habló.

—¿Y bien? ¿La viste?

—Claro que la vi —respondió August.

—¿Y? —insistió Emily.

—Y parece una chica como cualquiera. No da la impresión de ser una asesina.

Aunque ella lo intentaba, claro, pero había algo en esa imagen que a August le parecía falso. Como si fuera una prenda de vestir. August sentía su propia

ropa demasiado ajustada. Cerró los ojos, y una gota de sudor le rodó por la espalda. Se sentía como hecho de brasas, como si bastara que alguien soplara apenas sobre...

—¿Algo más?

Los dos lo miraban expectantes. August intentó concentrarse.

—Bueno, creo que quizás... sin querer... hice un amigo.

Ilsa sonrió. Leo arqueó una ceja. Henry y Emily se miraron.

—August —dijo Henry lentamente—. Eso es excelente. Pero ten cuidado.

—Lo *tengo* —replicó. Oyó el fastidio en su propia voz, pero le costaba tanto calmarse como refrescarse—. Vosotros queríais que pasara inadvertido. ¿No llamaría *más* la atención si no hiciera amigos?

—Me parece muy bien que tengas *conocidos*, August —respondió Henry, sin alterarse—, pero no te apegues demasiado.

—¿Crees que no lo sé? —La ira iba en aumento, demasiado rápido—. ¿De verdad me creéis tan estúpido? ¿Solo porque me habéis tenido encerrado en este lugar durante cuatro años pensáis que no tengo sentido común? ¿Qué crees que voy a hacer, *papá*? ¿Invitarlos a *cenar*?

Se levantó de la mesa.

—*August* —le rogó Ilsa.

Oyó que sus padres se levantaban al salir él de la cocina, pero fue Leo quien lo siguió al pasillo.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —le preguntó, en tono autoritario.

Al verlo vacilar, Leo se le abalanzó. August retrocedió e intentó apartarse, pero su hermano era demasiado corpulento, y apenas alcanzó a dar medio paso antes de que lo retuviera contra la pared. Leo lo cogió por el mentón y lo obligó a levantar la cara, y sus ojos negros se clavaron en los de August.

—¿Cuándo?

La influencia de Leo le llegaba a la vez por su voz y por sus manos, y la respuesta salió por la fuerza.

—Hace unos días.

—*Maldición, August* —dijo Leo, dando un paso atrás.

—¿Qué? —lo desafió, frotándose la mandíbula—. Tú a veces no comes en una semana, o más. Y parece que Ilsa ni siquiera necesita comer. ¿Por qué yo...?

—Porque sí. Esto es una tontería inútil. Tienes un fuego dentro de ti, hermanito. Deberías aceptarlo en lugar de tratar de apagarlo.

—No quiero...

—No se trata de lo que tú *quieras* —lo interrumpió Leo—. No puedes desarrollar resistencia si te matas de hambre. Ya sabes lo que pasará si no comes. Todas esas hermosas marcas se borrarán y tendrás que volver a empezar.

Pero no era eso a lo que le temía August, y Leo lo sabía. No lo asustaba perder las marcas, sino lo que perdería con ellas. Lo que Leo ya había perdido.

—¿Cuántas tienes ahora, hermanito?

August tragó saliva.

—Cuatrocientos dieciocho.

—Cuatrocientos dieciocho días —repitió Leo—. Impresionante. Pero no puedes tener ambas cosas. O comes o pasas a la oscuridad. ¿Cuántos murieron la última vez que caíste? ¿Ocho?

El número fue como una garra que subía por la garganta de August.

—Nueve —murmuró.

—Nueve —repitió su hermano—. Nueve vidas inocentes. Y todo porque te negaste a comer.

August se envolvió con los brazos a la altura de las costillas.

—¿Qué es lo que quieres? —lo reprendió Leo—. ¿Ser común y corriente?
¿Ser *humano*?

Pronunció la palabra como si le diera asco.

—Es mejor ser humano que un monstruo —murmuró.

Leo apretó la mandíbula.

—Escucha bien, hermanito —le dijo—. No nos compares con esas viles criaturas. No somos Corsai, que se amontonan como insectos. No somos Malchai, que se alimentan como bestias. Los Sunai somos justicia. Los Sunai somos equilibrio. Los Sunai...

—¿Nos creemos superiores y hablamos en tercera persona? —intervino August, sin poder evitarlo.

Los ojos negros de Leo se entornaron con irritación, pero su calma no se alteró. *Jamás* se alteraba. Sacó su móvil y marcó un número. Alguien descolgó.

—Decid a Harris y a Phillip que vayan a dar un paseo —dijo, y cortó. Sacó del bolsillo un papel doblado y lo colocó en la mano de August—. Ve a comer algo antes de que pierdas más que la paciencia.

Leo cogió a August por la nuca y lo acercó más.

—Piensa que es pollo —agregó suavemente—. Imagina que eres normal. Imagínate lo que quieras, hermanito. Eso no cambia lo que *eres*.

Dicho eso, Leo lo soltó y regresó a su lugar en la mesa.

August no lo siguió. Se quedó en el pasillo hasta que su corazón se sosegó, y entonces fue en busca de su violín.



Cuando al fin se abrió la puerta de la oficina de Harker, el sol se había puesto y en el cielo se recortaban intensos los últimos ecos de luz. Kate seguía sentada junto a la encimera de la cocina, no tanto por ser una alumna aplicada —ya había hecho los deberes— como por un obstinado empeño en estar allí cuando saliera su padre. Él la había evitado durante toda la semana, desde que el vehículo negro de traslado la había depositado allí durante la madrugada.

En aquel primer adiós —cuando ella tenía cinco años y la ciudad estaba autodestruyéndose, y Harker estaba subiéndola a un coche, y ella sollozaba porque no quería irse—, su padre la había cogido por el mentón y le había dicho: «Mi hija no llora».

Y ella había dejado de llorar, allí mismo. Pero a su regreso después de la tregua, las primeras palabras que él le dijo habían sido: «Haz que me sienta orgulloso de ti», y de alguna manera, entonces, lo había decepcionado. Ahora Kate estaba nuevamente en casa, y esta vez no fallaría.

Las palabras de Charlotte resonaron en sus oídos.

No soporta mirarla.

Pero no era cierto. Era solo que él aún no entendía que ya no era la niñita a la que había enviado lejos doce años atrás, la que liberaba a los insectos en lugar de matarlos y tenía miedo de la oscuridad. No era la niña que había regresado seis años más tarde, la que lloraba cuando tenía pesadillas y se descomponía si veía sangre. No era débil como su madre, no iba a romperse e intentar desvanecerse en mitad de la noche.

Era la hija de su padre.

Kate estaba muy quieta junto a la encimera, con la cabeza girada de modo que pudiera oír los pasos pesados de Harker sobre el suelo panelado. Esperó y aguzó el oído, pero los pasos se *alejaban* en lugar de acercarse. Entonces oyó que llamaba al ascensor, lo oyó llegar y luego descendió en silencio. Cuando se fue, Kate se puso de pie y se volvió para ir tras él, pero encontró a Sloan bloqueándole la puerta.

En el exterior ya estaba oscuro, y Sloan parecía más *real*, más sólido de una manera que la ponía nerviosa. Su esqueleto se destacaba como una magulladura bajo la piel, y sus dientes parecían más largos y afilados, y plateados como puntas de cuchillos.

—¿Tiene hambre?

Kate meneó la cabeza.

—¿A dónde ha ido?

—¿Quién? —preguntó el Malchai, entornando sus ojos rojos. Seguramente tenía mejores cosas de qué ocuparse que hacer de niñera. Su expresión lo dejaba bien claro.

—¿Así le hace pasar el rato Harker? —lo provocó.

—Juguemos a algo —propuso él en tono amigable—. Puede decirme que

salga de su camino. Puede llamarme monstruo y yo puedo decirle que es una mocosa malcriada, y podemos discutir. Será entretenido. Quizá, cuando terminemos, hasta se vaya a su habitación hecha una furia y dé un portazo como cualquier adolescente.

Kate le sonrió con frialdad.

—Yo no soy cualquier adolescente.

Sloan suspiró.

—Ojalá lo fuera.

—Dígame adónde...

Sloan se lanzó hacia adelante y la atrapó contra la encimera. La súbita fuerza de aquel movimiento fue como un golpe en las costillas que la dejó sin aire.

—Abajo, perrito —gruñó Kate, tratando de disimular el miedo.

El Malchai no se movió. Sus ojos carmesí la recorrieron lentamente.

—¿No se da cuenta? —susurró—. Harker no la quiere aquí.

—Eso usted no lo sabe...

—Claro que lo sé.

Un dedo frío se apoyó en la mejilla de Kate. La uña estaba afilada en punta. Ella tragó saliva y se mantuvo firme.

—Ya no soy una criatura.

—Siempre será nuestra pequeña Katherine —murmuró Sloan—. La que se dormía llorando. La que le rogaba a su madre que se la llevara de aquí.

—Mamá quería irse, no yo.

—Puede mentirse a sí misma, pero no a mí.

Se formó una gota de sangre sobre la uña de Sloan, pero Kate no se apartó.

—Soy una Harker —dijo lentamente—. Este es mi lugar. Ahora dígame dónde está.

El Malchai suspiró y apartó la mirada para observar la oscuridad que crecía más allá de los ventanales.

—En el subsuelo. —Kate tragó saliva y empezó a caminar hacia el ascensor—. Pero realmente no debería ir allí.

Las puertas se abrieron. Kate entró y se volvió hacia el Malchai.

—¿Por qué no?

La miró con una sonrisa salvaje.

—Porque allí —respondió— están los verdaderos monstruos.



Harris y Phillip se encontraron con August mientras bajaba.

El ascensor se detuvo en el piso quince y subieron los dos chicos corpulentos con uniforme negro. Harris tenía dieciocho años y su pelo oscuro sobresalía bajo la gorra; Phillip tenía veinte, la cabeza rapada, y como la mayoría de los hombres jóvenes de Ciudad Sur, aparentemente no habían vacilado en aprovechar la oportunidad de ingresar a la FTF. Los dos eran alegres, la clase de hombres que aprietan el paso ante la primera señal de peligro; de los que corren *hacia* el peligro en lugar de huir. De los que chocan los cinco después de abatir a un Corsai con un rayo de HUV directo a la cabeza, o de atravesar el corazón de un Malchai con una estaca de metal.

—Entonces, estábamos en el nivel tres; ya conoces ese pasillo, donde las cámaras no llegan del todo, y... ¡ah, hola, August!

—Salvado por el ascensor —dijo Phillip, y miró a August con una sonrisa cálida—. ¿Todo bien?

August asintió, tenso. La ira manaba de él como sangre, lo que no era buena

señal. Lo que venía después era peor.

—Me parece que te vendría bien algo que te levantara un poco el ánimo— observó Harris; se quitó la gorra de la FTF y la puso sobre los rizos negros de August.

Solo unos pocos elegidos en la FTF sabían quién —y lo que era más importante, *qué*— era August en realidad.

—Justo estaba contándole a Phil sobre una...

—Ni lo sueñes, tío, ella es demasiado buena para ti.

—Qué duro.

—No —repuso Phillip cuando llegaron a la planta baja—. Me refiero a que es *literalmente* demasiado buena para ti. Capitana segunda de equipo, y tú eres... ¿qué, no acaban de degradarte a vago cabeza hueca?

Harris puso cara de exasperación.

—¿Y tú, August? Un mons... —Phillip lo miró a modo de advertencia—. Un tío apuesto como tú, ¿te interesa alguien especial?

—Aunque no lo creas —respondió August mientras salían a la noche—, mis opciones son limitadas.

—Naaa, solo tienes que expandir tus parámetros. Mira más allá de tu...

Phillip se aclaró la garganta.

—¿A quién visitaremos esta noche? —preguntó, recorriendo la calle con la mirada.

August se acomodó la correa al hombro —había guardado el violín en un estuche diferente, que parecía hecho para guardar un arma más que un instrumento musical— y desdobló el papel que Leo le había entregado. Era un perfil. Una víctima. August trataba de no usar esa palabra —las víctimas eran inocentes, y este hombre no lo era—, pero no podía quitársela de la cabeza.

—Albert Osinger —leyó en voz alta—. Ferring Pass 259, 3B.

—No está muy lejos —dijo Phillip—. Podemos ir a pie.

August examinó el papel mientras se ponía en marcha detrás de ellos. Había una fotografía borrosa impresa debajo de las palabras, una captura de un vídeo.

A veces la gente llevaba casos a Henry Flynn, en busca de justicia, pero la mayoría de los casos provenían de los vídeos. Ciudad Sur tenía su propia vigilancia, e Ilsa pasaba la mayor parte de los días examinando lo que grababan las cámaras, buscando sombras que los demás no podían ver, sombras que no deberían estar allí. La marca de alguien cuya violencia había cobrado forma. Un pecador.

Los Corsai se alimentaban de carne y hueso; los Malchai, de sangre, y no les importaba nada de quién fueran. Pero los Sunai solo podían alimentarse de pecadores. Eso era lo que los distinguía. Su secreto mejor guardado. Era la semilla de la arrogancia de Leo, y la razón por la cual ningún integrante de la FTF debía tener sombra. También por eso, en los primeros días del Fenómeno y en medio del caos creciente, Leo había decidido ponerse del lado de Henry Flynn y no del de Callum Harker, un hombre que tenía demasiadas sombras para contarlas.

«Somos los actos oscuros hechos luz», le gustaba decir a Leo.

August suponía que eran una especie de equipo de limpieza cósmica, creado para abordar el origen del problema monstruoso.

Y Albert Osinger había sido detectado oficialmente como parte de ese origen.

Los soldados que iban adelante de él se detuvieron. August dobló el papel y levantó la vista. Estaban en la esquina de una calle destruida, donde la mayoría de las luces no funcionaban o parpadeaban. Phillip y Harris tenían sus HUV en las manos, y con sus rayos recorrían el pavimento. Lo miraban

expectantes.

—¿Qué?

Phillip ladeó la cabeza. Harris señaló un edificio.

—Que ya hemos llegado.

El edificio estaba deteriorado: cinco pisos de pintura descascarada y ladrillos resquebrajados. El borde de la acera estaba lleno de cristales rotos de las ventanas, que ahora estaban tapiadas con clavos de hierro. Un nido: así llamaban a los lugares como ese, donde la gente se refugiaba como quien espera a que pase una tormenta.

Era imposible saber cuánta gente había allí escondida.

—¿Quieres que entremos? —preguntó Harris.

Siempre se ofrecían, pero August se dio cuenta de que preferían mantener la distancia. La música no podía hacerles daño, pero aun así los afectaría.

August meneó la cabeza.

—Vigilad el frente. —Se volvió hacia Phillip—. Y las escaleras de incendio.

Asintieron y se separaron, y August subió los escalones de la entrada. Había una *X* de metal en la puerta, pero no era metal puro, y aunque lo hubiera sido, no lo habría detenido. Sacó una tarjeta de acceso del bolsillo de su chaqueta, una llave maestra que usaba la FTF. La deslizó y la cerradura se abrió, pero cuando giró el pomo de la puerta, esta apenas se movió. Estaba endurecida o trabada con algo, no lo sabía. Apoyó el hombro contra el metal y empujó. Sintió que la base raspaba el suelo al moverse varios centímetros, hasta que por fin, de pronto, cedió.

En el interior, en la escalera había un desorden de cajas y cajones, cualquier cosa que pudiera usarse como ayuda para detener a la noche, si lograba entrar. Desde el cielorraso llegaba el brillo intenso de luces UVR, que daban al

vestíbulo un resplandor fantasmal, y en un rincón parpadeaba un punto rojo. Todas las cámaras de seguridad de Ciudad Sur estaban conectadas a la misma red cerrada, pero aun así August se bajó la visera de la gorra sobre los ojos mientras subía al tercer piso, con el violín al hombro.

*Sunai, Sunai, ojos de carbón,
el alma te roban con una canción.*

Oía voces a través de las paredes, algunas bajas y otras elevadas, algunas distorsionadas —sonidos de la radio o la televisión— y otras, simples y reales.

Al llegar al 3B, apoyó el oído contra la puerta. Cuanta más hambre tenía, más se agudizaban sus sentidos. Oyó el murmullo apagado del televisor, el crujido del suelo bajo los pasos de alguien, la inhalación y exhalación de un solo cuerpo. Osinger estaba en casa, y estaba solo. August retrocedió; la puerta no tenía mirilla. Respiró hondo, se enderezó y golpeó.

Los sonidos del 3B cesaron abruptamente. Los pasos se detuvieron. El televisor calló. Y luego se corrió un cerrojo, se abrió la puerta y un hombre espió hacia el pasillo, demasiado delgado, con una camisa a medio abotonar. A su espalda, su sombra se encogió. Detrás de la sombra, la habitación era un laberinto de pilas de papeles y libros, cajas medio deshechas, bolsas de basura, ropa y alimentos, algunos podridos.

—Señor Osinger —dijo August—. ¿Puedo pasar?

Cuando Albert Osinger miró a August a los ojos, lo supo. De alguna manera, siempre se daban cuenta. El hombre palideció, y luego le cerró la puerta en la cara. O al menos, lo intentó. August detuvo la puerta con la mano y la empujó hacia adentro. Osinger, presa del pánico, dio media vuelta y echó a correr, y en su desesperación por salir derribó una pila de libros y una estantería de comida enlatada. Como si tuviera adónde huir.

August suspiró, entró y cerró la puerta.



Se abrieron las puertas del ascensor y la pátina de riqueza desapareció. Arriba, Harker Hall era todo de mármol y ribetes de oro, pero abajo, en el sótano, no había suelos lustrados, ni arañas resplandecientes, ni música de Bach. Esas cosas eran solo capas, la cáscara de cera de la manzana. Allí abajo estaba el corazón podrido de la fruta.

En el sótano del Edificio Allsway había un «espacio para eventos». Una década atrás, una bomba había desconchado la pintura y le había quitado la vida a diecisiete personas, pero los huesos de acero y cemento habían quedado intactos, y allí, donde los ecos del terror permanecían como fantasmas que se recortaban en las paredes e impregnaban el suelo despojado, Callum Harker era el centro de atención. No de sus ciudadanos —sus *súbditos*— sino de sus monstruos.

Kate se quedó junto a los ascensores y observó desde allí. Todas las luces del sótano apuntaban hacia el centro del inmenso recinto, enfocadas en la

tarima elevada que estaba en el medio. En los rincones oscurecidos había decenas de Corsai reunidos. En todo el contorno del sótano, los monstruos susurraban como hojas, o como escombros; un estertor mortal entre las sombras, un coro ronco de murmullos en el que las voces de todos se fusionaban en una sola.

golpea quiebra arruina carne sangre hueso golpea quiebra

Eran criaturas de pesadilla, de las que aparecen en los cuentos que terminan mal; cosas que se escondían bajo la cama y en el armario, a las que se les había dado vida, dientes y garras. Cuidado, decían los padres a sus hijos; portaos bien, o vendrán los Corsai, pero lo cierto era que a los Corsai no les importaba si uno se había portado bien o mal. Nadaban en la oscuridad y se alimentaban de miedo; sus cuerpos eran formas distendidas y enfermas que solo parecían humanas si se las veía por el rabillo del ojo. Y para entonces, por lo general, ya era demasiado tarde para escapar.

Kate miró directamente al más cercano; se concentró en él hasta que sus ojos se adaptaron a la penumbra y pudo distinguir sus pupilas lechosas, sus bordes difusos y sus dientes afilados. Casi imposible de matar. Un golpe de sol en la cabeza: cualquier otra cosa solo los dispersaba; pero para eso primero había que *encontrar* la cabeza, lo cual era más difícil de lo que parecía cuando sus bordes se desdibujaban en la oscuridad.

Los Corsai tenían mente de colmena: o se gobernaba a todos o a ninguno, y de alguna manera Harker había logrado someterlos a su voluntad. Aparentemente los había atraído al subsuelo y había apagado las luces, pero lo que ocurrió a continuación fue una historia hecha leyenda. Algunos decían que los había impresionado su temeridad. Otros, que había cargado los rociadores contra incendios con metal líquido, y que cuando los Corsai se recuperaron, días, semanas más tarde, se sometieron a él.

Los Malchai de Harker estaban más cerca de la acción, con sus brazos esqueléticos cruzados sobre su ropa oscura, y en su rostro, aquellos ojos que ardían como brasas. Casi todos parecían masculinos; algunos tenían un aspecto vagamente femenino, pero ninguno parecía remotamente humano. Parecían irradiar frío y absorber todo el calor del aire (Kate se estremeció al recordar la mano helada de Sloan), y todos tenían la misma marca: una *H* en el pómulo. Cerca, un Corsai se acercó demasiado a uno y este siseó, al tiempo que le enseñaba sus filas de dientes irregulares. Entre la multitud había algunos hombres y mujeres, matones de cuerpos endurecidos y cicatrices en las mejillas. Su sola presencia era una demostración de fuerza, pero a su lado, los Malchai parecían mucho más monstruos que humanos.

Lo único que faltaba en la colección de Harker eran los Sunai. Aquellas raras criaturas, las más oscuras que habían surgido del Fenómeno, se habían alineado con Flynn en Ciudad Sur. Algunos decían que los Sunai se negaban a dejarse controlar; otros, que solo se negaban a dejarse controlar por *Harker*. Como fuera, los de Harker eran muchos y los de Flynn, pocos, y la ausencia de estos no hacía mella. Dondequiera que Kate mirara, el sótano rebosaba de monstruos, todos con los ojos —blancos, rojos o comunes— puestos en la tarima, en el área iluminada, y en el hombre que estaba de pie en el centro.

Callum Harker tenía la clase de rostro que hace sombra.

Tenía ojos hundidos y azules —no azul claro ni celestes ni azul grisáceo, sino azul cobalto, oscuros, de los que parecen negros por la noche— acompañados por una nariz aguileña y un mentón severo. Tenía tatuajes, gruesos dibujos tribales, que le sobresalían del cuello y los puños de la camisa, tinta negra que se le extendía al dorso de las manos y trepaba por el cuello, y la última espiral terminaba justo debajo de la línea del cabello. El pelo de Harker era lo único que desentonaba. Era claro, un rubio cálido,

asoleado, como el de Kate, y le cruzaba la frente y le caía sobre las mejillas. Era el único rasgo que le daba aspecto de «Cal». Pero solo Alice, la madre de Kate, lo había llamado así. Para todos los demás, era Señor. Gobernador. Jefe. Hasta la misma Kate pensaba en él como Harker, aunque se esforzaba por llamarlo papá. El modo en que se le torcía el rostro —¿por incomodidad? ¿desdén? ¿consternación?— era una victoria en sí mismo.

Harker no estaba solo en la tarima; ante él había un hombre en cuatro patas, suplicando por su vida.

—Por favor, por favor —decía, con voz temblorosa—. Conseguiré el dinero. Lo juro.

Había dos Malchai detrás del hombre, y a la señal de Harker, lo pusieron de pie. Sus uñas se hundieron en la piel del hombre, que lanzó un grito ahogado cuando Harker se adelantó y se apoderó del medallón de metal que tenía colgado del cuello.

—No puede —suplicó—. Conseguiré el dinero.

—Demasiado tarde.

Harker le arrancó el medallón.

—¡No! —gritó el hombre cuando uno de los Malchai abrió mucho la boca, descubriendo sus hileras de dientes irregulares. Estaba a punto de clavárselos al hombre en la garganta cuando Harker meneó la cabeza.

—Un momento.

El hombre soltó un suspiro de alivio, pero Kate contuvo el aliento. Conocía a su padre, y lo observó mientras él miraba, pensativo, la medalla y al hombre.

—Dadle algo de ventaja —ordenó, y arrojó la medalla a un lado—. Cinco minutos.

Los monstruos lo soltaron, y el hombre se desplomó al suelo y se aferró a las piernas de Harker.

—Por favor —exclamó—. Por favor, ¿no puede hacerme esto!

Harker lo miró con frialdad.

—Será mejor que empieces a correr, Peter.

El hombre palideció. Enseguida se puso de pie, bajó de la tarima y echó a correr. La multitud de hombres y monstruos, que estaban guardando silencio por orden de Harker, prorrumpieron en risas, siseos y burlas mientras se hacían a un lado para dejar pasar al muerto. Algunos se separaron del grupo y lo siguieron hacia la escalera de cemento que llevaba a la calle, a la oscuridad.

En el escenario —porque eso era en realidad: un escenario, una actuación—, Harker sostuvo en alto un bastón de hierro que tenía la empuñadura en forma de gárgola, como la que estaba en el capó del coche (a los líderes de las sectas, había leído Kate en aquel mismo libro, les gustaba el dramatismo, la pompa y los despliegues espectaculares). Ahora, en lugar de elevar la voz para acallar a la muchedumbre, Harker clavó el extremo puntiagudo del bastón en la tarima de cemento. El sonido reverberó en todo el sótano, y el bullicio se redujo a una ola de murmullos que luego se aquietó aún más como un rumor de fondo.

—El siguiente —ordenó Harker.

Los ojos de Kate se dilataron al ver que subían a un Malchai a la tarima. El monstruo se contorsionaba y retorció, debilitado por las cadenas de hierro que le rodeaban las muñecas y el cuello. Donde debía tener la marca de Harker había una zona de piel destrozada, como si se hubiera arrancado la marca con las garras.

—Olivier —dijo Harker, y su voz llegó a todo el recinto—, me has decepcionado.

—¿Sí? —gruñó el monstruo, con voz ronca—. *Nosotros* estamos

decepcionados.

Corrió un rumor por todo el sótano. *Nosotros*. Los Corsai se agitaron y los Malchai empezaron a murmurar.

—¿Por qué tenemos que pasar hambre por los tratos que haces tú, humano? Nosotros no hicimos ninguno de esos tratos. Los Corsai podrán hablar como uno solo, pero los Malchai no somos tuyos.

—Te equivocas —replicó Harker, al tiempo que apoyaba la gárgola de hierro bajo el mentón del Malchai, y sonrió cuando el monstruo se echó hacia atrás por el beso del metal—. A cada uno de vosotros le doy una opción. U os quedáis en Ciudad Norte, bajo mis órdenes, u os vais al sur y morís por orden de Flynn. Tú elegiste quedarte en *mi* ciudad, elegiste llevar mi marca, y después elegiste desangrar a una familia. Una familia que estaba bajo mi protección.

Los ojos del Malchai ardían de ira, pero Harker no perdió aquella sonrisa serena en ningún momento. Levantó la vista y se dirigió al espacio cavernoso.

—Yo tengo un sistema. Todos saben lo que les pasa a quienes lo alteran. Quienes me siguen cosechan las recompensas. Y quienes me desafían... — Harker miró al Malchai— mueren.

La multitud empezó a enardecerse otra vez, con energía nerviosa y un entusiasmo violento, mientras el Malchai forcejeaba con sus ataduras. Hasta los monstruos temían a la muerte. Al menos el Malchai no suplicó. No pidió nada. Solo miró a Harker, le enseñó los dientes afilados y dijo:

—Acércate, y te desgarraré la garganta.

Harker dio un paso atrás con toda tranquilidad y se dio la vuelta. Había una mesa cerca del borde de la tarima, cubierta por una variedad de armas, y Harker las recorrió con los dedos, sopesando la elección.

—¡Escúchame! —gruñó el Malchai a sus espaldas, y su voz resonó en el

recinto aunque le ardía la garganta bajo el hierro—. No somos sirvientes. No somos esclavos. Somos lobos entre las ovejas. Monstruos entre los hombres. Y vamos a levantarnos. ¡Tu tiempo se acaba, Harker! —rugió el Malchai—. Nuestra hora se acerca.

—Bueno —dijo Harker, al tiempo que elegía un cuchillo—. La *tuya* ya llegó.

Desenvainó el cuchillo, y Kate vio su oportunidad.

—Yo lo haré —dijo, en voz lo suficientemente alta para que su padre la oyera. La multitud se aquietó, en busca del origen de aquellas palabras. Había una franja elevada que corría como una pasarela entre los ascensores, en el fondo del salón, y la tarima, en el centro. Kate salió de su escondite a la luz.

Mantuvo la cabeza erguida, concentrada en su padre más que en la muchedumbre, y alcanzó a distinguir la sombra fugaz de sorpresa que pasó por su rostro. Había esperado ver orgullo, pero se conformaba con eso.

Harker la observó un momento, pensativo, obviamente analizando el movimiento de su hija —ostentoso, público, audaz hasta resultar descarado—, y ambos sabían que él tendría que aceptar su participación o castigarla por su insolencia. Era un juego peligroso, y era probable que más tarde ella tuviera que pagar por ello, pero de inmediato Kate sintió alivio al verlo sonreír y señalar la mesa con las herramientas como si se tratara de un banquete.

—Adelante.

Kate avanzó lentamente, con seguridad, consciente a cada paso de la importancia de dominar sus emociones, de controlar sus nervios. Imitó la sonrisa serena de su padre mientras caminaba hacia él, esmerándose por no mirar a su público. Cuando llegó a la tarima, Harker le apoyó una mano en el hombro y le dio un apretón, un gesto ligero y sin palabras, no de calidez sino de advertencia. Y luego se hizo a un lado para observar.

—¿Qué es esto? —siseó el Malchai encadenado—. ¿Envías a una *niña* para que me mate?

—Envío a mi hija —respondió Harker con tranquilidad—. Y si crees que es un gesto de piedad, no la conoces.

Kate sonrió al oír el halago, aunque fuera ficticio. Ella se lo demostraría. Podía ser fuerte. Podía ser astuta. Podía ser fría.

—Envíame a una niña —dijo el Malchai— y te devolveré un cadáver.

Kate mantuvo su oído sano hacia el monstruo, pero simuló no oírlo. Examinó la mesa, de espaldas a la multitud. Sus dedos danzaron sobre los objetos mientras imaginaba la placa ósea lisa que tenían los Malchai en el pecho en lugar de esternón y costillas. Ella se había informado bien. Aquellos que no lo hacían intentaban *atravesar* el escudo óseo con un arma, perforarlo con una bala o una hoja.

—Cuando quieras, pequeña Katherine —dijo el Malchai, y Kate recordó con un escalofrío las palabras de Sloan.

Siempre serás nuestra pequeña Katherine.

La mano de Kate se cerró en torno a una barreta. Debería aplicar más fuerza que con un cuchillo, pero tenía una longitud que obraría en su favor. La cogió por un extremo y la levantó arrastrando el otro por la mesa, rozando metal con metal, prolongando el momento como lo haría Harker.

Cogió también un cuchillo, y luego se acercó al monstruo.

El cuarto colegio al que había ido, Pennington, tenía una política de tolerancia cero en lo que respectaba a las peleas, pero las otras le habían enseñado mucho. En Fischer, había aprendido karate; luego, kendo en Leighton, esgrima en Dalloway, kickboxing en Wild Prior. St. Agnes no tenía nada de eso, pero sí ponían mucho énfasis en aquietar la mente y hacer lugar a Dios. O, en el caso de Kate, para la concentración.

Kate hizo girar la barreta. Se hizo silencio en el subsuelo.

—Acércate, linda —dijo el Malchai—, muéstrame tu gargan...

Con un solo movimiento, Kate hundió la empuñadura del cuchillo entre los dientes del monstruo y le clavó la barreta hacia arriba por debajo de las costillas. Se oyó un sonido mojado y el roce de metal contra hueso; entonces el Malchai se estremeció de un modo horrible, vomitó sangre negra en la camiseta de Kate y se desplomó. Ella lo bajó hasta que quedó tendido de espaldas, y los ojos rojos del monstruo la miraron, opacos y muertos. Kate liberó la barreta con un solo estirón; luego regresó a la mesa y devolvió las armas cuidadosamente a su sitio, dejando al caminar un rastro de sangre.

Y entonces miró a su padre a los ojos. Y sonrió.

—Gracias —le dijo—. Necesitaba esto.

Harker levantó una ceja, y a Kate le pareció ver un mínimo asomo de respeto antes de que él le preguntara, señalando alrededor:

—¿Quieres que te busque otro?

Kate recorrió con la mirada el sótano, aún atestado de rostros silenciosos y asombrados, ojos ardientes, sombras asustadas.

—Gracias —respondió, limpiándose las manos—. Pero tengo deberes.

Dicho lo cual, dio media vuelta y salió del subsuelo.

Cuando las puertas de acero del ascensor se cerraron, se vio en el espejo. Todavía llevaba puesto el uniforme escolar. Tenía el rostro salpicado de sangre negruzca, que también le mojaba el frente de la camiseta y las manos. Se enfrentó a sus propios ojos azules, fríos, y se sostuvo la mirada mientras subía por Harker Hall, piso tras piso, hasta llegar al último.

Sloan no estaba a la vista, de modo que Kate recorrió en silencio el piso vacío hasta llegar a su habitación y cerrar la puerta. Le temblaban las manos al encender la radio, y subió el volumen *más, más, más*, hasta que el sonido

vibró en las paredes del dormitorio y apagó todo lo demás.

Y entonces, solo entonces, a salvo bajo el sonido, se dejó caer al suelo, jadeando.



La primera vez que August mató a un hombre fue totalmente accidental.

Había despertado —había nacido, se había manifestado— en el colegio, con las bolsas negras ensangrentadas y la mujer preocupada que intentaba impedir que las viera mientras le colocaba su abrigo sobre los hombros angostos y lo subía a un coche. El vehículo lo llevó a un edificio donde había otros niños a quienes recogían sus familias. Pero él no tenía familia, y sabía con una certeza extraña y muy profunda que no debía estar allí, de modo que se escabulló por una puerta trasera y salió a una calle lateral.

Y entonces oyó la música: la primera cosa bella en un mundo feo, como decía Ilsa. La canción era vaga, inconstante, pero se oía lo suficiente para poder seguirla, y pronto August descubrió de dónde provenía: de un hombre de aspecto cansado que estaba sentado sobre un cajón, envuelto en una manta raída. Estaba jugueteando con el instrumento, y August caminó hacia él, asombrado por la sombra que tenía el hombre, que se estiraba detrás de él en

la pared y se movía aunque él no lo hiciera.

Tenía demasiadas manos, demasiados dientes.

Y entonces el hombre que estaba bajo la sombra levantó el instrumento hacia la luz.

—¿Quién tira un violín? —murmuró, meneando la cabeza.

En el edificio del que acababa de salir, le habían dado a August un paquete de galletas y un cartón de jugo. La comida le sabía a ruido blanco, de modo que dejó el resto en los bolsillos del abrigo de la mujer. Entonces lo sacó y se lo ofreció al desconocido. Seguramente él las encontró más sabrosas, porque lo devoró todo y luego alzó la vista al cielo. August también miró. Estaba oscureciendo.

—Deberías irte a tu casa —le dijo el hombre—. Ciudad Sur es peligrosa de noche.

—No puedo irme a casa —respondió August.

—Yo tampoco —dijo el hombre, y dejó caer el violín. Emitió un sonido horrible al dar contra el suelo, pero no se rompió—. Hice algo malo —susurró, mientras su sombra se retorcía contra la pared—. Hice algo muy malo.

August se arrodilló para recoger el instrumento.

—Todo va a ir bien —respondió, mientras sus dedos se cerraban sobre el diapasón de madera.

No recordaba lo que había ocurrido a continuación. O, mejor dicho, sí lo recordaba, pero como una serie de fotografías, no como una película; fotogramas sin los espacios intermedios. Tenía el violín en las manos y pasaba el pulgar sobre las cuerdas. Había luz. Había oscuridad. Había música. Había paz. Y luego, había un cadáver. Y un poco más tarde, estaba Leo, que lo encontró sentado con las piernas cruzadas sobre el cajón, jugando con las

cuerdas, mientras el cadáver yacía a sus pies, con la boca abierta y los ojos ennegrecidos. A August le llevó mucho tiempo entender lo esencial que había sucedido entre los fotogramas.

—¿Señor Osinger? —llamó ahora, mientras entraba al apartamento atiborrado de objetos. Se le enganchó el estuche del violín en una pila endeble de papeles y los desparramó al pasar. En el otro lado de la habitación, Albert Osinger estaba subiendo con dificultad una escalera angosta tan llena de cosas que casi no podía pasar. August no se molestó en intentar seguirlo. Con un movimiento de los hombros, se descolgó el estuche y lo abrió. Sacó el violín con la facilidad que le daba la práctica, lo acomodó bajo el mentón y colocó los dedos en el diapasón.

Exhaló, acercó el arco a las cuerdas y tocó la primera nota.

Apenas August empezó a tocar, todo se calmó. El dolor de cabeza cedió y la fiebre se aplacó, sus extremidades perdieron la tensión, y el sonido de disparos, que había llegado a ser una estática constante en su cabeza, calló por fin mientras la melodía salía del instrumento y se expandía por la habitación. La música no salía a gran volumen, pero August sabía que llegaría a su objetivo. Más allá de los acordes, oyó que los pasos de Osinger se detenían poco a poco, y luego retrocedían, ahora sin el frenesí anterior, lentos e iguales. August siguió tocando mientras Osinger descendía por la escalera con pasos medidos, atraído por la música.

La canción descendía, se elevaba y se dispersaba como en una espiral, y August imaginó a las personas que vivían en otros apartamentos del edificio deteniéndose poco a poco al oírla, mientras sus almas asomaban a la superficie, casi todas brillantes pero intocables. August seguía con los ojos cerrados, pero ahora podía sentir la presencia de Osinger en la habitación con él. No quería dejar de tocar aún; quería terminar la canción —nunca llegaba a

terminarlas—, pero todavía sentía aquel malestar, de modo que dejó que la melodía se apagara, y el sonido cesó en el arco cuando levantó la cabeza. Albert Osinger estaba de pie frente a él. Su sombra se había quedado inmóvil, y su alma brillaba como una luz debajo de su piel.

Estaba teñida de rojo.

August bajó el violín. Lo dejó sobre una silla mientras Osinger lo miraba con ojos dilatados y vacíos. Y entonces el hombre habló.

—La primera vez, yo estaba sin dinero —confesó en voz baja—. Estaba drogado. Nunca había empuñado una pistola.

Las palabras salían sin impedimento, y August las dejó salir.

—Solo quería el dinero. Ni siquiera recuerdo haberles disparado. Pero la segunda vez... —El hombre sonrió con aire sombrío—. Bueno, sabía lo que estaba haciendo, hasta la cantidad de balas. Mantuve los ojos abiertos y apreté el gatillo, pero aun así me quedé temblando como un bebé. —La sonrisa se extendió, repulsiva con aquella luz roja—. La tercera vez... esa fue la vencida. Ya sabe lo que dicen: se vuelve más fácil. No vivir, pero sí matar. Volvería a hacerlo. Quizá lo haga.

Cuando terminó, quedó en silencio. Esperando.

Leo probablemente les decía algo, pero August nunca les hablaba. Simplemente se le acercó, esquivando las pilas de objetos, y apoyó la mano en el cuello de Osinger, donde tenía la camisa a medio desabotonar y se veía su piel ajada. Apenas los dedos de August tocaron la piel brillante del hombre, la luz roja empezó a salir de él. La boca de Osinger se abrió, August ahogó una exclamación y recibió el aliento del hombre; la energía empezó a entrar en él como un torrente que refrescaba su cuerpo y nutría sus venas sedientas. Era sangre y aire, agua y vida. August la absorbió, y por un momento no sintió más que alivio.

Paz.

Una gloriosa sensación envolvente de calma. De equilibrio.

Y entonces la luz desapareció.

El brazo de August volvió a su costado, y el cuerpo de Albert Osinger se desplomó, sin vida. Una cáscara. Una corteza sin luz ni sombra, con los ojos quemados y ennegrecidos.

August se quedó muy quieto mientras la energía del hombre recorría su cuerpo. No la sentía como electricidad; no lo llenaba de poder. En todo caso, lo hacía sentir simplemente... *real*. La ira, el malestar y la tensión desaparecieron, se desvanecieron, y August se sintió *completo*.

¿Así era ser humano?

Entonces bajó la vista hacia el cadáver y lo invadió una tristeza apagada, como un escalofrío. De pronto se sentía muy lejos de la normalidad. Era un truco cruel del universo, pensó August, que solo pudiera sentirse humano después de hacer algo monstruoso. Y eso lo llevó a preguntarse si ese breve asomo de humanidad sería en realidad solo una ilusión, un eco de la vida que había quitado. La sensación de ser un impostor.

Recordó la voz de Leo, simple y firme.

Esto es lo que haces. Lo que eres.

Se le unió la voz de Ilsa.

Búscale el lado bueno.

August respiró hondo y guardó el violín en el estuche. Quizá no fuera humano, pero estaba vivo. El hambre había pasado. La fiebre había cedido, tenía la piel fresca y la cabeza despejada una vez más. Se había comprado algunos días más. Algunas marcas más. Y había hecho justicia. Por lo que acababa de hacer, ahora el mundo era un poco mejor, o al menos, había impedido que empeorara. Ese era su propósito. Para eso estaba allí.

Alguien iría a recoger el cadáver.

Estaba a punto de marcharse cuando oyó un leve movimiento en un rincón. Una caja cayó de costado, una lata rodó por el suelo, y August miró hacia atrás pero no vio nada. Y entonces, desde el espacio en penumbras debajo de un sillón viejo, un par de ojos brillantes.

August se tensó, pero cuando la criatura avanzó lentamente, se dio cuenta de que no era un monstruo.

Era un *gato*. Todo negro, salvo por un penacho blanco que tenía sobre unos brillantes ojos verdes. Atravesó la habitación atiborrada con una gracia felina, y se detuvo a poca distancia de él. August observó a la criatura. Esta lo observó a él. August echó un vistazo a lo que quedaba del dueño del gato en el suelo. El gato hizo lo mismo.

—Lo siento —dijo August en voz alta.

Había visto animales que se volvían feroces contra los monstruos (por lo general, esos animales no terminaban bien) pero el gato no siseó ni lo atacó. Dio la vuelta al cadáver y luego se frotó contra la pierna de August. Este se colocó el estuche del violín al hombro y se arrodilló con cautela para acariciarlo, y se sorprendió al ver que el gato ronroneaba ante el contacto de su mano. No sabía qué hacer. Se puso de pie y abrió la ventana que daba a la escalera de incendios.

—Vete —le dijo, pero el gato se limitó a mirarlo. No era ningún tonto. No había muchos animales sueltos por la ciudad. Los Corsai se encargaban de que así fuera.

A regañadientes, August se dirigió a la puerta principal. Esta vez, el gato lo siguió.

—Quédate —susurró.

Salió al pasillo y cerró la puerta antes de que el animal pudiera seguirlo.

Empezó a alejarse, pero oyó que el gato lloraba y arañaba la puerta. August se detuvo, con la esperanza de que el sonido cesara, pero los maullidos lastimeros continuaron y, al cabo de un largo rato, suspiró y regresó.



Harris estaba en el borde de la acera, recostado contra uno de las farolas que funcionaban a medias y tarareando por lo bajo.

Monstruos, monstruos, pequeños y grandes.

Dejó de cantar cuando vio llegar a August.

—Hola.

—Hola —respondió August.

—¿Y ese gato? —preguntó Harris.

August había acomodado a la criatura dentro de su chaqueta de la FTF, y su cabeza sobresalía.

—No podía dejarlo —respondió—. No después de...

Miró nuevamente hacia el edificio. Harris se encogió de hombros.

—Como quieras. Pero para que sepas, no me refería a eso cuando dije que deberías expandir tus parámetros.

August soltó una risa cansada.

—¿A casa?

August asintió.

—A casa. —Levantó la vista, deseando que se pudieran ver las estrellas, y entonces oyó los pasos de Phillip, que se acercaba al trote.

—¿Todo bien?

—Todo listo —respondió Harris.

—En ese caso, tenemos que irnos —dijo Phillip—. Acaban de avisar por el intercomunicador que ha habido un disturbio cerca del Tajo.

—¿Deberíamos ir a ayudarlos? —preguntó August, enderezándose.

—No —respondió Phillip, y sus ojos se desviaron hacia el gato en la chaqueta de August. Ni siquiera preguntó—. Tenemos que llevarte de vuelta.

August empezó a protestar, pero fue inútil. Phillip y Harris tenían órdenes y lo llevarían de vuelta al edificio Flynn arrastrándolo, si fuera necesario. Entonces August subió la cremallera de su chaqueta para ocultar el gato y se puso en marcha entre ellos.

Cuando August llegó a casa, Henry estaba en la cocina, con un plano desplegado sobre la encimera y un intercomunicador en la mano. Por el aparato se oía la voz de Leo.

—*Bajo control...*

Henry levantó el intercomunicador para hablar.

—¿Bajas?

—*Dos... no se pueden ignorar... señales...*

—Vuelve a casa.

—*Henry...*

—Ahora no.

Henry pulsó el interruptor y arrojó el intercomunicador a un lado. Se pasó una mano por el pelo, que estaba encaneciendo a la altura de las sienes.

August rozó el suelo con el pie, y Henry alzó la cabeza al instante. Por un momento, su rostro reflejó una mezcla de sorpresa e ira, frustración y temor. Pero luego sus rasgos se relajaron y las sombras quedaron bajo la superficie.

—Hola —lo saludó—. ¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor —respondió August, y empezó a caminar hacia su dormitorio.

—Entonces, ¿por qué se te mueve el abdomen?

August se detuvo lentamente y bajó la vista hacia su chaqueta de la FTF, que, en efecto, empezaba a moverse y retorcerse.

—Ah —dijo—. Eso.

August bajó un poco la cremallera, y por encima asomó una carita peluda.

Los ojos de Henry se dilataron.

—¿Y eso?

—Es un gato —respondió August.

—Sí —dijo Henry, frotándose la nuca—. No es la primera vez que veo uno. Pero, ¿qué hace en tu chaqueta?

—Era de Osinger —explicó August, mientras sacaba al gato de la chaqueta—. Me sentí responsable... *era* responsable... y no pude... intenté dejarlo, pero...

—*August.*

Cambió de táctica.

—Tú también has traído animales de la calle —repuso—. Déjame tener este.

Con eso consiguió una sonrisa transigente.

—¿Quién se ocupará de él? —preguntó Henry.

Justo entonces, alguien emitió un sonido, algo entre una exclamación y un chillido de deleite, y apareció Ilsa entre ellos y cogió en brazos a la criatura. August miró a Henry y asintió como para decirle: *Sé de alguien a quien le encantaría hacer eso.* Henry suspiró, meneó la cabeza y salió de la cocina.

Ilsa acercó al gato a apenas un par de centímetros de su rostro y lo miró a los ojos. El animal respondió extendiendo una patita negra y apoyándola en su nariz. El gato parecía fascinado por Ilsa. Como casi todas las cosas.

—¿Cómo se llama? —susurró.

—No lo sé —respondió August.

—Todos necesitan un nombre —canturreó, y se sentó en el suelo de la cocina con las piernas cruzadas—. Todos merecen tener nombre.

—Pues ponle uno —propuso August.

Ilsa observó al gatito, pensativa. Lo alzó junto a su oído.

—Allegro —anunció.

August sonrió.

—Me gusta —opinó, y se sentó frente a ella. Extendió la mano y rascó las orejas del gato, y el ronroneo del animal le hizo vibrar los dedos.

—Le caes bien —observó Ilsa—. Se dan cuenta, ¿sabes?, de quién es bueno y quién no. Igual que nosotros.

Allegro intentó trepar hasta su pelo, pero ella lo bajó nuevamente con suavidad a su regazo.

—¿Puedes cuidarlo mientras yo esté en el colegio?

Ilsa se plegó en torno al gato.

—Claro que sí —susurró—. Nos cuidaremos mutuamente.

Estaban sentados en el suelo con Allegro cuando regresó Leo, con una guitarra de acero colgada a la espalda y una mancha de sangre —no de la suya— en la mejilla. Apenas vio a Allegro, frunció el ceño. Apenas Allegro lo vio, echó las orejas hacia atrás. Ilsa lanzó una carcajada dulce como un juego de campanas, y en ese momento August tuvo la seguridad de que se quedaría con el gato.



Kate se quedó sentada en el suelo de su habitación hasta que la música cesó.

Le temblaban un poco las manos al encender un cigarro. Le dio una larga calada, volvió a apoyar la cabeza contra la puerta y miró alrededor. Su habitación, como el resto del apartamento, era elegante y sobria, hecha de bordes definidos y contornos duros. No había allí rastros de su niñez: ni marcas o muescas de estatura, ni animales de peluche o ropa vieja, ni carteles o avisos publicitarios de moda. Ni campo más allá de la ventana.

A sus doce años, le había parecido estéril y fría, pero ahora intentaba aceptar la austeridad de su habitación. *Personificarla*. Las paredes vacías, la calma imperturbable.

Uno de los pocos objetos decorativos que había era un portarretratos plegable con un par de fotografías. Lo levantó de la mesita. En la primera foto estaba Kate, a sus cinco años, abrazando con un brazo a su padre, y con el otro, a su madre. Por encima de su cabeza, Callum besaba la sien de su

esposa. Alice Harker era hermosa; no del modo en que todos los niños piensan que sus padres lo son, sino concreta e innegablemente *bellísima*, de pelo rubio y grandes ojos castaños que se iluminaban cada vez que sonreía. Habían tomado esa foto dos meses antes del Fenómeno.

La segunda fotografía era una reproducción de la primera, tomada el día que regresaron a Ciudad V después de la tregua. Juntos otra vez. Una familia reunida, completa. Kate acarició aquellos rostros con un dedo. Kate, de once años, abrazando a sus padres, reunidos después de una separación de seis años. Seis años de caos y luchas. Seis años de paz y quietud.

Los cambios eran visibles en todos. Kate ya no era una criatura de rostro redondo, sino una adolescente pecosa. Su madre tenía algunas arrugas diminutas, de las que se forman por reír. Y su padre seguía contemplando a Alice, con mirada intensa, como si temiera que ella fuera a desaparecer otra vez si apartaba la vista.

Y así había sido.

«Levántate, Kate. Tenemos que irnos.»

Sloan se equivocaba. Kate sí había querido regresar a Ciudad V, había querido quedarse.

«Quiero ir a casa», había susurrado.

«Quiero ir a casa», había rogado.

Era su madre quien no lograba adaptarse. *Su madre* la había sacado de la cama en mitad de la noche, con ojos enrojecidos y una mancha de pintalabios en la mejilla.

Silencio, silencio, no debemos hacer ruido.

Su madre la había subido al coche.

«¿A dónde vamos?»

Su madre había conducido a contramano.

Su madre había estrellado el coche contra la barrera de cemento.

Su madre había muerto con la cabeza contra el volante.

Y después del accidente, era *su padre* quien no quería mirarla. Kate despertaba a ratos de su sopor, y lo veía de pie en la puerta, pero enseguida se daba cuenta de que no era él sino solo un monstruo de huesos oscuros, ojos rojos y sonrisa demasiado afilada.

Y cuando al fin se recuperó, fue su padre quien la envió lejos. Quien sepultó a su madre, y luego a ella. No en la tierra, sino en Fischer. En Dalloway. En Leighton, Pennington, Wild Prior y St. Agnes.

Al principio, ella le había rogado una y otra vez volver a casa y quedarse allí, pero con el tiempo dejó de hacerlo. No porque hubiese dejado de desearlo, sino porque aprendió que los ruegos no daban resultado con Callum Harker. Rogar era señal de debilidad. Por eso aprendió a sepultar las cosas que la hacían débil. Las cosas que la hacían como su madre.

Kate devolvió el portarretratos a su mesita de noche y se miró las manos. Le dolían los pulmones por el humo pero las manos ya no le temblaban, y observó las manchas de sangre negra en los dedos, no con horror sino con sombría decisión.

Era la hija de su padre. Una Harker.

Y haría lo que fuera necesario para demostrarlo.

Verso 2

MONSTRUO VE,

MONSTRUO HACE

1

—Valor, Prosperity, Fortitude, Verity —recitó el profesor, un hombre de mediana edad de apellido Brody, al tiempo que señalaba los cuatro territorios centrales en el mapa. Combinados, abarcaban más de la mitad del espacio, y los seis territorios restantes lo completaban a los costados—. Estos, por supuesto, son los cuatro más grandes de los Diez Territorios, y su población oscila entre veintitrés y veintiséis millones. ¿Alguien puede decirme cuál es el más pequeño?

Grace, pensó August mientras garabateaba el boceto de un mapa en su cuaderno y lo dividía en diez partes, copiando las divisiones de la pizarra.

—¿Fortune? —preguntó una chica, señalando la esquina noroeste.

—Me refiero a su población, no a su superficie, así que no. Fortune tiene casi diecisiete millones.

Además tenía *montañas*. August miró por la ventana e intentó imaginar las cimas como una bruma azul a lo lejos. No pudo.

—¿Charity? —sugirió un chico desde el fondo, señalando la esquina sudeste, donde el territorio limitaba con el mar por dos costados. Montañas. Océanos. Lo único que tenía Verity eran llanuras, interrumpidas aquí y allá por colinas, que eran poco más que ondulaciones según el mapa topográfico.

—Nueve coma tres millones. Estamos acercándonos.

—¿Grace? —aventuró una chica que estaba sentada en el frente, mientras señalaba una masa sobre la costa noreste.

—*Correcto*. ¿Alguien puede decirme cuántos...?

—Seis millones trescientos quince mil, según el último censo —respondió Kate sin levantar la mano. Estaba sentada en el pupitre de al lado.

De todas las clases que podrían haber compartido, habían terminado juntos en Historia. La ironía del asunto no pasó inadvertida para August.

—Muy bien, señorita Harker —dijo el señor Brody con una sonrisa de gilipollas (un término que August había aprendido de Harris)—. Por suerte para el resto de vosotros, esta asignatura se centra principalmente en nuestro propio territorio ilustre...

A August, su situación actual —estar en una habitación con la hija de su enemigo, aprendiendo acerca del equilibrio de poder y la política en Verity— le habría resultado sumamente graciosa de no haber tenido que concentrar hasta la última pizca de su energía en mantener la boca cerrada mientras el profesor seguía hablando de su *estimada* capital, sin mencionar a los monstruos que la recorrían a plena luz del día ni a los que vagaban por sus calles por la noche. No era que esperara que la clase fuera objetiva, pero aun así se le hacía difícil escuchar aquella narración sesgada. Cada vez que el profesor se refería a la ciudad como Ciudad V en lugar de Ciudad Norte, era como si no valiera la pena mencionar a la mitad sur, como si no existiera nada más allá del Tajo, a August se le oprimía el pecho. La gente no podía estar tan

engañada, ¿o sí?

La clase no era lo único que lo ponía tenso. Esa mañana había oído una conversación entre Henry y Leo. Estaban discutiendo sobre el último incidente en el Tajo. Un puñado de Corsai habían encontrado una brecha y habían pasado al otro lado, y nadie sabía si los había enviado Harker o si los monstruos que estaban de su lado estaban impacientándose. August se había quedado cerca de la puerta para escucharlos desde fuera.

—*No importa por qué vinieron* —decía Leo—. *No importa quién los envió. O los envió Harker, con lo que estaría quebrantando efectivamente la tregua, o se rebelaron, lo que significaría que Harker no está controlándolos y la tregua queda sin efecto.*

—*Hemos llegado muy lejos* —dijo Henry—. *No voy a someter a esta ciudad a otra guerra.*

—*Hicimos una promesa* —le recordó Leo.

—*Una amenaza.*

—*...de que, si Harker violaba el pacto, arrasáramos su imperio.*

—*Fuiste tú quien dijo eso, Leo. No yo.*

—*Debemos recordarle las armas con las que contamos.*

—*Morirá gente* —lo cuestionó Henry.

—*Todo el tiempo muere gente.*

August se había estremecido por la frialdad en la voz de su hermano.

Frente a él, el señor Brody seguía hablando con voz monótona.

—...cumplieron cuarenta años desde la disolución del gobierno federal, esto debéis saberlo todos, tras la guerra de...

Dejó la oración inconclusa, esperando una respuesta.

—Vietnam —anunció un chico.

—En efecto —dijo el profesor—. La agitación social, la situación

económica difícil y el desánimo general ocasionaron la caída del gobierno federal y la consiguiente reconstrucción de los ex Estados Unidos. —Dio un golpecito en el centro del mapa—. Ahora bien, ¿alguien puede decirme cuántos de los antiguos estados conforman Verity? ¿Alguien?

August siguió sombreando en su propio mapa los nombres que le pasaban por la mente. *Kentucky. Missouri. Illinois. Iowa.* Le parecían palabras sin sentido.

—¿Y qué ocurrió a raíz de esos acontecimientos tumultuosos?

August había rotulado la mitad del mapa cuando sintió un par de ojos, y al levantar la vista encontró a Kate con la mirada fija en el cuaderno de él. August no había garabateado encima de los territorios, pero había iniciado una lista en el margen de la página con otros nombres, más aptos, para cada uno.

Avaricia, Malicia, Gula, Violencia.

Kate frunció ligeramente el ceño. August contuvo el aliento. Alrededor, la clase continuaba, pero para él, el aula estaba alejándose y solo ellos dos permanecían quietos.

—...estados combinados para formar una menor cantidad de territorios independientes —dijo una chica cerca de las primeras filas.

—Bien.

El señor Brody se dio la vuelta para escribir la respuesta en la pizarra, y Kate extendió la mano a través del pasillo entre los asientos. August se puso tenso, y estaba preguntándose qué iba a hacer ella cuando Kate apoyó su bolígrafo en el cuaderno de él y dibujó una segunda *V* junto a la que daba inicio a *Verity*. Frunció el ceño, confundido.

Cuando el profesor volvió a mirar, ella ya tenía las manos unidas sobre su propio pupitre.

—¿Qué más?

—Los estados se volvieron autónomos —añadió un chico.

—Y luego conformaron los Diez Territorios.

—El poder se concentró en las capitales.

—Y las personas, también.

Cada vez que alguien ofrecía una respuesta, el profesor volvía a la pizarra, y cada vez que hacía eso, Kate se inclinaba y agregaba otra marca: una línea irregular, una curva, un par de puntos. August tardó la mitad de la clase para entender lo que ella estaba haciendo, y entonces, entre un garabato y el otro, el dibujo se completó.

El cuerpo. La boca. Las garras.

Kate había convertido a *Verity* en un monstruo.

August se quedó mirándola, y entonces no pudo evitarlo.

Sonrió.



Kate disfrutaba el ínfimo lapso que tenían entre clases, los cinco minutos que Colton daba a sus alumnos para ir de *A* a *B*. Era agotador estar en clase: la mitad de los profesores la trataban como si ella tuviera una pistola cargada, y la otra mitad, como si tuviera corona. Esa breve caminata era el único momento en el que podía respirar, de modo que le resultó más que un poco molesto cuando una de las chicas de la clase de Historia entrelazó un brazo con el suyo camino a Gimnasia.

—Hola —la saludó alegremente la chica, con un tono demasiado chispeante para ser las diez de la mañana—. Soy Rachel.

Kate no aminoró el paso, pero no dijo nada.

—Me enteré de lo que le hiciste a Charlotte Chapel.

—No le hice nada a Charlotte Chapel.

Todavía.

—Oye, me parece genial —prosiguió Rachel—. Esa perra se merecía que le

pusieran un freno.

Kate suspiró.

—¿Qué quieres?

La sonrisa de la chica aumentó al máximo voltaje.

—Solo quiero ayudarte —dijo—. Sé que eres nueva aquí y se me ocurrió que te vendría bien tener una amiga.

Kate alzó una ceja pálida. Agradar a los demás era un beneficio adicional, no una necesidad. Supuso que podría adoptar una táctica diferente, intentar adaptarse, postularse para reina del baile, establecer una forma más tradicional de popularidad, pero todo eso le parecía tan... inmaduro. Aún sentía la sangre bajo las uñas. ¿Cómo era posible que a alguien le importara tanto dónde se sentaba cuando los Malchai estaban degollando gente en la zona roja? Aunque, por otro lado, era por eso que vivían en Ciudad Norte. Por eso pagaban sus padres. Por la ignorancia.

—No te conviene ser amiga mía, Rachel.

La alegría de la chica dio paso a un tono más frío y calculador.

—Mira, Katie.

—*Kate*.

—Todos necesitamos un aliado. Puedes andar por ahí haciéndote la invencible, pero apostaría a que preferirías agradar a los demás.

—Ah, ¿sí? —dijo Kate con ironía.

Rachel asintió con aire solemne.

—Todos sabemos quién es tu padre, pero tú no tienes por qué ser como él.

—Cogió a Kate por los hombros y la miró fijamente a los ojos, como si estuviera a punto de decirle algo de vital importancia—. Tú *no eres* tu padre.

Al oír eso, Kate se tensó imperceptiblemente, y luego logró esbozar una sonrisa leve pero cruel.

—¿Puedo contarte un secreto?

—Claro —respondió Rachel.

Kate se inclinó y le acercó los labios al oído.

—Yo soy mucho peor.

Se apartó y se tomó un momento para disfrutar la expresión de Rachel antes de alejarse.



La primera semana de Gimnasia debía ser un entrenamiento de defensa personal, pero Kate estaba en desacuerdo con varios aspectos de la interpretación que Colton hacía del tema. El primero y más importante era que no había armas. Kate no concebía que alguien pudiera ser tan estúpido como para caminar por las calles de Ciudad V sin llevar al menos un cuchillo, pero Colton insistía en mantener un ambiente «seguro» (empezaba a detestar esa palabra).

Habría podido faltar, pero era más interesante observar a los alumnos tratar de defenderse (mal) de unos atacantes imaginarios, de modo que se sentó en las gradas junto con el resto de los alumnos y simuló prestar atención.

—¿Quién puede decirme qué significa V-I-N-E? —preguntó uno de los instructores.

—¿Vine? ¿Aquí estoy? —propuso una chica, masticando chicle.

Algunos alumnos rieron, burlándose. Kate esperó que la chica lo hubiera dicho en broma, pero temía que no fuera así.

—Eh... sí —respondió el profesor—, pero me refería al significado de las letras.

Ventre. Ingle. Nariz. Empeine.

Un chico fornido levantó la mano.

—¿Ventre, ingle, nariz, empeine?

—¡Muy bien!

Kate quería señalar que los Corsai no tenían vientre, ingle, nariz ni empeine, y que si uno se acercaba a un Malchai lo suficiente como para poder golpearlo, lo más probable era que este le desgarrara la garganta. Pero se guardó sus observaciones y se concentró en el *segundo* aspecto más frustrante de aquel supuesto curso de defensa personal, es decir, el hecho de que los profesores lo hacían *mal*.

Los movimientos que demostraban difícilmente detendrían a una persona, mucho menos a un monstruo. La forma no estaba bien, como si en realidad no quisieran enseñar a los alumnos de Colton a pelear. Todo era una actuación, algo solo para aparentar, para que los alumnos —o probablemente los padres— se sintieran más seguros.

Cinco de los seis colegios a los que Kate había asistido, salvo St. Agnes, daban cursos de defensa personal, ya que muchos de los alumnos que allí vivían eran hijos de personas influyentes: embajadores de otros territorios, grandes empresarios, ricos de abolengo y nuevos ricos; la clase de personas cuyos hijos pueden verse amenazados. Nunca nadie había tenido las agallas para tratar de secuestrar a Kate, pero con el tiempo ella había incorporado un arsenal de técnicas de defensa —y también algunas de ataque—, por lo que aquella demostración de ineptitud le resultaba más fastidiosa aún.

Cuando uno de los profesores demostró cómo desarmar a un atacante, lo hizo de manera tan lenta y torpe que Kate no pudo contener la risa. No rio en voz alta, pero el gimnasio era básicamente una caja de resonancia, y el sonido llegó a uno de los instructores.

—¿Les parece gracioso? —preguntó, recorriendo con la mirada a los alumnos. No se habría dado cuenta de que había sido Kate si no fuera porque todos los que la rodeaban se apartaron de ella.

Kate suspiró.

—No —respondió, levantando la voz—. Pero lo que está haciendo está mal.

—Bien, señorita —dijo el instructor, señalándola—. Entonces, ¿por qué no viene aquí y nos muestra cómo se hace?

Corrió un murmullo entre los alumnos. Era obvio que el instructor no sabía quién era Kate. Uno de los otros profesores lo miró como para advertirle, pero Kate sonrió y se puso de pie.



Diez minutos más tarde, Kate estaba sentada en la oficina del orientador estudiantil. No por haberse reído del instructor, sino por haberle roto la clavícula. Ella no había tenido la intención de lastimarlo. No mucho. No tenía la culpa de que el hombre tuviera mala postura y un sentido exagerado de su propia capacidad.

—Señorita Harker —dijo el orientador, un hombre redondo llamado Landry, de lentes y calvicie incipiente—. Aquí, en Colton, intentamos brindar un ambiente *seguro* para el aprendizaje. —Otra vez esa palabra—. En lo que respecta a la violencia, tenemos una política de tolerancia cero.

Kate contuvo otra carcajada. El doctor Landry frunció los labios. Ella tosió y tragó.

—Era una clase de defensa personal —explicó—. Y él me pidió que participara.

—¿Se le pidió que demostrara una maniobra defensiva, y al hacerlo le fracturó *accidentalmente* la clavícula al instructor?

—Así es.

Landry suspiró.

—Leí su expediente, señorita Harker. Este no es un incidente aislado. — Kate se recostó en el asiento, casi esperando que le leyera la lista de sus infracciones, como hacían en las películas, pero no lo hizo. Landry se quitó los lentes y se puso a limpiarlos—. ¿De dónde cree que proviene esa agresividad? —le preguntó.

Kate lo miró a los ojos.

—¿Está de broma?

Pero Landry no parecía de los que hacen bromas. En todo caso, parecía dolorosamente sincero. Abrió un cajón y sacó un frasquito de píldoras pequeñas y blancas, que deslizó sobre la mesa hacia Kate. Ella no lo cogió.

—¿Para qué son?

—Para la ansiedad.

Kate se incorporó más, y se aseguró de que sus hombros quedaran parejos, y su rostro, imperturbable.

—Yo no tengo ansiedad —repuso con tensión.

Landry le dirigió una mirada extrañamente medida.

—Señorita Harker, desde que se sentó está tamborileando con los dedos sobre las rodillas. —Kate apoyó las palmas abiertas sobre los muslos—. Está tensa. Irritable. A la defensiva. Pone distancia intencionalmente.

Kate lo miró con una sonrisa muy fría.

—Vivo en un mundo donde las sombras tienen dientes. No es un ambiente precisamente tranquilizador.

—Sé quién es su padre...

—Todos lo saben.

—...y he leído sobre su madre. Sobre el accidente.

Por la mente de Kate pasó, fugaz, el rostro de su madre, iluminado por el coche que venía de frente; aquellos grandes ojos castaños, el chirrido de las ruedas, el metal al aplastarse... Kate se clavó las uñas en los pantalones y contuvo el impulso de dejar que Landry le hablara a su oído malo.

—¿Y?

—Y sé que debe ser difícil. Sufrir una pérdida así. La alienación posterior. Y ahora esto: colegio nuevo, un nuevo comienzo, pero también imagino que mucho estrés. —Señaló las píldoras con la cabeza—. No es necesario que las tome. Pero cójalas. Hacen menos daño que los cigarros, y nunca se sabe: puede que le hagan bien.

Kate observó el frasquito, pensativa. ¿Cuántos alumnos del colegio estarían tomando esas píldoras? ¿Cuántos habitantes de Ciudad Norte? ¿Acaso la calma medicada impedía que se avivaran las llamas de la violencia? ¿Los ayudaba a fingir que el mundo era *seguro*? ¿Evitaba que se disgregaran? ¿Los ayudaba a dormir?

Kate frunció el ceño pero cogió el recipiente. Dudaba que fueran a servirle, pero si al llevárselas lograba que el buen doctor Landry la dejara en paz y no ingresara el incidente al registro del colegio (y al radar de su padre), valía la pena.

—¿Puedo irme? —preguntó.

Landry asintió, y Kate escapó de su vigilancia hacia el pasillo vacío.

Kate sacudió el recipiente y una píldora blanca cayó en la palma de su mano. La miró, vacilante.

¿Dónde estás?, se preguntó.

Lejos. Entera. Cuerda. Feliz. Una docena de Kates diferentes con una docena

de vidas diferentes, pero ella no estaba viviendo ninguna de esas vidas. Tenía que estar *aquí*. Tenía que ser fuerte. Y si el doctor Landry la veía afectada, su padre también lo notaría.

Kate tragó la píldora sin agua.

Miró alrededor en el pasillo vacío. Demasiado tarde para volver a la clase. Demasiado temprano para ir a cualquier otra parte. Por las puertas más cercanas se accedía a las gradas descubiertas, bañadas de sol. Guardó las píldoras en el bolsillo y salió a tomar un poco de aire.



August la oyó venir.

Las personas estaban hechas de fragmentos: imágenes y olores, claro está, pero también sonidos. En Emily Flynn, todo era staccato. En Henry, todo era suave. Los pasos de Leo eran continuos como un pulso. El pelo de Ilsa producía el susurro constante de un roce de mantas.

¿Y Kate? Ella sonaba como uñas pintadas que tamborilean un ritmo regular.

August estaba recostado contra las gradas metálicas, con el mentón levantado hacia el sol, cuando Kate se sentó en la fila que estaba detrás de él. Los asientos de acero vibraron bajo el peso repentino, y August decidió que, aunque no hubiera emitido sonido alguno, habría adivinado que era ella. Kate tenía una manera particular de ocupar espacio. August sintió la suave presión de su mirada, pero mantuvo los ojos cerrados. Una brisa suave le pasó unos dedos por el pelo, y August se permitió sonreír: algo pequeño, casi natural. Pasó una sombra por delante del brillo blanco rojizo del sol, y sus ojos se

abrieron y allí estaba ella, mirándolo. Desde ese ángulo, su rostro tenía cierta suavidad, un aire lejano en los ojos, como nubes que empañan un límpido cielo azul.

—Hola —la saludó.

—Hola —respondió Kate. Y agregó, distraída—: ¿Dónde estabas?

August entornó los ojos por la luz.

—¿Qué?

Pero Kate ya estaba meneando la cabeza, y sus bordes se marcaban más.

—Nada.

August se incorporó y giró lentamente para mirarla.

—Dime —le dijo, y se arrepintió apenas pronunció las palabras. Vio que la mirada de ella perdió brillo, y que la respuesta subía a sus labios—. O no me lo digas —añadió enseguida—. No es necesario que me lo digas si no quieres.

Kate parpadeó y su mirada volvió a enfocarse. Pero luego respondió:

—Es algo a lo que juego a veces. Cuando quiero estar en otra parte.

—¿Dónde, por ejemplo?

Se formó un pequeño pliegue entre las cejas de Kate.

—No lo sé. Pero ¿me estás diciendo que, si en este momento pudieras estar en cualquier lugar, estarías aquí, en las gradas de Colton?

August sonrió.

—Es un sitio bastante agradable. —Señaló el campo, la línea de árboles a lo lejos—. Y además, claro, tiene buena vista.

Kate puso cara de exasperación. De cerca, sus ojos eran azules. No celestes, sino oscuros, del mismo tono que su pelo de Colton. Tenía el pelo enrollado sobre un hombro, y una vez más August le vio la cicatriz en forma de lágrima en el rabillo del ojo, la línea plateada que le cruzaba el rostro desde el cuero cabelludo hasta la mandíbula. Se preguntó cuánta gente llegaría a acercarse lo

suficiente para reparar en ella. Y entonces, antes de que pudiera preguntárselo, Kate se recostó y estiró las piernas sobre las gradas.

—¿No deberías estar en clase? —preguntó Kate.

—Tengo hora de estudio —respondió, aunque obviamente tampoco estaba estudiando—. ¿Y tú?

—Gimnasia —dijo—. Pero me echaron por *mala conducta*.

August levantó ambas cejas, como había visto hacer a Colin cuando fingía sorpresa.

—¿Sabías que aquí enseñan defensa personal? —prosiguió Kate—. Es ridículo. Tácticas V-I-N-E, ¿puedes creerlo? Que yo sepa, una patada en la ingle no va a impedir que un Corsai te destruya.

—Cierto —concordó August, y apoyó los codos en el asiento de atrás—. Pero en el mundo también hay muchos humanos malos. —*Como tu padre*—. ¿Y qué, te echaron por querer enseñarle al profesor?

—Mejor todavía —dijo Kate, al tiempo que se pasaba una mano por el pelo color arena—. Me echaron por romperle la clavícula.

Algo escapó de la garganta de August: una risa suave, sin aliento. El sonido lo tomó por sorpresa.

—Según el orientador —prosiguió Kate—, tengo un problema de violencia.

—¿No lo tenemos todos?

Ninguno de los dos había mencionado el mapa en el cuaderno de August ni el monstruo que ella había dibujado sobre Verity, y pronto se hizo un silencio placentero en las gradas, solo interrumpido por las uñas de Kate, que tamborileaban de modo suave y constante sobre el asiento de metal, y los sonidos lejanos de algunos alumnos que corrían por la pista. No debería sentirme así, pensó August. Estaba sentado a pocos centímetros de la hija de un tirano sanguinario, la heredera de Ciudad Norte. Debería sentir asco,

repulsión. Como mínimo, debería estar perturbado. Pero no lo estaba.

No sabía a ciencia cierta *qué* sentía. Frecuencia. Consonancia. Dos acordes que combinaban.

No la apartes, dijo una voz, mientras otra le advertía: *No te acerques demasiado*. ¿Cómo podía hacer ambas cosas?

—Dime, Freddie —dijo Kate, incorporándose—, ¿qué te trae a Colton?

—Antes estudiaba en casa —respondió, y luego, esforzándose por encontrar palabras que no fueran una mentira, añadió—: Supongo que mi familia pensó que... que era tiempo de que socializara.

—Ajá, y sin embargo, cada vez que te veo, estás solo.

August se encogió de hombros.

—Creo que, en realidad, no soy muy sociable. ¿Y tú?

Ella abrió los ojos simulando sorpresa.

—¿No te enteraste? Incendí un colegio. O me drogué. O me acosté con un profesor. O maté a un chico. Depende de quién te lo cuente.

—¿Hay algo de verdad en todo eso?

—Sí incendié un colegio —respondió—. Bueno, al menos una parte. Una capilla. Pero no fue nada personal. Solo quería volver a casa.

August frunció el ceño.

—Saliste de Ciudad V. —Toda una hazaña, con las ciudades fronterizas cerradas y el Páramo en medio—. ¿Por qué querías volver?

Kate no respondió de inmediato, lo cual era extraño. Por lo general, August no podía *evitar* que la gente le hablara, pero ella echó la cabeza hacia atrás y miró hacia el cielo. Era un día despejado, y por un segundo pareció perdida, como si esperara ver algo allí arriba y no lo viera.

—Es lo único que me queda. —Las palabras salieron suaves, como una confesión, pero ella no pareció notarlo. Volvió los ojos a la tierra—. ¿Son de

verdad?

August bajó la vista y se dio cuenta de que se le habían subido un poco las mangas y se veía la primera hilera de marcas. Cuatrocientas diecinueve.

—Sí —respondió; la verdad salió de sus labios antes de que llegara siquiera a pensar en evitarlo.

—¿Qué representan?

Esta vez August se contuvo, y pasó el pulgar sobre las marcas más antiguas, las que le rodeaban la muñeca.

—Una... —dijo lentamente— por cada día sin recaídas.

Los ojos oscuros de Kate se abrieron con auténtica sorpresa.

—No me pareces un adicto.

—Bueno —repuso August, pensativo—, tampoco me veías cara de Freddie.

Kate apenas sonrió.

—¿Y cuál es tu veneno?

Él suspiró con dramatismo y dejó salir la verdad.

—La vida.

—Ah —comentó Kate con aire triste—, eso mata.

—No tan rápido como los cigarros.

—Touché —respondió—, pero...

La interrumpió un grito. August se puso tenso, y la mano de Kate fue directamente a su mochila, pero solo era un alumno que simulaba taclear a su novia en el campo de juego. Ella volvió a chillar y huyó con una sonrisa radiante.

August exhaló por lo bajo. Nunca entendería por qué las personas gritaban por diversión.

—¿Estás bien? —le preguntó Kate, y él se percató de que estaba aferrado a las gradas y los nudillos se le habían puesto blancos. El sonido de disparos le

taladraba la nuca. Aflojó los dedos.

—Sí. No me gustan los ruidos fuertes.

Kate frunció los labios, lo miró como diciendo *qué mono*, y luego señaló el estuche que él tenía a sus pies.

—¿Violín?

August bajó la vista y asintió. Esa mañana había logrado salir con el instrumento porque se había escabullido antes de que Leo pudiera impedirlo. Le ardían los dedos por volver a tocar. Había ido a la sala de música, pero allí se había enterado de que no bastaba con tener una credencial para usar aquella sala de práctica. Estaba entrando cuando una chica se aclaró la garganta detrás de él.

—Disculpa —le dijo—, pero la sala es mía.

August no entendió.

—¿Tuya?

Ella señaló una hoja que estaba pegada a la pared. Era una planilla para que los alumnos se anotaran.

—Es mi hora —explicó.

A August lo invadió la desilusión. Sostuvo la puerta abierta y la dejó pasar; luego examinó la lista de horarios y nombres. Era miércoles, y la sala estaba reservada sin espacios libres hasta el viernes por la tarde. August no debía quedarse en el colegio después de clases —Henry había insistido en esto: quería que estuviera de regreso del otro lado del Tajo antes de que se cerraran las puertas al anochecer, a pesar de que él no usaba las puertas para pasar—, pero en un raro acto de desafío, August se anotó en la lista.

—Siempre me gustó la música —dijo Kate, rascando el esmalte metálico de sus uñas. August esperó que siguiera hablando, pero sonó el timbre, y ella meneó la cabeza y volvió a colocarse el pelo sobre un ojo—. ¿Tocas bien?

—Sí —respondió sin vacilar.

—¿Tocas algo para mí?

August meneó la cabeza, y ella lo miró con una expresión que dejó en claro que no estaba acostumbrada a que le dijeran que no.

—¿Te pone nervioso tocar en público? —preguntó sin curiosidad—. Venga.

Estaba mirándolo entre el mechón rubio, esperando, y August no podía explicarle que él solo tocaba para los pecadores. Tragó saliva, tratando de encontrar una mentira que no estuviera muy lejos de la verdad.

—Anda —insistió Kate—. Te prometo que no voy a...

—¡Freddie! —llamó una voz. August se dio la vuelta y vio a Colin, que le hacía señas hacia la cafetería.

Se puso de pie, agradecido.

—Mejor me voy —dijo, y recogió el estuche con la mayor naturalidad posible.

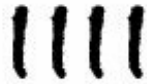
—Ya conseguiré que toques para mí —dijo Kate mientras él descendía los escalones de metal—. De algún modo u otro.

August no respondió, ni se atrevió a mirar atrás mientras corría hacia Colin, que los miraba sin ningún disimulo.

—¡Está vivo! —anunció, fingiendo asombro.

August hizo un gesto como restándole importancia, y Colin se puso a caminar a su lado.

—Pero en serio, Freddie —dijo, echando un vistazo hacia las gradas. Hacia Kate—. ¿Quieres morir joven? Porque estoy seguro de que hay maneras más rápidas y menos dolorosas de morir...



Kate pasó el resto del día sin lastimar a nadie, lo que ya era algo. No sabía si había sido por suerte, casualidad, o por Freddie. Aunque lo había provocado, había habido un momento en las gradas en el que la respuesta a ¿Dónde estás? realmente había sido *Aquí*. No sabía bien por qué; solo que por primera vez en muchísimo tiempo, sentada allí en aquel silencio extraño pero agradable, se había sentido ella misma. No la Kate que sonreía al oír los rumores, ni la que apoyaba un cuchillo contra la garganta de otra chica, ni la que atravesaba el corazón de un monstruo con una barreta.

La Kate que había sido *antes*. La versión de sí misma que hacía chistes en lugar de amenazas. La que sonreía cuando de verdad lo sentía.

Pero este mundo no era el indicado para aquella Kate.

Arrojó la mochila sobre la cama, y de ella cayó el recipiente de píldoras del doctor Landry.

Quizá fueran las píldoras lo que estaba aplacándola. Quizás... Pero sí había

algo en Freddie. Algo... que la desarmaba, algo contagioso, familiar. En un auditorio lleno de miradas, había sentido la de él. En una clase llena de alumnos que aprendían mentiras, él había dibujado la verdad en los márgenes. En un colegio que se aferraba a la ilusión de seguridad, él no rehuía a hablar de violencia. No era lugar para él, como tampoco para ella, y esa extrañeza compartida la hacía sentir que lo conocía.

Pero no era así.

Todavía no.

Se sentó ante su escritorio, encendió el ordenador y entró al sitio web de la Academia Colton.

—¿Quién es usted, señor Gallagher? —se preguntó en voz alta, mientras abría el listado de alumnos y recorría los perfiles hasta dar con el que buscaba. Pinchó en la página de Frederick Gallagher. Sus datos figuraban sobre la izquierda —estatura, edad, domicilio, etc.— pero le llamó la atención la fotografía que estaba a la derecha. A ella le habían tomado media docena de fotos, una por cada colegio, y siempre insistían en que fuera de frente y en el centro, ojos alzados, gran sonrisa. Pero el chico que estaba en la pantalla ni siquiera estaba mirando a la cámara.

Su rostro estaba de perfil, con los ojos hacia abajo, los bordes desdibujados, y los labios abiertos como si el disparador lo hubiera tomado no solo en movimiento sino también en medio de una inhalación. De no haber sido por una marca negra que asomaba apenas del puño de la camisa, no habría estado segura de que fuera él.

¿Por qué no le habían hecho otra toma?

Había algo provocador en aquella imagen borrosa, y Kate deseó contar con una foto mejor; quería el lujo de poder observar a alguien sin ser observada. Abrió un nuevo navegador en el servidor de la ciudad, se registró en una red

social que aparentemente usaban todos los estudiantes, y escribió el nombre de Freddie.

Aparecieron dos coincidencias en la zona de Ciudad V, pero ninguno era el Freddie al que ella conocía. Lo cual era raro, pero él le había dicho que había estudiado en su casa. Quizá nunca había entrado a la red. Abrió un tercer navegador e ingresó el nombre en el buscador. Tuvo media docena de coincidencias: un mecánico, un banquero, un suicida, un farmacéutico, pero nada de *su* Freddie.

Kate se recostó en la silla y se dio unos golpecitos en los dientes con una uña metálica.

En esta época, *todo el mundo* dejaba una huella digital. En Colton, todo el día, todos los días, la gente estaba tomando fotos, grabando cada momento mundano como si mereciera ser preservado, recordado. Entonces, ¿dónde estaba Freddie?

Algo se encendió en su mente. Tal vez estaba poniéndose paranoica, buscando una respuesta complicada cuando era probable que la verdad fuera más sencilla: que fuera un adolescente poco común que prefería no estar en las redes.

Era probable. Pero era como una comezón, y ahora que había empezado a rascarse...

En Ciudad Norte, el servidor no era el único lugar donde se guardaba información. Kate entró al enlace de satélite privado de su padre y seleccionó la carpeta denominada *humanos*. La pantalla se llenó con miles de imágenes en miniatura, cada una con un nombre y una fecha. Freddie no era como los demás chicos de Colton, y quizá no era ella la única que lo había notado. Escribió el nombre en la barra de búsqueda, casi esperando que apareciera el rostro de Freddie con algún aviso de alteración, o una anomalía siquiera,

pero... nada.

Exasperada, volvió al listado del colegio y examinó la fotografía una vez más. La observó durante largos minutos como si fuera a cobrar vida, completar el arco de movimiento y mirarla a los ojos. Como eso no sucedió, Kate recorrió el perfil de Freddie, anotó su dirección y se puso de pie.

Aún quedaba un lugar donde no había buscado.

—¿Hola? —llamó, mientras cruzaba el apartamento.

No hubo respuesta. Dio una vuelta rápida por el suelo de diseño espacioso. No había señales de Sloan ni de Harker. La puerta de la oficina de su padre estaba cerrada con llave, pero cuando apoyó el oído sano contra la puerta, no oyó el zumbido del sistema de insonorización que Harker activaba cuando estaba adentro. Kate tecleó la clave (el segundo día que había pasado allí, había colocado una cámara y así había podido ver qué marcaban los dedos de su padre y en qué orden) y un segundo después la puerta se abrió.

Las luces se encendieron automáticamente.

La oficina de Callum Harker era inmensa y extrañamente clásica, con un escritorio amplio y oscuro, una biblioteca que cubría toda una pared, y ventanales que daban a la ciudad. Kate se acercó a la estantería y pasó una mano por los enormes libros negros que cubrían la pared. Eran registros.

Harker era un hombre meticuloso; guardaba copias digitales y físicas de los datos de todos sus ciudadanos. El ordenador estaba bloqueado —Kate no había podido descubrir la clave de acceso— pero la belleza de los libros era que cualquiera podía abrirllos. Estaban organizados por orden alfabético, y cada año volvían a transcribirse. Cuando una persona perdía la protección de Harker en el transcurso de ese año, se tachaba su nombre con tinta negra. Si alguien *accedía* a la protección, se anotaba su nombre al final del libro.

Kate cogió el libro correspondiente a la letra *G*, lo abrió sobre el escritorio

y pasó las páginas hasta que encontró el apellido: *Gallagher*.

En Ciudad Norte había once personas de apellido Gallagher registradas con la protección de Harker, e incluso había una tal Paris Gallagher cuya dirección coincidía con la del perfil de Freddie, pero a él no lo mencionaba. Sin embargo, ella había *visto* el medallón que llevaba al cuello. Fue hasta el final del libro, con la esperanza de encontrar su nombre entre los agregados.

No estaba.

—¿Dónde estás? —susurró, y justo entonces alguien se aclaró la garganta.

Alzó la cabeza al instante. Su padre estaba de pie en la puerta, limpiándose las manos con un paño de seda negra.

—¿Qué estás haciendo, Katherine?

A Kate se le atascó el aire en los pulmones. Lo obligó a salir, con la esperanza de que la exhalación pudiera pasar por un suspiro exasperado.

—Buscando un nombre —respondió, apoyándose en el escritorio, como si tuviera todo el derecho de estar allí—. En el colegio hay una chica que me saca de quicio. Tenía una medalla, y yo tenía la esperanza de que se la hubieran robado o hubiera caducado, pero lamentablemente —agregó, al tiempo que dejaba que el libro se cerrara— sigue bajo tu protección.

Los ojos oscuros de Harker seguían puestos en ella. Kate intentó no prestar atención a la sangre seca que había en los puños de su camisa.

—Lo siento —añadió—. Debería haber esperado hasta que volvieras, pero no sabía cuándo iba a ser eso.

—No pensé que hubiera dejado la puerta abierta.

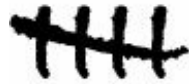
—No lo hiciste —dijo Kate sin alterarse; se apartó del escritorio y salió. Sintió alivio al ver que él no la seguía.

Una vez más en su habitación, se sentó frente a su ordenador. El perfil escolar de Freddie aún estaba en la pantalla. Ahora entendía mucho menos:

una fotografía borrosa junto a un nombre que, según los registros de su padre, no existía. ¿Podía ser que estuviera usando un alias? Pero ¿por qué?

Las únicas personas que se escondían eran las que tenían algo que esconder.

Entonces, ¿qué era lo que escondía Frederick Gallagher?



August odiaba la sangre. Odiaba verla, olerla, sentirla espesa y resbaladiza al tacto. Lo cual era lamentable, pues ahora estaba *cubierto* de sangre.

No era suya, claro.

Era de Phillip. El soldado de la FTF de sonrisa cálida y pelo rapado, el que trataba a August como un amigo y miraba mal a Harris cada vez que este usaba la palabra *monstruo*.

—Sostenlo bien, que no se mueva —ordenó Henry—. Necesito aplicar un torniquete a esa herida.

Phillip tenía el hombro dislocado. Visiblemente. Su uniforme de la FTF había quedado despedazado, y August habría podido extender la mano y trazar con los dedos las marcas de las garras del Corsai... ¿o de los dientes? Siempre era difícil darse cuenta; habría sido más fácil si Phillip no estuviera retorciéndose tanto sobre la mesa de acero.

August había estado sentado junto a la encimera haciendo sus deberes para

el colegio, y Allegro, jugando con los cordones de sus zapatillas, cuando entró la llamada. Otro ataque. Pero este no había sido en el Tajo. Y tampoco al azar. Había sido una emboscada. Los monstruos de Harker sabían con exactitud dónde estaría patrullando la FTF, y en qué momento. Alguien se lo había *informado*. Y ahora cuatro miembros de la FTF estaban muertos, y Phillip parecía empeñado en morir en medio de una descarga de palabrotas y sangre.

—Por Dios, *que no se mueva*.

Leo y August sostenían a Phillip mientras Henry trabajaba con movimientos cuidadosos y decisivos en la brutal herida. Su compañero, Harris, estaba de pie a un costado, con el rostro manchado de sangre y atontado por la conmoción, mientras Emily le suturaba un corte en el bíceps. Ella no tenía la elegancia quirúrgica de Henry, pero sí la misma firmeza en las manos.

Henry llenó una jeringa con morfina y la inyectó en el brazo sano de Phillip. El herido dejó de maldecir, aliviado al fin del dolor y la tensión, y su cabeza cayó hacia un lado.

—Esto no puede seguir así, Henry —dijo Leo, con una mancha de la sangre de Phillip en la mandíbula—. Ya hemos tolerado muchos insultos. Es hora de...

—*Ahora no* —lo interrumpió Henry, tenso, mientras se colocaba un par de guantes estériles y ponía manos a la obra. August miró el hombro dislocado de Phillip y el charco de sangre que iba agrandándose debajo de la mesa de metal, y sintió náuseas. Bajo el brillo de las luces, de pronto Phillip se veía muy joven, delicado. Los humanos eran demasiado frágiles para aquella pelea, pero los Sunai eran muy pocos para luchar solos y, aunque fuera posible que tres pudieran librar una guerra contra miles, los Malchai y Corsai no eran tan tontos como para acercarse; en cambio, elegían presas que pudieran cazar y matar. Por eso los Sunai se concentraban en cazar pecadores a fin de reducir la

violencia, y les tocaba a los humanos matar a los monstruos; y los humanos, invariablemente, caían derrotados. Era un ciclo de gemidos y estallidos, comienzos horribles y finales sangrientos.

August siguió con la mirada las marcas de garras. Sangrantes. Brutales. Aquello era obra de un *monstruo*. El olor persistente de los Corsai —a aire fétido, humo estancado y muerte, siempre muerte— estaba impregnado en la carne desgarrada, y le revolvió el estómago. Leo tenía razón. August no se parecía en *nada* al ser que había hecho eso. Era imposible.

—August —dijo Henry al cabo de un minuto—. Ya puedes soltarlo.

Bajó la vista y se percató de que todavía estaba sosteniendo el cuerpo flácido de Phillip contra la mesa. Apartó las manos y fue a lavárselas en un fregadero cercano mientras Henry trabajaba.

La sangre corría en el fregadero, y August apartó la vista en busca de algo más, cualquier cosa en la que pudiera concentrarse, pero había sangre por doquier: en la pared, en la encimera, y en el suelo había un reguero que salía por la puerta y llegaba hasta los ascensores de acero marcados con un *19*.

Algunos de los integrantes más morbosos de la FTF habían apodado al piso diecinueve del edificio Flynn «la Morgue». A pesar de que era el penúltimo piso del edificio y estaba justo debajo del apartamento de los Flynn, no tenía vista. Todas las ventanas estaban tapiadas y se habían retirado los muebles para tener más espacio estéril. En el piso diecinueve había dos cosas esenciales: una sala privada para interrogatorios (las demás estaban en los pisos inferiores, con las celdas) y una sala médica para emergencias.

—¿Dónde está? —preguntó Henry, mientras levantaba la vista del hombro destrozado de Phillip. Se refería al traidor. Al hombre que había vendido la información a Harker. Era primo de un integrante de la FTF, y después de traicionarlos, había intentado cruzar el Tajo y pedir algún tipo de asilo en

Ciudad Norte. Pero Harker no mantenía ratas, así que lo había enviado de vuelta. Un escuadrón lo había perseguido y detenido, pero no antes de que lograra darle dos balazos al capitán. Dos minutos con Leo, y lo había confesado todo.

Leo estaba de pie ante un espejo, limpiándose las manchas de sangre de la cara. Sus ojos negros se centraron en la cicatriz que le atravesaba la ceja y enseguida se apartaron, tal como lo había hecho August al ver la sangre, como si le repugnara verla.

—En la Celda A —respondió Harris con voz apagada. Su humor juvenil había desaparecido. Se lo habían quitado.

—Es culpable —agregó Leo sin alterarse, y todos entendieron a qué se refería. Un alma roja que había que segar.

—De acuerdo. —Henry hizo una seña a su esposa—. Ve a buscar a Ilsa.



El hombre que estaba en la Celda A parecía rudo.

Tenía la nariz rota, las manos atadas a la espalda y estaba tendido de costado, y su pecho se movía con una respiración irregular. August se detuvo y lo observó, tratando de comprender qué hacía que los hombres se quebraran así. No de un modo físico (los cuerpos humanos eran frágiles) sino en su corazón y su alma; qué los hacía dar el salto y caer, aun cuando sabían que abajo no había dónde aterrizar.

Sintió una ráfaga de aire, y luego la suave calidez de la mano de Ilsa en la suya. Ilsa se había acercado a observar por la mirilla de plexiglás que había en la puerta de la celda.

—¿Puedes sentirlo? —le preguntó ella con tristeza—. Qué alma tan pesada. ¿Quién sabe cuánto tiempo resistirá el suelo...?

Ilsa le soltó la mano y entró descalza a la celda. August cerró la puerta tras ella, pero no se retiró. Era muy poco frecuente ver a otro Sunai segar una vida. Además, Ilsa tenía la capacidad de hacer que todo fuera bello. Incluso la muerte.

Oyó pasos detrás de él, pesados y parejos. Leo.

—Henry es un tonto al no dejarla salir.

August frunció el ceño.

—¿A quién? ¿A Ilsa?

Leo alzó la mano y la apoyó contra la puerta.

—A nuestra hermana, el ángel de la muerte. ¿Sabes lo que es ella? ¿Lo que es capaz de *hacer*?

—Tengo cierta idea —respondió August secamente.

—No, no la tienes, hermanito. —Dentro de la celda, Ilsa se arrodilló junto al traidor—. Si fuera por Henry, nunca lo sabrías, pero yo creo que mereces saber lo que ella es; lo que tú podrías ser, quizás, si te lo permitieras.

—¿De qué hablas, Leo?

—Nuestra hermana tiene dos lados —explicó—. Y no se tocan.

Parecía una adivinanza, pero Leo no solía hablar de forma ambigua.

—¿Qué...?

—¿Sabes cuántas estrellas tiene?

August meneó la cabeza.

Leo extendió los dedos.

—Dos mil ciento sesenta y dos.

August empezó a hacer cálculos, pero se detuvo. Seis años. Seis años desde la última vez que Ilsa había pasado a la oscuridad. Seis años desde que *algo*

había puesto fin a la guerra territorial.

Seguramente Leo vio en su rostro que había entendido. Trazó un círculo con el dedo índice.

—¿Quién crees que creó el Yermo, hermanito?

Del otro lado de la puerta, el traidor estaba confesando en un susurro entrecortado. Ilsa le cogió la cara entre las manos y lo guio hacia el suelo de cemento. Ella se tendió de costado y le acarició el pelo.

En alguna parte de la ciudad, había un lugar donde nada crecía.

—No puede ser —susurró August. La última vez que él había pasado a la oscuridad, había acabado con una sala llena de gente. Pero ¿que Ilsa pudiera arrasar toda una manzana? ¿Dejar una cicatriz en la superficie del mundo? Si era verdad, no era de extrañar que Henry no quisiera que se rompiera la tregua. La FTF pensaba que Flynn tenía una bomba.

Y estaban en lo cierto.

Detrás de sus ojos, August vio la franja de tierra quemada en el centro de la ciudad. ¿Acaso... lo había hecho intencionalmente? Claro que no; él tampoco había querido hacer daño a nadie, pero en la oscuridad se perdían cosas. Cuando los Sunai pasaban a la oscuridad, se perdían vidas. No había reglas ni límites: culpables e inocentes, monstruos y humanos, todos perecían.

Matanza selectiva, lo llamaba Leo.

¿Cuántos habían muerto aquel día en la plaza? ¿Cuántas vidas inocentes se habían perdido junto con los culpables? Eso no volvería a pasar. No podía volver a pasar. Tenía que haber otra respuesta.

—La reclusión de Ilsa fue parte de la tregua —prosiguió Leo—. Pero las personas tienen poca memoria, y parece que nuestra mitad norte necesita un recordatorio.

El modo en que hablaba de ella le dio escalofríos a August.

—Ilsa no es una *herramienta*, Leo.

Su hermano lo miró con aquellos aterradores ojos negros, de superficie demasiado llana, demasiado lisa.

—Todos somos herramientas, August.

En el interior de la celda, Ilsa empezó a tararear. August apenas la oía: una canción apagada que aun así lo hizo estremecer hasta los huesos. A diferencia de él, que dependía de su violín, o de Leo, que podía hacer su música con casi cualquier cosa, el único instrumento de Ilsa era su voz.

August observó la escena, y una leve sensación de hambre despertó en él mientras la luz roja asomaba a la superficie de la piel del hombre y se extendía a la de ella como un rubor. Él acababa de alimentarse, pero aun así sintió aquella necesidad constante, un vacío que August temía que solo dejara de existir cuando lo hiciera él también.

Dos aros de humo rosado se elevaron desde los ojos ahuecados del hombre al escapar el último vestigio de su vida. El cadáver quedó oscuro.

—Algún día lo verás —dijo Leo con calma—. La verdadera voz de nuestra hermana es una cosa bella, terrible.

Del otro lado del plexiglás y del acero, Ilsa acarició el pelo del hombre como una madre que acuesta a su hijo.

August sintió náuseas. Retrocedió, se dio la vuelta y regresó al ala médica, donde Harris no se había movido y Henry seguía trabajando en el hombro de Phillip, que parecía medio muerto. De pronto, August se sintió insoportablemente *cansado*.

Casi preguntó si era verdad lo que acababa de oír sobre Ilsa, pero ya lo sabía. En cambio, dijo:

—Tenemos que hacer algo.

Henry levantó la vista, exhausto.

—Tú también, no.

—Algo para *impedir* que se rompa la tregua —explicó August—. Algo para evitar otra guerra.

Henry se frotó los ojos con el dorso del brazo, pero no dijo nada. Harris no dijo nada. Leo, que ahora estaba en la puerta, no dijo nada.

—Papá...

—August. —Emily le apoyó una mano en el hombro, y August tomó conciencia de estar temblando.

Cuando Emily habló, lo hizo con voz baja y firme.

—Es tarde —dijo, al tiempo que le limpiaba una mancha de sangre de la mejilla—. Mejor ve arriba. No olvides que mañana tienes clases.

Un sonido estrangulado pugnaba por salir de la garganta de August.

Quería reírse de lo absurda que era esta vida, con todas sus farsas. Quería coger su violín y tocar, tocar, tocar hasta que el hambre desapareciera, hasta dejar de sentirse un monstruo. Quería gritar, pero entonces pensó en la voz de su hermana reduciendo a la ciudad a cenizas, y se mordió la lengua hasta que se le llenó la boca de dolor en lugar de sangre.

—Anda —insistió Emily, dándole un empujoncito hacia el ascensor.

Y August fue, y salió por la puerta siguiendo el reguero de sangre, como quien sigue un rastro de migajas.



—¿Mala noche? —preguntó Kate, mientras subía por las gradas.

Freddie tenía la cabeza inclinada sobre un libro, pero ella alcanzó a verle las ojeras y la tensión en la mandíbula. Él no levantó la vista.

—¿Tanto se me nota?

Kate apoyó su mochila.

—Tienes una cara espantosa.

—Ah, gracias —respondió August secamente, y se pasó una mano por el pelo aún húmedo. Mantenía los ojos en el libro, pero nunca pasaba la página.

La mente de Kate era un mar de preguntas; cada una intentaba aflorar, pero ella las contenía. Empezó a tamborilear con los dedos, pero enseguida recordó las observaciones del doctor Landry y se obligó a parar. Iba a mencionar el violín, pero vio que él no lo había traído. Intentó ver qué era lo que estaba leyendo, o simulando leer, pero la letra era muy pequeña, de modo que se quedó allí sentada, tratando de recrear la sensación que había tenido el día

anterior, el silencio agradable que habían compartido. Pero no podía estarse quieta. Exasperada, sacó sus auriculares e iba a ponérselos cuando Freddie habló.

—¿Qué hiciste? —le preguntó, mientras pasaba la página.

Kate se tensó un poco, y se alegró de que él no estuviera mirándola.

—¿A qué te refieres?

Por fin, August dejó el libro. Platón. ¿Qué alumno de tercer año lee sobre filosofía por gusto?

—Para que te echaran de otra clase de gimnasia.

—Ah —dijo Kate, y se tocó el abdomen—. Me duele mucho el estómago.

Hubo una chispa de diversión en los ojos grises de August.

—¿De verdad?

—Sí, espero no estar enfermándome —respondió, y se recostó contra las gradas con una sonrisa de suficiencia—. Pero ya sabes lo que dicen.

—¿Qué dicen?

—Que no hay mejor remedio que el aire fresco.

Sería demasiado generoso llamar sonrisa a la expresión de August, pero fue bastante cálida. Kate se llevó el pelo detrás de la oreja y sintió que la mirada de él iba directamente hacia su cicatriz. No era la primera vez que la veía, pero sí fue la primera vez que le preguntó por ella.

—¿Qué te pasó?

La debilidad llama al cuchillo. Pero las palabras salieron antes de que pudiera contenerlas.

—Un accidente con el coche.

Freddie no dijo automáticamente *lo siento*, como si fuera culpa suya. (Kate odiaba cuando la gente hacía eso). Simplemente asintió y pasó el pulgar sobre las marcas negras que tenía en la muñeca.

—Supongo que todos tenemos nuestras marcas.

Kate extendió la mano y rozó con los dedos la marca más cercana, y sintió que August se tensaba.

—¿Cuántos días llevas sobrio?

Él se apartó con suavidad.

—Suficientes —respondió, al tiempo que se estiraba el puño de la camisa para cubrir las marcas.

Las preguntas no cesaban en la mente de Kate.

¿Quién eres?

¿Qué escondes?

¿Por qué lo escondes?

Intentaban salir, y ella estaba a punto de permitírselo cuando Freddie habló.

—¿Puedo contarte un secreto?

Kate se inclinó hacia adelante.

—Sí. —La palabra había salido más rápido de lo planeado, pero aparentemente él no lo advirtió. La miró a los ojos, y había algo pesado en su mirada. Kate casi podía sentir el peso sobre ella—. ¿Cuál es? —insistió.

August se le acercó un poco más.

—Nunca he visto un bosque de cerca.

Y entonces, antes de que ella pudiera decir nada, la llevó gradas abajo hacia los árboles.



—Huelen como las velas —observó Freddie, levantando hojas con el pie.

—Más bien, las velas huelen como ellos —dijo Kate—. ¿Qué chico no ha

visto árboles?

August levantó una hoja carmesí y la hizo girar entre los dedos.

—Uno que vive en la zona roja —respondió, al tiempo que la soltaba— y tiene padres muy protectores.

A Kate se le aceleró un poco el pulso al oírlo mencionar a su familia, pero su voz no se alteró.

—Cuéntame sobre ellos.

Freddie se encogió de hombros.

—Son buena gente. Tienen buenas intenciones.

¿Cómo se llaman?, quería preguntarle.

—¿A qué se dedican?

—Papá es cirujano —dijo, pasando por encima de un tronco caído—. Mamá se crio en Fortune. Quedó del lado malo de la frontera cuando la cerraron.

—Qué horror —comentó Kate, y lo decía en serio. Ya era bastante malo que los ciudadanos de Verity hubiesen quedado atrapados dentro de la ciudad; a menudo se le olvidaban los foráneos, los que estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado: toda una vida borrada por la mala suerte.

—Ella no lo demuestra —dijo August, distraído—. Pero sé que le pesa.

La mención del peso retrotrajo los pensamientos de Kate al medallón de hierro y los libros negros.

¿Dónde conseguiste esa medalla?

Tragó saliva.

—¿Y eres hijo único?

—Cuántas preguntas —replicó August, y luego, para alivio de Kate, agregó—: Soy el menor. ¿Y tú?

Le agradó que se lo preguntara, aunque seguramente ya lo sabía.

—Única —respondió.

A lo lejos sonó el timbre del almuerzo, y Kate vaciló, pero Freddie no daba muestras de regresar. Se sentó y apoyó la espalda contra el tronco de un árbol. Kate se sentó junto al árbol vecino e imitó la pose de él. Freddie sacó una manzana verde y fresca de su mochila y se la ofreció.

¿Quién eres?

Kate extendió la mano para coger la fruta y sus dedos rozaron los de él a propósito, y una vez más disfrutó aquel ligero estremecimiento de Freddie, como si el contacto fuera para él algo ajeno, algo nuevo.

Mordió un bocado y le devolvió la manzana. Él la hizo girar entre las palmas de sus manos.

¿Qué escondes?

—Ojalá el resto de la ciudad fuera así —dijo en voz baja.

—¿Vacío? ¿Verde?

—Tranquilo —respondió Freddie, y volvió a pasarle la manzana sin probar un solo bocado.

Kate pasó el pulgar por las marcas de sus propios dientes en la fruta.

—¿Alguna vez viste algún monstruo de cerca?

Freddie se mordió el labio.

—Sí. ¿Y tú?

Kate arqueó una ceja.

—Mi padre tiene un Malchai como mascota.

Freddie la miró con suspicacia, pero se limitó a decir:

—Yo prefiero los gatos.

Kate bufó y le arrojó la manzana.

—Yo también.

Ambos callaron, y por un segundo Kate volvió a vislumbrar aquel silencio cómodo entre los dos. Una ráfaga de viento movió las ramas y provocó una

lluvia de hojas secas sobre ellos, y entre la fruta que tenía en la mano, sus ojos descoloridos y la hoja dorada que se le adhirió a los rizos negros, Freddie Gallagher parecía más un cuadro que un chico.

¿Quién eres?, quería preguntarle.

En lugar de hacerlo, extendió la mano, cogió la manzana y le sacó otro bocado.



Durante toda la tarde, las preguntas la carcomieron. Cuanto más tiempo se quedaban en el bosque, más intensas eran las dudas. Acerca de él. Acerca de ella. Quizás había una respuesta más sencilla para el alias. Quizás él no tenía opción. Quizás a veces las personas tenían buenos motivos para esconderse. Para mentir.

Pero Kate quería saber la verdad.

Estaba a mitad de camino hacia una clase cuando oyó el violín.

Había salido unos minutos más temprano de la clase anterior, un examen, y estaba haciendo tiempo hasta que sonara el último timbre. Aminoró la marcha mientras escuchaba, suponiendo que era Freddie, esperando que fuera él. Un atisbo de verdad entre tantos misterios. La música provenía de un aula que estaba más alejada. Cuando llegó a la puerta, la música cesó, y luego se oyó que movían sillas y equipos. Espió por la ventanita de cristal y vio a los alumnos que integraban la orquesta guardando sus instrumentos. Sonó el timbre, y mientras salían, Kate buscó entre ellos a Freddie, pero no lo vio.

—Oye —dijo a un chico que llevaba algo que parecía un cello. Este palideció un poco al darse cuenta de que le hablaba a él—. ¿Hay un chico de

apellido Gallagher en tu clase?

—¿Quién?

—Freddie Gallagher. Alto, delgado, pelo negro, toca el violín.

El chico se encogió de hombros.

—Lo siento, nunca lo he visto.

Kate maldijo por lo bajo, y el cellista aprovechó la oportunidad para escapar.

Iba quedando poca gente en los pasillos. Kate volvió sobre sus pasos hasta las taquillas, donde llegó justo a tiempo para ver a Freddie guardando sus cosas en la mochila. Le bastó mirar a la alumna que estaba junto a la taquilla anterior para que esta huyera. Kate apoyó el hombro contra el metal.

—Hola.

—Hola —respondió él, acomodando sus libros—. Sigo encontrando trozos de bosque adheridos a la ropa.

—Yo me los quité —dijo Kate—. No querría que nadie se hiciera una idea equivocada.

Freddie la miró sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

Ella lo miró. Él siguió mirándola. Y entonces subió por sus mejillas un toque de color.

—Ah.

Kate puso cara de exasperación; luego recordó para qué había ido y señaló el casillero.

—¿Y el violín?

—Está en casa.

—Pensé que estabas en la orquesta.

Freddie ladeó la cabeza.

—Nunca dije que estuviera en la orquesta.

—Entonces, ¿para qué lo traes?

—¿Qué?

Kate se encogió de hombros.

—¿Para qué traes el violín al colegio si no estás en la orquesta?

Freddie cerró el casillero, no de un golpe como todos los demás, sino con un clic suave y decisivo.

—Si de verdad quieres saberlo, en casa no puedo tocar porque las paredes son muy delgadas. Colton tiene salas de música insonorizadas. Por eso lo traje.

Kate sintió que su convicción se debilitaba.

—Entiendo —dijo, tratando de mantener un tono despreocupado y provocador—. Pero si no estás en la orquesta, ¿cuándo voy a oírte tocar?

Se levantó un muro detrás de los ojos de Freddie.

—No lo harás.

Las palabras cayeron como un golpe.

—¿Por qué no? —insistió Kate, empezando a perder la paciencia.

Freddie se colgó la mochila al hombro.

—Ya te lo dije, Kate. No toco para *nadie*.

—Yo no soy *nadie* —replicó, sonrojándose; de pronto se sentía herida—. Soy una Harker.

Freddie la miró con desdén.

—¿Y qué?

—Que no puedes decirme que no, no de esa manera.

Freddie rio, una carcajada helada, y meneó la cabeza.

—Realmente te lo crees, ¿verdad? Que toda esta ciudad gira en torno a lo que tú quieres, porque tienes dinero y poder y todos tienen demasiado miedo

para negarte algo. —Se le acercó más—. Sé que es difícil de creer, Kate, pero no todo tiene que ver contigo en este mundo. —Volvió a apartarse—. Francamente, te creía mejor. Parece que me equivoqué.

Kate retrocedió, atónita. Le ardía el rostro, y la ira la quemaba como una brasa. Freddie se dio la vuelta para marcharse, pero la mano de Kate golpeó la taquilla a la altura de su cabeza y le cerró el paso.

—¿Quién eres?

El rostro de Freddie se llenó de confusión.

—¿Qué?

—Quién. Eres.

Él intentó apartarle la mano, pero Kate lo aferró por la muñeca y volvió a empujarlo contra la taquilla. Estaba harta. Basta de juegos. Basta de darle vueltas al tema.

—Ya sabes a qué me refiero, Freddie. —Acercó las uñas metálicas al medallón que él llevaba sobre la camiseta—. La verdad es que no tienes cara de Freddie. Ni de Frederick. Ni de Gallagher.

Él la miró con suspicacia.

—Suéltame, Kate.

Ella se le acercó.

—Quienquiera que seas en realidad —susurró—, voy a averiguarlo.

Justo entonces llegó otro cuerpo, y un brazo rodeó los hombros de Freddie.

—¡Aquí estabas! —exclamó el muchacho—. ¡Estuve buscándote por todas partes! —El chico sonrió a Kate como pidiendo disculpas y tiró de Freddie para que lo soltara. Ella dejó caer la mano—. Vamos a llegar tarde. A aquello. Ya sabes. La fiesta. —Llevó a Freddie por el pasillo—. No lo olvidaste, ¿o sí? Vamos...

El otro muchacho se despidió con la mano sin mirar atrás, pero Freddie le

dirigió una última mirada indescifrable antes de que los dos desaparecieran al doblar la esquina.

Kate salió del colegio hecha una furia.

Sacó otra píldora del recipiente que le había dado el doctor Landry y la tragó, reprochándose por haber dejado que Freddie, nada menos, le hubiera hecho perder la compostura. Estúpida, estúpida, estúpida... Ella creía que le caía bien, que la *entendía*; pero había dejado que la irritara. Idiota. Si *algo* había aprendido de su padre, era que la compostura era control. Aunque no fuera más que una ilusión.

Sé que es difícil de creer, pero no todo tiene que ver contigo en este mundo.

Volvió a inflamarse la ira.

Te creía mejor.

¿Quién se creía él?

Parece que me equivoqué.

¿Quién era ese chico?

Kate llegó al aparcamiento, pero el sedán negro aún no había llegado. Caminó un poco e intentó respirar para calmarse, pero no le sirvió. Sentía que los nervios le repiqueteaban en el pecho como monedas sueltas. Se sentó en un banco, sacó un cigarro de la caja que tenía en la mochila y se colocó el filtro entre los labios mientras observaba a los estudiantes que salían del colegio como hormigas.

—¡Señorita Harker! —la llamó un administrador cuando la vio coger el encendedor—. Tenemos una política estricta de no fumar en el campus.

Kate observó al hombre, pensativa. Estaba de humor para pelear, pero la parte más lógica de ella reconocía que no era la pelea que necesitaba.

—Déjeme adivinar —dijo, mientras devolvía el cigarro a la caja—. Es

peligroso para la...

Iba a decir *salud*, pero algo le llamó la atención.

Iban caminando por el pasto, Freddie, el muchacho bajo y una chica a la que no conocía. El muchacho y la chica sonreían, y Freddie iba haciendo lo que hace la gente —sonreír sin mucha convicción y asentir— cuando quiere que alguien piense que está prestando atención pero no es así.

Entonces Kate vio que la chica se adelantaba unos pasos, se daba la vuelta y levantaba el móvil para tomarles una foto a los muchachos. A último momento, Freddie alzó la mano y se tapó la cara. Lo hizo con una sonrisa, pero hubo algo en el gesto, y cuando la chica hizo otro intento, Freddie cerró los ojos y apartó la cara. Igual que en la foto del colegio.

Era una pequeñez, en realidad.

Pero al verlo evitar la foto, con un asomo de pánico en el rostro, una única palabra se encendió en la mente de Kate.

Monstruo.

Era ridícula, absurda, paranoica... pero allí estaba, y de pronto los pensamientos de Kate se lanzaron más allá de la fotografía borrosa en la página de la Academia Colton hacia la falta absoluta de fotos en el sistema, el nombre falso, las palabras garabateadas en los márgenes, los padres protectores, la medalla robada, el negarse a tocar para ella, el reproche y el modo en que la había mirado, como si compartieran un secreto. O como si él guardara uno.

Sunai, Sunai, ojos de carbón.

El alma te roban con una canción.

Kate buscó su móvil. La chica dejó de intentar tomarles fotos. Freddie se liberó del otro chico, se despidió y empezó a alejarse. Kate no vaciló. Seleccionó la cámara en su móvil y mantuvo el botón apretado, con lo cual

logró una secuencia de tomas antes de que Freddie pudiera apartar el rostro.

Oyó un claxon detrás de ella. Era el sedán negro.

Kate subió, con el corazón acelerado y los dedos aferrados al teléfono. No miró las fotos de inmediato. Esperó hasta que el coche se alejó de Colton y el mundo empezó a volverse borroso del otro lado de las ventanillas.

Y entonces, lentamente, miró la pantalla.

Era una teoría absurda, lo sabía, y empezó a pasar las fotos, casi esperando no ver nada más que el rostro de Freddie mirándola. En las primeras tomas, ya se lo veía mirando hacia otra parte, de modo que Kate comenzó a pasarlas en secuencia acelerada con dedos nerviosos, y así retrocedió hasta el momento en que se alcanzaba a verle la cara.

Los ojos de Kate recorrieron la imagen, desde los pantalones del uniforme y el polo de Colton hasta la mochila al hombro y el pelo oscuro que le caía sobre las mejillas y los ojos... pero allí se acababa la ilusión. Porque los ojos de Freddie no tenían el color gris habitual.

No eran más que una mancha negra, una franja de oscuridad que la cámara no podía captar.

¿Alguna vez has visto un monstruo de cerca?

Kate se desplomó contra el respaldo del asiento.

Freddie Gallagher no era un estudiante común y corriente.

Ni siquiera era humano.



¿Quién eres?

La voz de Kate lo siguió hasta el metro.

No tienes cara de Freddie.

Lo persiguió mientras atravesaba la ciudad.

Voy a averiguarlo.

Lo siguió por la calle.

August sintió alivio cuando llegó al último piso del edificio Flynn y lo encontró vacío. Dejó la mochila sobre la cama junto a Allegro y se dejó caer en la silla, con los pensamientos alborotados.

Sé que es difícil de creer, pero no todo tiene que ver contigo en este mundo.

¿Por qué había dicho eso?

Te creía mejor.

¿Qué había hecho?

No con un estallido sino con un gemido.

Una pregunta.

¿Quién eres?

Quienquiera que seas...

Voy a averiguarlo.

Se arrancó la medalla de hierro y la arrojó contra la pared. La fuerza del golpe marcó el yeso antes de caer al suelo y rodar. August se agarró la cabeza con las manos.

¿Quién eres?

¿Quién eres?

¿Quién eres?

Alguien llamó a la puerta de su dormitorio, y August levantó la cabeza al instante. Allí estaba Leo, de pie en la entrada.

—Busca tu chaqueta —le dijo—. Vamos a salir.

August echó un vistazo por la ventana y se sorprendió al ver que el sol ya se había puesto.

—¿Adónde? —preguntó.

Leo levantó un papel.

—¿Adónde crees?

August se frotó los ojos.

—No tengo hambre.

—No me importa. Phillip está grave y Harris, tiene el día libre, así que esta noche sales conmigo.

August no sabía qué había hecho para merecer la atención de su hermano, pero no la quería, no ahora, no así. Leo tenía reputación, en lo que a cazar se refería.

—A ti te conocen todos —protestó August—. Si voy contigo...

—Supondrán que eres un subordinado. Ahora *levántate*.

August tragó saliva y se puso de pie. Extendió la mano para coger el estuche de su violín, pero Leo lo detuvo.

—Déjalo.

August lo miró, sorprendido.

—No entien...

—Esta noche no lo necesitarás.

Vaciló. Su hermano tampoco llevaba ninguno de sus instrumentos.

—Leo...

—Ven —ordenó su hermano.

August soltó el estuche del violín. Mientras seguía a Leo por el apartamento, miró alrededor, con la esperanza de ver a Henry o a Emily, alguna salvación, alguien que los detuviera. Pero sus padres no estaban a la vista y la puerta de Ilsa estaba cerrada.

No preguntó adónde iban. Lejos del Tajo y del centro de la ciudad, eso era obvio; se internarían en la maraña de calles oscuras, edificios derruidos que nunca se habían rescatado. Un lugar para adictos y exdelincuentes que buscaban esconderse tanto de la FTF como de los Sunai.

—Estás muy callado —observó su hermano mientras caminaban por la calle—. ¿En qué estás pensando?

August detestaba que Leo le planteara preguntas así, sin dejar mucho lugar a la evasión. Su mente era un caos, y la última persona con la que quería hablar de eso era su hermano mayor, pero aun así la respuesta afloró a sus labios.

—En Kate Harker.

—¿Qué ocurre con ella?

Una pregunta más difícil de responder, porque no estaba seguro. Todo había estado saliendo bien. Y de pronto algo había cambiado, el equilibrio se había

roto. ¿Por qué todos tenían que arruinar el silencio haciendo preguntas? La verdad era algo desastroso.

—August —insistió Leo.

—Sabe que guardo un secreto.

Leo echó un vistazo hacia atrás.

—¿Pero no sabe cuál es?

August vaciló, nervioso.

—Todavía no.

—Bien —dijo Leo, con voz irritablemente calmada.

—¿Por qué es bueno eso?

—Todo el mundo tiene secretos. Es normal.

—*Ninguno* de mis secretos es normal, Leo. —Metió las manos en la chaqueta—. Creo que debería abandonar Colton.

—No.

—Pero...

Leo se detuvo.

—Si abandonas el colegio de pronto, se darán cuenta de la razón. Descubrirán tu identidad. No estoy dispuesto a cambiar la posibilidad de que haya problemas por la certeza.

—Ella no va a dejar de investigar —advirtió August.

Leo empezó a caminar otra vez.

—Si descubre la verdad, te darás cuenta. Ella misma te lo dirá. Hasta entonces, te quedas en el colegio.

—¿Y si lo descubre? ¿Entonces qué?

—Entonces nos encargaremos.

El modo en que lo dijo puso nervioso a August.

—Es inocente.

Leo lo miró con sus ojos negros.

—No —repuso—, es una *Harker*.



Al llegar a casa, Kate no puso música.

Por una vez, no quería apagar sus pensamientos. Los necesitaba todos, bien claros. Fue directamente a su habitación y cerró la puerta con llave. Apoyó el móvil con la pantalla hacia abajo, sacó la tableta de su mochila y se conectó al servidor.

Sunai, Sunai, ojos de carbón.

Durante todo el viaje de regreso, sus pensamientos habían girado en torno a lo poco que sabía acerca de la tercera raza de monstruos.

Lo poco que *todos* sabían.

Sunai... la sola palabra parecía irritar a las otras criaturas y fastidiar a su padre. Pero había más. Los Sunai eran *escasos*, mucho más escasos que los Corsai o los Malchai, pero aun así ponían nervioso a Harker. Tenía que ser por los catalizadores. Tal parecía que los Corsai surgían de actos violentos pero no letales, y los Malchai, de los homicidios; pero los Sunai, según se creía, provenían de los crímenes más oscuros: bombardeos, balaceras, masacres, hechos que cobraban no solo una vida, sino *muchas*. Todo ese dolor y todas esas muertes se fusionaban en algo verdaderamente terrible; si el catalizador de un monstruo delataba su naturaleza, los Sunai eran los peores.

Para empeorarlo todo, era probable que Ciudad Sur contribuyera a los rumores que corrían. Algunos decían que Flynn mantenía a los Sunai como perros rabiosos. Otros, que los trataba como a miembros de su familia. Había

quienes afirmaban que los monstruos estaban infiltrados en la FTF. Otra teoría, más frustrante, sostenía que podían cambiar de rostro. Controlar las mentes. Hacer que las personas olvidaran haberlos conocido... si quedaban vivas.

Los Sunai eran sádicos. Los Sunai eran perversos. Los Sunai eran invencibles.

Y encima de todo, los Sunai *parecían humanos*.

Lo poco que Harker y sus hombres sabían sobre los Sunai provenía de un solo monstruo. El único al que habían logrado captar con una cámara.

Kate accedió al enlace satelital privado de su padre y escribió el nombre en la búsqueda de vídeos.

Leo.

Leo había participado en la lucha inicial; había sido la mano derecha de Flynn cuando Harker intentó tomar la ciudad, doce años atrás. Y no era nada tímido. Kate examinó más de una docena de íconos en miniatura en la pantalla, todos anteriores a la tregua. Estaban organizados en dos categorías.

Leo_música

Leo_tortura

Se mordió el labio y vaciló un momento; luego pinchó en uno de los vídeos rotulados *Música*. Las imágenes tenían más de una década de antigüedad, y habían sido tomadas por una cámara de seguridad desde un ángulo incómodo, pero allí estaba él, no caminando entre sombras ni por un callejón, sino sentado en un taburete bajo un reflector. Leo estaba en el escenario de lo que parecía un bar, con un pie levantado y una guitarra de acero apoyada en la rodilla. Incluso desde ese ángulo, se podía ver que era alto, rubio y apuesto, y a no ser por sus ojos, que formaban líneas negras cada vez que levantaba la vista, no parecía un monstruo en absoluto.

Kate supuso que era justamente eso lo que lo hacía tan peligroso.

El vídeo no tenía sonido, pero cuando Leo empezó a tocar, Kate giró la cabeza para orientar su oído bueno hacia la pantalla; *quería* oír la canción. Y aun con la mala calidad del vídeo y la poca iluminación, pudo ver que el público se inclinaba hacia adelante con toda atención.

Solo que la sala ya no estaba tan oscura. Al principio, pensó que habrían encendido las luces, pero luego se dio cuenta de que el público mismo empezaba a resplandecer. Las personas no parecían reparar en esa luz, ni en nada. Estaban tan inmóviles que Kate pensó que el vídeo se había congelado. Pero no podía ser, porque los dedos de Leo seguían pulsando las cuerdas de la guitarra.

Un movimiento le llamó la atención: dos personas se levantaron de sus asientos, lentamente, como si estuvieran ascendiendo en medio del agua. La luz que emanaba su piel era diferente, enfermiza, y los dos se acercaron al escenario con los pasos simples y constantes de quien está en trance; sus labios se movían pero tenían una expresión vacía.

Cuando casi habían llegado al escenario, Leo dejó de tocar.

Se levantó del taburete, apoyó la guitarra a un lado y bajó del escenario; allí recibió a las dos formas resplandecientes como si fueran admiradores.

Y luego los aferró por la garganta.

No se resistieron, no forcejearon, ni siquiera cuando los alzó al punto de que solo sus zapatos rozaban el suelo. Kate observó cómo la luz que emanaba su piel empezaba a vacilar, y luego a moverse; salía de sus cuerpos y entraba en el de Leo, infundiéndolo con aquel resplandor extraño. Observó cómo lo que les quedaba de aquella luz parpadeaba y moría; observó cómo se les marchitaban y ennegrecían los ojos en sus órbitas, e incluso entonces Leo no los soltó. Se quedó allí, con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás, con un aspecto casi sereno, mientras los hombres quedaban flácidos y dejaban de ser

personas que estaban vivas y respiraban para convertirse en cáscaras vacías. Por fin, soltó los cadáveres y volvió a subir al escenario, donde recogió su guitarra y se marchó.

El resplandor del público se fue apagando, y uno por uno empezaron a moverse, como quien despierta adormilado; lentamente al principio, y luego con desesperación cuando veían los cadáveres en el suelo.

Kate quedó pasmada. Lo que le molestaba no era el acto de matar; eso lo hacían tanto los monstruos como los hombres. Ni siquiera la escalofriante serenidad en el rostro del Sunai. Era el hecho de que los había matado con un *sonido*. Aquellos hombres habían muerto en el instante mismo en que Leo había empezado a tocar. Se habían acercado como marionetas.

Pensó en el violín de Freddie y de pronto se sintió agradecida de que él se hubiera negado a tocar, aunque ella no entendiera por qué. ¿Acaso intentaba protegerla? ¿O solo esperaba la señal de Flynn?

Volvió a prestar atención a la pantalla. Kate no era como las personas que estaban en aquella sala, caminando directamente hacia la muerte. No, Kate tenía una ventaja: conocía el rostro de su monstruo, conocía su arma. Ahora solo le faltaba descubrir su punto débil.

Cerró el vídeo y estaba a punto de salir de la página cuando recordó la segunda categoría.

Tortura.

Si un Sunai usaba la *música* para atraer a su presa, ¿qué era esto?

Se acomodó el pelo hacia atrás, encendió un cigarro y pinchó en el siguiente vídeo.



—¿A quién buscamos? —preguntó August.

Estaban parados en el porche de un chalé adosado que tenía las ventanas tapiadas y el revestimiento combado. En la puerta había un letrero escrito con pintura roja que decía: NO ENTRAR.

Como si las palabras tuvieran tanto poder allí.

—A dos hombres —respondió Leo, mientras se remangaba, dejando al descubierto las hileras cortas de cruces negras que le rodeaban los antebrazos como esposas. Las marcas eran demasiado pocas, pues se borraban cada vez que él pasaba a la oscuridad. Leo no lo hacía por falta de autocontrol —lo tenía y mucho—, sino simplemente porque le *agradaba* lo que se sentía. *Como quitarse un abrigo en un día caluroso*. La idea hizo estremecer a August.

—Hermanos —prosiguió Leo—. Responsables de la muerte de seis personas. Política de pandilla. Drogas. Supongo que estarán armados.

—¿Y me hiciste dejar el violín en casa?

Leo metió la mano dentro de su chaqueta. August dio por sentado que iba a extraer uno de sus instrumentos. En lugar de eso, sacó un cuchillo largo y angosto y se lo entregó.

—¿Y esto para qué es? —le preguntó August.

Leo no respondió. Se quedó mirándose la mano, ahora vacía, y August observó cómo la oscuridad empezaba a subir por sus dedos y a cubrir la palma. August se echó hacia atrás instintivamente, pero solo la mano de Leo se ennegreció de sombra. El modo en que lo hacía, en que cambiaba de una forma a la otra, solo era posible porque Leo había derribado el muro que las separaba. August intentó imaginar cómo había sido Leo antes de dilapidar su humanidad, pero no pudo. Lo observó extender la mano ensombrecida y aferrar el pomo oxidado de la puerta. El metal se arrugó como papel bajo su mano y cayó. La puerta se abrió.

—Haz lo que yo te diga, hermanito —ordenó, con voz más baja, más extraña, más sonora.

—¿Cómo sabes que están adentro? —susurró August.

—Por el olor de la sangre que tienen en las manos —respondió Leo. La oscuridad retrocedió en su piel y su voz recuperó su tono original. Entró y August lo siguió, y empujó la puerta para cerrarla.

La casa estaba a oscuras y olía a humo estancado y alcohol, y cuando caminaban, las tablas del suelo crujían bajo sus pies. August se preocupó. Leo, no. Llegaron al centro de la habitación y se detuvieron. Leo ladeó la cabeza y aguzó el oído. Y entonces August también lo oyó. El suelo volvió a crujir. Los dos estaban quietos.

El primer hombre salió de la nada. Se abalanzó contra Leo, pero este fue más rápido: lo atrapó en el aire y lo arrojó contra las tablas podridas con tanta fuerza que se partieron. El hombre se retorció y exclamó algunas

obscenidades, pero Leo se agachó sobre él con toda calma, como un gato que atrapa a un ratón, pero sin la actitud juguetona.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, y el aire vibró con la fuerza de su voluntad.

—Foster —respondió el matón, furioso. Su sombra se retorció debajo de él y arañaba el suelo de madera.

—Foster —repitió Leo—. ¿Estás solo?

El hombre forcejeó, tosió y respondió:

—No.

Por reflejo, August aferró el cuchillo con más fuerza, pero su hermano no parecía inquieto; levantó a Foster hasta ponerlo de pie y lo hizo girar de modo que la espalda del hombre quedó apoyada en su pecho.

—Pon atención, August —dijo—. Hay más de una manera de traer un alma a la superficie.

Dicho eso, Leo torció el brazo de Foster contra su espalda, y el hombre gritó. August hizo una mueca por la impresión, pero Leo permanecía en calma, imperturbable. Siguió retorciéndole el brazo hasta que August oyó el desgarramiento de los ligamentos, y el hombre soltó otro grito.

—¿Por qué haces esto? —preguntó August.

—Para que aprendas —respondió Leo simplemente. Retorció con más fuerza, y Foster aulló de dolor. Hubo un sonido de huesos que se quebraban, y August observó con horror cómo, primero, el rostro del hombre se cubría de sudor, y luego su piel empezaba a emitir un resplandor rojo. La luz subió a la superficie como sangre, y al hacerlo, empezó a pasar del cuerpo de Foster al de Leo.

—Lo siento —jadeó el hombre, confesando entre inhalaciones irregulares—. Lo siento. Hice lo que tenía que hacer. Si no los mataba, me habrían

matado a mí.

Leo torció más aún, y el hombre sollozó entre crujidos de huesos. A August se le revolvió el estómago al oírlo.

—Basta, Leo —pidió—. ¿Para qué hacerlo sufrir?

Foster tenía el rostro bañado en lágrimas mientras la vida se le escapaba.

—Lo siento —gritó—. Por favor, lo siento...

Leo no se conmovió.

—¿Y por qué no habría de sufrir? —cuestionó, mirando a August a los ojos mientras el hombre aullaba—. Son mala gente, hermanito. Hacen cosas malas. Lastiman, asesinan y tiñen este mundo de sangre, oscuridad y perversión. — Tuvo que elevar la voz por encima de los gritos de Foster—. ¿Por qué tendrían que irse en calma? ¿Por qué no tendrían que sufrir por sus pecados?

—Lo siento...

La voz de Foster se apagó, junto con la luz bajo su piel. Sus ojos se quemaron y se hundieron.

—Nuestro fin no es traer paz, —explicó Leo, y dejó que el cuerpo roto cayera al suelo— sino imponer penitencia. —August abrió la boca para protestar, cuando Leo dijo—: Cuidado.

Ocurrió demasiado rápido. Un segundo hombre atacó a August desde atrás. No le dio tiempo a pensar, a parar, a soltar el arma y quitarse de en medio. Se dio la vuelta justo a tiempo para que su cuchillo se hundiera en el vientre del atacante. August bajó la mirada hacia la hoja, que desapareció entre las costillas del hombre, con una mezcla de conmoción y horror, y el hombre soltó un grito estrangulado de dolor. Su vida afloró a la superficie, y August ahogó una exclamación cuando la energía lo golpeó como un cubo de agua helada, repentina, brillante y dolorosamente fría. Sus dedos aferraron el cuchillo con más fuerza, y el hombre intentó cogerlo del cuello, pero sus manos vacilaron,

cayeron sobre el cuello de la chaqueta de August y sus uñas se le clavaron en vano en la piel.

—Lo tenían merecido —dijo el hombre, tosiendo, con los labios ya manchados de sangre. Sus piernas empezaron a doblarse pero August lo sostuvo, mientras la vida pasaba a él, clara y eléctrica—. Todos lo merecían. Este mundo... retorcido... todos... vamos a...

Sus palabras cesaron cuando se desplomó, muerto, y August se quedó allí, de pie en la oscuridad, temblando por la fuerza de la experiencia; sentía que había absorbido no solo la vida de aquel hombre sino también su maldad. Eso era lo contrario a la paz. Se sentía vivo, intensamente vivo, pero a la vez sucio; sus sentidos gritaban, y su mente era una maraña de pensamientos oscuros, sentimientos y poder, y sentía que se ahogaba, temblaba y se quemaba vivo. Tuvo que cerrar los ojos y obligar a sus pulmones a inhalar hasta que las sensaciones se aplacaron y su mente dejó de girar como una vorágine, y pudo traerla nuevamente a su cabeza, a su piel. Cuando la habitación recuperó su forma alrededor, lo primero que vio fue el cuchillo ensangrentado. Sintió una mano en el hombro y vio a Leo a su lado, con expresión de orgullo.

Y eso solo hizo que se sintiera peor.

—Con el tiempo te resultará más fácil —le prometió Leo, y cogió el cuchillo.

Pero August observó los cadáveres, sus sombras quietas, los cuerpos destrozados.

—¿Debería ser así?



Kate se quedó con la mirada fija en la pantalla, donde se veía a un hombre retorcido en el suelo, un cadáver deforme y ensangrentado. Había tardado mucho en morir. O, mejor dicho, Leo había tardado mucho en matarlo. No había usado otra cosa que sus manos, o sea que no necesitaba la música para robar un alma. ¿Cómo era el dicho? Hay muchas maneras de matar pulgas.

Kate nunca había entendido esa frase.

Ahora, sí.

Lo único que no entendía eran las marcas. Leo también las tenía: franjas cortas de cruces en torno a las muñecas.

Una por cada día sin recaídas, había dicho Freddie. Lo cual, obviamente, no era toda la verdad, pero tampoco podía ser mentira. Los monstruos no mentían.

—Nuestra Kate, siempre soñando despierta.

Se sobresaltó, y vio a Sloan de pie en la entrada, con una sonrisa malvada en el rostro enfermizo. Kate no sabía cuánto tiempo llevaba allí... ni, para el caso, cuánto tiempo llevaba ella sentada, con la mirada fija en la imagen congelada de Leo en medio de la destrucción y pensando en Freddie. Se desconectó y dejó la tableta a un lado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Sloan pasó una uña puntiaguda por el marco de madera de la puerta, y al hacerlo produjo un sonido agudo irritante. Kate contuvo el impulso de tocarse la marca que él le había dejado en la mejilla.

—Su padre no vendrá a casa esta noche.

Kate se aferró más a la silla.

—Ah, ¿no? —La idea de quedarse sola con el Malchai le daba escalofríos, pero sabía que no debía demostrarlo. Si Sloan supiera cuánto la incomodaba, solo la atormentaría más—. Nada demasiado serio, espero.

—Nada de lo que no pueda encargarse —respondió Sloan.

Kate lo observó irse, vaciló, y luego cogió su móvil y salió tras él.

—Oiga —lo llamó, mientras lo seguía.

Pero no estaba.

—¿Sloan?

Nada. Luego, un aliento frío en la nuca.

—¿Sí, Kate? —preguntó una voz cerca de su oído malo.

Kate no se sobresaltó, sino que se dio la vuelta y se apartó con cuidado. En lugar de mirarlo a los ojos, se concentró en la *H* que llevaba en la mejilla, y se recordó que el Malchai pertenecía a su padre.

—Quiero preguntarle algo.

Los labios muertos de Sloan se fruncieron con desagrado.

—Preferiría que no lo hiciera —dijo, sin alterarse.

—¿Qué sabe de los Sunai?

El Malchai se quedó inmóvil. Una sombra cruzó por su rostro por un instante. Luego ladeó la cabeza y la observó, pensativo. Pero no podía mentir.

—Son tan diferentes de *nosotros* —respondió— como nosotros de los Corsai. —Frunció la nariz al mencionar a las bestias de las sombras—. Pueden parecer humanos, pero no es su verdadera forma.

Kate frunció el ceño. No había encontrado ningún archivo, ningún vídeo de los monstruos con otra forma. ¿Cómo era un Sunai debajo de su piel?

—¿Es cierto que se alimentan de almas?

—Se alimentan de la *fuera vital*.

—¿Cómo se los mata?

—No se puede —afirmó Sloan simplemente—. Aparentemente, los Sunai son indestructibles.

—Nada es indestructible —replicó Kate—. Todo tiene un punto débil.

—Supongo —admitió—, pero si tienen un punto débil, no se les nota.

—¿Por eso los otros monstruos les temen?

—No es cuestión de *temor* —gruñó Sloan—. Los evitamos porque no podemos alimentarnos de ellos. Así como ellos no pueden alimentarse de nosotros.

—Pero a *vosotros* se os puede matar. —Los ojos rojos del Malchai se entornaron con fastidio, pero no dijo nada, de modo que Kate prosiguió—.

¿Cuántos hay?

Sloan suspiró, visiblemente cansado del interrogatorio.

—Que nosotros sepamos, hay tres.

¿Hijo único?

El menor.

—Al primero, Leo, lo conocemos todos —prosiguió Sloan—. Se cree juez, jurado y verdugo.

—¿Lo conoce? —preguntó Kate.

La expresión de Sloan se ensombreció.

—Nuestros caminos se han cruzado.

Se desabotonó el cuello de la camisa y lo abrió para mostrarle su piel de un enfermizo blanco azulado atravesada por cicatrices, como si alguien hubiera intentado llegar con las uñas al escudo óseo de su pecho.

—Parece que ganó él —observó Kate.

—Tal vez. —Sloan esbozó una mezcla de rictus y sonrisa, al tiempo que se tocaba encima del ojo con una uña afilada—. Pero yo también le dejé mi marca.

Kate había visto una fotografía reciente de Leo, y había visto la fina cicatriz que le cortaba la ceja izquierda como a una estatua mellada; era el único defecto en un rostro perfecto.

—¿Y los otros dos?

—La segunda Sunai creó el Yermo. —Los ojos de Kate se dilataron. Había visto el espacio arrasado en el centro de la ciudad; había oído hablar de la catástrofe, de los cientos de vidas perdidas, pero había dado por sentado que la causa había sido una fuerza, un arma gigantesca, no un solo monstruo—. Está confinada a su torre por la tregua. El tercero es un misterio.

No para mí, pensó Kate, aferrando su teléfono.

Se daba cuenta de que la tregua estaba fracasando; sabía que solo era cuestión de tiempo hasta que acabara por quebrarse. Los monstruos estaban inquietos, y otra vez la atención de su padre estaba enfocada en el Tajo. Los Sunai siempre habían sido la mejor arma de Flynn. Si era posible cazarlos, si era posible *matarlos*, o siquiera capturarlos, Ciudad Sur no se salvaría.

Sloan seguía observándola.

—Está muy curiosa esta noche, pequeña Katherine.

—El saber no ocupa lugar —respondió con indiferencia, y se sirvió una bebida antes de retirarse a su habitación. Una vez adentro, cerró la puerta con llave y miró el móvil, pensativa.

Podía entregar esto a su padre, la identidad del tercer Sunai... o podía darle algo mejor. Podía entregarle a Freddie Gallagher.

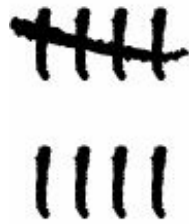
Demostrarle que era una Harker hecha y derecha.

Las palabras de Sloan resonaron en su mente.

Siempre será nuestra pequeña Katherine.

Kate pulsó la tecla *borrar* y observó cómo las fotos iban desapareciendo, una por una.

Ya no.



August no soportaba estar en su cuerpo.

Iban caminando en silencio de regreso a casa... O, mejor dicho, él iba caminando en silencio. Leo iba predicando. Así lo sentía August cuando su hermano le daba alguno de sus sermones acerca del orden natural del mundo. Como si hubiera algo natural en ellos. En lo que acababan de hacer. Sentía la sangre del hombre secándosele en los dedos. Sentía el alma del hombre dando vueltas en su cabeza.

—Tu problema, August, es que te resistes a la corriente. Peleas contra la marea en lugar de dejarte llevar por ella...

Los ojos negros de Leo estaban bordeados de luz y brillaban con fervor. Pero al menos, cuando se ponía así, no lo obligaba a responder preguntas sobre su hambre, sus pensamientos, su necesidad de sentirse humano.

—Así es como luchas contra tu fuego interior. Podrías brillar mucho, hermanito.

August se estremeció; sentía frío hasta los huesos.

—Yo... no quiero... —respondió, castañeteando los dientes. Aquello era lo contrario del hambre. Era peor.

—Deja de ser egoísta —dijo Leo—. No estamos hechos para la *necesidad*. No tiene cabida en nosotros.

En ti no tiene cabida, quería replicar August, *porque la quemaste*.

Llegaron al edificio Flynn, pasaron junto a los guardias y subieron al ascensor. August iba con los dientes apretados mientras ascendía; temía que, si abría la boca, se le escapara algo. Un sollozo, quizás, o un grito. La vida de aquel hombre zumbaba en su interior como un enjambre de abejas.

¿Qué me has hecho?

¿Qué me has hecho hacer?

Apenas se abrieron las puertas del ascensor, salió con desesperación y se encaminó directamente a su dormitorio.

—¿Dónde estabais? —preguntó Henry.

—¿Eso es sangre? —añadió Emily.

August no se detuvo.

—¿Leo?

—Estaba enseñándole una lección.

—¿Qué...?

—No te preocupes, Henry. Va a estar bien...

August cerró la puerta y se recostó contra la madera. No había cerradura, de modo que se quedó allí hasta estar seguro de que nadie lo seguiría: luego lanzó un suspiro estremecedor y se arrancó la chaqueta de la FTF. Dejó las luces apagadas y se desplomó en la cama. Los dedos se le hundieron en las costillas, tratando de parar aquel zumbido, pero no dio resultado, y apenas cerró los ojos se volvió como un coro de gritos. Tanteó las sábanas arrugadas hasta

encontrar el reproductor de música y se puso los auriculares.

Algo aterrizó sobre la cama, y al darse la vuelta vio a Allegro acercarse a él, pero el gato se detuvo justo fuera de su alcance y entornó los ojos con recelo, y cuando August quiso acariciarlo, retrocedió y se alejó a toda prisa.

Se dan cuenta, ¿sabes?, de quién es bueno y quién no.

—Lo siento —susurró a la oscuridad—. No tuve opción.

Las palabras le dejaron un gusto amargo en la boca. ¿Cuántas veces alguien le había dicho eso mismo? Esas palabras nunca cambiaban nada. Una confesión no deshacía el crimen; era imposible deshacerlo, de modo que August se encerró en sí mismo y subió el volumen de la música hasta que tapó todo lo demás.



Era de madrugada, pero August no podía dormir.

El zumbido había cesado por fin, pero tenía los nervios destrozados. Fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua. No tenía sed, pero había algo en el gesto que lo calmaba, lo hacía sentir normal.

Su atención se enfocó en una pila de carpetas que había sobre la encimera, y estaba a punto de estirar la mano para cogerlas cuando oyó algo que raspaba en la oscuridad. Dejó el vaso intacto a un lado y encontró a Allegro caminando hacia uno y otro lado frente a la puerta de Ilsa.

Llamó a la puerta, pero no estaba del todo cerrada y se abrió apenas la tocó. En el interior, la luz estaba apagada, y lo primero que vio fueron las estrellas. Todas las superficies del dormitorio de Ilsa estaban cubiertas de estrellas: puntitos de luz de fibra óptica en el techo, las paredes y el suelo. Su hermana

estaba de pie ante la ventana, con el pelo color fresa suelto pero extrañamente ingravido, flotando en torno a su rostro. Tenía los dedos extendidos sobre el cristal y con su camiseta sin mangas, se le veían sus propias estrellas diminutas en los hombros y los brazos.

Dos mil ciento sesenta y tres.

August no podía conciliar a la Ilsa que tenía ante él, amable y gentil, con el monstruo cuya verdadera voz había arrasado una parte del mundo y a todos los que allí estaban.

Nuestra hermana, el Ángel de la Muerte.

Quería preguntarle por aquel día. Quería saber qué había ocurrido, qué había sentido al vivir con tanta muerte. Quería hacerlo, pero no lo haría.

Allegro se acercó a la cama sin hacer ruido, y August estaba a punto de retirarse cuando su hermana habló, con voz tan baja que casi no la oyó.

—Está destruyéndose —susurró.

Sus dedos se crisparon contra la ventana. August se acercó con cautela, en silencio.

—Desmoronándose —prosiguió Ilsa—. No como debería ser, polvo al polvo y cenizas a las cenizas, sino mal, como cuando se abre una grieta en el fondo de una piedra y empieza a crecer, crecer y crecer, y no nos damos cuenta hasta el día en que...

Presionó contra la ventana, y aparecieron fracturas finísimas que empezaron a extenderse por el cristal. August apoyó la mano en la de su hermana.

—Siento las grietas. Pero no distingo... —Ilsa cerró los ojos con fuerza, y luego los abrió muy grandes—. No distingo si las grietas están fuera o dentro de mí, o ambas cosas. ¿Soy egoísta si espero que estén fuera, August?

—No —respondió con suavidad.

Se quedaron un momento en silencio. Cuando Ilsa volvió a hablar, lo hizo

con voz más firme.

—Trece. Veintiséis. Doscientos diecisiete.

August frunció el ceño.

—Trece Malchai. Veintiséis Corsai. Doscientos diecisiete humanos. Son los que murieron en Lyle Square.

August se puso tenso, y no tomó conciencia de que aún estaba sosteniendo la mano de su hermana hasta que ella la retiró del cristal.

—Así se llamaba, antes de ser *el Yermo*. Había una reunión, por eso había tanta gente. No quise hacerlo, August. Pero tenía que hacer algo. Leo no estaba, y el encuentro estaba yendo mal, y... Solo quise ayudar. Nunca había pasado a la oscuridad. No sabía qué sucedería. Leo hace que parezca muy sencillo, y pensé que todos ardíamos del mismo modo, pero nuestro hermano arde como una antorcha, y...

E Ilsa ardió como un incendio fuera de control.

¿Y August?

Podrías brillar mucho, eso le había dicho Leo. Si te lo permitieras.

—Era de noche —susurró Ilsa—, pero todos dejaron sombras.

Cuando miró a August, los ojos de él estaban oscuros y apesadumbrados.

—No quiero volver a arder, August, pero si se rompe la tregua, voy a tener que hacerlo, y van a morir más personas. —Se estremeció—. No quiero que mueran por mí.

—Lo sé —susurró August, mientras la apartaba de la ventana—. Buscaremos otra manera.

Si tenían que ir a la guerra, pensó August, ¿a cuántos mataría él para ahorrarle la tarea a Ilsa? ¿Con cuánto brillo podría arder él? Pensó en el cuchillo, en la vida que se movía dentro de él, en el malestar, y en la promesa de Leo de que luego sería mejor. Más fácil.

Ilsa se dejó caer en la cama. Allegro subió de un salto y se acomodó contra ella, que no se percató.

—Me quedaré contigo —dijo August—. Hasta que te duermas.

Ilsa se acurrucó de costado y August se sentó en el suelo, con la cabeza apoyada en la cama. Los dedos de su hermana empezaron a jugar, distraídos, con su pelo.

—Siento las grietas —susurró Ilsa.

—Tranquila —contestó August.

Allegro bajó de un salto, lo observó con sus ojos verdes y luego se acurrucó en su regazo. August sintió alivio.

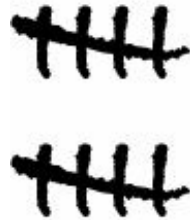
—Todo se rompe... —murmuró su hermana.

—Calla, Ilsa —dijo August, contemplando las estrellas en el techo.

—...se desmorona...

—Calla...

Y así se durmió, rodeado por la voz de Ilsa, el ronroneo de Allegro y cientos de estrellas.



Kate desplegó sus herramientas sobre la cama.

Cinta adhesiva (cuya utilidad realmente era innegable), media docena de precintos con centro de cobre y un juego de estacas de hierro del largo de su antebrazo (cuando menos, podrían frenarlo un poco). Observó con ojo crítico la pobre selección y sintió que iba a una batalla armada con un palillo de dientes; luego guardó las herramientas en su mochila y salió.

Estaba cruzando la cocina y poniéndose la chaqueta de Colton cuando advirtió que Callum Harker estaba sentado en el sofá.

Casi no había visto a su padre desde los juicios en el sótano, pero allí estaba, con los brazos extendidos sobre el respaldo de un sofá de cuero. Dio un paso hacia el sofá y se dio cuenta de que no estaba solo: Sloan estaba de rodillas a su lado, con la cabeza inclinada y tieso como una estatua, o un cadáver. Harker estaba hablándole en tono suave —Kate no alcanzaba a oír las palabras—, y ella vaciló; se sentía una intrusa. Pero esa también era *su*

casa. Buscó una taza y se sirvió café, sin preocuparse de hacer ruido. Obviamente, Harker la oyó. Hizo un breve movimiento con la mano, y Sloan se apartó y fue a colocarse junto a la ventana. La luz de la mañana bañó su piel blanco azulada, y parecía atravesarla.

—Buenos días, Katherine —la saludó su padre, levantando la voz.

Kate bebió un largo sorbo de café, sin hacer caso a que le quemaba la garganta.

—Buenos días.

Imaginó que él le preguntaba cómo estaba aclimatándose, y que ella le decía que no necesitaba que Sloan la vigilara. Tal vez le preguntaría por el colegio, y ella podría contarle que había conocido a un chico y que pensaba traerlo a casa. Pero, desde luego, Harker no le preguntó nada de eso, de modo que no pudo responderle. En lugar de eso, dijo:

—Te levantaste temprano.

—De hecho —respondió Harker— estuve despierto toda la noche.

Sus brazos se despegaron del sofá cuando se puso de pie.

—Se me ocurrió quedarme levantado un rato más para despedirte.

Se encendió la esperanza en Kate, pero casi de inmediato la siguió la desconfianza.

—¿Para qué? —lo cuestionó, soplando el café.

Harker cruzó la habitación, con los pasos firmes de alguien que espera que el mundo se aparte de su camino.

—Soy tu padre —dijo, como si eso fuera una explicación—. Además, quería darte algo. —Extendió la mano—. Algo más digno de una Harker.

Kate bajó la mirada y vio una nueva medalla que resplandecía en la palma de la mano de su padre. Parecía una moneda grande en el extremo de una cadena fina; tenía la *V* grabada en relieve y rellena con nueve granates, cada

uno de los cuales brillaba como una gota de sangre.

—Es de plata —le informó Harker—. Más delicada que el hierro, pero igualmente pura.

Kate intentó adivinar cuál era el significado de aquel gesto. Cuál era la trampa.

—¿Era de mi madre?

—No —respondió Harker en tono severo—. Era mía. Y ahora es tuya. —Se puso detrás de ella y le apartó el pelo para quitarle la medalla común—. Y algún día... —agregó, mientras le colocaba la cadena de plata al cuello—. Tal vez tengas más que mi medalla.

Kate se volvió hacia él, hacia aquel hombre del que había heredado los ojos, el pelo y poco más, aquel padre que siempre había sido una sombra en las afueras de su vida, más leyenda que real. El caballero andante de los cuentos, fuerte y estoico, que siempre estaba en otra parte. Ahora él era todo lo que tenía. ¿Acaso ella también era todo lo que él tenía?

Detrás de su padre, Kate se topó con los ojos rojos de Sloan.

—Sé —dijo, sosteniéndole la mirada al Malchai— que no me quieres aquí.

Hizo una pausa, un poco esperando que Harker lo negara, pero no fue así.

—Ningún padre quiere que su hija corra peligro —dijo—. Ya perdí a tu madre, Katherine. No quiero perderte a ti también.

Perdiste a mi madre porque ella tenía miedo, quería decirle. Por sus propios monstruos, no por los que te siguen a ti.

—Pero —prosiguió Harker— tú mereces una oportunidad. Es lo que quieres, ¿verdad? ¿Demostrar que este es tu lugar, conmigo?

Los ojos rojos del Malchai se entornaron.

—Quiero la oportunidad de demostrarte —respondió Kate, mirando a su padre a los ojos— que soy *tu* hija.

Harker sonrió. Sin dientes: apenas una leve curva en los labios.

—Mejor márchate —le dijo—. O llegarás tarde al colegio.

El márchate esperaba. Cuando se cerraron las puertas, Kate se miró en el espejo, pensativa, y sus dedos subieron hasta la medalla de plata.

Yo también tengo algo para ti, pensó, aferrando el medallón.

Estaba ansiosa por ver la expresión de su padre cuando le pusiera un Sunai a sus pies. Entonces él sabría, sin ninguna duda, que ella era una Harker.



—Hola, ¿te llevo?

El aire de la mañana estaba pesado y no había viento. August estaba de pie en la escalinata frente al edificio de Paris, tratando de guardar la chaqueta de Colton en su mochila, cuando levantó la vista y vio el sedán negro detenido con el motor en marcha junto al borde de la acera, y a Kate Harker recostada contra él. Sus dedos aferraron el estuche del violín.

—Este... —Echó un vistazo hacia el edificio—. ¿Cómo sabes dónde vivo?

Kate lo miró como diciendo *Soy una Harker* y abrió la puerta del coche.

—Vamos. Sube.

En respuesta, August dio un paso *atrás*. No un paso grande; se lo podría haber confundido con un cambio de postura. Pero aun así se maldijo.

—Ah. —Se encogió de hombros—. No te preocupes. No necesito...

—No seas ridículo —lo interrumpió—. Vamos al mismo lugar. ¿Para qué vas a sufrir el metro cuando tienes a mano un vehículo perfectamente bueno?

Porque el vehículo perfectamente bueno viene con una chica perfectamente peligrosa, pensó August, pero logró no decirlo en voz alta.

Vaciló, sin saber bien qué hacer. En el coche podía haber cámaras. Podía ser una trampa. Podía ser...

—Por Dios, Freddie. Solo te llevo al colegio.

Kate se dio la vuelta y subió al coche pero dejó la puerta abierta: una obvia invitación —o quizás una orden— para que la siguiera.

Mala idea mala idea mala idea, palpitaba el corazón de August mientras se acercaba al sedán. Se quedó un instante junto a la puerta abierta, respiró hondo, agachó la cabeza y subió, y cerró la puerta con un clic que le reavivó el pánico en el pecho.

Tú eres el monstruo, pensó, y enseguida, como un reflejo: *no eres un monstruo*; y luego, con desesperación: *tranquilo tranquilo tranquilo*, porque sus pensamientos amenazaban con salirse de control.

El sedán tenía dos asientos: uno que miraba hacia el frente, y el otro, hacia atrás. Kate ya se había acomodado en el de atrás, de modo que August se sentó en el otro. Darle la espalda al conductor lo ponía *casi* tan nervioso como estar frente a Kate, pero antes de que pudiera decir o hacer nada, el vehículo se puso en marcha, y momentos después, el edificio de Paris se perdió de vista. Sentía que Kate lo observaba, pero cuando la miró, vio que ella estaba mirando su camisa.

—No traes puesta la medalla —observó Kate.

El pulso de August tartamudeó. Incluso antes de bajar la vista, supo que ella tenía razón. No sentía el escozor del hierro, ni su peso, porque el medallón había quedado en el suelo de su dormitorio, donde lo había arrojado la noche anterior.

Rezongó y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

—Papá va a matarme —murmuró.

Kate se encogió de hombros.

—No te preocupes —le dijo, con un asomo de sonrisa—. Pero no dejes de volver a tu casa antes de que oscurezca.

August no pudo distinguir si lo decía en serio o no.

El sedán avanzaba por las calles a gran velocidad, y la ciudad formaba una especie de túnel detrás de la cabeza de Kate. Sus uñas, que normalmente marcaban su ritmo corto y metálico, estaban contra las palmas de sus manos.

Si descubre la verdad, te darás cuenta.

Observó cómo se inflaba su pecho y sus labios se separaban.

Ella misma te lo dirá.

August se preparó para lo que vendría, pero cuando Kate habló, lo único que dijo fue:

—Quiero pedirte disculpas.

—¿Por qué? —preguntó August, y Kate le dirigió una de esas miradas que no eran ninguna sorpresa—. Ah, porque me acosaste en el pasillo del colegio.

Kate asintió, abrió la boca y volvió a cerrarla. August se puso tenso. Parecía que a ella le estaba costando encontrar las palabras indicadas. ¿Acaso trataba de no revelar algo? ¿Podía hacerlo? La observó jugar con la medalla que llevaba al cuello. Era nueva, de plata pulida y piedras rojo sangre.

—Mira —dijo Kate por fin—, cuando uno tiene la niñez que tuve yo, supongo que acaba por ser...

—¿Paranoica?

Los ojos oscuros de Kate se entornaron.

—Iba a decir cauta. Pero sí, de acuerdo, un poco paranoica. —Soltó la medalla—. En mi familia no hay mucha confianza. No espero que me entiendas.

August quería decir que sí, que la entendía, pero no pudo porque no era verdad. A pesar de todas sus diferencias, Ilsa y Leo eran como su familia,

igual que los Flynn. Confiaba en ellos.

—En cuanto te conocí —dijo Kate— supe que eras diferente.

August se clavó los dedos en las rodillas, rogando por dentro que no dijera más, que no le confesara eso.

—Yo también lo soy —añadió Kate.

August se contuvo, concentrado en respirar.

—No encajamos en el sistema —prosiguió ella—. No solo porque somos nuevos. Vemos el mundo como lo que es. Nadie más lo ve así.

—O quizá sí —intervino August—, pero te tienen demasiado miedo para decirlo.

Kate lo miró con una sonrisa fulminante y meneó la cabeza.

—Los hago sentir incómodos, porque soy un recordatorio de que no es real. Que no es más que un... —Agitó los dedos con uñas metálicas—. Un *barniz*. Ellos prefieren cerrar los ojos y simular. Pero nosotros... —Se interrumpió, y su mirada azul oscura lo abrumó—. Nosotros tenemos los ojos abiertos.

Y entonces esbozó una sonrisa extraña, privada, y August se sintió una vez más en el pasillo del colegio.

Quienquiera que seas... voy a averiguarlo.

August se sentía mareado. Las cosas que Kate estaba diciendo eran la verdad, tenían que serlo, y sin embargo, le sonaban como algo construido para atraparlo. Era demasiado claro y demasiado turbio a la vez. ¿Acaso estaba coqueteando con él? ¿O trataba de decirle que ella lo *sabía*? ¿Hablaba en serio o estaba diciendo otra cosa? August se sentía buscando donde agarrarse, y el coche volvió a quedar en silencio.

—Tienes razón —dijo por fin, con la garganta seca—. Nosotros somos diferentes... Pero prefiero ser capaz de ver la verdad y no vivir una mentira.

—Lo cual te convierte en la única persona tolerable de ese colegio.

La sonrisa de Kate se hizo más amplia al decirlo, y volvió a ser aquella sonrisa genuina y contagiosa. Observarla era como observar una imagen cambiante, dos versiones que alternaban conforme uno giraba la cabeza. August esperó que confesara, pero no lo hizo.

—Estuve pensando —dijo Kate, golpeando una uña metálica contra la medalla— en esas marcas que tienes.

August tragó saliva y se frotó la muñeca.

—¿Y qué pensaste?

—Me dijiste que marcaban tus días de sobriedad, pero son permanentes.

—Sí. ¿Y?

Kate ladeó la cabeza, y se vio el borde plateado de su cicatriz.

—¿Y si tienes una recaída?

August la miró, sin parpadear.

—Bueno, eso sería muy malo.

Kate rio, pero su atención seguía puesta en él. No iba a conformarse con tan poco, de modo que August tragó saliva, buscando una manera de decir la verdad.

—Si pudiera limpiármelas al final del día —respondió—, no significarían nada. No importarían. Y sí importan. Tuve un período muy oscuro, y no quiero volver a tenerlo jamás. Prefiero morir que volver a empezar.

Kate se quedó mirándolo con el ceño ligeramente fruncido, y August la imaginó pensando: *Así que así es cuando dice la verdad*, y pensó *Así que así es cuando ella te cree*.

Lo cual era casi gracioso, ya que él jamás había mentido, pero también lo asustaba, porque era la primera vez que la veía con esa expresión, y ahora las demás expresiones parecían vacías en comparación.

¿Lo sabes? ¿Lo sabes? ¿Lo sabes?

Podía preguntárselo. Obligarla a responder. Pero la pregunta lo condenaría, y el vehículo era demasiado pequeño, y no sabía qué hacer si ella decía que sí.

El estuche del violín estaba en el suelo, entre sus pies, y Leo tenía razón: si se esforzaba, podía oler la sangre en las manos del conductor, pero no en Kate, y ella no tenía una sombra inquieta, y...

—¿Freddie?

Parpadeó. Ella estaba mirándolo, como esperando algo. El coche estaba detenido frente a Colton.

—Lo siento —dijo.

Bajó primero y sostuvo la puerta abierta para Kate. En el último momento, le ofreció la mano para ayudarla a bajar, y para su sorpresa, ella la cogió. August contuvo un estremecimiento cuando las uñas de ella rozaron su piel.

—Oye, Marcus. —Kate asomó la cabeza al interior del sedán—. Tengo sesión con el orientador, así que puede ser que salga un poco más tarde.

El conductor se limitó a asentir, y se alejó.

Kate empezó a caminar hacia la puerta del colegio, y miró atrás al ver que Freddie no la seguía.

—¿Vienes?

—Luego te alcanzo —respondió, señalando a un grupo cualquiera de estudiantes de tercer año como si fueran amigos suyos.

Una vez más, un asomo de sonrisa burlona, una ceja levantada, la cuidada compostura que, ahora él se daba cuenta, iba con el escepticismo.

—Me alegro de que hayamos conversado, Freddie —dijo Kate, con cierto énfasis al pronunciar el nombre.

—Yo también —respondió, y apenas ella se alejó, Freddie sacó su móvil.

Llamó a Henry, pero atendió Leo.

—¿Y papá? —le preguntó.

—Flynn está suturando a alguien. ¿Qué pasa?

—Ella lo sabe.

—¿Qué es lo que sabe? —preguntó Leo.

—Algo. Todo. No lo sé. Pero lo *sabe*, Leo.

Su hermano respondió con voz tensa, impaciente.

—¿Qué ha cambiado?

—No lo sé, pero ayer me empujó contra una taquilla, y hoy quiere ser mi amiga. Hay algo raro, y el modo en que ha dicho mi nombre... Bueno, no mi nombre, sino el de Freddie... Algo va mal, y la miro y veo a dos personas y no puedo distinguir cuál es real y...

—Quédate allí, August.

—Pero...

—Quédate. Allí.

August se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—Olvidé mi medalla.

Un suspiro.

—Bueno —dijo Leo lentamente—, trata de no acercarte a ningún monstruo.

Mientras tanto...

—Leo...

—Estás dejándote llevar por los nervios. Si Kate Harker supiera lo que eres, se habría sentido obligada a decírtelo.

—Lo sé, pero... —August cerró los ojos.

Pero sí se lo había dicho, ¿no? ¿Qué intentaba decirle?

—Tengo un mal presentimiento. ¿Podrías decirle a Henry que me llame cuando termine? Necesito hablar con él.

—Bien —respondió Leo—. Pero mientras tanto, hermanito, respira hondo y trata de no perder la cabeza.

—Vale, lo... —empezó a responder, pero Leo ya había cortado.



Kate dio un golpe en la encimera del baño y se miró al espejo, furiosa.

—¿Qué *diablos* te pasa?

Una chica que estaba atrás se sobresaltó.

—Eh... ¡nada! —lloriqueó, y salió a toda prisa.

Kate exhaló cuando la puerta del baño se cerró, y luego se inclinó y apoyó la cabeza en la fría encimera.

—Maldición, maldición, maldición...

No lo había hecho.

Lo había tenido justo delante de ella, pero cada vez que había pensado en pasarse a su asiento y retirar los precintos del bolsillo, no había podido hacerlo. Trataba de imaginar a Leo, con sus ojos negros, torturando a aquel hombre hasta que la vida había brotado de él como sangre, pero solo veía a Freddie allí sentado, acobardado como si el monstruo fuera *ella*.

Las imágenes no concordaban.

Pero había *visto* la foto en su móvil, *sabía* lo que él era, sabía que aquello que estaba sentado frente a ella era solo una ilusión óptica, una fachada.

Freddie podía parecer inocente, pero no lo era.

Era un Sunai.

Pero él no sabía que ella lo sabía. Aún tenía esa ventaja, el factor sorpresa. Pero ¿durante cuánto tiempo?

Todo estaba bien. Se había preparado para esto; se había dado otra oportunidad. Simplemente le ofrecería llevarlo a su casa. No era verdad que

tuviera sesión después de las clases, pero había visto el nombre en la planilla de la sala de música, en elegantes letras cursivas. *Frederick Gallagher, 4 p.m.*

—¿Qué estás *haciendo*? —preguntó una voz chillona.

Rachel. La chica que la había acorralado camino al gimnasio. Kate se obligó a soltar la encimera.

—Rezando —respondió. Se enderezó lentamente, recomponiendo su expresión.

Rachel arqueó una ceja.

—¿Qué pides?

—Perdón —dijo Kate—. Por las cosas que voy a hacerte si no *sales de mi camino*.

Rachel tuvo el buen acierto de retroceder y dejarla pasar sin decir palabra.



Al final del día, August empezaba a pensar que había exagerado con respecto a Kate. Ella se había sentado a su lado en Historia y había dibujado monstruos en su propio cuaderno. Se habían cruzado en el pasillo, intercambiado un saludo con la cabeza y una sonrisa incómoda, un *hola* murmurado, y eso había sido todo. August había esperado en las gradas durante su hora de estudio; *quería* que ella se presentara, pero no había aparecido. A la hora del almuerzo, envió a Leo un mensaje de texto que decía simplemente: *Estoy mejor*, y recibió una sola palabra como respuesta: *bien*.

En la última hora de clase, se alegró de haberse quedado; era, al fin, su turno en la sala de música. Apenas sonó el timbre, sacó su violín del casillero y fue directamente a la sala. Llegó sin aliento, con el corazón apretado por el pánico de que estuviera cerrada con llave, u ocupada, pero no: el único nombre que quedaba al pie de la página era el suyo.

Sabía que debería irse a casa, hablar con Henry, y lo haría, pero

probablemente Leo tenía razón: estaba exagerando. Y la oportunidad de tocar, de tocar *de verdad*, era demasiado tentadora. Además, cuanto más tiempo se quedara, menos probable era que se topara con Kate al salir. Era una situación muy ventajosa, se dijo. Y lo creyó.

August pasó su acreditación por la ranura; la puerta emitió un leve *bip* de aprobación y se abrió. El estudio en sí era un cubo tan blanco que los rincones parecían desaparecer, y le dio la sensación de estar quieto en un vacío interrumpido solamente por un taburete negro, un atril, un banco. Cuando la puerta se cerró tras él, quedó sellada, y August sintió, además de oírlo, que se activaba el sistema de insonorización: una vibración sutil seguida por un silencio repentino y absoluto.

Claro que en su cabeza nunca había silencio. En cuestión de uno o dos segundos, empezaron los disparos, lejanos pero incesantes, y August estaba ansioso por apagarlos. Apoyó el estuche en el asiento del piano, sacó su móvil y puso el temporizador en cuarenta y cinco minutos; le quedaría tiempo de sobra para llegar a casa antes de que oscureciera. El estuche del violín se abrió con un clic; sonidos breves, como un staccato en el silencio. Sacó el instrumento y el arco, y se sentó en el taburete.

August respiró hondo, se colocó el violín bajo el mentón, acercó el arco a las cuerdas y... vaciló. Nunca había hecho eso. Eran tantos los días en que ansiaba coger el violín y solo *tocar*. Pero nunca podía hacerlo. La música no era algo vacío en manos de un Sunai. Era un arma que paralizaba a todos aquellos a quienes alcanzaba.

Le habría encantado tener un lugar como ese en su edificio, pero los recursos siempre eran escasos; cada centímetro de espacio se dedicaba a la FTF: viviendas, entrenamiento, provisiones. Además, Leo decía que no *necesitaba* practicar, que si quería más oportunidades de tocar, lo único que

tenía que hacer era cazar más a menudo. Una o dos veces, August había fantaseado con robar un coche, ir más allá de la zona roja, la amarilla y la verde, salir al Páramo, con sus campos vacíos, su espacio abierto. Aparcaría a un lado de la carretera y empezaría a caminar, hasta estar seguro de que nadie podría oír su canción.

Pero esa fantasía tenía sus peligros. El hecho de que no hubiera gente significaba que no habría almas, y él había calculado cuánto tiempo le llevaría llegar hasta allí y regresar, y sabía que era demasiado peligroso.

—Llévate algo para comer —le había dicho Leo, sin darle importancia.

August había querido responderle unas cuantas cosas, ninguna muy amable.

Pero ahora...

Ahora estaban solo él, las paredes blancas y el violín. August cerró los ojos y empezó a tocar.



Kate se quedó después de clases, observando cómo se vaciaba el campus. Los alumnos se iban como una ola, camino del metro o poniendo en marcha los coches a toda velocidad, como si corrieran una carrera contra la oscuridad, lo cual, supuso Kate, era verdad. Técnicamente, el toque de queda era al ponerse el sol —ese día era a las 7:23 p.m., según un cuadro que había frente a la oficina central— pero nadie se iba tan cerca de esa hora, ni siquiera los profesores. Mientras tuvieran su medallón, estarían a salvo; esa era la idea... pero nadie parecía ansioso por poner a prueba la teoría, de modo que veinte minutos después del timbre de las 4 p.m., las únicas personas que quedaban en el campus eran un puñado de alumnos de segundo año que estaban repitiendo

un examen, un par de estudiantes de cuarto año que estaban conversando en el aparcamiento y el monstruo que estaba en la sala de música.

Kate se sentó en un banco cerca de la salida, a esperar que apareciera el sedán negro. Los precintos con alma de cobre le pinchaban a través del bolsillo trasero, como un recordatorio insistente de lo que tenía que hacer. Echó un vistazo hacia el colegio; el vehículo tenía que llegar antes que Freddie.

Treinta minutos después del timbre, ninguno de los dos había aparecido.

Kate tamborileó con las uñas sobre el banco. Había avisado a Marcus que se demoraría, e intentó calmar el cosquilleo nervioso que sentía en el pecho, pero quince minutos más tarde, Colton había quedado en silencio y no había ningún sedán a la vista, de modo que cedió y llamó por teléfono al chofer.

No lo cogió.

Sintió un asomo de miedo, repentino e intenso.

Eran casi las cinco.

La luz ya empezaba a menguar. Kate se puso de pie y empezó a caminar de un lado al otro. Pensó en llamar a su padre, pero no se resignó a hacerlo. No era una niña pequeña. Aunque Freddie seguía adentro, y sin el coche, no tenía manera de llevarlo con ella. Abandonó la misión, se acomodó la mochila al hombro y se dirigió a la entrada del metro que estaba frente al campus.

Pero cuando llegó, estaba cerrada.

Se le aceleró el pulso al aferrar los barrotes de metal.

Algo iba mal. Se suponía que las líneas del metro funcionaban hasta la puesta del sol, pero la puerta ya estaba cerrada y con un candado. Empezó a zumbarle el oído malo, como solía hacer cuando el corazón le latía demasiado rápido. Cerró los ojos un instante e intentó apaciguarlo, pero su corazón le decía, una y otra vez, que *huyera*.

No. Kate cerró los ojos y respiró hondo. Piensa, *piensa*. Soltó los barrotes y volvió hacia el colegio: sacó el móvil del bolsillo y llamó un taxi.

El hombre que la atendió no quería tomar el pedido, y Kate no lo culpaba, pero eran más de las cinco y el sol estaba bajando, y ella no tenía intenciones de quedarse encerrada en el campus con un monstruo después del anochecer.

—Me llamo Kate *Harker* —dijo, irritada—. Cóbreme lo que quiera, pero venga rápido.

Cortó, y sacó del bolsillo las estacas de hierro; el sonido de metal contra metal le recordó el silencio que había ahora en Colton. Se guardó una estaca dentro del calcetín y aferró la otra por el extremo romo, apuntando el filo hacia afuera.

Se dirigió a las puertas de enfrente, pero estaban cerradas con llave. Intentó entrar con su acreditación, pero no ocurrió nada. Tiró de los picaportes. Solo para cerciorarse, y entonces, a través del cristal vio el cadáver.

Estaba tendido en el suelo, retorcido, con la cabeza hacia atrás, de modo que pudo verle el rostro.

Era el señor Brody, el profesor de historia, con el cuello roto y los ojos ennegrecidos.



Por primera vez en muchísimo tiempo, August terminó su canción.

Y luego la tocó una vez más.

Y otra.

La melodía —esa cosa extraña e increíble que había acudido a él aquel primer día en el callejón y nunca lo abandonaba, nunca lo soltaba, sonaba en

su cabeza detrás de los disparos, siempre esperando que la liberara— surgía de él a través de la piel, el arco y las cuerdas. Vibraba en sus músculos y huesos, corría por su corazón y sus venas, y lo hacía sentir humano, entero, y *lleno* de vida.

Tal vez no era el alma lo que lo alimentaba.

Tal vez era eso.

Cada acorde vibraba en el aire, como el polvo en un rayo de sol, y cuando terminó la canción por tercera vez y la melodía se fue desvaneciendo, se quedó allí saboreando aquel momento perfecto.

Sonó el temporizador, un sonido agudo que destrozó las últimas notas y trajo a August de vuelta a la realidad y a todos los problemas que en ella le esperaban. Con un suspiro, cogió el móvil, silenció la alarma y frunció el ceño. Le había enviado un mensaje a Henry para avisarle que llegaría un poco más tarde, pero no le había respondido. Ni siquiera Leo.

Entonces se percató de que tampoco había señal. Maldición. Con desgana, guardó el violín en su estuche, se cargó la mochila al hombro y se dirigió a la puerta.

No se abrió.

August probó empujándola con el peso de su cuerpo, pero la puerta no estaba solo dura o trabada por algo.

Estaba cerrada *con llave*.

Miró alrededor, preguntándose si había algún dispositivo para deslizar su acreditación y abrirla, pero no había nada. El tablero de acceso estaba en el exterior. Empezó a carcomerle el pánico, pero tragó saliva y aplastó la cara contra la ventanilla de cristal, esforzándose por ver algo, cualquier cosa, y lo que vio fue que el tablero de acceso estaba abierto, y de él salían cables cortados como entrañas que caían por la pared.

Estaba encerrado.



Kate se apartó de la puerta principal y retrocedió, trastabillando; los ojos negros del cadáver la miraban, vacíos. Contuvo un estremecimiento e intentó pensar. Tres Sunai. La lógica indicaba que había sido Freddie. Pero si, en efecto, había sido él, ¿cómo había hecho para salir y atrancar la puerta del metro sin que ella lo viera? Y si no había sido él, y el segundo Sunai nunca salía del edificio, tenía que haber sido... Leo.

Más de un Sunai en las cercanías, rodeándola como tiburones. Se le encogió el pecho, pero no podía dejarse llevar por el pánico. El pánico no servía para nada. Confundía la mente y llevaba a cometer errores fatales. Ella era una Harker, pensó, aferrando la estaca de hierro. Encontraría otra salida. Empezó a caminar, resistiendo el impulso de correr mientras doblaba la esquina, camino a la puerta trasera. Sacó el móvil con su mano libre y...

Algo la golpeó, muy fuerte.

El teléfono salió despedido cuando ella tropezó, y una mano de acero le aferró los hombros desde atrás. Sin vacilar, Kate empujó la estaca de hierro hacia atrás y la clavó en el muslo de la criatura. Esta soltó un siseo húmedo, y sus brazos se aflojaron lo suficiente para que Kate pudiera caer sobre una rodilla y lanzar una patada por encima del hombro. El cuerpo cayó al suelo, volvió a levantarse y giró con extraña gracia, con la estaca aún clavada en la pierna.

Kate quedó helada.

No era un Sunai.

Era un Malchai.

Un cuerpo esquelético, con ojos rojos que se movían en un cráneo que parecía negro bajo su piel cadavérica. La mitad del rostro del Malchai era un manojo de líneas furiosas; la *H* en su mejilla hundida había sido arrancada, igual que la del monstruo al que había matado en el sótano. Sus labios se estiraron en una sonrisa torcida; su voz fue como un estertor húmedo.

—Hola, pequeña Harker.

Kate abrió la boca para decirle que su padre le cortaría la cabeza, pero no llegó a hacerlo. Una segunda silueta avanzó a toda velocidad, demasiado rápida para esquivarla; una imagen borrosa que la golpeó en el pecho y la envió de lleno contra la pared de ladrillos del costado del colegio. Algo en su interior se rompió, y se le escapó un grito antes de que el segundo Malchai la aferrara por la garganta y le cortara el aire.

La boca del monstruo se abrió en una sonrisa llena de dientes afilados.

—Esto va a ser divertido.



Sin señal.

Por supuesto que no había señal. August volvió a guardar el móvil en el bolsillo, respiró hondo y se lanzó contra la puerta. No consiguió nada más que un eco de dolor. El solo hecho de que no sangrara ni se quebrara como un ser humano no significaba que sus músculos pudieran superar al acero reforzado. No era un ariete.

Se miró las manos y pensó en Leo la noche anterior, en el modo en que la oscuridad le había envuelto los dedos y el pomo de la puerta se había

deshecho en su mano, pero August no tenía esa clase de control. Era todo o nada.

Se frotó las marcas en la muñeca.

Cuatrocientos veintiún días.

Pero no eran las marcas lo que temía perder.

Tenía que haber otra manera. Retrocedió hasta el centro de la sala y examinó las paredes, el suelo, el techo. Liso. Liso. *Baldosas*. Se subió en el taburete y apenas alcanzaba las placas cuadradas de aislación del techo. Eran pesadas, pero cuando empujó una con suficiente fuerza, cedió y pudo levantarla y moverla a un lado.

August olfateó y se echó ligeramente atrás al oler el aire viciado; luego cogió su violín y se elevó hasta penetrar en la sucia oscuridad.



Los dedos que rodeaban la garganta de Kate parecían de acero helado, y antes de que lograra zafarse, la arrojaron contra la acera. Cayó con un golpe muy fuerte; sus pulmones quedaron sin aire y le ardían las palmas de las manos donde se habían raspado con el cemento. Se incorporó enseguida a cuatro patas, pero los Malchai eran demasiado rápidos, y uno de ellos la agarró y la obligó a quedar tendida de espaldas.

Sintió un fuerte dolor en el hombro cuando el monstruo la inmovilizó contra la acera.

—Cuánta energía —murmuró, mientras el otro Malchai se quitaba la estaca de la pierna con un sonido mojado y la arrojaba a un lado. El monstruo que estaba encima de Kate tenía los mismos arañazos profundos en la mejilla, que

habían deformado la *H* y llegaban hasta el hueso. Las marcas parecían frescas.

—Ella mató a Olivier —dijo el otro, sacudiéndose los dedos huesudos para aliviar el ardor del hierro.

—Así es —susurró el primero, al tiempo que acercaba los labios a la mejilla de Kate. Ella apartó la cabeza y sintió un aliento frío en el rostro mientras el monstruo le susurraba algo al oído malo, algo que no alcanzó a oír. Le clavó la rodilla en la entrepierna, pero el monstruo solo rio entre dientes. Al diablo con el método VINE.

Eran fuertes, pero todavía era de día. Si Kate lograba ponerse de pie, de espaldas a la pared...

—Oigo cómo palpita tu sangre —dijo el Malchai que estaba sobre ella, mientras los dedos de Kate buscaban a tientas la segunda estaca que tenía metida en el calcetín—. Seguro que tu sabor es dulce.

El monstruo abrió mucho la boca, y mostró sus colmillos plateados irregulares.

—Sin dientes —le advirtió el segundo, y el Malchai que la sostenía frunció el ceño pero cerró la boca con un clic.

El otro sacó un pequeño soplete de mano y lo encendió. La llama surgió con un siseo, y Kate forcejeó bajo las manos del monstruo hasta que las uñas de este se le clavaron en la piel y la hicieron sangrar.

—Voy... a matarte —gruñó Kate.

—*Humanos, humanos, tan mentirosos* —cantó el que estaba sobre ella; sus ojos rojos brillaron con deleite—. ¿La matamos primero, como a los demás?

El Malchai que tenía el soplete pareció pensarlo.

—No. No hay nadie que oiga. Debemos tomarnos nuestro tiempo, como lo haría él.

Aquello iba mal.

Iba muy, pero muy mal.

La mano de Kate arañaba el césped, intentando alcanzar la segunda estaca. El monstruo que la inmovilizaba sonrió; el que tenía el soplete reguló la intensidad de la llama hasta convertirla en un cuchillo al rojo blanco.

—Tiene los ojos de su padre —observó, y Kate se estremeció al recordar al profesor en el campus, con los ojos ennegrecidos—. Sostenla.



August salió por un conducto de ventilación y cayó al pasillo, con el uniforme manchado de polvo y cubierto de telarañas. Sus pies se posaron en el suelo lustrado de Colton, y al enderezarse, el alivio de estar libre pronto se convirtió en temor. Aquello no había sido una broma al azar. Alguien había querido encerrarlo en aquella sala. Pero ¿quién? ¿Y *por qué*?

Pero, por el momento, eso no importaba tanto como salir. Se dirigió a la salida más cercana y sacó el móvil del bolsillo, pero se detuvo sobresaltado al ver el cadáver de una chica. Era muy joven, de primer año. Tenía la cabeza torcida en un ángulo anormal, pero lo que lo horrorizó fue su rostro. No tenía ojos. Se los habían quemado.

Marcó el número de Henry al tiempo que accionaba la apertura manual de emergencia de la puerta y salía del edificio.

—Venga —murmuró cuando el teléfono empezó a sonar. Lo dejó sonar tres, cuatro veces, y luego cortó. Estaba a punto de llamar a Leo cuando oyó un grito estrangulado.

No era un grito agudo; más bien sofocado. August dobló la esquina y se detuvo en seco. Había dos criaturas encima de una chica; sus cuerpos eran

demasiado largos y delgados; su piel, demasiado pálida, y sus huesos, demasiado oscuros. August nunca había visto un Malchai, nunca cara a cara. No hacían sombra, pero el aire que rodeaba sus cuerpos brillaba a la vista, y sus dientes eran como puntas plateadas irregulares.

Tenían un aspecto... monstruoso.

Y la chica a la que sostenían, la que había gritado... era Kate.

Por un instante, el mundo quedó inmóvil y el tiempo se hizo lento, como ocurría entre acordes: el momento se estiró como una nota.

Tenía que ayudarla.

No debería ayudarla.

Si lo hacía, Kate sabría lo que él era.

Si no la ayudaba, ella moriría.

Estaban matándola.

Y estaban inculpándolo a él.

Ella era inocente.

Era una Harker.

Y entonces, demasiado rápido, el momento se desplomó; August cayó de rodillas y abrió el estuche del violín.



El soplete quemaba el aire encima del rostro de Kate.

Las uñas del Malchai se le clavaban en la mandíbula, y de su garganta escapó un sonido similar a un gemido. Ese sonido, tan ajeno, tan lastimoso, bastó para devolverla a sus cabales.

Los dedos de Kate rozaron el extremo de la estaca. Y entonces la oyó.

Música.

Una sola nota que se extendía por el campus y llenaba el aire, una nota que parecía ocupar más lugar que el que debería. Y luego otra, y otra más, que fueron combinándose en una canción. La música era extraña, conmovedora y bella, y Kate necesitó toda su concentración para cubrirse el oído sano, pero de algún modo siguió oyéndola, clara como el agua. El Malchai soltó el soplete y se tambaleó como si lo hubieran golpeado, y el que estaba encima de ella quedó inmóvil y se sujetó la cabeza, dolorido, mientras sobre su piel empezaba a aparecer algo similar a un hematoma.

Por fin, los dedos de Kate lograron sacar la estaca de su calcetín. La clavó en el pecho del Malchai, más allá de la sustancia negruzca que afloraba de su piel como sudor, por debajo de la placa ósea y en el corazón. El monstruo gritó y se arañó el pecho, pero era demasiado tarde: la estaca estaba hundida completamente y los dedos de Kate estaban ensangrentados. De los labios del monstruo se derramó sangre negra, y el Malchai se desplomó encima de ella. Kate se lo quitó de encima de un empujón y se puso de pie, tambaleándose por el dolor, con la mente confundida por los acordes de la música.

Entonces, súbitamente, la música se interrumpió, y ella oyó que Freddie gritaba:

—¡Cuidado!

Kate se dio la vuelta con demasiada lentitud, y se encontró cara a cara con el segundo Malchai. El monstruo la cogió por la muñeca a pesar de la oscuridad oleosa que rezumaba de su piel, y antes de que ella alcanzara a soltarse, le clavó los colmillos afilados en el hombro.

Sintió un dolor agudo. Entonces, un instante después, los colmillos del monstruo desaparecieron, y algo tiró de él hacia atrás. Freddie tenía los brazos en torno a los hombros del Malchai, y una de sus manos presionaba la piel

pálida de la garganta del monstruo. Kate se quedó allí, aturdida, pensando en qué joven parecía Freddie, qué pequeño... hasta que recordó que él también era un monstruo. Freddie tenía los ojos cerrados y los dientes apretados mientras sostenía al Malchai contra él, y la oscuridad que supuraba de la piel del monstruo empezó a empapar la suya como una mancha.

Por fin, Kate volvió a sus cabales y se puso en movimiento: recogió la estaca que había quedado tirada y la clavó en el corazón del Malchai. Este no se resistió. Ya estaba recostado contra el pecho de Freddie, y cuando el hierro llegó al corazón, la luz roja de sus ojos ya estaba apagándose.

Freddie lo soltó, y el monstruo se desplomó entre los dos, poco más que dientes y huesos. Por un segundo, solo se miraron, cubiertos de sangre y respirando con agitación.

Ninguno de los dos se movió.

La mirada de Freddie se movió, vacilante, entre ella y los cadáveres, y luego pasó a su violín, que había quedado en el césped. Los ojos de Kate aferraron la estaca que tenía en la mano.

Corre, dijo una voz en su mente.

Pero no lo hizo.

Freddie la miró a los ojos, y se tambaleó un poco.

—¿Qué diab...? —empezó a preguntar Kate, pero entonces él se dobló en dos y empezó a vomitar.

Lo que salió era negro, brillante como el aceite. Freddie intentó enderezarse pero cayó hacia adelante, y quedó a cuatro patas, vomitando un líquido de color de tinta en el cemento pálido de la acera de Colton.

Regresa, dijo la voz, pero ella ya estaba arrodillándose frente a él.

—¿Qué te ocurre?

Freddie abrió la boca, como si intentara hablar, pero no pudo, y lanzó más

oscuridad sobre el cemento. Cuando alzó la vista, sus ojos ya no estaban grises, sino negros. Negros, y llenos de dolor. Las venas se destacaban en sus manos y serpenteaban como cables negros sobre su piel, ascendiendo hasta su garganta.

¿Qué había dicho Sloan?

No podemos alimentarnos de ellos. Ellos no pueden alimentarse de nosotros.

Entonces, ¿por qué? ¿Por qué había hecho eso? Quería preguntárselo, pero los ojos de Freddie estaban desenfocándose y su cuerpo temblaba. Extendió la mano débilmente para alcanzar su violín, pero estaba demasiado lejos, y un momento después se desplomó sobre la acera. No se movía. ¿Estaba muerto? ¿Quería ella que estuviera muerto? Una pequeña parte de ella pensó: de modo que *así* se mata a un Sunai, pero no, el pecho de Freddie seguía subiendo y bajando con inhalaciones superficiales y cortas.

Sonó el móvil de Kate. Todavía estaba en la acera, donde había ido a parar por el golpe, y ella corrió a cogerlo.

—¿Hola? —dijo, agitada. Pero no era su padre. Ni Marcus. Era de la compañía de taxis. El vehículo estaba esperando frente al colegio. El taxímetro corría.

Kate miró lo que quedaba de la pelea: los cadáveres de los dos Malchai, el soplete dibujando una línea negra en la acera, el Sunai inconsciente a sus pies. Ella estaba cubierta de una sangre que estaba secándose y tenía manchas de sangre negra. Tragó saliva.

—No se vaya —pidió al taxi—. Voy para allá.

Verso 3

CORRE,

MONSTRUO,

CORRE

1

Cuando August despertó, le dolía todo. El dolor siempre había sido algo fugaz, algo que rozaba apenas la superficie de sus sentidos, pero este era profundo y le oprimía cada músculo y cada hueso. La última vez que había pasado a la oscuridad, le había dolido hasta la médula, había ardido como una fiebre, pero incluso eso era diferente. Ahora se sentía hueco. Le dolía respirar. Le dolía *ser*. Y por primera vez en su vida, quería volver a hundirse en la oscuridad de sus sueños.

En lugar de eso, August se esforzó por llevar su mente a la superficie donde esperaba su cuerpo y abrió los ojos.

Estaba sentado en un suelo de cemento, apoyado contra una pared sin terminar, con la espalda contra un armazón de metal y vigas de madera. Tenía la vista borrosa; luego se enfocaba, y volvía a estar borrosa. Intentó moverse, pero tenía las muñecas agarradas con precintos al armazón de metal.

Kate Harker estaba sentada en el medio del suelo de cemento, los brazos en

torno a las rodillas, observándolo. Tenía puesto su blazer de Colton sobre el polo manchado de sangre. Tenía un hematoma en la mandíbula y sostenía un brazo frente a ella flexionado en un ángulo protector. La camiseta estaba desgarrada donde el Malchai le había clavado los dientes. Se la veía afectada, pero cuando vio que él la miraba, se puso tensa y su expresión se volvió indescifrable.

—Bienvenido a mi nuevo despacho —le dijo. Su voz parecía fría, distante. Quizá por la conmoción. Él había visto a varios integrantes de la FTF pasar por algo así, después de un encuentro con la muerte—. Empezaba a preguntarme si alguna vez despertarías.

August apartó la vista y miró alrededor. No estaban solos. Había un hombre caído en un rincón, inconsciente, con las manos atadas y la boca cubierta por cinta adhesiva. En su camisa tenía un rótulo que decía: «Taxis de Ciudad V».

Kate siguió la dirección de la mirada de él.

—Eres más pesado de lo que pareces —explicó—. Necesité su ayuda para traerte aquí. Y después... bueno... no me pareció bien dejarlo ir. Pero le pagué muy bien antes de... bueno.

August intentó tragar saliva. Sentía la garganta como si estuviera cubierta de arena.

—Mi violín.

Kate dio unos golpecitos con las uñas en el estuche que estaba a su lado. August suspiró aliviado, y ella lo miró de un modo que no logró interpretar. La atención de ella se desvió hacia las ventanas, marcos vacíos cubiertos de láminas plásticas. Incluso a través del plástico, August pudo ver que estaba oscureciendo. Ya debería haber llegado a casa. ¿Dónde estaba su teléfono? No lo sentía en el bolsillo. ¿Se le habría caído?

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Mi padre tiene casas seguras en varios puntos de la ciudad.

August sintió una oleada de pánico que le provocó náuseas.

—¿Y nos has traído a una? ¿Después de que sus Malch...?

Kate le dirigió una mirada fulminante.

—Ya no eran de mi padre —respondió fríamente—. Pero no soy tonta. Estamos en una obra en construcción a la vuelta de la casa segura. Tengo muchas preguntas, Freddie.

Él volvió a tragar saliva.

—August —dijo, cansado—. Me llamo August.

—*August* —repitió ella, como probando el nombre—. Te sienta mejor. August Flynn.

De modo que sí lo sabía.

—¿Desde cuándo? —preguntó August, y ella entendió la pregunta, porque respondió:

—Desde ayer.

August asintió. Había estado en lo cierto. Probablemente se habría sentido reconfortado, de no haber estado tan dolorido.

—Yo creía que los de tu clase eran invencibles.

Dijo *clase* como si fuera una mala palabra.

August hizo una mueca.

—Nada es invencible.

Una sonrisa irónica cruzó por el rostro de Kate.

—Eso pensaba.

—Kate...

—No —lo interrumpió—, tú no hablas todavía.

August calló. La sangre le latía intensamente en la cabeza.

Kate se raspó las uñas metálicas para quitarse los restos de sangre negra.

—¿Por qué me ayudaste?

La pregunta salió rápida y clara, como si fuera la que ella había estado esperando para formularle.

August cerró los ojos.

—Era una trampa. Esos Malchai no solo querían matarte. Trataban de que pareciera una ejecución Sunai. Me habrían adjudicado la muerte a mí, a mi familia, y la habrían usado para quebrar la tregua.

Volvió a abrir los ojos. El malestar al fin empezaba a ceder.

—Lo que dije en el bosque era en serio. Acerca de querer la paz.

—¿Quieres hacerme creer que el monstruo es un pacifista?

—Nunca te mentí.

—Tampoco me dijiste la verdad.

—¿Cómo podía hacerlo? —preguntó—. ¿Lo habrías hecho tú?

Kate no respondió. Se quedó mirando el suelo, con el rostro tenso de dolor.

—¿Estás bien? —le preguntó August suavemente.

Kate levantó la cabeza.

—¿Me quieres joder?

August se encogió, confundido.

—Solo te pregun...

—Deja de hablar.

Kate se puso de pie, y al hacerlo se vio la estaca de hierro que tenía sujeta debajo de la rodilla.

—Yo sé lo que vosotros podéis hacer. He visto los vídeos, cómo jugáis con vuestras víctimas, una especie de juego enfermizo de gato y ratón...

¿Vídeos?, pensó August.

—Yo no soy un ratón, August Flynn, ¿entiendes? Sé lo que eres.

Estaba acercándose a él. El armazón de metal al que lo había amarrado se

extendía verticalmente contra la pared. August se puso de pie con dificultad, deslizando las muñecas por las barras hasta enderezarse.

—Te salvé la vida —le recordó.

Como respuesta, Kate le acercó la punta de la estaca de hierro a la garganta. Aún estaba manchada con sangre de Malchai, y el olor hizo que a August se le revolviere el estómago. Los ojos de Kate parecían febriles, pero su mano se mantenía firme.

—Un simple gracias bastaría —le dijo.

—¿Por qué estabas en Colton? —le preguntó ella.

—Me envió mi padre.

—Querrás decir *Flynn*.

—Sí.

—¿Quería que me mataras?

—No. Quería que estuviera cerca de ti por si se rompía la tregua. En este mundo no hay muchas cosas que le importen a Callum Harker, y Leo pensó que podrías ser una ventaja valiosa en la pelea. —August se inclinó hacia adelante, contra la punta de la estaca—. Y te aviso que vas a necesitar más que esto para hacerme daño.

Como aceptando el desafío, Kate empujó la estaca, pero la punta no penetró en la piel de August.

Justo entonces, sonó un móvil en el suelo de cemento, junto al estuche del violín. Kate se volvió en su dirección, y August se llenó de terror.

—¿Lo dejaste *encendido*?

—Le quité el GPS —respondió Kate, mientras se agachaba para recoger el teléfono. Miró la pantalla y frunció el ceño.

—¿Quién es?

Ella se enderezó.

—Es de mi casa.

—No descuelgues —le pidió, y por primera vez deseó poder cambiar la decisión de una persona en lugar de liberar simplemente sus pensamientos.

El pulgar de Kate estaba quieto sobre la pantalla.

—Kate, *alguien* envió a esos Malchai a matarte.

Kate se quedó mirando el teléfono. Dejó de sonar. Y luego volvió a empezar.

—Rompieron sus juramentos —dijo—. Igual que Olivier.

—¿Quién es Olivier?

—Tienen hambre y están inquietos —prosiguió; su voz casi se perdía con el sonido del teléfono—. Y hartos de obedecer órdenes.

August se retorció contra los precintos.

—Esto no ha sido un ataque al azar. Fue algo calculado. Alguien se ha tomado muchas molestias para asegurarse de que murieras y de que yo estuviera allí para enfrentar las consecuencias.

Kate masculló una sola palabra por lo bajo. El teléfono todavía sonaba, pero en lugar de atender, lo dio vuelta y le quitó la batería. El sonido cesó. Volvió a decir aquella palabra, y August se dio cuenta de que era un nombre.

—Sloan.

No era la primera vez que August oía ese nombre. Leo hablaba de él como hablaba de la mayoría de los monstruos, solo que peor.

Mi padre tiene un Malchai como mascota.

—¿Y ese Sloan sería capaz de iniciar una guerra?

Kate lo miró.

—Muerte y violencia, ¿no es eso lo que quieren todos los monstruos?

August no mordió el anzuelo.

—Mira, no lo sé —prosiguió, caminando de un lado al otro—, pero estoy

bastante segura de que quiere quitarme de en medio, y si al mismo tiempo pudiera incriminar a Flynn... No conozco a nadie más que sea capaz de pensar con tanta visión de futuro. La mayoría de los Malchai no piensan más que en matar. Sloan es... diferente.

—¿Y los otros Malchai le hacen caso?

—Llevo nueve días en casa, August. No he podido observarlo. Hasta ahora, parece que su pasatiempo preferido es atormentarme.

—Si él tuvo algo que ver, no puedes ir a casa. Tú...

Dejó la frase inconclusa al oír que unos vehículos se detenían y un motor se apagaba. Los sonidos eran bajos, apagados, y Kate aún no los había oído. Seguía caminando de un lado a otro.

—Kate.

Puertas de coches que se abrían y cerraban.

—Kate.

Pasos.

—*Kate.*

Se volvió hacia él.

—¿Qué?

—Tienes que soltarme —dijo, tratando de liberar sus manos. Los precintos estaban demasiado apretados, y aunque el metal no lo lastimaba, sí hacía que fuera más difícil romperlos.

—¿Por qué haría algo así?

—Porque alguien viene.



Abajo, en alguna parte, se abrió una puerta, y el sonido fue, por fin, algo que ella alcanzó a oír.

—Deben haberte rastreado.

—No —dijo Kate, meneando la cabeza—. Desactivé el GPS del teléfono.

En el rincón, el taxista empezó a moverse. De su bolsillo asomaba un móvil.

—Mierda.

Hubo pasos en la escalera. Kate corrió hasta la ventana y se llevó la mochila al hombro. Sacó un encendedor del bolsillo, de un extremo del cual se abrió una pequeña navaja de plata, y con la hoja corta pero afilada cortó la lámina plástica que cubría la ventana. Más allá se veía un cielo violáceo. Durante un segundo, August pensó que iba a abandonarlo allí, amarrado a la pared, para que lo encontraran los hombres de Harker, pero entonces regresó.

—Iba a entregarte a mi padre —le dijo—. Esta mañana, cuando subiste al coche. —Deslizó el cuchillo entre el precinto y la piel de él—. Habría sido muy fácil.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Ella levantó la vista. Tragó saliva.

—No parecías un monstruo.

August le sostuvo la mirada. Quería decirle *No lo soy*, pero las palabras no le salieron.

—¿Y ahora?

Kate meneó la cabeza y tiró súbitamente del cuchillo.

Pero el precinto no se cortó.

Frunció el ceño e hizo otro intento. Nada.

August palideció.

—Por favor, dime que tienes una manera de quitármelos.

—Es que no pensaba hacerlo —replicó ella.

August empezó a moverse, asustado, pero Kate simplemente levantó el zapato y lo estrelló contra una de las barras de metal. El ruido fue fuerte, demasiado fuerte, pero la barra se dobló y cedió, y August logró deslizar las muñecas precintadas y liberarlas. Kate dio otra patada a la segunda barra, pero esta era más resistente, o el ángulo no era el adecuado. Se curvó pero no se rompió. Los pasos se oían más cerca. August aferró la barra y Kate hizo lo mismo, y juntos tiraron con todas sus fuerzas hasta que por fin se soltó, y los dos cayeron sobre el suelo de cemento.

Kate cayó sobre su costado herido y ahogó una exclamación de dolor, pero cuando August fue a ayudarla a levantarse, se echó atrás como si las manos de él pudieran envenenarla, y se las arregló sola. August cogió el estuche del violín mientras ella llegaba a la ventana y deslizaba el plástico desgarrado; salió tras ella, esperando encontrar una escalera de incendios o algo así, pero solo encontró una cornisa de quince centímetros y una caída de tres pisos.

Contuvo el aliento.

—No me digas que le tienes miedo a las alturas —dijo Kate, mientras avanzaba por la cornisa.

—A las alturas, no —murmuró—. Solo a caerme.

Miró alrededor, tratando de encontrar una manera de bajar, pero Kate respiró hondo y *saltó*.



Kate se lanzó hacia adelante, alejándose de la pared, a través de una brecha de casi dos metros que había entre la obra en construcción y el techo de un edificio más bajo. Aterrizó, trastabilló un poco y echó a correr, sin siquiera mirar atrás. El mensaje era claro: o me sigues o te pierdes. August tomó aliento, aferró el estuche del violín y saltó. Pasó por encima del borde del techo y resbaló, y cuando se puso de pie, Kate desapareció detrás de una estructura del techo. August la siguió, y al girar, ella lo cogió del hombro y lo empujó contra la pared a su lado, para que no los vieran.

—¿Haces esto a menudo? —susurró—. ¿Saltar entre edificios, correr por los techos?

Kate arqueó una ceja rubia.

—¿Tú no?

Casi sonrió, aunque bien podía haber sido una mueca de dolor; cuando se inclinó hacia adelante, August vio la marca irregular que le habían dejado en

el hombro los dientes del Malchai.

August recorrió con la vista los edificios.

—¿Dónde estamos?

—En el límite exterior de la zona roja.

—Tengo un punto de acceso cerca del Tajo. Si podemos llegar a Ciudad Sur...

—¿Si *podemos*? —Kate abrió la puerta de la terraza y empezó a bajar la escalera—. Tú me salvaste. Yo te salvé. Según lo veo yo, estamos en paz.

August frunció el ceño.

—No voy a dejarte sola.

—Y yo no voy a ir con Flynn.

—Podríamos protegerte.

Kate soltó un sonido, como una risotada pero más frío.

—Ah, sí, seguro que sí.

August la siguió por la escalera.

—Vale, no me creas, pero aquí no estarás a salvo.

—En ninguna parte estaré a salvo —replicó.

Era verdad.

—No puedo ir a casa, Harker Hall está en el centro de la zona roja, y esté o no mi padre allí, Sloan sí estará, y...

August percibió un olor a sangre; le cubrió la boca con la mano y señaló con la cabeza hacia la calle. Kate empezó a protestar, pero seguramente vio la respuesta en los ojos de él, porque calló. August aguzó el oído, tratando de distinguir las voces.

—...*no está en el edificio*...

—...*avisar*...

—...*revisar las cámaras*...

—...*señal*...

August y Kate esperaron en la escalera, absolutamente inmóviles, hasta que las voces se alejaron y se fundieron con el rumor de los motores y los demás sonidos de la ciudad. Cuando él bajó la mano, Kate se limpió la cara con la manga.

—¿Qué decían? —preguntó.

—Dame tu teléfono.

Kate sacó el móvil del bolsillo y se lo entregó. August lo puso en la escalera y lo aplastó con el pie. Kate lo miró, enfadada.

—¿Era necesario? —susurró.

—No está de más —respondió él—. ¿Toda Ciudad Norte está vigilada?

Kate asintió.

—Hay cámaras en casi todas las calles.

—¿Casi?

Kate lo miró, pensativa.

—Hay algunas excepciones.

—Por casualidad, ¿las conoces de memoria?

Kate levantó una ceja.

—Apenas llevo aquí una semana.

August se desanimó. Entonces los labios de ella se crisparon en un levísimo asomo de sonrisa, cansada pero bien despierta.

—Solo las de la zona roja.

August se enderezó.

—Si quieres huir, no voy a impedírtelo, pero primero, déjame buscar otro teléfono.



El sol se había puesto más allá del horizonte, y la ciudad empezaba a cerrarse sobre sí misma. No como en Ciudad Sur, donde todo estaba tapiado y todo el mundo se encerraba en sus cascarones acorazados, pero en Ciudad Norte las calles iban quedando vacías, a medida que todos los que no contaban con la protección de Harker volvían a casa, y hasta aquellos que sí la tenían entraban. Los restaurantes y bares estaban llenos de personas que se atrevían a salir pero no a quedarse en las aceras, lo cual significaba que, aunque evitaran las cámaras, cada momento que pasaban en la calle estaban a plena vista.

August siguió a Kate por un laberinto de calles y entraron a un café cercano.

Kate fue directamente al baño, y salió unos minutos después con la ropa de otra persona y un móvil en la mano. Devolvió a August la chaqueta de Colton.

—Espero que no te moleste, se manchó un poquito con sangre.

August frunció la nariz.

—Gracias —dijo, y se la puso sobre la camiseta del colegio.

Kate le entregó el móvil, y se quedaron en el pasillo oscuro entre la cocina y las mesas, fuera de la línea que captaba la cámara del restaurante, mientras él marcaba un número.

Al cabo de dos timbrazos, alguien atendió.

—FTF.

Lo tomó desprevenido. Estaba acostumbrado a llamar desde su propio móvil, que entraba directamente a la línea de la familia. Pero ya habían ensayado esto, así como todas las otras medidas que podían ser necesarias, antes de su ingreso a Colton.

—Flynn —dijo August.

—¿Clave?

—Siete dieciocho tres.

—¿Estado?

—Rojo.

—Un momento.

La línea quedó en silencio, y August empezaba a preocuparse de que hubieran cortado cuando oyó un clic y luego la voz de Henry, llena de preocupación.

—¿August? August, ¿eres tú?

Se le apretó el pecho.

—Soy yo, papá.

Algo cruzó por el rostro de Kate al oírlo usar esa palabra.

—¿Dónde estás? ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

—Estoy bien, pero ocurrió algo y necesito...

—August —interrumpió otra voz.

Era Leo.

—Leo, necesito hablar con Henry ahora mismo. Pásame con él.

—¿Estás solo?

La voz de su hermano se oía grave y firme; su voluntad, sólida como una pared.

La respuesta salió antes de que August pudiera contenerse.

—No.

—¿Quién está contigo?

—Kate —respondió, tratando de concentrarse—. Escucha, Leo, hoy trataron de matarla en Colton. También mataron a otros. Fueron dos Malchai, pero quisieron aparentar que habíamos sido nosotros. Los dos conseguimos escapar, pero todavía están buscándola y creo que...

—Déjala.

El resto de las palabras de August se le atascaron en la garganta.

—¿Qué?

—Déjala y ven a casa.

—No. No voy a hacer eso.

Oyó que Henry decía algo en el fondo, y ansiaba con desesperación que Leo volviera a pasarle el teléfono a su padre, pero el otro Sunai siguió hablando.

—Fuiste más allá de tus órdenes y comprometiste tu posición. Es obvio que tu identidad ya no es un secreto, de modo que nuestra prioridad tiene que ser protegerte a ti.

—¿Y *ella*? —replicó.

Sentía la atención de Kate fija en él.

—Tú eres más importante —respondió Leo, sin alterarse—. Ahora dime, ¿dónde estás?

La pregunta golpeó a August como un puñetazo. Tuvo que apartar el teléfono de su cara para no responder. Se obligó a inhalar. No quería darle esa información a Leo, y no sabía bien por qué.

—*Dónde. Estás* —repitió su hermano; la paciencia empezaba a evaporarse de su voz.

August bajó la cabeza y apretó los dientes, pero sentía que la respuesta pugnaba por salir de su garganta, de modo que cortó la comunicación.

—¿Qué demonios ha pasado? —le preguntó Kate, mirando el teléfono—. ¿August?

Meneó la cabeza. Había advertido algo en la voz de Leo, algo que no le gustaba. Pensó en el modo en que su hermano hablaba de Kate, como si ella mereciera sufrir por los crímenes de Harker, por el solo hecho de ser su hija. Como si los crímenes se transmitieran como un rasgo genético.

—No puedo llevarte a Ciudad Sur —dijo, muy serio.

—Genial —respondió Kate, y le quitó el teléfono de la mano—. Bueno, eso está arreglado, entonces.

Pero no. Nada estaba arreglado. Todo estaba desordenándose, desequilibrándose.

August cerró los ojos para aclarar su mente, y oyó que Kate escribía algo a toda prisa en el teléfono.

—¿Qué haces?

—Tengo que enviarle un mensaje a mi padre, avisarle que fue una trampa.

—¿Y si lo ve Sloan?

Kate le mostró la pantalla. Era una mescolanza de letras con guiones esparcidos entre ellas.

—Cuando volvimos a la ciudad, después de la tregua, me enseñó un código para cifrar los mensajes.

—Qué... ¿bueno?

—Vamos a ver, chicos —les dijo una mesera—, vais a tener que ordenar algo o largaros.

—Claro —respondió Kate—. Solo estamos esperando a un amigo.

La mujer no pareció creerles, pero los dejó en paz.

—¿Qué dice? —preguntó August—. Tu mensaje.

—Secuestrada por Sunai feroz. Declara la guerra por mí.

August frunció el ceño. Se oyeron las campanillas de la puerta.

—Tranquilo, es solo mi nombre y este número de teléfono.

El olor y el sonido lo golpearon al mismo tiempo. Contuvo el aliento.

—A la cocina.

—¿Qué? —preguntó Kate, mientras desactivaba el GPS del móvil—.
¿Tienes hambre?

August meneó la cabeza.

—Ve hacia la cocina —susurró.

Se oyeron exclamaciones en el restaurante. Kate giró hacia los ruidos, pero August volvió a tirar de ella en dirección al pasillo.

—Todos —dijo en el salón una voz que sonaba a canicas mojadas.

Era un Malchai.

—Hagan el favor de quedarse donde están.

—Vosotros no podéis entrar aquí —dijo el gerente—. Tenemos un acuerdo, y...

El chasquido seco de un cuello al romperse.

Sillas que se deslizaban por el suelo y gritos ahogados cuando la gente empezó a levantarse.

—*Alto* —ordenó el Malchai—. Sentados. Todos.

August dio otro paso sigiloso hacia la cocina. El estuche de su violín golpeó una mesita plegable y casi la derribó, pero Kate se lanzó y la atrapó por el borde antes de que cayera. En cuanto entraron en la cocina, August se volvió y pasó una especie de utensilio de cocina por los picaportes de las puertas.

—¡Oíd! —gritó uno de los chefs con voz atronadora—. No podéis estar aquí.

El sonido resonó contra el acero inoxidable; August cogió la mano de Kate y corrió. Llegaron a la puerta trasera justo cuando el primer Malchai se topó con fuerza contra la de al lado. La barricada resistió lo suficiente para que llegasen a salir al callejón.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Kate, mirando alrededor en busca de cámaras.

—¿Hay algún lugar donde sí podemos quedarnos? —preguntó August, al tiempo que empujaba un contenedor de basura contra las puertas.

Kate meneó la cabeza, pero ya estaba llevándolo fuera del callejón y doblando la esquina, para interponer el mayor espacio posible entre ellos y el restaurante. Cuando llegaron a la calle, entrelazó su brazo sano con el de August, lo atrajo hacia ella y se apretó contra él. Él se sobresaltó pero no se apartó. Al principio no entendió, pero luego captó la idea. Las únicas personas que se veían por la calle iban caminando en parejas o en grupos, y de pronto los dos ya no parecían unos adolescentes que huían desesperados, sino más bien una pareja joven. Los ojos que habrían podido sospechar seguían de largo.

August inclinó la cabeza, como si estuviera protegiendo a Kate del viento.

—Tenemos que salir de la zona roja hasta que sepa algo de mi padre —dijo Kate.

Tenemos, se percató August.

—¿Y cómo vamos a hacer eso?

—No lo sé —respondió Kate, recostándose contra él—. Todos los edificios de Ciudad Norte tienen cámaras, y pronto las calles van a estar inundadas de Malchai, y solo Dios sabe cuántos trabajan ya para Sloan.

De pronto, se detuvo.

—¿Qué pasa?

Kate se giró hacia él, con los ojos dilatados.

—Los Malchai están trabajando para Sloan.

—Pensé que eso ya lo sabíamos.

—Sí, pero eso significa que tenemos que ir a alguna parte donde los Malchai no vayan.

August abrió la boca para preguntar a qué parte de Ciudad Norte podrían negarse a ir los Malchai, pero entonces siguió la mirada de Kate hacia el suelo, bajo sus pies, hacia la nube de vapor que se elevaba desde una rejilla

en el pavimento.

—Ay, mierda.



—Que conste —dijo August mientras bajaban por tuberías y barras de metal hacia las entrañas del túnel del metro— que esto me parece una *pésima* idea.

—Los Malchai detestan a los Corsai —respondió Kate, y se dejó caer la poca distancia que quedaba hasta el suelo del túnel—, y por lo que he visto, es mutuo.

—Sí, bueno —August cayó junto a ella—, a los Sunai no nos gustan ni los unos ni los otros.

—Tú quisiste venir —le recordó Kate, aunque por dentro sentía alivio de que la hubiera acompañado; la idea de hacer aquello sola le daba náuseas. Le dolía el hombro con cada respiración, y August sería un monstruo, pero al menos no quería verla muerta. El túnel era peligrosamente oscuro; de la calle se filtraba una tenue luz por las rejillas metálicas que había arriba, y de vez en cuando había lámparas en las paredes. No eran UVR, ni siquiera fluorescentes; solo rectángulos de los que emanaba un leve resplandor rojizo.

Bajo sus pies, el suelo no era sólido; había huecos en el centro y a lo largo de las paredes, y el suelo se hundía en la oscuridad. August dio una patada a una piedra por encima del borde de un agujero, y la piedra cayó, cayó y cayó durante tres segundos completos hasta que aterrizó con un chapoteo.

—¿Qué hay allí abajo?

Kate sacó un HUV de la mochila, lo encendió y dirigió el haz de luz al interior del agujero. Abajo corría agua.

—Parece un río. —Golpeó el cemento con el pie—. Creo que esto antes era un puente.

August empezó a decir algo, pero Kate dio media vuelta y el faro trazó una sola línea de luz comprimida en el túnel. Su oído derecho no registraba más que ruido blanco, pero con el izquierdo alcanzó a distinguir un murmullo lejano de sombras, el roce de garras sobre el cemento y un susurro constante. A juzgar por la expresión de August, él también lo oyó.

golpea quiebra arruina carne sangre hueso golpea quiebra

Corrían rumores de que los Corsai revelaban secretos, que sus murmullos ininteligibles cobraban sentido justo antes de que a uno lo mataran. Otros afirmaban que simplemente repetían como loros los pecados que los habían creado y por eso susurraban atrocidades, imitando los sonidos repugnantes de metal contra piel, de huesos al romperse, de gritos ahogados.

No era momento para perder la calma. Kate se concentró en su respiración, se recordó que los Corsai se alimentaban de miedo. Se ubicó de frente al túnel, con la linterna penetrando la oscuridad, e intentó enfocar los ojos en el centro, en el punto más oscuro, cuando este empezó a *moverse*.

—Soy la hija de Callum Harker —anunció a la oscuridad.

Harker, Harker, Harker, llegó el eco.

Y entonces la palabra se captó y se trasladó, y cuando regresó, era diferente.

No es nuestro Harker, Harker, Harker.

Kate se estremeció y resistió el impulso de dar un paso atrás; sus ojos seguían fijos en el lugar donde terminaba la luz de su linterna y dominaban las sombras.

A su lado, August estaba de rodillas, abriendo su estuche.

—¿Tienes otra linterna ahí adentro? —le preguntó Kate en voz baja.

—No —respondió—, pero tengo algo mejor.

Levantó el violín.

—Además, dijiste que querías oírme tocar.

Kate recordó los acordes escalofriantes, el modo en que los Malchai habían chillado, se habían echado atrás y cubierto los oídos, y la extraña calma que había caído sobre ella como nieve.

Más allá, el resplandor rojizo del túnel iluminó dientes y garras, y la oscuridad empezó a agitarse.

—¿Recuerdas que te dije que esto era una mala idea? —murmuró August, mientras aseguraba el estuche con una correa y se lo colgaba al hombro.

—La buena noticia —dijo Kate, aferrando la linterna— es que no creo que vayan a decirle a Sloan que estamos aquí.

—¿Y la mala noticia? —preguntó August, al tiempo que se acomodaba el violín bajo el mentón.

Kate movió la linterna formando un arco. Hubo un aleteo mientras los Corsai se apartaban y volvían a agruparse.

—La mala noticia —respondió— es que no creo que estén muy contentos de vernos.

Volvió a hacer un barrido con la linterna, y aparentemente el haz de luz dio por fin contra la cabeza de una criatura, porque una sombra gritó y se abalanzó desde la masa de sombras, mientras sus ojos blancos se apagaban y sus dientes

iban cayendo en el suelo mojado como piedras sueltas.

—Cuando quieras —lo impulsó Kate, mientras el Corsai chillaba como un sonajero y siseaba.

—No se puede acelerar el arte —respondió August, y apoyó el arco en las cuerdas. La oscuridad se lanzó hacia ellos como un tren; sus contornos arañaban el aire. Justo cuando Kate se amilanó y dio un paso atrás, August empezó por fin a tocar.

Una sola nota resonó en el túnel, y todo *se detuvo*.

El sonido vibró en el aire cuando August tocó otra nota, y una tercera, y al sonar se fusionaron en acordes. La música era como un cuchillo que cortaba la oscuridad. La melodía cantaba en la cabeza de Kate, y los Corsai se echaron atrás como un solo cuerpo, como repelidos por un haz de luz gigante. Siseando como vapor, se separaron y fueron cayendo por el poder de la música, y Kate también sintió que sus pensamientos empezaban a caer y que su mente se nublaba con las notas tal como había ocurrido en Colton.

Ahora, en la oscuridad, también podía *ver* la música. Se entrelazaba por el aire como briznas de sol, cintas de colores que se retorcían, formaban volutas y mantenían las sombras alejadas. Kate trastabilló, súbitamente mareada, y sus pies se arrastraron hasta detenerse. No podía moverse, no podía apartar la mirada. Sus sentidos se enredaban con los acordes y la canción llenaba su mente y absorbía su vista.

Entonces miró hacia abajo y vio que ella también brillaba, con una extraña luz pálida que a floraba a la superficie de su piel. La maravilló verla, el modo en que se movía con ella, danzaba como nubes de vapor, a pesar de estar debajo de la superficie. Era como plata y humo, que palpitaban levemente al ritmo de su corazón.

¿Acaso eso era su vida?

¿Eso era su alma?

A lo lejos, le llegó la voz de August, suave, fluida y entrelazada con la música.

—Vamos, Kate.

La música fue disminuyendo, cesando lentamente, hasta que quedaron solo los ecos. August la cogió del brazo, y en ese momento Kate volvió a sus cabales lo suficiente como para tener miedo.

—No hagas eso —pidió, e intentó soltarse antes de que él pudiera robarle el alma. Él fue más rápido, pero cuando sus dedos se cerraron en torno a la muñeca de Kate, nada sucedió.

—No tengas miedo —le dijo, con voz cuidadosa, tensa—. No puedo hacerte daño...

Kate miró hacia el lugar donde la piel de él tocaba la suya; la luz plateada parecía rodearle los dedos como el agua de un arroyo rodea una piedra.

—Pero no te alejes.

Llevó la mano de Kate hasta el borde de la chaqueta de él y retomó la canción antes de que las últimas ondas de música se desvanecieran.

—Sígueme.

Y lo cierto es que Kate probablemente lo habría seguido aunque se arrojara a un precipicio, mientras no dejara de tocar. Las palabras salieron de la boca de August y se enredaron con la música, se volvieron reales, se volvieron de verdad. Los dos avanzaron por el túnel, en el centro cambiante de una esfera de melodía y luz. La mente de Kate se hundió. Intentó subir a la superficie pero siempre estaba fuera de su alcance. Era como el umbral entre el sueño y la vigilia, donde uno no puede sostener los pensamientos. No puede aferrarse a nada.

Pero a él sí se aferró.

La oscuridad disminuyó cuando llegaron a una estación; el túnel se abrió a un techo abovedado y unos andenes. Los azulejos brillaban como dientes al reflejarse en ellos la luz de la canción de August.

CASTER WAY, leyeron en el cartel a la luz fantasmal. Estaban dirigiéndose al noreste.

Los túneles del metro se estrechaban y se abrían, y volvían a estrecharse a medida que las vías se unían, se separaban y volvían a unirse. Pasaron por un depósito donde había vagones en espera del turno de la mañana.

Kate no estaba segura de cuánto duraba la canción. No podía llevar la cuenta de los minutos; sintió que decía algo, que su boca formaba palabras y estas salían de sus labios, pero no logró oír su voz sino solo la música, y si August la oyó, no respondió, no se dio la vuelta. Él miraba siempre al frente, con el violín en alto y las manos en movimiento.

Este no era el chico que descansaba en las gradas ni el que se había acobardado en el coche. No era el que vomitaba sangre negra en el pavimento ni el que estaba atado a la pared a medio construir.

Este era un August Flynn diferente.

Seguro de sí.

Fascinante.

Y Kate sintió que sus labios formaban también esas palabras, pero la interrumpió un fuerte *pinng* al cortarse una de las cuerdas del violín. August vaciló y hubo un asomo de pánico en su rostro. Volvió a empezar y la melodía regresó, aún cautivante, pero había algo... menos contundente en ella. Los rodearon menos hilos de luz, y cuando el resplandor alumbró el rostro de August, Kate vio un gesto de preocupación.

Y entonces, demasiado pronto, se cortó una segunda cuerda. August contuvo el aliento. Ahora el sonido era *perceptiblemente* más débil. Kate sintió que la

presencia de la música se retiraba de su mente, y presintió que eso era mala señal.

—August —dijo, con un dejo de advertencia en la voz.

—Es que nunca toco tanto tiempo —explicó él, con los ojos entornados con concentración—. Mi canción necesita las cuatro cuerdas.

Kate vio que las dos que quedaban estaban sobrecargadas, y el punto donde el arco tocaba la cuerda se encendía con una luz, como por calor. Los hilos de luz en el aire empezaban a atenuarse, y la oscuridad —y las cosas que en ella se retorcían— empezó a avanzar.

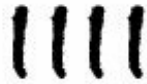
Adelante, el túnel se abría a otro espacio cavernoso. En el medio había una forma que emitió un destello. No eran ojos, ni dientes, sino las esquinas metálicas de un vagón del metro.

Algo arañó las paredes del túnel detrás de Kate, y el *scrich scrich* se mezcló con la canción debilitada de August. Kate no se dio la vuelta. No quiso hacerlo. De nada le serviría mirar. Solo lo haría más real.

—Kate —dijo August, justo antes de que se cortara la tercera cuerda.

—¿Sí?

—*Corre.*



Corrieron.

Tan rápido como pudieron. Los últimos rastros de música y luz los siguieron como serpentinas, y se disolvieron en la oscuridad demasiado rápido. La música había mantenido a raya a los Corsai, pero estos eran pacientes, estaban esperando, y en cuanto la canción se interrumpió se abalanzaron sobre ellos como una sola masa de garras y dientes.

August miraba siempre al frente, y Kate iba haciendo barridos con la linterna, tratando de demorarlos mientras ellos corrían hacia el vagón. Llegaron a la puerta cogidos de la mano, un instante antes de que los primeros monstruos los alcanzaran.

August subió los escalones de un salto, pero Kate tropezó y gritó antes de que él pudiera subirla. La abrazó y cubrió el cuerpo de ella con el suyo mientras los Corsai caían sobre el vagón como una ola de *quiebraarruinahueso*. Siseaban y daban manotazos al aire, y sus garras

arañaban el acero, pero no querían tocar a August, de modo que no podían alcanzar a Kate.

—¡La puerta! —gritó August mientras una criatura intentaba arrancarle el violín de las manos—. ¡Rápido!

Kate estaba temblorosa y pálida, pero se retorció en los brazos de él, enganchó los dedos en la puerta y tiró.

La puerta metálica se deslizó hacia un lado con un chirrido de resistencia. Entraron y trataron de volver a cerrarla. El brazo con garras de un Corsai se estiró por la abertura, pero cuando August presionó la mano contra la carne de sombras, la criatura se echó atrás como si la hubiera quemado, y la puerta se cerró por fin.

Kate y August se quedaron de pie en el vagón a oscuras, jadeando, mientras en el exterior las sombras rodeaban el vagón, haciendo rechinar los dientes y arrojándose contra el plexiglás. Pero las paredes tenían franjas de hierro, y pronto los monstruos se replegaron al túnel oscuro. Quedó su olor, una mezcla de cenizas, humedad y podredumbre.

Kate se desplomó sobre un asiento.

—Tenías razón —dijo—. Este plan no podía ser peor.

—Te lo dije —respondió August, mientras se arrodillaba. Examinó el violín e hizo una mueca al ver el enorme arañazo que había en la madera. Hurgó en el estuche hasta encontrar la bolsita de cuerdas nuevas, y se puso a trabajar a la luz de la linterna HUV de Kate.

—¿Por qué el violín? —preguntó Kate, con voz temblorosa.

August no levantó la vista.

—Los Sunai usamos la música para traer el alma a la superficie —dijo, mientras retiraba las cuerdas rotas.

—Eso lo entiendo —repuso Kate—. Pero ¿por qué el violín? ¿Puedes usar

cualquier cosa?

Tamborileó con los dedos en el asiento.

—Si marcaras un ritmo así, ¿contaría como música?

August meneó la cabeza.

—Levanta la luz un poco más.

Enganchó la primera cuerda y la insertó en la clavija.

—Cada uno tiene su canción —explicó—. Una pieza que le pertenece solo a él; es algo con lo que nacemos, como las huellas digitales.

Tensó la cuerda.

—Leo puede usar casi cualquier cosa para tocar su canción: guitarra, piano, flauta; pero la de Ilsa funciona solamente con su voz. Y mi canción solo sale bien cuando uso esto.

Pulsó la cuerda que acababa de tensar.

—Mi hermana piensa que tiene que ver con la belleza. Que nuestra música se relaciona con el primer sonido bello que oímos. En mi caso, fue un violín. Ella oyó cantar a alguien.

—¿Y Leo?

August vaciló. Según la lógica de Ilsa, Leo debía haber hallado belleza en todo. Pero solo podía imaginar a su hermano como alguien que ve el mundo como algo que está roto. Algo que hay que recomponer.

—Quién sabe...

Trabajó un momento en silencio mientras cambiaba la segunda y la tercera cuerda.

—Hay una gran diferencia, ¿sabes? —dijo Kate—, entre no poder y no querer.

—¿Qué?

La miró. Incluso en el vagón casi a oscuras, la veía pálida.

—Cuando me cogiste la mano, me dijiste que no me preocupara. No dijiste que no querías hacerme daño. Dijiste que no *podías*.

August volvió a centrar su atención en el violín. No era el momento.

—He visto vídeos —prosiguió Kate, con un temblor extraño en la voz— de Leo trabajando. Toca a las personas y les quita el alma. Pero cuando me tocaste, no pasó nada. ¿Por qué?

August vaciló, tensando la última cuerda.

—Solo podemos tomar las almas de aquellos que han dañado a otras personas.

—Yo he dañado a otras personas —dijo Kate a la defensiva, como si fuera una especie de insignia.

—No de esa manera.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tu sombra no tiene vida propia, y el brillo de tu alma no es rojo.

Kate quedó callada unos instantes, y luego preguntó:

—¿Qué representan en realidad tus marcas?

August pulsó cada cuerda para afinarla de oído.

—Días.

Guardó el violín en el estuche y Kate apagó la linterna, con lo cual quedaron sumidos en el pálido resplandor rojizo de las luces en las paredes del túnel.

—No queremos que se acabe la batería —susurró.

August no discutió. Se sentó en el suelo frente a ella, con la espalda apoyada en el asiento, y se frotó las marcas de la muñeca. Incluso antes, mientras estaba sumido en la canción, había sentido la última marca, la de un nuevo día, como una línea caliente en la piel.

—¿Cuántas son? —preguntó Kate.

—Cuatrocientas veintidós.

—¿Desde qué?

August tragó saliva.

—Desde la última vez que caí.

—¿Cómo que *caíste*?

—Es lo que ocurre si un Sunai deja de alimentarse. Pasa... a la oscuridad. Pierde la capacidad de diferenciar a los buenos de los malos, a monstruos y humanos. Mata y ya. Mata a todos. Cuando sucede eso, ni siquiera es para alimentarse. Es solo...

Dejó la frase inconclusa, con un estremecimiento. No dijo que cada vez que los Sunai pasaban a la oscuridad, perdían una parte de su alma —si acaso los Sunai *tenían* alma—, una parte de lo que los hacía humanos. Que cada vez que caían, había algo que no volvía a levantarse.

—¿Cómo es —insistió Kate— cuando pasáis a la oscuridad?

—No lo sé —respondió—, no puedo verlo yo mismo.

—Pero antes dijiste que preferías morir a que volviera a ocurrirte.

Esta vez no vaciló.

—Sí.

Los ojos de Kate se agitaron en la penumbra.

—¿Cuántas veces te pasó, August?

Era más fácil soportar las preguntas de Kate cuando no podía verla del todo.

—Dos —respondió—. Una vez, cuando era mucho más pequeño, y luego...

—Hace cuatrocientos veintidós días —completó la frase por él—. ¿Y qué pasó?

August vaciló. No quería hablar de eso. Nunca lo hacía. No tenía con quién. Henry y Emily no entendían, no podían entender; Leo pensaba que el alma era una distracción y había dilapidado la suya a propósito, e Ilsa, bueno, la última vez que había pasado a la oscuridad aparentemente se había llevado consigo

un trozo de Ciudad V.

—Dejé de comer —respondió por fin—. Ya no quería hacerlo. No quería sentirme un monstruo. Henry y yo discutimos, y salí muy enfadado. Pasé la mayor parte del día vagando por la ciudad, aturdido, encerrado en mi cabeza.

Cerró los ojos al recordar.

—Estaba regresando a casa por fin cuando estalló una pelea y... ¿no te parece que, cuando tienes hambre, el olor de la comida te resulta embriagador? ¿Cuando estás famélico y no puedes pensar en otra cosa? Yo olí la sangre en las manos de aquellos hombres, y entonces... —Su voz vaciló—. Recuerdo que me sentí vacío. Como si tuviera un agujero negro dentro de mí, algo que tenía que llenar y no podía. Por más personas que matara.

Las palabras salieron de su garganta y le temblaban los dedos.

—Así que, sí, prefiero morir antes que volver a pasar por eso.

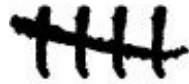
Kate había quedado en silencio.

August abrió los ojos.

—¿Qué, no tienes ninguna ocurrencia?

Ella estaba recostada sobre el asiento, con los ojos cerrados, y por un segundo August pensó que se había quedado dormida, pero el brazo, que antes Kate tenía cruzado sobre el vientre, se le había caído sobre la falda, y estaba cubierto por algo negruzco y mojado.

Aun con la poca luz que había en el vagón, supo que era sangre.



—*Kate*.

August se acercó rápidamente, se arrodilló frente a ella y le cogió la cara entre las manos.

—Kate, despierta.

—¿Dónde estás? —murmuró Kate.

—Aquí.

—No... —murmuró—, no es así como... —pero ya estaba volviendo a perder el conocimiento.

—Perdóname —dijo August, y le apretó el hombro herido.

Kate abrió los ojos al instante, gritó y lo golpeó en el pecho. August cayó hacia atrás, frotándose las costillas, y ella murmuró:

—Estoy *bien*.

—¿Por qué no me dijiste nada? —le preguntó, forzando los ojos para ver la herida con la poca luz que había.

Kate meneó la cabeza, y August no entendió si era una respuesta o si ella intentaba despejar su mente.

August cogió la linterna.

—Déjame ver —dijo, al tiempo que la encendía, y enseguida deseó no haberlo hecho.

Kate tenía el vientre bañado en sangre.

—Estaré bien... —dijo Kate, pero sus palabras salieron apagadas, y no se resistió cuando él la hizo acostarse en el asiento; solo dijo una palabrota cuando le separó la camiseta de la cadera.

A August le pareció que la palabrota era una buena señal: significaba que estaba consciente, pero cuando vio la herida, se asustó. Tenía dos cortes como de navaja, marcas de garras, desde la curva de las costillas hasta el ombligo. No habían desgarrado nada vital, pero los cortes eran profundos y ella había perdido mucha sangre.

—Escúchame —le dijo, al tiempo que se quitaba la chaqueta—. Tienes que mantenerte despierta.

Kate casi rio, una risita superficial que se vio abreviada por el dolor.

August arrancó el forro de la chaqueta.

—¿Qué te causa tanta gracia?

—Eres un pésimo monstruo, August Flynn.

Presionó la tela contra el vientre de Kate, lo que provocó otra sarta de insultos. Luego se levantó y recorrió el vagón en busca de un equipo para emergencias.

—Háblame, Kate —pidió, mientras buscaba—. ¿Dónde estás?

Ella tragó, y luego respondió:

—En un lago.

—Nunca he estado en un lago.

Encontró una caja de primeros auxilios detrás de unos asientos, en la pared trasera. Volvió con aerosol desinfectante y unas pocas gasas, y se arrodilló frente a ella.

—Cuéntame cómo es.

—Hay sol —dijo Kate, adormilada—. El bote se mece, el agua está tibia y azul, y llena de... —Siseó al sentir el desinfectante—. Peces.

—Necesitas puntos —observó August, presionando con la gasa alrededor de la herida.

—No hay problema —dijo Kate, con nueva ironía en la voz—. Salgamos a la calle y vayamos al hospital más cercano. Seguramente nadie se dará cuenta de que Kate Harker y un Sunai... ¡ayyyyy! —se interrumpió cuando August le presionó el vientre.

—No necesitamos un hospital —respondió él con calma—. Pero sí instrumental de sutura.

—Si piensas que voy a dejar que te me acerques con aguja e hilo...

—Mi padre es cirujano.

—Deja de llamarlo así —protestó Kate, al tiempo que se incorporaba con una mueca de dolor—. No es tu padre. Es humano, y tú eres un monstruo que trabaja para él.

August se quedó quieto.

—¿Qué? ¿Ahora no dices nada? Ah, cierto: no puedes mentir.

—Henry Flynn es mi familia —gruñó—. Y estoy dispuesto a apostar que ha sido mejor padre que el tuyo.

—Vete a la mierda. —Kate se recostó, respirando entre dientes apretados—. ¿Para qué quieres ser humano? Somos frágiles. Morimos.

—También vivís. No os pasáis los días preguntándoos por qué existís pero no os sentís reales, por qué parecéis humanos pero no podéis serlo. No hacéis

todo lo posible por ser buenas personas para que después os echen en cara que no sois personas.

Se detuvo, sin aliento.

Kate lo miró fijamente. August esperó, le dio la oportunidad de hablar, pero no lo hizo. Él meneó la cabeza y se apartó.

—August —dijo Kate.

Y entonces se oyó un fuerte zumbido.

Hubo una crepitación eléctrica en los túneles, y Kate y August levantaron la vista al instante cuando volvió la electricidad y se encendieron las luces del vagón.

—Ay, no —dijo August al mismo tiempo que Kate dijo «Por fin».

Con la luz encendida, se la veía más pálida, y las manchas de sangre en el suelo metálico y en el asiento se veían más rojas.

—Tenemos que irnos —dijo August, y se puso de pie—. Ahora.

Al decirlo, señaló hacia arriba. Kate miró el techo y reparó en varios puntitos rojos. Cámaras de vigilancia.

—Mierda —murmuró Kate, y se puso de pie ayudándose con un tubo.

Soltó un siseo de dolor, y August empezó a acercarse pero ella lo detuvo.

—Abre la puerta.

August se colgó el violín al hombro y abrió la puerta del vagón. Más allá, el túnel no estaba del todo iluminado, pero ahora había franjas de luz UVR que bajaban como un enrejado por las paredes, y los Corsai ya no estaban.

August le ofreció una mano a Kate para ayudarla a bajar, pero ella no la cogió, y él tuvo que agarrarla del brazo cuando aterrizó y casi se cayó. Kate se soltó y empezó a caminar por el túnel hacia la estación más cercana, con cuidado de pisar siempre sobre la madera que estaba entre las vías. August iba haciendo lo mismo detrás de ella, aguzando los oídos para detectar algún tren

en movimiento, pero era obvio que todavía no habían empezado a funcionar, o si habían empezado, aún no llegaban hasta allí. ¿Dónde estaban? ¿Cuánto habían recorrido por la noche? No habían llegado hasta el final de la línea, eso estaba claro, pero con cada paso oía que el pulso de la ciudad iba en disminución.

Llegaron a la estación más cercana y subieron al andén —Kate al fin aceptó que la ayudara— en el momento en que empezaban a abrirse las puertas y la gente empezaba a llegar.

Ellos eran los únicos que subían la escalera en lugar de bajar. August la rodeó cuidadosamente con el brazo, recordando cómo habían caminado juntos la noche anterior para que los confundieran por una pareja. Pero ahora la sensación era diferente; Kate se apoyaba en él demasiado, iba muy envuelta en la chaqueta de él, y August tenía la mano manchada de sangre en el bolsillo, y sentía que los ojos los seguían en lugar de apartarse.

La gente descendía de la calle sacudiéndose las chaquetas y cerrando los paraguas. August robó uno de un puesto de periódicos que estaba cerca de la base de la escalera y lo abrió mientras subían hacia la promesa de la luz matutina.

En cuanto llegaron a la superficie, August se detuvo.

Alrededor se alzaban edificios, pero no eran los rascacielos enormes de los que estaba llena la zona roja. Estos eran más bajos y estaban adosados entre sí, pero se alcanzaba a ver el cielo por encima de los tejados. Incluso había árboles aquí y allí. No un bosque, como en Colton, sino en fila a lo largo de la calle, cada uno con su propia cerca pequeña. A lo lejos se recortaba la silueta del centro de la ciudad, y desde aquí, el norte y el sur no parecían muy diferentes: no se veía el Tajo.

Kate se estremeció contra él; August volvió a centrarse y divisó una

farmacia al otro lado de la calle.

—Quédate aquí —le dijo, y le entregó el paraguas.

Kate asintió débilmente, pero no dijo nada.

August extendió las manos bajo la lluvia para enjuagarse la sangre lo mejor posible antes de entrar. Sacó del bolsillo un puñado de billetes —no llevaba mucho dinero: solo lo que Henry le hacía tener a mano para casos de emergencia— y empezó a recorrer las estanterías de la farmacia, evitando las cámaras de seguridad. Cogió un kit de sutura, un antiséptico, analgésicos y venda adhesiva.

Le ardían los dedos por llamar a su padre, por avisarle a Henry que se encontraba bien, que estaba intentando *ayudar*. Pero ¿y si descolgaba Leo? O peor, ¿y si su hermano estaba en camino? ¿Qué haría si encontraba a Kate?

—Por esta calle hay una clínica —le dijo la mujer que atendía.

August levantó la vista.

—¿Qué?

La mujer señaló las cosas que estaba llevando, y August tomó conciencia de lo obvias que eran. Debería haber agregado otras cosas, para despertar menos sospechas, pero no tenía mucho efectivo. Intentó darle una versión de la verdad.

—Mi amiga se ha caído —dijo—, y no quiere que su familia se entere.

La mujer asintió con aire ausente y puso los artículos en una bolsa.

—¿Sobreprotectores?

—Algo así.

August pagó y volvió a salir, levantándose el cuello de la ropa. Alzó la vista, esperando ver a Kate junto a la entrada del metro, donde la había dejado.

Pero no estaba.

—No, no, no —murmuró August; cruzó la calle corriendo y contuvo el aliento hasta que llegó al punto exacto donde la había dejado, como si de alguna manera así pudiera hacer que reapareciera. El charco de agua a sus pies estaba teñido de rojo. La lluvia le empapó el pelo y goteaba desde el estuche del violín mientras giraba sobre sí mismo, resistiendo el impulso de llamarla. Alrededor, los paraguas lo rodeaban mientras la gente iba y venía.

Y entonces, por fin, la vio, de pie bajo un toldo que estaba más allá. Sintió un inmenso alivio, tan fuerte que lo tomó desprevenido.

—Creí que te habías ido —le dijo al llegar.

Kate lo miró largamente y respondió:

—Lo pensé.

Luego miró la bolsa con provisiones que él traía en la mano.

—Pero esto parece *muy* divertido.

|||||
|

Caminaron tres calles hasta un motel, de esos que se pagan por hora, y usaron la mayor parte del dinero que traía Kate para pagar una habitación. El lugar afirmaba que las cámaras que allí había no estaban conectadas al sistema de Harker sino que solo era un circuito cerrado de seguridad, y el hombre miró a Kate con una sonrisa lavada al entregarle dos llaves.

—Este lugar está más sucio que el metro —observó Kate, y se sentó en el borde de la cama mientras August preparaba el instrumental médico. Pensó en la mañana del día anterior, cómo había preparado los precintos, la cinta adhesiva y las estacas de hierro. ¿Cómo era posible que hubiera pasado apenas un día?

—¿De verdad sabes lo que haces? —preguntó cuando August abrió el kit de sutura.

Y luego, cuando él iba a responderle, levantó la mano.

—Flynn. Cirujano. Entendido.

August le lanzó un recipiente de analgésicos y ella tomó tres de golpe; luego se quitó la chaqueta y la camiseta. August ni siquiera intentó espiarla mientras se ponía un par de guantes de látex. Era obvio que no era humano.

Las marcas que Kate tenía en el hombro no eran profundas, pero los cortes en el vientre estaban inflamados y rojos. Kate se acostó e hizo una mueca de dolor cuando August le limpió los cortes y roció la zona con un anestésico. Cuando lo vio coger la aguja, respiró hondo para tranquilizarse.

—Lo siento —dijo August suavemente—. Trataré de ser rápido.

—Espera.

Kate sacó el paquete de cigarrillos de su mochila. Estaba un poco mojado, pero aun así pudo encenderlo.

August meneó la cabeza.

—De todas las maneras de morir...

—Tendré suerte si vivo lo suficiente para que estos me causen problemas.

Se colocó el cigarro entre los labios y dio una calada.

—De acuerdo. Hagámoslo.

Le dolió muchísimo, pero Kate tuvo que reconocer que August lo hacía con mucho cuidado. Con suavidad. Con tanta suavidad como era posible cuando alguien te está clavando una aguja con hilo. Pero era obvio que no pretendía lastimarla; más bien, parecía lamentar todo aquello. Genial. Un monstruo delicado. ¿Quién lo hubiera dicho?

Pero a mitad del procedimiento, Kate se sintió flaquear. Había demasiado silencio en la habitación, y el dolor era muy fuerte, y sin darse cuenta, se puso a hablar. No sabía por qué, pero las palabras empezaron a acudir y ella no las detuvo.

—Me crie oyendo historias sobre mi padre —dijo, tratando de no moverse—. De hecho, no fue otra cosa que eso durante años: una buena historia. Mamá

lo describía fuerte, invencible, y yo apenas podía recordarlo; era muy pequeña cuando abandonamos la ciudad. Por eso, con el tiempo, lo único que quería era volver a verlo. Que volviéramos a ser una familia.

Hizo una mueca de dolor y prosiguió.

—Y un día regresamos por fin a Ciudad V, y todo salió mal. Nada era como en las historias. Papá nunca estaba, y cuando estaba, era como un extraño. Como si fuéramos extrañas en su casa. Mi madre no lo soportó.

»La noche que ella murió —continuó Kate—, mi madre me sacó de la cama. Tenía la boca demasiado roja, y había estado llorando.

Levántate, Kate. Tenemos que irnos.

¿Adónde vamos?

A casa.

—No dejaba de mirar atrás. Pero nadie nos detuvo. Ni cuando salimos del apartamento, ni cuando ella sacó el coche, ni cuando cruzábamos la ciudad.

Se pondrá furioso, mamá.

No te preocupes, Kate. Todo va a estar bien. Recuéstate. Cierra los ojos. Dime dónde estás.

Era su juego preferido, una manera de convertir el lugar donde estabas en el lugar donde querías estar.

Adelante, Kate. Cierra los ojos.

Kate cerró los ojos con fuerza, pero antes de que pudiera pensar en un lugar, oyó el *scritch* de garras en el metal y vio la súbita luz de unos faros. El horrible cambio de gravedad antes de estrellarse. El chirrido ensordecedor del metal y los neumáticos, y los cristales que se rompían, y luego... el silencio. El rostro de su madre, con la mejilla contra el volante, y en el cristal, detrás de la cabeza de su madre, la luz fracturada de dos ojos rojos.

Kate ahogó una exclamación e intentó incorporarse.

—Lo siento —dijo August, con una mano contra el hombro sano de Kate—. Ya está. Terminé.

No, no, ¿qué había...?

Kate intentó recordar, pero ya estaba olvidándolo. Era como cuando uno despierta demasiado rápido y el sueño se disgrega antes de que se pueda conservar algo. Había visto algo, algo... pero no podía recordar qué. Las piezas habían vuelto a romperse. Tenía un zumbido en el oído malo.

—¿Qué estaba diciendo? —preguntó, tratando de sacudirse aquel pánico extraño.

August bajó la vista, avergonzado.

—Lo siento.

Kate estaba confundida.

—¿Por qué?

—No puedo controlarlo —dijo—. Créeme, si pudiera...

—¿De qué hablas?

August se pasó una mano por el pelo negro.

—Es algo que sucede a mi alrededor. A *nuestro* alrededor. Las personas se abren. Dicen la verdad. Aunque no se den cuenta.

Kate palideció.

—¿Qué *dije*?

August vaciló.

—Intenté no escuchar la mayor parte.

—Qué considerado —gruñó Kate—. Deberías haberme avisado antes.

Una ceja oscura se levantó.

—Bueno, es justo. *Yo* no puedo mentirle a nadie.

Volvió a enfocar su atención en el vientre de ella.

—Te van a quedar cicatrices —le advirtió, mientras presionaba un apósito

encima de los puntos.

—No serán las primeras —repuso Kate. Miró las tiras de cinta blanca que le atravesaban el abdomen—. Tu padre estaría orgulloso.

August hizo una leve mueca de dolor.

—¿Cómo es que un cirujano termina gobernando Ciudad Sur?

—Toda su familia muere.

Silencio incómodo. Luego August preguntó:

—¿Y tu padre? ¿Te respondió?

Kate miró el móvil. Había un puñado de mensajes, todos para alguien de nombre Tess, que probablemente era la chica a la que le había robado el móvil en el baño del restaurante. No le había preguntado cómo se llamaba.

—Todavía no —respondió, mientras borraba los mensajes.

Los dos sabían que eso era mala señal. Harker debería haber visto el mensaje. Debería haber sabido que era ella. Debería haber llamado, a esas alturas. Kate había hecho un segundo intento mientras August estaba en la farmacia. Ahora hizo un tercero.

Intentó respirar hondo e hizo una mueca. Todavía esperaba que el dolor se redujera a algo que pudiera ignorar, o que la invadiera el entumecimiento que causaban la adrenalina y la conmoción. Hasta ahora, no había tenido suerte.

Empezó a dolerle el abdomen de un modo diferente, más hueco.

—No compraste comida en esa farmacia, ¿o sí?

August frunció el ceño. Obviamente, no se le había ocurrido. Por supuesto. Él no se alimentaba de comida. Solo de almas. Y quizá por el dolor, o la pérdida de sangre, o el agotamiento, Kate se echó a reír. Le dolió, ¡cómo le dolió!, pero no pudo evitarlo.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó August, poniéndose de pie.

—¿Cuál es la comida preferida de un Sunai?

—¿Cuál?

—La oración.

August se quedó mirándola.

—¿Entiendes? Porque es el alimento del alma...

—Ya lo he entendido —dijo, muy serio.

—Venga, es gracioso.

Él meneó la cabeza, pero cuando empezó a darse vuelta, Kate vio que la comisura de su boca se crispaba.

—¿Cada cuánto tiempo... digo... comes? —le preguntó, y así como así, la sonrisa desapareció.

—Cuando lo necesito —respondió, de un modo que dejó a las claras que no quería hablar de eso. Hizo tintinear las monedas que tenía en el bolsillo—. Voy a ver si hay alguna máquina expendedora.

En cuanto salió, sonó el móvil.



August se quedó en el rincón, mirando la máquina expendedora.

La vista se le desenfocó y volvió a enfocarse, y esta vez, en lugar de los estantes con envases de comidas procesadas, vio su propio reflejo en el cristal.

No eres un monstruo.

Se pasó una mano por el pelo, tratando de apartar de la cara los rizos húmedos.

No es tu padre, August. Es humano.

La camisa mojada se le adhería al cuerpo delgado; tenía las mangas

recogidas hasta los codos, y en su antebrazo izquierdo se derramaban marcas de conteo negras.

Cuatrocientas veintidós.

Apoyó la cabeza contra el cristal y cerró los ojos, vencido por la fatiga. Quería ir a casa. Quería levantar a Allegro, sentarse en el suelo de la habitación de Ilsa y contemplar las estrellas. ¿Qué estarían haciendo? Tal vez deberían haber ido al sur. Tal vez aún podían hacerlo.

—¿Se ha tragado el dinero? —le preguntó un viejo.

August se enderezó.

—No —respondió, cansado—. Solo que no termino de decidirme.

Puso monedas en la ranura, marcó los números al azar y recogió el contenido del compartimento inferior. Y entonces, justo cuando estaba volviéndose para regresar a la habitación, lo vio.

Un teléfono público.

Estaba en la pared, uno de esos aparatos antiguos que funcionaban con monedas.

Bajó la vista y vio las pocas que le quedaban en la mano.

Ni siquiera sabía si le alcanzarían.

August levantó el auricular y oyó el tono, como ruido blanco en sus oídos.

Quería llamar a Henry. Quería saber si estaba haciendo lo correcto. Pero ¿y si lo cogía Leo? O peor: ¿y si Henry le decía que abandonara a Kate, que la entregara a los monstruos de Harker? No. No podía hacer eso. Ella era inocente. Él era Sunai. Se suponía que debía mejorar el mundo, no empeorarlo, ¿y acaso dejar morir a alguien no equivalía a matarlo? Henry lo entendería, pero Leo...

August volvió a colgar el auricular.



—¿Katherine? ¿Eres tú?

La urgencia en la voz de Harker la tomó desprevenida. Su calma habitual se había alterado, y parecía preocupado.

—Papá.

Fue la única palabra que le salió.

—Gracias a Dios. —Una exhalación audible, como una ola al romperse—. ¿Estás bien?

La voz de Kate se rompió, y aferró la medalla de plata que llevaba al cuello.

—Sí.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás?

Estaba levantando la voz. Su padre jamás levantaba la voz.

—Ayer hubo un ataque —respondió, tratando de mantener la calma y la concentración—. En Colton.

—Lo sé. He intentado comunicarme contigo desde que me enteré. Murieron cuatro alumnos y un profesor, y dos de mis Malchai. Parece que fue Flynn, uno de sus...

—No —lo interrumpió Kate—. No eran tus Malchai. Se habían quitado las marcas. Y no fue un Sunai. Fue una trampa.

Silencio. Luego:

—¿Estás segura?

—Venían a por mí —dijo—. Papá, tenían un soplete, para mis *ojos*.

—Pero escapaste —observó Harker, con algo en su voz: sorpresa, o un respeto reticente—. ¿Estás sola?

Kate vaciló; sus ojos se dirigieron por un instante al estuche del violín de

August, que estaba contra la silla.

—Sí.

—¿Dónde estás? Te enviaré un vehículo.

Kate hizo girar la cabeza sobre los hombros.

—No.

—Katherine, dondequiera que estés, no estás a salvo.

—Allí tampoco.

Una exhalación. Un segundo de silencio. Kate podía oír las palabras que él no decía. *Nunca debí traerte de vuelta. Debería haberte dejado lejos de aquí.*

Tragó saliva.

—¿Dónde está Sloan?

—Ha salido. ¿Por qué? —preguntó Harker.

—*Alguien* intentó asesinarme, papá. *Alguien* intentó quebrar la tregua, y ese *alguien* tiene suficiente poder para doblegar a otros Malchai. Y es lógico suponer...

—Sloan siempre ha sido leal.

—Pregúntaselo, si estás tan seguro —replicó Kate fríamente.

Silencio otra vez. Cuando Harker habló, lo hizo con cuidado.

—Tienes razón, aquí no estarás a salvo. Tienes que salir de la ciudad hasta que se resuelva el problema... ¿Recuerdas las coordenadas?

Kate se tensó.

—Sí.

—Te llamaré cuando sepa más.

Los dedos de Kate apretaron el móvil.

—Vale.

—Te prometo, Katherine, que el problema se resolverá...

—Los maté —dijo, antes de que su padre llegase a colgar—. A los Malchai, en Colton. Les clavé mis estacas en el corazón, y cuando encuentres al monstruo responsable por esto, quiero ser yo también quien lo mate.

Aunque sea Sloan. Especialmente si es Sloan.

La respuesta fue una sola palabra.

—Hecho.

Y entonces Harker cortó. Fue la conversación más larga que había mantenido con él en cinco años.

Kate se quedó en línea, escuchando el silencio, hasta que regresó August.



August estaba de pie junto a la ventana del hotel, observando cómo bajaba el sol sobre la ciudad. Había dejado de llover; la cobertura sólida de nubes empezaba a abrirse, y aparecían fragmentos de cielo azul. Kate había terminado el último de sus cigarros, y cuando August se negó a comprarle más, se había estirado en la cama mirando el techo, haciendo girar su medalla de plata entre los dedos.

Dijo que tenía que salir de la ciudad. No dijo adónde iba; solo se levantó de la cama y casi se le abrieron los puntos al caer. Entre la sangre que había perdido, los analgésicos y la falta de sueño, no estaba en condiciones de ir a ninguna parte por el momento.

Una noche, le dijo August. Ya habían pagado por la habitación. Podía marcharse por la mañana.

Ella. Como si August debiera irse así como así. Era lo que Leo quería que hiciera. Y probablemente Henry le diría que hiciera lo mismo, si lo llamaba.

—Deberías ponerte en marcha —le dijo Kate, como si pudiera leerle la mente. Con la suerte que tenía August, probablemente era lo único que tenía escrito en el rostro.

—Sí —respondió August, mientras se sentaba en una silla—. Quizá debería hacer eso.

—Lo digo en serio —insistió Kate, con un levísimo temblor en la voz—. Vete mientras aún es de día.

—No voy a dejarte —respondió.

—¿Y si no quiero que te quedes? —le preguntó ella, lo que no era lo mismo que pedirle que se fuera.

—Mala suerte —dijo August—. No me quedo solo por ti. Quienquiera que esté detrás de todo esto intentó incriminar a mi familia. ¿Tienes idea de lo que va a pasar si se quiebra esta tregua? ¿Si la ciudad vuelve a hundirse en una guerra territorial?

—Va a morir gente —respondió Kate, sin emoción.

—Va a morir gente —repitió August, pensando en Ilsa. Ilsa en su habitación, rodeada de estrellas. Ilsa en el Yermo, rodeada de fantasmas.

—Ya está muriendo gente —murmuró Kate. Pero no volvió a hablar de que August se marchara; se recostó contra los almohadones y volvió a concentrarse en la medalla de plata.

August se estremeció; su ropa aún estaba húmeda por la lluvia. Se apartó, y sintió los ojos de Kate en su espalda cuando se quitó la camiseta por encima de la cabeza y dejó al descubierto las marcas negras que le rodeaban el antebrazo y trepaban como raíces por su pecho y su espalda.

Corrió las cortinas para ocultar el sol, mareado de cansancio. Había una sola cama, de modo que se acostó en el suelo junto a la ventana, de espaldas al papel desvaído de la pared. Kate no dijo nada, pero dejó caer un cojín por el

lado de la cama. August se estiró sobre la alfombra gastada y puso el cojín bajo su cabeza.

Había mucho silencio.

El motel era un nido de ruidos apagados: grifos que goteaban, voces lejanas y el zumbido eléctrico de los artefactos, y más allá, el gruñido de motores y el taconeo de zapatos sobre cemento. Echaba de menos su reproductor de música, los cientos de sonidos más familiares que había en el edificio Flynn, cada uno de los cuales le ayudaba a amortiguar los disparos que ahora llenaban el silencio en su cabeza.

Y entonces, con alivio, oyó música.

Levantó la vista y vio a Kate sintonizando la radio que estaba junto a la cama.

—Odio el silencio —murmuró ella, y pasó de una emisora de música clásica a otra que estaba emitiendo un ritmo grave y marcado. Vio los ojos de August en la penumbra y le dirigió una «casi sonrisa» cansada antes de dejarse caer nuevamente en la cama. En cuestión de minutos, su respiración se volvió más lenta, y August supo que estaba dormida.

August se permitió hundirse en las canciones, más allá de la letra, en los instrumentos, y fue identificando cada hebra de sonido mientras intentaba dormir. No recordaba haber estado nunca así de cansado. El techo se le desdibujaba, y lo recorrió un estremecimiento, como el umbral de un resfriado.

Y entonces, justo cuando empezaba a dormirse, empezó el hambre.



August despertó de un sueño febril y percibió aire fresco y aroma a menta.

Le dolía la piel y le vibraban los huesos, y había una silueta encima de él, un nido de pelo que bloqueaba la última luz del día que entraba por la ventana. Sus sueños habían sido una maraña de dientes y sombras, y por un segundo, pensó que seguía dormido, que aún estaba soñando, pero luego sintió la alfombra barata del hotel bajo la espalda, y la silueta se acercó más. Entonces pudo ver unos ojos azules, rizos color fresa y una piel cubierta de estrellas.

—¿Ilsa? —preguntó, con la garganta seca.

Pero no podía ser que Ilsa estuviera allí. Su hermana nunca salía del edificio Flynn. Parpadeó para despejar aquella imagen, pero solo se volvió más sólida.

—Shh, hermanito. —Apoyó un dedo contra los labios y miró hacia la cama—. Alguien duerme.

Kate estaba acurrucada de costado, de espaldas a ellos. La manta que la

cubría dejaba al descubierto los vendajes que tenía en la cintura, y entonces August recordó todo: dónde estaba, lo que había ocurrido. Colton. Los Malchai. Los túneles. El hambre.

August se incorporó y la habitación giró.

—No puedes estar aquí.

—No puedes, no debes, no lo hagas —susurró Ilsa—. Nadie me vio salir. A nadie se le ocurre buscar a alguien que siempre está. Todos están buscándote a ti.

—¿Cómo nos encontraste?

—Estamos conectados, tú y yo —respondió, en voz tan baja que solo los oídos de él pudieron captarla—. Te oiría en cualquier parte.

Entró una brisa por la ventana. Estaba abierta, y entraba la luz del crepúsculo. August había dormido toda la tarde, e hizo una mueca de dolor al sentir un fuerte palpitar en su cabeza. Ilsa le apoyó una mano fresca en la mejilla.

—Tienes fiebre.

August le apartó la mano.

—Estoy bien —respondió, articulando las palabras pero sin voz, y era verdad—. ¿Viniste con alguien?

Ilsa meneó la cabeza. Sus ojos estaban dilatados; su piel, tensa sobre sus huesos, y la luz tenue que entraba por la ventana formaba un halo en torno a ella. Parecía fuera de lugar al no estar en casa, como si hubiera dejado atrás una parte de sí.

Nuestra hermana tiene dos lados que no se tocan.

—Ilsa —susurró—. No puedes estar aquí.

—Henry está preocupado. Leo está furioso. Emily quiso que viniera. No dijo las palabras, pero yo las oí de todos modos.

—Tienes que volver. Si los hombres de Harker te ven, si te *atrapan*...

—Te dije que todo estaba desmoronándose.

Ilsa se acostó a su lado; se acurrucó en el suelo con la mejilla contra la alfombra y empezó a jugar con las hebras.

—Yo lo sentía —murmuró—. Y me alegro de que no esté dentro de mí, pero eso significa que está allí afuera. Lo lamento. Lamento haber dejado entrar las grietas al mundo.

August se acercó a ella.

—Tranquila, Ilsa. No fuiste tú.

—Hablé con Leo sobre las grietas, y me dijo que todas las cosas se rompen. Pero ojalá no tuviera que ser así. Ojalá pudiéramos volver atrás en lugar de seguir adelante.

—Ojalá pudiéramos quedarnos como estamos —susurró August.

Ella le sonrió con tristeza.

—Nadie puede quedarse como está, hermanito. —Señaló a Kate con la cabeza—. Ni siquiera ellos.

Cogió la mano de él y la encerró entre las suyas, como lo había hecho con las del traidor en el edificio Flynn, justo antes de quitarle el alma.

—Por favor, vuelve a casa.

—No puedo, Ilsa. Todavía no.

Miró hacia la cama.

—¿Te preocupas por ella?

La pregunta era simple, curiosa.

—Me preocupo por *nosotros*. Por nuestra ciudad. Alguien intentó matarla. De incriminarnos. De romper la tregua.

Una sombra pasó por el rostro de Ilsa.

No quiero arder otra vez.

—Ella es inocente —añadió—. Solo trato de mantenerla a salvo.

La expresión de Ilsa se suavizó.

—Vale —dijo—. Entonces te ayudaré.

August meneó la cabeza.

—No. Por favor, vete a casa, Ilsa.

Te necesito a salvo, pensó. Hay mucho que perder. No puedo arriesgarte.

Se formó un pliegue pequeño entre los ojos de Ilsa.

—Pero alguien tiene que retener a las sombras.

August se tensó.

—¿Qué sombras?

—Las que tienen dientes.

Se incorporó.

—¿Malchai?

Ilsa asintió.

—Vienen hacia aquí. Están en camino.

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo sentir las grietas que forman y...

La cogió de los hombros.

—Pero ¿cómo lo *sabes*?

—...el hombre de abajo me lo dijo —prosiguió Ilsa, como si no lo hubiera oído—. Me lo dijo todo, hermanito. No pudo contenerse. Dio muchas vueltas, pero después se quebró, como todas las cosas...

August la soltó y se pasó las manos por el pelo.

—Kate —dijo—. Kate, despierta.

Kate emitió un sonido apagado pero no se movió.

Ilsa se puso de pie y se acercó a la cama.

—No, Ilsa, *espera*.

Pero fue demasiado tarde: Ilsa ya estaba extendiendo la mano y tocando el hombro de Kate. Debió habérselo apretado, porque Kate ahogó una exclamación y se incorporó; el encendedor que tenía en la mano se transformó en la navaja pequeña y afilada, y el filo de plata se apoyó en la garganta de Ilsa. Su hermana miró a la muchacha pero no se movió.

—Estás herida —observó Ilsa simplemente.

—¿Quién eres? —le preguntó Kate en tono apremiante.

—Tenemos que irnos —dijo August, al tiempo que se ponía la camiseta.

Pero Kate seguía mirando a Ilsa como fascinada. Lo cual era comprensible: Ilsa era fascinante.

—Ella es mi hermana, Ilsa. Ilsa, Kate.

Los ojos de Kate se enfocaron en las estrellas que bajaban por los brazos desnudos de Ilsa.

—Eres la tercera.

Ilsa ladeó la cabeza.

—No —respondió dulcemente—, soy la primera.

Kate bajó el cuchillo y apoyó la mano libre sobre su abdomen herido. August vio cómo se dibujaba el dolor en su rostro.

—¿Qué pasa?

—Malchai. Vienen. Ahora.

Kate se levantó de inmediato y se tambaleó, pero Ilsa la sostuvo. Kate se quedó mirando el punto donde los dedos de la Sunai se apoyaban en su piel.

—Aguza el oído por mí, Ilsa.

August se puso los zapatos y se colgó el violín al hombro. Su hermana apoyó el oído en la pared.

—Dime si...

—Ya han llegado.

August palideció, oyó el sonido lejano de pasos, las voces como un estertor mojado, el olor a podredumbre. Ilsa tenía razón. Kate lanzó una palabrota, tratando de volver a ponerse la camiseta. Se encaminó a la puerta y August dio un paso, pero se volvió al ver que su hermana no lo seguía.

—Vamos.

—Ve tú, hermanito —respondió ella, aún con el oído contra la pared—. Yo me quedaré hasta que vosotros os hayáis ido.

—Aquí no estás a salvo —protestó August, extendiendo la mano.

Pero Ilsa alzó su mano y le tocó la mejilla.

—A salvo —repitió ella, con una sonrisa sin emoción—. Bonitas palabras.

—*Vamos* —dijo Kate con impaciencia junto a la puerta.

—Pero...

—No te preocupes, August. No me asusta la oscuridad.

Nuestra hermana tiene dos lados.

Cogió el rostro de Ilsa entre sus manos.

—Cuídate, por favor.

No se tocan.

—Id —insistió ella—. Antes de que las grietas os alcancen.



Cuando salieron al pasillo, Kate ya tenía preparada una estaca de hierro.

La navaja oculta en el encendedor estaba muy bien para amenazar a las chicas del colegio, pero no tenía la longitud suficiente para pasar por debajo de las costillas de un Malchai y clavarse en el corazón. Kate no había podido limpiar la estaca desde el ataque en Colton, y el extremo aún tenía una costra de sangre negruzca.

August estaba a su lado, con una mano levantada como si pensara que ella iba a caerse. Como esperando para sujetarla. Había un ascensor y dos escaleras, una en cada extremo del pasillo. Tenían una probabilidad de tres de equivocarse, pero Kate no estaba dispuesta a quedarse encerrada en una caja. El dolor le quemaba el abdomen mientras corría hacia la escalera más cercana.

August no dejaba de mirar atrás, hacia la habitación y a la otra Sunai, con sus ojos tristes y su piel cubierta de estrellas.

—Ella estará bien —dijo Kate mientras se lanzaban a la escalera, y las palabras sonaron huecas a pesar de que la chica no era solo una chica, desde luego: era un monstruo. Había creado el Yermo, dejado un agujero en el mundo. Sin duda, podría hacer frente a unos pocos Malchai, llegado el caso.

Llegaron al descanso del segundo piso justo en el momento en que abajo se abrió una puerta de golpe, y el aire se enfrió.

Seguramente August también percibió la diferencia, porque la cogió de la mano, salieron al segundo piso y corrieron hacia la otra escalera.

Bajaron y bajaron; sus pasos resonaban en el recinto de cemento al pasar por el primer piso y seguir de largo. Arriba se abrió una puerta. Llegaron a la planta baja justo en el momento en que una forma caía como una piedra por la escalera y aterrizaba delante de ellos en una elegante postura agazapada.

La caída debería haber destrozado el cuerpo de la criatura, pero la Malchai se levantó con un movimiento fluido; sus ojos rojos eran poco más que tajos violentos en su cráneo. Tenía una herida en la mejilla, que desdibujaba la *H* que había tenido grabada en la piel.

—Tonta pequeña Harker —dijo, y su boca se torció en un rictus que amagaba ser una sonrisa—. No sabe cuándo morir.

Los ojos rojos de la Malchai se desviaron hacia August, y soltó un siseo húmedo.

—Sunai.

August empezó a ponerse delante de Kate, pero alguien venía bajando la escalera con pasos fuertes. Apareció: un humano de músculos marcados que traía una porra en una mano carnosa. Al igual que los Malchai, el hombre llevaba la marca de Harker en la cara, y, al igual que los Malchai, se la había *arrancado*. Tenía unas marcas rojas de garras en la mejilla.

Kate no podía creer lo que veía. ¿Un humano? Los disidentes estaban

ganando adeptos. Y nada menos que hombres. Pero eso no tenía sentido; lo que reclamaba Olivier era...

El hombre le lanzó un golpe con la porra, pero August la tiró hacia un lado, y levantó el brazo a tiempo para interceptarlo. Cuando el metal se estrelló contra su antebrazo, hubo una descarga de electricidad que formó un arco y chisporroteó sobre su piel. August ahogó una exclamación pero no cedió.

Kate sintió que algo se movía a sus espaldas; dio media vuelta y atacó a la Malchai con la estaca de hierro, pero la criatura se agachó y la esquivó; sus movimientos eran atterradoramente rápidos e imposiblemente fluidos. Al lado de Kate, August le dio al hombre un puñetazo que le torció la cabeza hacia un lado, pero no lo derribó. Este volvió a atacarlo con la porra; esta vez August la atrapó con una mano, y la electricidad formó un arco por encima de él y llenó de estática el hueco de la escalera. Por un momento, sus ojos grises adquirieron un brillo azul por la energía, y luego arrancó el arma de la mano del hombre.

Kate se acercó demasiado a la Malchai, tratando de agarrarla por debajo, pero los dedos esqueléticos del monstruo la cogieron por la mandíbula y la empujaron contra la pared. Hubo un estallido de luz en el campo visual de Kate por la fuerza del golpe, y la boca de la Malchai se abrió en una sonrisa.

Kate también sonrió, y luego le clavó la estaca en el antebrazo fibroso. El monstruo siseó y volvió a empujarla, pero esta vez Kate no dio contra la pared sino contra la puerta, y cayó de espaldas al aparcamiento del sótano, donde aterrizó con un fuerte golpe en el cemento. Sintió un dolor intenso que le quemaba el hombro lastimado y el abdomen, y sintió que los vendajes se mojaban con sangre fresca. En ese momento apareció la Malchai, se arrancó la estaca y la arrojó a un lado.

Otro golpe fuerte, y August y el hombre cayeron rodando a la cochera como

una maraña de extremidades. La porra salió despedida por el suelo, y Kate estaba poniéndose de pie cuando la Malchai la lanzó hacia atrás sobre el cemento con una patada feroz. Kate sintió que se le abrían los puntos, y ahogó un grito, con los ojos empañados. Antes de que pudiera obligarse a incorporar, el monstruo estaba sobre ella, tenue pero denso, implacable.

Kate se esforzó por alcanzar la estaca que se encontraba tras su espalda.

—Vaya —dijo la Malchai, sujetándola contra el suelo frío; sus dientes como navajas brillaban a la luz artificial—. Parece que perdiste tu juguete.

Los dedos de Kate aferraron el metal que le presionaba la columna vertebral.

—Por eso siempre llevo dos —respondió, y clavó la segunda estaca en el pecho de la Malchai.

El monstruo abrió la boca, sorprendido, cuando Kate empujó la estaca hasta el fondo. La sangre negra y oleosa se derramó sobre sus dedos y la Malchai se desplomó sobre ella, más huesos que cuerpo. Se liberó del peso muerto, recuperó las dos estacas y se puso de pie con dificultad, justo a tiempo para ver a August empujar la porra hacia arriba contra el mentón del humano. Hubo un chisporroteo, un destello azul, y el hombre cayó con la gracia de un bloque de hormigón.

August parecía conmocionado y tenía los ojos muy abiertos y extrañamente brillantes, pero ya estaba otra vez en movimiento. Volvió a la escalera y regresó un momento después con el estuche de su violín. Kate no perdió tiempo. Se dio la vuelta y empezó a caminar con pasos rápidos y decididos entre las filas de vehículos.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó August. A lo lejos sonaba la alarma de un vehículo, y él hizo una mueca como si el sonido fuera ensordecedor.

—Transporte —respondió.

Algunos coches eran demasiado nuevos; otros, demasiado viejos. Por fin se detuvo frente a un sedán negro, bastante bueno, aunque no uno de esos modelos que tenían un sistema de seguridad de avanzada ni apertura sin llave.

—Rompe esto por mí —pidió, señalando la puerta del conductor.

—¿La ventanilla? —preguntó August, y ella lo miró como diciendo *sí, claro, la ventanilla*.

Él la miró como diciendo *es que no cometo delitos menores muy a menudo*, y luego estrelló el codo contra el cristal para romperlo. El sonido no fue muy fuerte, pero resonó en el aparcamiento mientras Kate metía la mano y desbloqueaba las puertas. Quitó los trocitos de cristal del asiento y se sentó con el mayor cuidado posible. Luego usó la navaja oculta en el mechero para abrir el panel que estaba junto al volante. August dio la vuelta, subió al asiento del acompañante y colocó el estuche del violín entre las rodillas, mientras ella cortaba cables y empezaba a pelarlos.

—¿Esto es algo que enseñan en los internados? —preguntó, estirando el cuello para vigilar el aparcamiento detrás de ellos.

—Claro —respondió Kate, al tiempo que unía dos cables.

No resultó.

—Esto, irrumpir en una casa, matar monstruos... Es todo parte del programa.

Peló otro par de cables y volvió a probar. Hubo una chispa y el motor arrancó.

—Impresionante —observó August secamente.

Kate puso ambas manos en el volante y luego hizo una mueca de dolor.

—Supongo que no sabes conducir, ¿o sí?

August meneó la cabeza.

—No. Probablemente puedo descubrir...

—No importa —dijo Kate, y movió la palanca—. Ya tenemos muchas maneras de morir.

Pisó el acelerador y el vehículo se puso en movimiento con una potencia sorprendente, y con un chirrido que hizo rezongar a August. *No fue tan fuerte*, pensó Kate. Quizá los Sunai tenían el oído muy sensible. Aferró el volante. Cuando era pequeña, siempre le habían gustado los coches, el aire fresco en la cara, la sensación de libertad, de movimiento. Después del accidente, ya no le agradaban tanto, pero saber conducir era una habilidad muy útil, como la destreza física y el combate. Dobló la esquina del aparcamiento y frenó. En la salida había una barrera, y un hombre en la cabina.

Kate buscó el cinturón de seguridad, pero luego recordó sus puntos en el abdomen y decidió omitirlo.

—Agárrate —dijo, y pisó el acelerador.

El vehículo se lanzó hacia adelante. August se aferró a la puerta.

—Kate, no creo que esto sea...

Pero el resto de sus palabras quedaron interrumpidas por el satisfactorio crujido que produjo el parachoques delantero al chocar con la barrera del aparcamiento, el primero se abolló, la segunda se partió, y así pudieron salir a la calle oscura.

El coche zigzagueó un momento hasta que se enderezó. Kate sonrió al acelerar, y el sonido ahogó los gritos del encargado del aparcamiento.

August giró en su asiento para ver los destrozos y el motel, y Kate se preguntó si estaría pensando en Ilsa. Kate cambió de carril y fue siguiendo los semáforos a medida que cambiaban de rojo a verde, de modo que siempre estaban en movimiento.

—¿Viene alguien?

August se dejó caer contra el respaldo con un suspiro entrecortado.

—Todavía no.

Tenía los ojos cerrados, los músculos tensos, los dedos blancos en el mango de la puerta, como si estuviera descompuesto.

—¿Estás bien?

—*Perfectamente.*

No le creyó, pero el tono de la respuesta dejaba en claro que no quería hablar de eso. Por el momento, Kate tenía cosas más importantes de qué preocuparse que el estado de ánimo de él, así que puso rumbo al este y vio cómo Ciudad V se iba encogiendo en el espejo retrovisor, hasta que se redujo a una colina de acero, a un punto, y finalmente, a nada.



—Dime algo —pidió Kate.

El dolor de su cuerpo era ahora sordo y generalizado, pero eso era peor, porque le daba deseos de encerrarse en sí misma, de apartarse del mundo, y no podía hacer eso mientras conducía el coche. August iba sentado a su lado en silencio, contemplando la oscuridad mientras pasaban de la zona amarilla a la verde, y por fin, de la verde al Páramo. Si se percató del cambio, no dijo nada.

No había un límite propiamente dicho, ningún cartel que anunciara que uno estaba saliendo de Ciudad V. No era necesario. Era la transición del césped cuidado a la vegetación salvaje, el cambio de calles iluminadas y casas bonitas a *nada*.

Había faros UVR que demarcaban la carretera —no desde arriba sino que estaban incrustados en el pavimento— y hacían que la noche pareciera más oscura. Iban por la Ruta de Tránsito del Este, una de cuatro carreteras de

abastecimiento que iban desde la capital hasta la frontera de Verity. Kate intentó imaginar cómo se veían desde el cielo: cintas de luz que corrían como los rumbos de una brújula, alejándose de Ciudad V. Desde aquel ángulo, el Páramo se veía como un gigantesco anillo negro, una zona neutral de trescientos kilómetros entre la capital y las subciudades de la periferia, cada una poco más que un puntito de luz en comparación con el faro que era Ciudad V.

Aparentemente, esas rutas solían ser muy transitadas antes del Fenómeno, cuando no estaba restringida la entrada y salida del territorio, y también después, cuando los habitantes intentaban evacuar la ciudad pero solo conseguían que aquellos que ya vivían fuera de ella los enviaran de vuelta. Ahora, las carreteras del Páramo estaban mayormente vacías, salvo por los camiones que transportaban cargamentos entre las subciudades y la capital.

Era un trabajo peligroso. El Páramo *parecía* vacío, pero no lo estaba. No eran muchos los Malchai que llegaban hasta allí, pero a los Corsai les encantaba cazar en la oscuridad y llevarse lo que pudieran, desde una vaca hasta una familia de cinco personas. Los monstruos que se aventuraban a tanta distancia de la ciudad no servían a ningún amo, y las personas que se atrevían a cruzar el Páramo eran igualmente letales. Sobrevivientes, en su mayoría; buscadores que saqueaban casas y asaltaban camiones. Eran las personas que no tenían dinero para comprar la protección de Harker, las que no querían pelear por Flynn y su fuerza de tareas ni morir por su moralidad. No querían tener nada que ver con Ciudad V. Lo único que querían era mantenerse con vida.

Pero la zona muerta no era interminable. Kate había pasado la mayor parte de su vida al otro lado del Páramo, y sabía que allí había un lugar donde el alambre de púas daba paso a campos abiertos, y las luces altas de un coche se

perdían en la noche estrellada, y una chica podía criarse en una casa con su madre sin miedo a nada, ni siquiera a la oscuridad.

—Dime algo —le pidió una vez más.

August había estado sentado allí, con la mirada fija en la noche, tamborileando una especie de staccato con los dedos contra la pierna. Ahora la miró por un instante. Tenía el rostro extrañamente hundido y los ojos febriles.

—¿Como qué?

—No sé —dijo Kate—. Cuéntame un cuento.

August frunció el ceño.

—No me gustan los cuentos.

Kate también frunció el ceño.

—Qué raro.

—¿Sí? —preguntó August.

Kate tamborileó con las uñas en el volante. El esmalte se le estaba descascarillando.

—Sí. Digo, la gente en general quiere escapar. Salirse de su cabeza. De su vida. La manera más fácil de hacer eso son los cuentos.

La mirada de August escapó hacia la ventana.

—Supongo que sí —dijo.

Era enloquecedor lo poco que hablaba, lo mucho que ella quería hablar. Kate encendió la radio, pero la señal ya estaba llena de interferencias, de modo que volvió a apagarla. El silencio le carcomía los nervios ya alterados.

—Dime algo —susurró—. Por favor.

August apretó la mandíbula. Sus dedos se tensaron sobre sus pantalones. Pero se aclaró la garganta y dijo:

—No entiendo por qué la gente siempre trata de escapar.

—¿En serio? —preguntó Kate—. Mira alrededor.

A lo lejos, más allá de la ventanilla de August, la nada se transformaba en algo: un pueblo, si así se lo podía llamar. Era más bien un conglomerado de estructuras desvencijadas, edificios amontonados como guerreros con las espaldas adosadas, vigilando la noche. Todo el lugar tenía un aspecto de perro hambriento. Había luces fluorescentes que atravesaban la oscuridad con rayos brillantes.

—Supongo que para mí es diferente —comentó August, con voz tensa—. Primero no existía y al momento siguiente sí, y paso cada día aterrado por la idea de dejar de *ser* otra vez, y cada vez que tengo una recaída, cada vez que paso a la oscuridad, es más difícil volver. Me cuesta mucho quedarme donde estoy. Seguir siendo quien soy.

—Caray, August —dijo Kate en voz baja—. Qué manera de arruinar el momento.

Con *eso* consiguió que él riera un poco, exhausto. Pero la risa empezó a apagarse cuando salió de sus labios. Apartó la cara, y Kate flexionó los dedos sobre el volante y mantuvo los ojos al frente, cada vez que respiraba, sentía una punzada en el vientre. A su lado, August iba callado, tenso, con los ojos fijos en la noche.

—¿Qué le pasó? —preguntó Kate, buscando una distracción para ambos.

—¿A quién?

—A Ilsa —dijo—. No parece estar del todo... en sus cabales.

August se frotó las marcas que tenía encima de la muñeca con las puntas de los dedos.

—Nunca lo estuvo —respondió August—. Durante muchísimo tiempo pensé... pensé que ella era así. Dispersa. No lo entendí hasta hace poco.

—¿Qué entendiste?

—Quién es —dijo August—. *Lo que ella es. Causa y efecto.*

—¿Te refieres a que tiene que ver con el catalizador?

August asintió.

—Los Sunai provenimos de tragedias —explicó—, actos tan horrorosos que alteran el equilibrio cósmico. Leo llegó de una especie de matanza ritual en una secta, en las primeras semanas del catalizador. Había todo un grupo de personas que creían que llegaba el fin del mundo, y se arrojaron desde un tejado. Pero no lo hicieron solos: arrastraron a sus familias. Padres. Hijos.

Kate lanzó una exhalación superficial.

—*Jesús.*

—Con razón mi hermano es tan moralizador —agregó en voz baja—. Con Ilsa fue diferente. Me lo contó Emily, la esposa de Henry. Ilsa vino de un bombardeo en el sótano de un gran hotel en Ciudad Norte.

El Edificio Allsway, pensó Kate. Harker Hall. Todavía se veían las marcas quemadas en las paredes.

—Fue justo después de que empezara el caos —prosiguió August—. *Días*, apenas; ni siquiera semanas después. Eran días de confusión y terror. Ni siquiera sabían aún lo que ocurría, pero algo entró en aquel lugar, y todas las personas que lograron escapar se refugiaron en el sótano. Se juntaron allí, tratando de sobrevivir. Bloquearon las puertas. Pero alguien decidió que, si iban a morir, no sería a manos de un monstruo. Ese alguien introdujo una bomba casera en aquel sótano y encendió la mecha.

August meneó la cabeza.

—Con razón mi hermana colapsó.

—¿Y tú? —preguntó Kate—. Tu hermano es moralizador, tu hermana es dispersa. ¿Y tú?

Cuando August respondió, fue con una palabra pequeña, casi demasiado

leve para oírla.

—Perdido. —Exhaló, y la exhalación pareció restarle más que aire—. Yo soy lo que sucede cuando un niño tiene tanto miedo del mundo en el que vive que escapa del único modo que sabe hacerlo. Con violencia.

Silencio, un silencio tan pesado que dolía.

August apoyó la cabeza contra la ventanilla, y el cristal empezó a empañarse. Por la mejilla le bajaba una gota de sudor, y Kate extendió la mano para encender el aire, pero justo en ese momento el vehículo hizo un sonido.

No era la clase de sonido que debería hacer un coche.

August se enderezó.

El motor tartamudeó.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

El vehículo empezó a perder velocidad rápidamente.

—Ay, no —dijo Kate.

Y entonces se detuvo.



En el tablero se había encendido una luz intermitente. Las luces altas seguían encendidas.

El resto del coche no funcionaba.

—Mierda —murmuró Kate.

—Kate —dijo August entre dientes—. ¿Qué le pasa al coche?

—Se acabó la gasolina —respondió, abriendo la puerta. Cuando él bajó y la siguió, Kate ya estaba hurgando en el maletero.

La noche estaba fresca, pero no alcanzaba a apaciguar la fiebre.

—¿No podías elegir uno que tuviera el tanque lleno?

—Lo siento, estaba un poco ocupada tratando de no morirme.

Algo parecido a un gruñido escapó de la garganta de August.

—No te preocupes —agregó, al tiempo que sacaba una linterna HUV.

—¿Cómo que no me preocupe? —gruñó August; en su pecho ardía la ira, y se avivaba con cada inhalación.

—Encontraremos quien nos lleve —respondió Kate, sin alterarse, como si la calma fuera a ayudar.

August giró hacia ella, furioso.

—¿Acaso ves algún otro vehículo?

—¿Y a ti qué diablos te pasa? —replicó Kate.

August abrió la boca para decir «nada» pero no pudo, y la necesidad de gritar estaba luchando con la necesidad de golpear algo, de modo que dio media vuelta y se alejó, tratando a cada paso de calmar su respiración, su corazón, y sabiendo que el pánico solo haría que el malestar se extendiera más rápido.

Sus pies lo llevaron a lo largo de la línea de luces al lado de la carretera. En realidad, no iba a ninguna parte; solo quería moverse.

La mente domina al cuerpo.

Entrelazó los dedos con su pelo y se quedó mirando la oscuridad. Estaban en medio de la nada. La luz de Ciudad V no era más que un fantasma contra las nubes lejanas, y la noche estaba negra como el alquitrán. Unos kilómetros atrás habían pasado por una especie de fortaleza. No tenía aspecto acogedor. En alguna parte, a lo lejos, resonaron unos disparos como truenos distantes, y August no supo si eran reales o solo los fantasmas en su cabeza.

El hambre le carcomía los músculos y vibraba en sus huesos, y sentía como si algo en su interior estuviera intentando abrirse paso con garras.

Debería haberse comido al hombre del aparcamiento; lo habría hecho, de haber tenido la oportunidad, pero había visto con consternación que aquel humano no era un asesino. De todos los hombres de Harker, ¿quién habría pensado que Sloan enviaría a un inocente? ¿Acaso los Malchai *sabían* que los Sunai solo podían alimentarse de pecadores? ¿O había sido solo mala suerte?

Después de varias inhalaciones profundas, August logró dominar la ira.

Regresó al coche y vio que Kate estaba apoyada contra la puerta del lado del conductor, con los brazos cruzados sobre el pecho con mucho cuidado, obviamente para protegerse del frío. August no lo sentía, con tanta fiebre.

—Toma —le dijo; apoyó el estuche del violín en el suelo y se quitó la chaqueta.

—Déjalo —respondió ella, pero él ya estaba colocándosela sobre los hombros. Se relajó visiblemente con aquel abrigo extra.

La mano de August se demoró un momento sobre el hombro sano de Kate. Había algo en el contacto, algo simple, sólido, que le daba una sensación de estabilidad. Empezó a apartarse, pero Kate le cogió los dedos. Los ojos de ella estaban oscuros, y tenía los labios separados de un modo que le indicó que quería decirle algo, pero cuando habló, solo dijo:

—Tienes la mano caliente.

August tragó saliva y se soltó con la mayor suavidad posible. En ese momento, divisó un destello pasajero en el cielo, por encima de la cabeza de Kate. Levantó la vista y contuvo el aliento. Era una noche despejada, y el cielo estaba repleto de puntitos de luz.

Kate siguió su mirada.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Nunca habías visto estrellas?

—No —respondió en voz baja—. Así, no.

El cielo estaba encendido. Se preguntó si Ilsa había visto las estrellas alguna vez; no los símbolos negros que tenía grabados en la piel, sino las de verdad, que eran tan extrañas y perfectas. Una de ellas surcó el cielo, dejando una estela de luz.

—Una vez leí —comentó Kate— que las personas estamos hechas de polvo de estrellas.

August apartó la mirada del cielo.

—¿De verdad?

—Quizá tú también estás hecho de eso. Como nosotros.

Y a pesar de todo, August sonrió.



Fue una sonrisa que le costó, pero valió la pena.

Y entonces, de pronto, la sonrisa se borró. August se estremeció y se apoyó en el coche. Lo recorrió algo parecido a un escalofrío, un temblor que parecía ir desde sus extremidades hasta su centro.

Las manos de Kate se alzaron en el aire cerca de él, impotentes.

—¿Qué te ocurre?

—Yo... estaré bien —respondió.

—Mentira.

A modo de respuesta, él se abrió un poco el cuello de la camiseta, y Kate vio el borde de luz; no era muy brillante, pero ardía contra el pecho de August como la punta de un cigarro encendido. Trazó una sola línea, y el color rojo brasa se oscureció hasta volverse negro. Una nueva marca de conteo. Un nuevo día.

—¿Cuántos van?

August seguía temblando, pero cuando alzó la mirada, había algo en sus ojos, una expresión seria pero victoriosa.

—Cuatrocientos veintitrés.

En ese preciso momento, las luces de un camión iluminaron la oscuridad, desde la dirección de Ciudad V.

Kate le hizo señas, y vio con alivio que el camión aminoraba la marcha y se

detenía en el arcén. Era un semirremolque, obviamente reforzado para la travesía por el Páramo; tenía la parrilla y los flancos protegidos con rejillas con franjas de hierro, y las ventanas, con cristales a prueba de balas. Tenía varias marcas a los costados, y probablemente no eran de Corsai. Los monstruos atacaban a los humanos. Los humanos querían los suministros.

Kate se metió la medalla de plata bajo la camiseta y subió al estribo del camión del lado del acompañante mientras el conductor bajaba un poco la ventanilla.

—¿Qué demonios hacéis aquí, chicos? —preguntó el hombre.

Era de mediana edad y tenía el aspecto fatigado y curtido de alguien que ha vivido gran parte de su vida al límite.

—Problemas con el vehículo —respondió Kate, con su mejor sonrisa—. ¿Puede llevarnos?

El conductor miró más allá de ella hasta donde estaba August, y Kate intentó verlo como lo vería el hombre: un adolescente larguirucho con el estuche de un instrumento colgado al hombro.

—¿Adónde vais?

Kate señaló con la cabeza la carretera en la dirección *opuesta* a Ciudad V. Recordó el nombre de la subciudad que estaba más al este.

—Louisville.

El hombre meneó la cabeza.

—Eso queda del otro lado del Páramo —dijo—. Os conviene más buscar alguien que os lleve hacia la capital.

—Un poco más atrás vimos un pueblo o algo así —recordó Kate—. ¿Le parece que vayamos allí?

El hombre hizo una mueca.

—Si tratáis de entrar a un fuerte por la noche, lo único que vais a conseguir

es un balazo. —Se pasó una mano por el pelo corto—. Maldición.

El hombre no llevaba ninguna medalla. Kate tragó saliva, y se quitó la suya por encima de la cabeza.

El peso de la plata era sólido, tranquilizador. No quería deshacerse de la medalla, pero tampoco podía quedarse allí, al lado del camino. La alzó para que el conductor la viera.

—Mire, no queremos causarle problemas. No tenemos mucho dinero, pero si al menos nos lleva un tramo en la dirección correcta, le daré esto.

Los ojos del hombre se dilataron, y Kate supo que lo había convencido. Al fin y al cabo, un medallón de Harker significaba seguridad, y la seguridad era un lujo, una mercancía más valiosa, y más cara, que un camión, una casa, una vida.

El hombre aferró la medalla.

—Subid.

Kate se sentó en el asiento delantero, y August se acomodó en un asiento que, aparentemente, también hacía las veces de retrete. Entrelazó los dedos y bajó la cabeza. Kate no era tonta. Era obvio que le pasaba algo. Pero cada vez que se lo preguntaba, él se enfadaba, como si al preguntárselo lo hiciera sentir peor. Parecía estar enfermo. ¿Los monstruos también se enfermaban? ¿O solo tenían hambre? ¿Cuánto haría que no comía?

—Mirad —dijo el conductor—. Yo no soy contrabandista, ¿entendéis? Soy camionero. Voy solamente hasta las subciudades, así que si lo que buscáis es una manera de cruzar la frontera, no puedo ayudaros.

—Vale —respondió Kate—. No estamos tratando de cruzar.

—Entonces, ¿qué *demonios* estáis haciendo aquí en la oscuridad?

Fue extraño, pero Kate casi le dijo la verdad. Salió de su mente y llegó a su boca como una burbuja, tan rápido que tuvo que morderse la lengua para

contenerla. ¿Qué le había dicho August, acerca de los Sunai y la verdad? Lo miró, pero estaba sentado inclinado hacia adelante, los codos apoyados en las rodillas, con la mirada clavada en el suelo.

—Fue un desafío —respondió—. Estábamos con algunos amigos.

—Esta noche hubo un concierto —agregó August desde el asiento trasero—. En el límite de la zona verde.

—Sí —prosiguió Kate alegremente—. Cuando terminó, nuestros amigos nos apostaron veinte dólares a que no nos atrevíamos a internarnos en el Páramo. Cuarenta, si traíamos algo de la subciudad que está del otro lado. Pero cometí la tontería de no comprobar la gasolina.

El conductor meneó la cabeza.

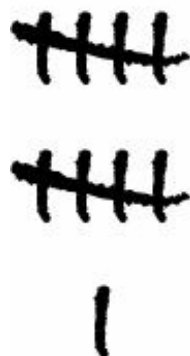
—Los chicos de hoy en día —dijo, mientras guiaba el semirremolque de vuelta a la carretera—. Tienen demasiado tiempo y pocos sesos.

Tenía la camisa remangada, y se le veían varias cicatrices feas en el antebrazo derecho. Marcas de Corsai.

—Os llevaré hasta el próximo parador de camiones. Es lo más seguro que encontraréis por aquí. Desde allí, os las tendréis que ingeniar solos para volver a la zona verde.

Kate asintió.

—De acuerdo —dijo, echando un vistazo a August. Pero no pudo verle el rostro. Estaba sumido en sombras.



August sintió que el camión aminoraba la velocidad, y levantó la cabeza del asiento trasero.

El semirremolque estaba saliendo de la carretera iluminada con UVR y cogiendo un camino secundario más pequeño. Por un instante, la luz del camino se atenuó, pero enseguida se encendió al doble cuando apareció un edificio.

Era más una fortaleza que un parador para camiones. La estructura estaba rodeada por altas cercas metálicas con alambre de cuchillas en el borde superior, y unos enormes faros UVR iluminaban una franja del terreno, como un foso de luz que se extendía sobre el pavimento y disipaba toda oscuridad. En el edificio, que en realidad parecía un grupo de varios edificios adosados, un cartel anunciaba que aquel lugar era el Horizonte.

El conductor se detuvo frente a la cerca, tocó el claxon una vez y esperó. Había dos hombres a cada lado, armas en mano. Uno de ellos tenía un HUV y

una especie de machete; el otro, una ametralladora. Un arma para los monstruos, comprendió August, y otra para los saqueadores.

El portón se abrió con un zumbido y el camión entró. August oyó el choque metálico del portón al volver a cerrarse, y se le oprimió el pecho al darse cuenta de que estaba encerrado.

—Hasta aquí llegamos —anunció el conductor, mientras aparcaba—. Aquí habrá muchos que puedan llevaros de vuelta. ¿Tenéis efectivo?

—Un poco —respondió Kate, aunque August estaba bastante seguro de que apenas les quedaban monedas.

El hombre se mordió el labio, y luego extendió la mano con la medalla que ella le había dado.

—Dadles esto, entonces.

Kate vaciló.

—Hicimos un trato.

—Yo venía hacia aquí de todos modos —repuso el hombre—. Anda. Cógela.

Kate cogió la medalla y se la guardó en el bolsillo, agradecida. En el exterior, la noche se había enfriado, y el aire fresco fue como un bálsamo para August. Alrededor había una docena de camiones aparcados en fila, como marcas de conteo negras, que no arrojaban sombra en el pavimento. Sus ojos se cerraron y su mente se deslizó hacia cuatrocientas veintitrés líneas, hacia ecos fantasmales sobre el suelo baldío, hacia disparos, gritos y un hambre implacable.

Entonces sintió que tiraban de él, y al abrir los ojos vio que Kate lo llevaba hacia la bruma fluorescente del parador.

—Vamos —le decía—, me muero de hambre.

Y August intentó reír, pero el sonido se le atascó en la garganta como cristal.



Aparentemente, el Horizonte era el sitio donde había que estar a las cuatro de la madrugada. Era como una ciudad pequeña y autónoma, con una cafetería, baños con duchas y locales que vendían mercancías, y todo estaba tan iluminado que a Kate le lastimaba los ojos.

August había ido al baño, mascullando algo acerca de refrescarse, y Kate se quedó recorriendo los expositores, tratando de disimular que no tenía más que cinco dólares en la cartera mientras examinaba las estanterías. Tarjetas de crédito tenía de sobra, pero las tarjetas se podían rastrear, y había usado la mayor parte de su efectivo para pagar el motel.

Estaba pensando en robar una barrita de cereales cuando vio el reloj. Estaba colgado en un exhibidor pequeño con algunos mapas y otros artículos para viajeros. Era un reloj digital común, salvo que además de indicar la hora y la temperatura daba también las coordenadas. Kate no tenía la dirección del lugar adonde iba, pero sí los números: latitud y longitud.

38° 29.45

-86° 32.56

Kate cogió el reloj del exhibidor con el mayor disimulo posible y lo examinó un rato largo; luego lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Solo que no era su chaqueta, sino la de August. Y cuando guardó el reloj en el bolsillo, sus dedos encontraron algo metálico y liso: el móvil robado. Levantó la vista, pero no había señales de August, y los demás clientes estaban ocupados poniendo demasiada azúcar a su café o mirando con ojos vidriosos la hilera de televisores dispuestos en la pared.

Kate sacó el móvil del bolsillo. Estaba apagado para ahorrar energía, y apretó el botón hasta que se encendió, con la esperanza de encontrar algún mensaje. Nada.

Miró alrededor. Tal vez no era necesario que siguieran viaje. Tal vez podían quedarse allí, en el Horizonte. Estaba absolutamente protegido contra los monstruos. Ningún Malchai podría entrar, y el lugar era lo bastante grande como para que ellos no llamaran demasiado la atención. Tal vez...

Y entonces oyó su nombre, pero no provenía de August ni de nadie en el local, sino del televisor en la pared.

Levantó la vista y vio una fotografía que ocupaba toda la pantalla.

Una fotografía *de ella*.



August se aferró al lavabo; la vista se le desenfocaba por momentos.

Estaba empeorando.

Se miró en el espejo y su reflejo lo miró, con ojos dilatados y mejillas hundidas. Los huesos le quemaban; cuando se miró las manos, le pareció que podía verlos a través de la piel, no oscuros como los de un Malchai, sino de un blanco brillante, encendidos de calor. La fiebre estaba disipando la ira, y dejaba otra cosa en su lugar.

Abrió el grifo con dificultad y puso las manos bajo el agua fría. Donde la humedad le tocaba la piel, se elevaron volutas de vapor.

Estaban muy lejos de la ciudad, y la ausencia —de gente, de monstruos, de energía— estaba atontándolo.

Llévate algo para comer, le había dicho Leo.

August rezongó por dentro.

La mente domina al cuerpo.

La mente domina al cuerpo.

La mente domina al cuerpo domina cadáveres en el suelo domina marcas que se grababan a fuego día tras día tras día en la piel hasta que se agrietaba y se rasgaba y sangraba al ritmo de los disparos y la melodía del dolor y el mundo estaba hecho de música salvaje, hacía y estaba hecho de ella, y ese era el ciclo, el gran estallido hasta el gemido y así sucesivamente y nada era real excepto August o todo era real excepto él...

Salió a la superficie ahogando una exclamación —cada vez le resultaba más difícil mantenerse a flote— y apretó los puños sobre el borde del lavabo. Sentía que las uñas se le hundían en las palmas de las manos y amenazaban con rasgarle la piel.

No era la primera vez que August hacía eso, privarse de alimento, decidido a creer que él era más fuerte que aquello, asqueado por el hecho de que no lo era, por el hecho de que el hambre lo devastaba cuando apenas parecía tocar a sus hermanos, desesperado por encontrar algo del otro lado, algo además de oscuridad. August había llegado hasta el límite de sus sentidos, y lo había sobrepasado; había memorizado los pasos, las etapas, como si al conocerlas ganara la mitad de la batalla por vencer aquella necesidad, por ser más listo que ella, por tener más *voluntad*. Primero llegaba la ira, luego la locura, luego la alegría, y por último, la tristeza. Deberían hacer una canción de cuna con eso: ira, locura, alegría, tristeza, ira, locura, alegría, tristeza, ira...

Otra vez estaba cayendo.

Estás bien, estás bien, estás bien.

—¿Estás bien, muchacho?

Levantó la vista y vio a un hombre parado allí; tenía la mitad izquierda del

rostro surcada por cicatrices.

August tragó saliva y pudo hablar.

—Cansado de pelear —respondió.

El hombre meneó la cabeza con solidaridad mientras se lavaba las manos.

—Como lo estamos todos.



En la pantalla se leía:

SECUESTRAN A KATHERINE HARKER, LA FAMILIA FLYNN BAJO SOSPECHA

«Henry Flynn niega toda responsabilidad por el secuestro», decía el periodista, «pero fuentes cercanas al caso confirman que un integrante de la familia Flynn asistía al colegio con Katherine Harker y fue visto con ella inmediatamente antes de su desaparición. Además», prosiguió, y sus ojos se iluminaron con un regocijo morboso, «hay indicios que sugieren que un *Sunai* fue responsable por el ataque al colegio mencionado, que dejó un total de tres alumnos y un profesor muertos, y la desaparición de la única hija de Harker».

A Kate se le revolvió el estómago. Había varios hombres por allí, mirando las pantallas. Uno masculló algo repugnante por lo bajo; otro dijo que era mejor que hubiera recompensa.

—Apaga esa basura —gruñó el tercero.

—No puedo —respondió la mujer mayor que atendía la caja—. Está en todos los canales.

Luego la pantalla mostró una grabación de su padre, de pie frente a un atril con un elegante traje negro, como si no supiera lo que estaba ocurriendo, como si los responsables no fueran sus propios monstruos rebeldes.

«Voy a recuperar a mi hija», decía, «y voy a encargarme de que los culpables, *sean quienes sean*, sean castigados por sus delitos contra mi familia y contra esta capital. En Ciudad Norte, vemos este hecho como lo que es: un acto de guerra».

Apareció el periodista otra vez.

«Si tiene algún dato sobre el paradero de Katherine Harker, llame al número que aparece en pantalla...».

Kate ya estaba codificando un mensaje en el móvil robado.

Llámame. Urgente.

Se apartó de la hilera de televisores y se escondió detrás de un exhibidor de comida insulsa, no percedera. Pasó un minuto. Dos. Y entonces sonó.

—Katherine —dijo la voz de su padre, con apenas un resabio del pánico que había expresado antes. Había recobrado su compostura habitual—. ¿Estás bien?

—¿Por qué dijiste eso en televisión? —le preguntó, en tono cortante—. ¡Te dije que no habían sido ellos!

Una exhalación medida.

—Eso no lo sé. No con seguridad.

—Yo *sí* —susurró, enfadada.

—O sea que sí está contigo.

La pregunta la tomó desprevenida.

—¿Qué?

—Frederick Gallagher. También conocido como August Flynn. El tercer Sunai de Henry.

A Kate se le oprimió el pecho. Se lo habría contado; pensaba hacerlo. Diablos, si hasta había pensado entregarle al monstruo a sus pies. Ahora no podía siquiera pronunciar su nombre.

—¿Estuvo contigo todo el tiempo? —insistió Harker.

Pero Kate no cedió. August no tenía la culpa de lo ocurrido. No era August quien había tratado de matarla. August le había salvado la vida.

—Katherine...

—¿Dónde está Sloan?

—Persiguiendo a los que actuaron en mi contra.

—¡Él está actuando en tu contra!

—No —replicó Harker sin alterarse—. No es así. Yo mismo lo interrogué. Sloan dice que no tuvo nada que ver con el ataque.

—¡Miente!

—Los dos sabemos que *no puede* mentir.

Kate estaba confundida. Tenía que ser Sloan. ¿Quién más podía haber hecho eso?

—Papá...

—Quédate fuera de la ciudad hasta que yo te avise.

—¿Para que la gente crea que me secuestraron?

—Para que estés *a salvo*. —El tono de su voz estaba endureciéndose—. Y no es necesario que codifiques los mensajes, Katherine. Este es mi teléfono personal. ¿Quién más podría verlo?

Tu sombra, quiso responderle.

Pero en lugar de eso, Kate cortó.



—Estás dejando salir el frío —dijo una voz áspera y cortante.

August sacó la cabeza del refrigerador de las bebidas y vio a una mujer

mayor enjuta que tenía uniforme del Horizonte.

—Lo siento —respondió, y cerró las puertas del refrigerador—. Mi intención era dejarlo entrar.

Las palabras sonaron mal en su boca, pero ya habían salido.

Cerca de allí, una mujer empezó a levantar la voz mientras hablaba por el móvil.

A un hombre se le cayó su taza de café y lo derramó sobre otro camionero. Este lanzó una palabrota y empujó al primero, con demasiada fuerza. La tensión iba subiendo como la presión alrededor de August.

La mujer se alejó con prisa, y entonces, entre un latido acalorado y el siguiente, August captó el olor del delito: sangre vieja, un frío en el aire que rozaba su piel afiebrada. August giró y sus dedos aferraron con más fuerza la correa del estuche del violín mientras su mirada recorría el local, las estanterías y los rostros hasta que... *allí*. El mundo entero entró en foco en torno al hombre. Era bajo y corpulento, tenía una chaqueta sucia de lodo, barba corta y desigual, y cabeza demasiado pequeña para sus hombros.

Pero a August no le importaba nada de eso. Lo único que le interesaba era la sombra que se enroscaba en la espalda del hombre como una capa, inquieta y fuera de lugar, y el hecho de que ya estaba saliendo por la puerta del frente, llevándose consigo la promesa de huesos fríos e ideas claras.

August hizo ademán de seguirlo pero alguien lo aferró del brazo.

Kate.

—Tenemos que irnos —dijo ella—. *Ahora*.

—Kate, yo... —August no podía apartar los ojos del hombre que se alejaba—. Necesito...

Pero antes de que pudiera terminar, Kate lo cogió por la mandíbula —lo asombró que no se quemara los dedos— y lo hizo mirar hacia una serie de

televisores en la pared. En las pantallas, en *todas* las pantallas, aparecía el rostro de ella, encima del titular:

SECUESTRAN A KATHERINE HARKER, LA FAMILIA FLYNN BAJO SOSPECHA

August sintió que volvía a la superficie, y tuvo un doloroso momento de claridad al comprender lo que allí decía.

—*No* —dijo; la palabra escapó de él como una exhalación—. Yo no...

Justo entonces se abrieron las puertas del frente con un sonido de campanillas. Entró el camionero, el que los había recogido en la carretera; vio las pantallas y se detuvo.

—¿Qué es esto?

—*Mierda*. —Kate tiró de August hacia abajo para que no sobresaliera por encima de los expositores—. Ve. Ahora.

Lo empujó en dirección a un pasillo. August dirigió una última mirada desesperada hacia las puertas del frente, pero el hombre de la sombra de pecado ya no estaba.

—*Vamos* —insistió Kate, empujándolo. Pasaron frente a los baños y salieron por la puerta trasera, al otro lado del aparcamiento de camiones. La luz de los UVR cayó sobre ellos como lluvia, y August hizo una mueca; tenía un fuerte dolor de cabeza.

—Yo no te secuestré —le dijo—. Te salvé la vida. Fuiste tú quien decidió huir.

—Y tú decidiste venir conmigo.

Kate ya estaba alejándose. Del parador. De él. Desapareció en la primera esquina, y August se obligó a seguirla.

—Tenemos que decírselo a alguien —dijo, corriendo para alcanzarla—. Tenemos que hacerles saber que estás bien.

—Por si se te olvidó —respondió ella—, todavía hay alguien que quiere

matarme.

—¡Ni siquiera necesitan hacerlo! —August sabía que tenía razón. Estaba esforzándose por mantenerla—. Esto es precisamente lo que querían, Kate. Culpar a mi familia por quebrar la tregua. Y van a salirse con la suya si no...

Kate se volvió hacia él.

—¿Qué quieres que haga, August? No puedo regresar y...

Detrás de ellos se abrieron unas puertas.

August y Kate se dieron la vuelta. Era uno de los camioneros que estaban en el local, un hombre de aspecto rudo con una pistola que le colgaba perezosamente de los dedos; lo seguía un segundo hombre, desarmado. August empezó a colocarse delante de Kate cuando se abrió otro par de puertas detrás de ella, y salieron dos figuras más a la luz. El hombre traía un bate, y la mujer, un cuchillo que emitía destellos con la luz brillante de los UVR. Bajo aquellas luces, no arrojaban sombras; cuatro personas más, y ningún pecador.

El suelo se inclinó peligrosamente bajo los pies de August.

Empezaba a descolgarse el estuche del violín, con la esperanza de poder al menos desarmarlos, cuando el primer hombre se movió, levantó la pistola y disparó. La bala rebotó en el pavimento, a pocos centímetros de los pies de August. El sonido fue ensordecedor, y por un momento se vio otra vez en una cafetería escolar, contemplando las pequeñas marcas de conteo en el suelo, hasta que la voz de Kate lo hizo regresar al presente.

—¿Qué mierda te pasa? —le gritó al hombre.

—¿Es cierto? —preguntó el camionero, apuntando con el arma al pecho de August pero mirando a Kate—. ¿Eres la hija de Harker?

—¿O sea que *tú* eres el monstruo? —intervino el que venía detrás de él.

Antes de que August pudiera responder, el hombre del bate cogió a Kate por la muñeca y la atrajo hacia él. Ella le dio un rodillazo, y el sujeto retrocedió

sin aliento, pero la mujer del cuchillo la aferró y la obligó a retroceder apoyándole la hoja bajo el mentón.

August empezó a avanzar, pero la pistola volvió a disparar; esta vez la bala casi le rozó la mejilla.

La mujer del cuchillo sonrió; la mitad de sus dientes eran de metal.

—El que primero llega, se lo queda, chicos. La recompensa es mía.

—La única recompensa que vas a tener es una bala.

August casi deseó que el hombre cumpliera su amenaza. Le estaba costando mantenerse en pie, y su atención pasaba del bate al cuchillo mientras alrededor la tensión aumentaba como el calor.

—Os propongo algo —dijo el hombre del bate—. Nosotros nos llevamos a la chica, tú te quedas con el muchacho.

—Creo que nos llevaremos a los dos —repuso el hombre de la pistola.

Kate siseó con el cuchillo contra la garganta.

—¿Y cómo pensáis hacer eso? —preguntó la mujer.

El aire vibraba; la mujer del cuchillo y el hombre de la pistola estaban atascados en una especie de empate; y el hombre del bate y el que no tenía más que sus puños iban acercándose poco a poco.

Había un brillo extraño en sus ojos, como sucedía cuando las personas hablaban con August; empezaban a aflorar la codicia y la violencia... como si se alimentaran del hambre de él. A August le daba vueltas la cabeza; sabía que no podría aplacar el caos mientras siguiera creciendo en su interior... pero tal vez no fuera necesario hacerlo. Leo sabía cómo aprovechar esos sentimientos en las personas, cómo agudizarlos y enfocarlos.

La mente domina al cuerpo.

En lugar de resistirse a la influencia, de tratar de contenerla, August la fortaleció y dejó que se desplegara sobre el pavimento y los hombres.

Seguramente Kate también percibió el cambio en el aire, en los atacantes, en ella misma, porque lo miró a los ojos. Sus dedos se crisparon, y un instante después August vio algo metálico en la mano de ella.

—Yo me ocupo de la perra del cuchillo —dijo Kate, al tiempo que clavaba la navaja en el muslo de la mujer, que chilló.

Kate levantó las manos y le empujó el brazo, tras lo cual se agachó para apartarse del cuchillo. En el mismo momento, August se abalanzó contra el hombre de la pistola y lo empujó con todas sus fuerzas contra el que estaba detrás de él. La pistola se disparó y luego cayó al suelo con estrépito. Los dos hombres cayeron, muy cerca de donde los otros forcejeaban y maldecían, ya sin el cuchillo y el bate. August oyó el rumor de un camión que se acercaba y un claxonazo fuerte y corto; cogió a Kate del brazo y corrió. Hubo gritos detrás de ellos, junto con el sonido de un cuerpo al caer sobre el pavimento y unas palabrotas apagadas, pero August no miró atrás. A la carrera, doblaron la esquina del parador y cruzaron el espacio iluminado hacia el portón abierto.

El camión salió y el portón empezó a cerrarse. Los guardias estaban mirando hacia otra parte, con los ojos fijos en la oscuridad que había más allá del semirremolque, y cuando vieron venir a August y Kate, era demasiado tarde. Salieron, y un instante después el portón se cerró del todo y se trabó.

Se apartaron del camino bordeado de luces y se internaron en los campos. August aguzó el oído en busca del sonido de neumáticos más allá de los latidos acelerados de su corazón, pero los camiones no los siguieron, los guardias no dispararon y el portón no se abrió.

Aun así, no se detuvieron. No miraron atrás.

August perdió la cuenta de los segundos, del hecho de que la mano de Kate seguía enredada en la suya, de la fiebre y del dolor. ¿Estaba loco, o el dolor empezaba a disiparse?

Corrieron trazando un sendero irregular entre pasto salvaje, pasando por búnkeres e hileras de árboles, y cuando aminoraron la marcha y siguieron caminando, y por fin se detuvieron, estaban solos, rodeados de nada más que oscuridad y el resplandor lejano de la carretera.

Kate jadeó, presionándose el abdomen herido con una mano, y August cayó de rodillas, con los dedos extendidos sobre la tierra fresca y húmeda.

Quería acostarse. Apoyar la mejilla en el suelo, como hacía Ilsa, y tan solo escuchar. Kate se arrodilló a su lado, hombro con hombro, y se quedaron así un largo rato, ocultos por la hierba alta. La noche estaba muy silenciosa; el mundo estaba en calma. Costaba creer que hubiera peligro en él.

August oyó el rumor lejano de camiones y se puso tenso, pero los semirremolques no se apartaban de la carretera; ninguno osaba aventurarse más allá de la seguridad de las luces.

Cuando por fin se pusieron de pie, empezaban a dibujarse las primeras luces del día en el horizonte, y el mundo adquiría un color violáceo en lugar de negro. Tenía la vista borrosa, y Kate extendió una mano para sostenerlo.

—¿Estás bien?

La pregunta resonó como un eco en la mente de August, dispersó sus pensamientos formando ondas, como una piedra que cae en una laguna, y al expandirse se convirtió en una respuesta. *Bien. Bien. Bien.*

Y era una locura, era imposible, pero *estaba bien*. El dolor se apaciguaba; sus músculos y huesos al fin empezaban a relajarse. Inhaló hondo con un estremecimiento, mezcla de conmoción y alegría. Leo se equivocaba. Lo había logrado. Había podido.

—¿August? —insistió Kate—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió, y la palabra ocupó todo su cuerpo y su mente. Era verdad.

—Bien.

Kate tenía algo en la mano. Lo giró hacia la tenue luz del amanecer, y luego empezó a caminar.

—¿Adónde vamos? —le preguntó August, mientras la seguía.

Kate no se dio la vuelta, pero la respuesta le llegó por el aire, como música.

—A casa.

Verso 4

ENFRENTA A TUS

MONSTRUOS

1

Durante seis años, su hogar había sido una casa en el límite este del Páramo, lo suficientemente lejos de la oscuridad como para que nadie se acercara, y lo suficientemente lejos del pueblo más cercano como para que las luces no llegaran hasta allí.

Ciudad V era un lugar del pasado, un lugar para el futuro, pero Kate y su madre vivían en el presente. Kate quería recordarlo como un sitio aburrido, insulso, intranquilo, pero realmente era perfecto. Y ella era *feliz*. La clase de felicidad que hacía ver el tiempo como fotogramas sin movimiento.

Unos brazos que la rodeaban mientras leía.

Una voz cálida que tarareaba mientras unos dedos le trenzaban el pelo.

Flores silvestres en los floreros, en tazas y tazones, dondequiera que se pudieran colocar.

Color por doquier, y puestas de sol que convertían los campos en fuego.

En otra parte, el mundo estaba ardiendo de verdad.

En otra parte, las sombras tenían garras y dientes, y las pesadillas cobraban vida.

Pero allí, en la casa en el límite del Páramo, nada de eso había llegado. Allí era fácil olvidar que el mundo estaba roto.

Lo único que le faltaba era su padre, y hasta él estaba allí, en las fotografías, en los envíos de provisiones, en las promesas de que pronto podrían regresar a casa.

Después, Kate se dijo muchas cosas. Que siempre había querido marcharse. Que estaba harta de la casita. Que cuando hablaba de su hogar, se refería a la capital.

El sol salió contra la espalda de Kate e inundó de luz los campos que veía frente a ella. El rocío brillaba en las puntas de la hierba y le humedecía los pantalones desde los zapatos hasta las rodillas, y el mundo tenía un aroma fresco y limpio que la ciudad nunca tenía. August caminaba unos pasos más atrás, y Kate observaba cómo subían y bajaban las coordenadas en el reloj a medida que se acercaban.

Iba callado, pero ella también.

Rodearon fábricas y depósitos, todos tan protegidos como el Horizonte, y una mujer de aspecto demacrado que estaba frente a un edificio ocupado, revisando si había perdido algo durante la noche, los miró con recelo. A media mañana Kate vio un pueblo escuálido a lo lejos; el sol arrancaba destellos a los techos y las paredes exteriores de metal. No se acercaron; siguieron la línea de árboles cuando los había, y cuando no, caminaron entre hierba alta. Y todo el tiempo Kate mantenía los ojos en el reloj; los números se acercaban cada vez más, y más, y más.

Adelante, divisaron el bosque. Los recuerdos empezaron a encenderse detrás de los ojos de Kate. La barricada de árboles que parecía densa pero

tras la cual había un campo más pequeño, como a seiscientos metros.

Y una casa.

Cruzaron la línea de árboles y, de pronto, Kate tomó conciencia de que ya no oía los pasos de August detrás de ella. Dio la vuelta y lo encontró un poco más atrás, pensativo, pasando las puntas de los dedos por el tronco de un castaño.

—Vamos —lo llamó—. Casi llegamos.

Él no se movió.

—¿August?

—Shhh —dijo él, cerrando los ojos—. Pararon por fin.

Kate caminó hacia él.

—¿Qué ha parado?

—Los disparos —susurró.

Kate frunció el ceño y miró alrededor.

—¿De qué hablas?

August abrió los ojos lentamente y fijó la mirada en la corteza áspera.

—Leo estaba equivocado —dijo con voz suave, extrañamente melódica—. Me dijo que yo era así, que yo era eso, y le creí, pero se equivocó, porque sigo aquí.

Esbozó una sonrisa amplia e infantil. Kate nunca lo había visto sonreír, no así.

— Aún estoy aquí, Kate.

—Vale, August —respondió, confundida—, aún estás aquí.

—Al principio el hambre me dolía mucho, pero no ahora.

Kate quedó helada.

—¿Cuánto hace que tienes hambre?

August rio. Un sonido simple, jubiloso, que parecía fuera de lugar al salir de sus labios. Y entonces la miró a los ojos, y Kate contuvo el aliento. Los ojos

de August *ardían*. No era solo que brillaban por la fiebre, sino que estaban *en llamas*: los centros tenían un azul helado, y los bordes estaban dorados.

Era como mirar directamente al sol. Kate tuvo que apartar la vista.

—*August...*

—No te asustes —le dijo él alegremente—, ya estoy mejor, ¿no ves?, estoy...

—A punto de prender fuego el bosque —completó Kate, mientras se acercaba a él con las manos levantadas—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Miró alrededor, como si pudiera haber algún pecador a mano, esperando, pero por supuesto, no lo había porque no había *nadie* por allí. Estaban en medio de un *maldito bosque* en medio del *maldito campo*. Kate cerró los ojos, tratando de pensar; entonces sintió un calor súbito y, al abrir los ojos, vio que los dedos de August le rozaban la mejilla.

—No te asustes —le dijo suavemente.

Kate se apartó.

—Tu mano...

—Mi mano —repitió él, observando su mano—. Se parece a la tuya pero no lo es porque yo no lo soy, no soy como tú, tú te pareces a mí... pero eso no está bien, verdad...

—*August.*

—...Yo me parezco a ti, pero tú naciste y creciste y yo no pero luego sí, no así, no exactamente, más pequeño, más joven... —August divagaba, y en su voz empezó a crecer una especie de energía maníaca—... pero empiezo de nada y luego de pronto soy algo, así de pronto, como la muerte al revés, nunca lo pensé de esa manera...

Kate le tocó la frente y apartó la mano al instante.

—Estás ardiendo de verdad.

August sonrió, esa sonrisa deslumbrante y feliz.

—Igual que una estrella. ¿Sabías que todas las estrellas están ardiendo? Es un gemido y un estallido, o un estallido y un gemido, no recuerdo, pero sé que están ardiendo...

Kate se dio la vuelta y empezó a tirar de él para que siguiera caminando. Ahora August irradiaba calor, que se propagaba a la piel de ella a través de la manga.

—Tantos fuegos diminutos en el cielo, y tanta oscuridad entre ellos. Tanta oscuridad. Tanta locur... —Se interrumpió—. No.

—¿Qué pasa?

August se soltó y se llevó las manos a la cabeza.

—No, no, no... —rogó, cayendo de rodillas—. Ira, locura, alegría, no quiero seguir.

—Vamos —susurró Kate, y se agachó a su lado—. Ya estamos muy cerca.

Pero August había empezado a menear la cabeza y no parecía poder parar. Kate percibió la angustia que emanaba de él como el calor y se filtraba a la piel de ella. Los labios de August se movían, y ella apenas podía distinguir las palabras.

—*Estoy bien, estoy bien, estoy bien.*

Le rodeó la cintura con un brazo para ayudarlo a ponerse de pie. August tenía la camiseta mojada y Kate pensó que sería por sudor, pero por lo demás estaba seco, y cuando ella se apartó, sus dedos estaban negros.

—August —dijo lentamente—. Creo que estás sangrando.

August se miró el cuerpo como si no lo reconociera, y al ver que no se movía, Kate extendió las manos y le levantó la camiseta. Vio el lugar donde una bala le había rozado las costillas. August se tocó el costado y se quedó mirando su mano manchada de sangre negruzca como si fuera algo ajeno. La

sonrisa maníaca se borró, y de pronto Kate lo vio joven, triste y aterrado.

—No —susurró—. Esto va mal.

Tenía razón.

Se suponía que los Sunai eran invencibles.

Nada es invencible.

Tenía que ser el hambre; de alguna manera, estaba consumiendo sus fuerzas.

—Vámonos —dijo Kate, tratando de ayudarlo a ponerse de pie, pero en cambio él la atrajo hacia abajo. Sus rodillas se hundieron en la tierra cubierta de musgo, y los dedos de August se le clavaron en los brazos. Ahora él estaba temblando: la euforia fugaz había dado paso a otra cosa. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y se evaporaban antes de llegar a la mandíbula.

—*Kate* —dijo, con un sollozo—. No puedo seguir avanzando hacia el borde... no me dejes caer. —La respiración se le entrecortaba—. No puedo no puedo volver a hacerlo no puedo volver a pasar a la oscuridad estoy aferrándome a cada señal y si me suelto no podré recuperarlas no quiero desaparecer...

—Tranquilo, August —le dijo, tratando de mantener la voz calma y regular—. No te dejaré caer.

August hundió la frente febril en el hombro de ella.

—Por favor —susurró—. Prométemelo.

Kate levantó una mano y le acarició el pelo.

—Te lo prometo —le aseguró.

Habían llegado hasta allí. Llegarían a la casa. Podría bajarle la temperatura. Extraer el dinero de la caja fuerte. Sacar el coche del aparcamiento. Y seguirían viaje hasta que encontraran algo, *alguien* a quien pudiera comer.

—Quédate conmigo —le pidió Kate, mientras lo cogía de la mano y se ponía de pie—. Quédate conmigo.

El calor le producía un hormigueo en los dedos, agradable al principio, luego doloroso, pero Kate no lo soltó.

||

Llegaron a la casa.

La grava crujía bajo sus pies mientras Kate guiaba a August, arrastrándolo por momentos, por el campo, por el camino privado cubierto de malezas y los escalones de la entrada. La pintura azul de la puerta principal estaba descolorida; las plantas del jardín se habían vuelto silvestres, y había una grieta que atravesaba un cristal como una telaraña, pero fuera de eso, la casa estaba exactamente como antes.

Como una fotografía, pensó Kate, con los bordes gastados, descolorida, pero la imagen en sí estaba intacta.

August se desplomó sobre los escalones mientras Kate hurgaba entre las malezas en busca del caño de desagüe y la cajita magnética con la llave escondida adentro. Derribaría la puerta, si era necesario, pero había aguantado todo ese tiempo, y no le agradaba la idea de ser ella quien la rompiera ahora.

—Dime algo —murmuró August, como un eco de las palabras que le había dicho ella en el coche. Respiraba en forma entrecortada.

—¿Como qué? —le preguntó Kate, repitiendo la respuesta de él.

—No sé —susurró, y sus palabras se fueron apagando hasta convertirse en un sollozo de tristeza o dolor.

August se acurrucó, y el estuche del violín resbaló de su hombro y cayó sobre los escalones con un golpe sordo.

—Yo solo quería... ser fuerte.

Kate encontró la caja e intentó abrirla. No se dio cuenta de que le temblaban las manos hasta que la llave cayó entre la maleza y tuvo que buscarla.

—No se trata de ser fuerte, August. Se trata de lo que necesitas. De lo que *eres*.

—Yo no... quiero... ser esto.

Kate soltó un sonido exasperado. ¿No podía haber comido y haber terminado con esto? ¿No podía haberle *avisado*? Sus dedos hallaron la llave. Se enderezó, la introdujo en la cerradura y la giró. Fue un gesto muy pequeño, pero la memoria muscular fue abrumadora. La puerta se abrió. Sabía que la casa mostraría señales de abandono, pero aun así la tomó desprevenida. El aire viciado, las superficies cubiertas de polvo, la maleza que crecía entre las tablas del suelo. Casi llamó a su madre; el impulso fue repentino y doloroso, pero se contuvo y ayudó a August a entrar.

Sus pies la llevaron a través de la sala. En la cocina encontró el generador. Pulsó los interruptores como lo había hecho cientos de veces, con movimientos simples, automáticos. No esperó que se encendieran las luces, sino que fue directamente al baño, con sus cálidos azulejos azules y blancos y su bañera enlozada.

Abrió la ducha, rogando que los tanques de agua pluvial aún funcionaran. La

tubería emitió un sonido como un gruñido, y momentos después, empezó a salir agua; al principio, de un color rojo óxido, pero luego fría y cristalina.

August entró detrás de ella, tambaleándose. Dejó el estuche del violín en el suelo, logró quitarse la chaqueta y los zapatos, y luego tropezó y se sostuvo del borde de la bañera. Kate se acercó para sujetarlo pero él extendió una mano a modo de advertencia. Las marcas de conteo le quemaban el brazo y la espalda, y le chamuscaban la camiseta. Se la quitó, y entonces Kate vio cuatrocientas veintitrés líneas encendidas al rojo blanco en su piel.

No sabía qué hacer.

—Vete.

La palabra fue un susurro, un ruego.

—No voy a dejart...

—*Por favor.*

Le temblaba la voz, el calor le hacía ondular el pelo como una brisa, y cuando la miró por encima del hombro, los huesos de su rostro brillaban al rojo blanco, mientras que sus ojos se oscurecían: el negro encerrando las llamas. Kate dio un paso atrás y August entró a la ducha a medio desvestir. Ahogó una exclamación cuando el agua fría cayó sobre su piel y se convirtió en vapor.

Kate giró hacia la puerta del baño y oyó una voz entre el siseo y el golpeteo de la ducha, poco más que una exhalación, pero aun así audible.

—Gracias.



Kate sentía un dolor palpitante en la mano al ponerla bajo el grifo de la

cocina. Era como si la hubiera apoyado sobre algo extremadamente caliente. Y así también la sentía. Lo único que había hecho había sido coger la mano de August y no soltarla.

Ira, locura, alegría... No quiero seguir.

Eso había dicho él en el bosque.

Lo que le estaba pasando ahora, fuera lo que fuese, no era alegría. ¿Cuánto tiempo llevaba sufriendo? Kate había notado su mal genio al estropearse el vehículo, pero August había logrado guardarse casi toda la locura. La alegría, no pudo. Y ahora... el sonido de su voz dolorida le desgarraba la mente.

No quiero desaparecer.

Puso las estacas manchadas de sangre en el fregadero, cerró el grifo y volvió a recorrer la casa. En el baño había una nube de vapor, pero August ya no estaba bajo la ducha, y Kate se asustó hasta que vio su pelo oscuro por encima del borde de la bañera.

No puedo seguir avanzando hacia el borde.

August tenía los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás, el cuerpo peligrosamente quieto bajo la ducha mientras el agua le cubría las caderas.

No me dejes caer.

—¿August? —dijo, en voz baja.

No respondió. No se movió. Kate se obligó a dar otro paso y contuvo el aliento hasta que lo vio estremecerse ligeramente. Kate exhaló, aliviada de ver el leve movimiento. August tenía los dientes apretados, los ojos cerrados con fuerza para protegerse del fuego.

Lo observó tomar aliento y sumergirse.

No volvió a salir.

Sus huesos habían perdido el resplandor, con lo cual se había atenuado el efecto esquelético que le recordaba a los Malchai, a los monstruos. Debajo

del agua, August parecía muy... humano. Un adolescente, con sus largas extremidades recogidas y sus rizos negros flotando en torno a su rostro. Kate contó los segundos, observó cómo el aire terminaba de salir entre sus labios y se preguntó si tendría que ayudarlo.

Y entonces, por fin, August salió a la superficie.

Se aferró al borde de la bañera y se incorporó lentamente. El agua le entró a los ojos, que ya no estaban en llamas, pero tampoco habían recuperado su color gris pálido. Estaban más oscuros, del color del carbón, demasiado hundidos en su rostro cada vez más enjuto.

Kate se arrodilló y enlazó los dedos con los de él. La mano de August se tensó bajo la de ella, pero su piel se había enfriado lo suficiente como para poder tocarla, y no retiró la mano.

—Kate —murmuró; la vista se le nublaba y aclaraba todo el tiempo.

—Aquí estoy —respondió—. ¿Y tú, dónde estás?

August cerró los ojos e inhaló largamente.

—Acostado en mi cama —susurró—. Escuchando música mientras mi gato mordisquea una esquina de un libro.

Kate casi rio. Era una respuesta de lo más común. La mano de August empezaba a calentarse otra vez, de modo que la soltó lentamente y se recostó contra el costado de la bañera. Detrás de ella, la ducha sonaba casi como lluvia. Kate sacó la medalla de plata que tenía bajo la camiseta y empezó a acariciarla con el pulgar, distraída.

—Tu casa —dijo August con cansancio, y Kate no pudo distinguir si era una pregunta.

—Lo era —respondió, haciendo girar la medalla entre los dedos.

Desde la bañera le llegó un suspiro leve y entrecortado.

—¿Por qué hay tantas sombras en el mundo, Kate? ¿No debería haber la

misma cantidad de luz?

—No lo sé, August.

—No quiero ser un monstruo.

—No lo eres —repuso.

Las palabras fueron automáticas, pero al pronunciarlas, Kate se dio cuenta de que las creía. Él era un Sunai, nada podía cambiar eso; pero no era perverso, no era cruel, no era monstruoso. Era simplemente alguien que quería ser otra cosa, algo que no era.

Kate comprendía ese sentimiento.

—Me duele —susurró August.

—¿El qué?

—Ser. No ser. Rendirme. Resistir. Haga lo que haga, me duele.

Kate apoyó la cabeza contra la bañera.

—Así es la vida, August —dijo—. Tú querías sentirte vivo, ¿verdad? No importa si eres monstruo o humano. Vivir duele.

Esperó que él dijera algo más, preguntándose por qué *ella* ya no sentía la necesidad de hablar. Quizá por fin se le habían acabado los secretos, o quizá simplemente estaba acostumbrándose a él. Cuando ya no soportó el silencio, se puso de pie, dolorida por haber estado en el suelo de mosaicos, y se dirigió por el pasillo hasta la primera puerta de la izquierda.

Bajo la capa de polvo, las paredes de su dormitorio estaban amarillas; no era un amarillo girasol, sino uno pálido, casi blanco, del color del sol; del sol verdadero, no el que dibujaban los niños. La cama era angosta pero mullida, y en una pared había dibujos adheridos con chinchetas.

Revisó los cajones y encontró un viejo diario y algo de ropa en desuso, cosas que no se había molestado en llevar con ella a Ciudad V. Todas le iban muy pequeñas, por supuesto, pero Kate necesitaba quitarse la ropa destrozada,

de modo que continuó hacia el dormitorio de su madre, al final del pasillo.

La puerta estaba solo entornada, y se abrió cuando la tocó.

La habitación era sencilla y estaba oscura, con las cortinas cerradas, pero al ver la cama con sus almohadas sintió una punzada. Si cerraba los ojos, Kate podía verse despatarrada en esa cama, leyendo, mientras su madre jugaba a cubrirla con aquellas almohadas, una por una.

Entró con cuidado, pasó por encima de una maleza que crecía entre las tablas del suelo y se sentó en el borde de la cama, ignorando la nube de polvo que se levantó. Debajo del polvo, aún persistía el aroma de su madre, y sin pensar en lo que hacía, Kate se acurrucó en el mar de almohadas y hundió la cara en la más cercana.

Estoy en casa, pensó, y el recuerdo la alcanzó y la sumergió.



Habían pasado seis meses desde su regreso a Ciudad V, y Kate aún no podía dormir. Todas las noches soñaba con monstruos, con dientes, garras y ojos color carmesí, y todas las noches despertaba gritando.

—Quiero ir a casa —decía a su madre.

—*Estamos* en casa, Kate.

Pero no se sentía como en casa. No era como los cuentos que le contaba su madre cuando era pequeña. No había una familia feliz, un padre cariñoso; solo una sombra a la que raras veces veía, y el monstruo que lo seguía.

—Quiero ir a casa —pedía cada vez que se despertaba.

—Quiero ir a casa —rogaba cada vez que su madre volvía a acostarla.

—Quiero ir a casa.

Su madre estaba cada vez más delgada y tenía los ojos enrojecidos. La ciudad estaba consumiéndola, mordisco a mordisco. Hasta que una noche dijo:

—Vale. Hablaré con tu padre —prometió—. Lo resolveremos.

La noche del accidente, Kate aún estaba soñando, atrapada en una habitación con sombras violentas, cuando su madre la despertó.

—Levántate, Kate. Tenemos que irnos.

Su madre tenía una marca muy roja en la mejilla, una magulladura con una *H* en el medio, que le había dejado el anillo de Harker al golpearla. Atravesaron el apartamento a oscuras. Un cristal roto. Una silla caída. Las puertas de la oficina cerradas y Kate aún adormilada, caminando con dificultad.

—¿Adónde vamos? —preguntó en el ascensor.

—¿Adónde vamos? —preguntó en el aparcamiento.

—¿Adónde vamos? —preguntó al encenderse el motor del coche, y su madre al fin respondió.

—Vamos a casa.

Pero nunca llegaron.



Kate se incorporó. Tenía el rostro bañado en lágrimas, que dejaban huellas en el polvo. Se limpió las mejillas con el dorso de la mano.

Quiero ir a casa.

Las palabras habían sido suyas. Siempre suyas. Las había dicho cientos de veces. ¿Cuándo se habían deformado, enredado, confundido?

Aquel ruego, aquella noche, la *H* de su padre marcada en la piel de su madre... ¿qué más había olvidado?

Recordó el accidente, y las piezas empezaron a acomodarse en los espacios vacíos. Los faros que habían aparecido de pronto, como si hubieran cogido una carretera a contramano... pero no lo habían hecho. El otro vehículo se había lanzado contra ellas. Y entonces el grito ahogado de su madre, el súbito volantazo para tratar de esquivarlo. Demasiado tarde. El impulso horrible del choque, el sonido de metal aplastado y cristales rotos, y la fuerza cegadora con la que su cráneo golpeó la ventanilla. Su madre, recostada contra el volante, con los pulmones colapsados, intentando respirar, una vez, dos veces. El mundo de pronto tan silencioso, ruido blanco en sus oídos y sangre en sus ojos, y más allá del cristal roto, la mascota de su padre estaba allí de pie, con su mirada fija y la boca deformada en un rictus que pretendía ser una sonrisa.

Kate se levantó de la cama como disparada y vomitó en el suelo de madera. Se agachó allí, obligando a sus pulmones a inhalar. ¿Cómo había podido olvidar tantas cosas?

Pero ahora recordaba.

Lo recordaba todo. Y esos recuerdos no pertenecían a otra Kate. Eran suyos. Su vida. Su pérdida. Y de un modo u otro, le arrancaría el corazón a Sloan.

Temblando, se puso de pie, recuperó el equilibrio y rodeó la cama. Enrolló la alfombra con el pie, sus dedos recorrieron el suelo de madera hasta encontrar el borde de la tabla suelta y la movieron a un lado. Bajo la tabla, en la oscuridad, encontró el estuche de metal y lo levantó. Giró la cerradura para alinear los números hasta que el estuche se abrió con un chasquido. Adentro encontró un fajo de dinero, unos papeles para cruzar la frontera y una pistola. Su madre no había querido llevarla pero Harker había insistido, de modo que la había guardado allí, con las otras cosas que no necesitaba. Kate guardó el dinero en el bolsillo, revisó el cargador de la pistola —estaba lleno de balas con puntas de plata— y se la guardó en la cintura, contra la espalda; luego se

ocupó de los papeles. Examinó la pila y vaciló al ver el rostro de Alice Harker mirándola desde el papel. Guardó los papeles de su madre en la caja, dobló los suyos y se puso de pie.

En la cómoda de su madre encontró un jersey oscuro y, al levantarlo, se sorprendió de que fuera de una talla similar a la suya. Otro recordatorio de cuánto tiempo había transcurrido. Puso el jersey sobre la cómoda y se quitó la chaqueta de August y la camiseta; hizo una mueca al sentir cómo se le estiraban los puntos al ponerse la ropa limpia, y la medalla de plata, tibia contra su piel desnuda. Cerró los ojos, levantó los puños del jersey hasta la nariz y aspiró el aroma a lavanda que perduraba en ellos. Su madre había colocado lavanda en todos los cajones para mantener la ropa fresca.

Encontró una camiseta para August y se la colgó al hombro.

El baño seguía sumido en aquel silencio pesado, de modo que colgó la camiseta en la puerta y salió de la casa. Caminó entre el césped crecido y el jardín arruinado en dirección al pequeño aparcamiento. El sol ya empezaba a ponerse, pero la luz iluminó algo a lo lejos, más allá de la línea de árboles, en dirección al Páramo.

Kate entornó los ojos para ver mejor.

Parecía una especie de depósito, o un granero industrial. Era nuevo —al menos, no había estado allí seis años antes— pero no se veían movimientos, no salía humo de las chimeneas, no había camiones que entraran o salieran, no había cerca perimetral. O estaba abandonado o lo habían saqueado.

Encontró el coche en el aparcamiento. Había caído en desuso, incluso mientras vivían allí, pero su madre había insistido en tenerlo por si tenían alguna emergencia. El día de su regreso a Ciudad V, Harker había enviado una pequeña comitiva para recogerlas, de modo que no habían tenido motivos para llevarlo. Desconectó la batería del generador y cerró el capó. Cargó un bidón

de gasolina en el tanque y probó abrir la puerta. Chirrió pero se abrió. Kate se acomodó en el asiento del conductor y encontró la llave detrás del parasol. La colocó en el contacto, contuvo el aliento y la giró. En el primer intento, el motor se estremeció. En el segundo, arrancó.

De la garganta de Kate escapó un sonido victorioso.

Y entonces, al apagar el motor, oyó el rumor de un segundo motor. Algún camión a lo lejos. Contuvo el aliento y se recordó que la carretera estaba del otro lado de una pendiente y más allá de la línea de árboles. Se recordó que no se podía ver la casa desde allí, pero aun así se quedó en el coche, aferrando el volante, hasta que lo único que podía oír era su corazón.



August sabía que estaba perdiendo la razón.

Lo peor era que podía *sentirlo*.

La enfermedad se había apoderado de su cuerpo, había infectado sus pensamientos, y ahora estaba encerrado dentro de sí mismo, atrapado en la bruma como alguien que está al borde del sueño. Podía sentir el límite del sueño pero no alcanzarlo, no podía salir.

Tampoco podía aferrarse a sus palabras. Se deslizaban por sus pensamientos y salían de su boca antes de que alcanzara a entender lo que significaban.

El dolor había pasado por un rato, sofocado por la locura y la alegría, pero ahora las marcas volvían a quemarle la piel y palpitaban, calientes, y los disparos resonaban en su cabeza como una cortina de ruido blanco. En un intento de combatir la fiebre, apoyó la frente caliente contra los azulejos fríos, y su piel siseó como el agua al caer sobre el fuego.

Por fin, su cuerpo se refrescó; August se desplomó contra la pared de la

bañera y dejó que el agua fría subiera por sus piernas, por su espalda, y se cerrara sobre sus costillas.

Kate entraba y salía; sus ojos oscuros flotaban en el vapor, aquí, allí y otra vez aquí.

Ahora estaba aquí.

—Escúchame —le dijo August, tratando de retener las palabras antes de que se le escaparan—. Tienes... que irte.

—No.

—No puedes... estar aquí... cuando yo caiga.

Nuevamente la mano de ella sobre la suya, una mano fría y la otra caliente, y August no sabía cuál era cuál. Las líneas empezaban a desdibujarse.

—No voy a dejarte caer, August.

Otra vez el miedo, la tristeza desgarradora.

—No... puedo...

—No puedes lastimarme —lo interrumpió Kate—. No puedes, mientras seas tú, ¿cierto? Entonces me quedo.

August apretó los dientes, cerró los ojos e intentó concentrarse en su corazón, en sus huesos, sus músculos y nervios. Se examinó parte por parte, célula por célula, tratando de sentir hasta el último átomo que lo formaba.

Cada uno de esos átomos le rogaba que se rindiera, que se dejara cubrir por la oscuridad. Sintió que se deslizaba hacia la inconsciencia y se obligó a mantenerse despierto, por temor a que, si sucumbía ahora, surgiera algo más.

Kate se sentó en el borde del sofá, con un cigarro entre los dientes.

Había revisado la casa y encontrado medio paquete, de los que tenía su madre.

Esas cosas pueden matarte, le había dicho August aquel primer día.

Los labios de Kate formaron una mueca en torno al cigarro. Accionó el

mechero de plata y observó la danza de la llama; luego la apagó y arrojó el cigarro a un lado, sin encenderlo.

Hay muchas otras maneras de morir.

Encendió el televisor y se inquietó al ver su rostro en la pantalla.

«...las horas transcurridas desde la conferencia de prensa de Harker», iba diciendo el periodista, «se produjo un aumento de los disturbios a lo largo del Tajo, y trascendió que hubo enfrentamientos entre las fuerzas de Harker y la FTF. Pasamos ahora a Henry Flynn...».

Apareció la imagen de una conferencia de prensa. En el estrado había un hombre delgado, muy erguido. A su izquierda había una mujer de tez morena, que tenía una mano apoyada en el hombro de él: su esposa, Emily. De otro lado, un integrante de la FTF con un brazo enyesado. La fuerza de tareas tenía miles de integrantes, y Flynn había elegido uno herido. Astuto, pensó Kate a regañadientes; se presenta como la víctima. Aunque, por otra parte, lo era: su hijo estaba desaparecido, acusado de un delito que no había cometido. Por culpa de su padre. Por culpa de ella.

«Mi familia no tuvo *nada* que ver con el ataque a Katherine Harker».

«¿Es verdad que usted puso un espía en el colegio?».

«¿Es verdad que uno de sus Sunai está desaparecido?».

«¿Es verdad que...?».

Kate apagó el televisor, sacó el móvil del bolsillo, y estaba escribiendo un mensaje para su padre cuando un sonido interrumpió sus pensamientos.

Neumáticos. Sobre grava.

Levantó la cabeza al instante. No lo había oído antes por el televisor y por la lluvia de la ducha, y cuando se levantó del sofá y miró por la ventana, el coche estaba deteniéndose frente a la casa. Del lado del conductor bajó un hombre, joven y delgado, con gorra de la FTF. ¿Un integrante de la fuerza de

tareas de Flynn? Kate cogió la pistola que tenía contra la espalda y le quitó el seguro mientras el hombre subía los escalones y llamaba a la puerta.

Se le aceleró el corazón al ver el picaporte. No había cerrado con llave.

—¿August Flynn? —llamó el hombre, y luego—: ¿Estás ahí adentro?

Kate contuvo el aliento.

¿Qué hacía ese hombre allí?

Vaciló. Tal vez no había peligro. Tal vez no venía a hacerles daño. Tal vez podía ir con August a Ciudad Sur...

El hombre golpeó otra vez, y Kate empezó a cruzar la sala, sin saber bien si se dirigía a la puerta o al pasillo. Tal vez... pero ¿cómo los había encontrado?

Los golpes cesaron.

—¿Katherine Harker? —llamó la voz.

A Kate se le oprimió el pecho.

—Sé que está ahí adentro.

Kate clavó los ojos en la puerta, y por eso no vio la mesita, la misma en la que *siempre* chocaba con su rodilla. Tropezó con la pata de madera, y el portarretrato que estaba sobre la mesita se cayó con un fuerte golpe.

El picaporte empezó a moverse, y Kate corrió hacia el pasillo. Estaba a mitad de camino cuando se abrió la puerta.



August oyó algo más allá del sonido de la ducha.

Un golpeteo fuerte. Pensó que podía ser una de las canciones de Kate, pero no tenía letra: solo se repetía aquel *bum. Bum. Bum.*

August se incorporó lentamente. Le dolía respirar, le dolía moverse, pero

aún estaba allí, aún era él.

Se levantó, con los pantalones adheridos al cuerpo por el agua, y se tambaleó; luego se apoyó contra la pared de azulejos para sostenerse mientras cerraba la ducha y se esforzaba por oír algo más que los disparos en su cabeza. Pero más allá de aquel intenso staccato, oyó su nombre; luego otra vez el sonido, y se dio cuenta de que tenía la cadencia firme de un puño contra la madera.

Bum. Bum. Bum.

Salió de la bañera. Sentía que su cuerpo estaba hecho de cristal: un paso en falso y se haría pedazos. Se sostuvo del borde un momento.

—¿Kate? —llamó.

Y entonces oyó el estrépito.



La puerta se abrió súbitamente mientras Kate cruzaba frente a la puerta. El hombre la atrapó por la cintura, y los dos cayeron, forcejeando. El recién llegado cayó sobre ella con todo su peso y le agarró las muñecas por encima de la cabeza, pero Kate logró darle un rodillazo en el estómago, y luego una patada que lo envió contra la pared. Enseguida giró sobre sí misma, se levantó y lo apuntó con el arma.

—No se mueva —gruñó, con el corazón acelerado pero las manos firmes.

Al hombre se le había caído la gorra y tenía el pelo sobre los ojos, pero alcanzó a verle la *H* arruinada en la mejilla. Conque no era de la FTF. Era uno de los de Sloan.

—Levante las manos.

—Señorita Harker —dijo el hombre despacio, con una mano a medio levantar y la otra detrás de la espalda—. No he venido a matarla.

Kate ladeó la pistola.

—Manos. Arriba.

—Esto no es necesario —dijo el hombre, pero sus ojos eran fríos, calculadores—. Me envió su padre.

Los ojos de Kate pasaron de la gorra caída a la cicatriz que el hombre tenía en la frente.

—Mentira.

—Era solo un disfraz —insistió él con serenidad—. Por si el monstruo abría la puerta. —Una sonrisa casi arrogante—. ¿Cómo, si no, habría sabido dónde encontrarla, señorita Harker?

—¿Por qué lo ha enviado?

—Estaba preocupado.

—¿Y esa cicatriz?

El hombre ladeó la cabeza, y al caerle el pelo hacia un lado, quedó visible la marca.

—Eres rápida, ¿eh? Ahora baja esa arma y...

—Muéstreme la otra mano.

Lentamente, sin alterarse, el hombre sacó la mano, que tenía un móvil.

—¿Ves? —dijo.

—Póngalo en...

Más neumáticos sobre la grava. Kate apartó la mirada un instante, pero eso bastó. El hombre se lanzó a quitarle la pistola; ella se volvió nuevamente hacia él cuando los dedos de él rozaban el cañón, y disparó.

El disparo le levantó los brazos y resonó en la habitación, con lo que el sonido en su oído sano se convirtió en estática. No fue un disparo limpio; la

bala perforó el cuello del hombre y se incrustó en la pared detrás de él. El móvil cayó al suelo y se deslizó mientras él se aferraba la garganta, pero la sangre ya se le escurría entre los dedos y le caía sobre el pecho, y goteaba en el suelo de madera.

Roja.

No era la sangre negra de los monstruos, sino la que tenía el color rojo vívido de la vida humana.

Los labios del hombre se movieron, pero Kate no lo oyó, y cuando pudo volver a oír, fue demasiado tarde. El hombre dio un paso tambaleante hacia atrás, contra la pared, la vida se apagó en sus ojos y cayó; era un cadáver antes de llegar al suelo.

Kate no podía apartar los ojos del charco de sangre que iba extendiéndose.

Debería haber sido como matar a un monstruo.

Pero no lo era.

La recorrió un escalofrío; luego oyó una respiración entrecortada, y al levantar la vista vio a August de pie en el pasillo, empapado y doblado de dolor.

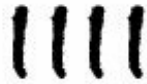
No, de dolor no.

De *hambre*.

—Kate —exclamó, jadeante.

Cuando alzó la cabeza, sus ojos ya no brillaban: estaban oscuros y dilatados.

—¿Qué has hecho?



El campo visual de August se cerró como un túnel.

En la habitación, las sombras se curvaban, se despegaban de las paredes y del suelo y se enredaban en torno a Kate. Su propia sombra se retorció alrededor de ella mientras avanzaba hacia él.

—Yo no... él me atacó... pensé que...

Intentó cogerlo del brazo, con el alma palpitando como una luz roja bajo la piel, y August se echó atrás, tambaleándose. Apártate, apártate, apártate.

Intentó formar las palabras pero se le atascaron en la garganta.

Tenía la sensación de que la gravedad estaba invirtiéndose, de que en cualquier momento la pared que estaba detrás de Kate pasaría a ser el suelo y él caería contra ella. Pero Kate se quedó allí, esperando, y lo único que August tenía que hacer era extender la mano y tocarla, clavarle las uñas en el hombro herido y hacer salir su alma a la superficie; entonces el dolor cesaría, y todo terminaría, y...

—Corre —le pidió; la piel le quemaba y sus huesos vibraban.

—August, yo...

—*Corre.*

Esta vez le hizo caso. Retrocedió hacia la puerta y salió corriendo hacia el crepúsculo, justo en el momento en que se detenía un segundo coche. Kate paró en seco en el camino de grava; un sedán negro le bloqueaba el paso.

De un lado bajó un Malchai al que no conocía.

Y del otro bajó Sloan.

Su mirada la recorrió y su boca formó una sonrisa.

—Hola, Kate.

El coche estrellado. Aquel rictus de sonrisa. Aquellos ojos rojos.

Kate alzó la pistola.

—¿Qué hace aquí?

Sloan abrió los brazos, delgados como alambres.

—He venido a llevarte a casa.

—No lo ha enviado mi padre.

—Sí lo hizo, Kate. A pesar de todas las cosas malas que has estado susurrándole al oído.

Los dedos de Kate apretaron el arma.

—No pienso ir a ninguna parte con *usted*. Envió esos monstruos a matarme, ¿verdad?

Sloan la miró, pensativo.

—¿Y?

—Dijo que no lo había hecho...

Sloan esbozó una sonrisa perversa.

—*Yo nunca dije eso.*

Habían sido las palabras de su padre. *Lo interrogué yo mismo. Los dos*

sabemos que no puede mentir.

La verdad golpeó a Kate como un puño. Sloan no podía mentir, pero Harker, sí.

—Oslo —dijo Sloan, dirigiéndose al otro monstruo—. Ve por el Sunai. Yo me encargo de esto.

El Malchai empezó a caminar hacia la casa; Kate levantó el arma y disparó. La bala con punta de plata se hundió en el hombro del monstruo, que gruñó mientras la camisa se le manchaba de sangre negra. Kate apuntó a Sloan, pero este llegó antes; sus dedos fríos le aferraron la muñeca como una prensa y la obligaron a levantar el arma.

—¿Otra vez este juegucito? —dijo secamente—. ¿De verdad creíste que podías poner a mi amo en mi contra?

Hubo un dejo de desdén cuando pronunció la palabra *amo*. La atrajo hacia él, y la mano libre de Kate buscó el mechero en el bolsillo justo antes de que los dedos de Sloan se cerraran sobre su garganta.

En el instante en que lo hicieron, Kate le clavó la navaja en la muñeca. Sloan se echó atrás al sentir la plata. Kate le arrancó la hoja e intentó cortarle la garganta, pero el Malchai fue más rápido, y antes de que pudiera volver a intentarlo, Sloan le dio un puñetazo en la mandíbula. Kate cayó, y escupió sangre sobre la grava.

El mechero cayó fuera de su alcance, y unos dedos fríos se cerraron sobre su hombro herido. Sloan la obligó a tumbarse de espaldas y la cogió por la garganta con ambas manos.

—Nuestra pequeña Katherine, cómo has crecido.

Kate le clavó las uñas en la muñeca, pero era como resistirse a una piedra.

—¿Crees que mereces una oportunidad para gobernar la ciudad? No te pertenece, y tampoco a Callum Harker... ya no. Dentro de poco, los monstruos

se rebelarán, y cuando lo hagan... —Sloan se inclinó hacia ella— la ciudad será *mía*.

El Malchai se arrodilló sobre las costillas lastimadas de Kate y ella intentó gritar, pero no tenía aire. Sus pulmones gritaban.

—Arruinaste todo —prosiguió Sloan—. Ni siquiera eres capaz de morir cuando debes. Hasta *tu madre* pudo hacer eso.

Kate dio patadas y se retorció, tratando de apoyarse, de levantar una pierna, pero se le nubló la vista.

—Debería matarte ahora —dijo Sloan, con ganas de hacerlo—. Sería un acto de bondad. Pero...

Le estrelló la cabeza contra el suelo, y todo se puso oscuro.



August entró al baño, tambaleándose. Cayó de rodillas sobre las baldosas, colocó el estuche del violín en el suelo frente a él e intentó abrirlo, mientras en la puerta aparecía una sombra y sus ojos rojos se reflejaban en el espejo.

August no fue suficientemente rápido. Sus dedos apenas alcanzaron a rozar las cuerdas del violín antes de que una bota diera de lleno contra sus costillas y lo lanzara contra el pie del lavabo.

La porcelana se quebró contra su espalda y lo dejó sin aliento.

—Bueno, bueno —se oyó la voz áspera y húmeda del Malchai—, ya no das tanto miedo, ¿verdad?

August se incorporó en cuatro patas con dificultad y volvió a acercarse al estuche, pero la bota de la criatura le aplastó la muñeca contra el suelo. Lo inundó el dolor, demasiado brillante, demasiado humano. Unas uñas afiladas

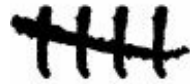
lo levantaron, y enseguida August salió despedido hacia atrás y golpeó la pared con tanta fuerza que los azulejos se partieron, y los trozos se desprendieron alrededor de él cuando cayó.

August sintió el sabor de la sangre, y se incorporó con dificultad al tiempo que la mano del Malchai aferraba el diapasón del violín.

No.

—*Sunai, Sunai, ojos de carbón*—cantó el monstruo, mientras pasaba una uña por la cuerda—. *El alma te roban con una canción.*

August se lanzó hacia adelante, pero en el mismo momento Sloan levantó el violín y lo estrelló contra la cabeza del Sunai. Este intentó levantar las manos para parar el golpe, o al menos salvar el instrumento, pero llegó demasiado tarde y el violín se partió contra su cráneo. El universo se redujo a madera astillada, cuerdas rotas y silencio.



El mundo empezó a regresar por partes.

Cemento bajo sus pies.

Hierro en torno a sus muñecas.

Un círculo de luz que fluctuaba.

Un *tac tac tac* metálico.

El eco de los lugares grandes y vacíos.

El mundo empezó a regresar por partes, y August, también. Por un momento, lo aterró pensar que se había perdido, pero el dolor que sentía en la cabeza, en sus muñecas, y el calor abrasador en la piel le indicaron que no había pasado a la oscuridad. Aún no.

Estaba arrodillado en el suelo en un depósito, rodeado de cristal, polvo y una única luz brillante, de contornos tan definidos que el espacio que estaba más allá parecía una pared negra. Le habían atado los brazos por encima de la cabeza. Le dolían intensamente las muñecas, y August sintió que las cadenas

de metal se le clavaban en la base de las manos y le raspaban la piel de un modo que no debería ser posible.

¿Dónde estaba?

¿Y Kate?

El golpeteo siguió llegando desde algún lugar más allá del área iluminada, y cuando August entornó los ojos para intentar ver mejor, lo primero que vio no fue un brillo de metal ni una piel borrosa sino el rojo encendido de los ojos del Malchai.

August hizo un esfuerzo por colocar los pies debajo de sí, mientras la criatura de traje negro avanzaba con una larga barra de metal en una mano, de borde afilado, irregular, como si la hubieran arrancado de una máquina de gran tamaño. Iba arrastrando el extremo roto con un chirrido, y August hizo una mueca como si el sonido fuera un cuchillo que le atravesara la cabeza.

Había algo extraño en aquel monstruo. Era todo huesos, desde luego, pero las líneas de su rostro, el ancho de sus hombros, su porte, eran casi humanos.

Casi.

August logró apoyarse en un pie, pero en ese momento se oyó un zumbido electrónico, las cadenas se tensaron y tiraron de él hasta ponerlo de pie y quedar apoyado apenas de puntillas. Buscó dónde apoyarse; sentía que los hombros se le iban a salir de su lugar. ¿Desde cuándo percibía los esfuerzos sutiles de músculos y huesos? Todo su cuerpo le parecía frágil, rompible, y alguna parte lejana de su mente se preguntaba si era así realmente lo que se sentía ser humano.

—August Flynn —dijo el Malchai, como saboreando el nombre—. Me llamo Sloan.

Por supuesto. La mascota de Harker.

—¿Sabes una cosa? —prosiguió Sloan, examinándose los dedos, que se

afinaban en forma de puntas—. No te veo muy bien.

Se inclinó hacia él.

—¿Cuánto hace que no comes?

August intentó decir algo y se dio cuenta de que no podía. Tenía los dientes apretados y la boca sellada con cinta adhesiva.

—Ah, sí, eso —dijo el Malchai—. Conozco el poder de la voz de un Sunai. Especialmente si se transforma. Leo y yo nos conocemos.

Hizo una pausa pensativa.

—¿Sabes qué?, con tus hermanos estoy aprendiendo mucho acerca de tu especie. Pero no quiero adelantarme.

Un segundo par de ojos rojos flotaba en la oscuridad detrás de él, pero la atención de Sloan estaba puesta en la barra de metal que tenía en la mano. La apoyó contra las costillas de August, donde manaba una línea negra de la herida de bala del parador de camiones.

—Estás sangrando —observó, en un tono que era una pantomima de preocupación—. ¿No es raro?

Apartó la barra.

—Dicen que los Sunai son invencibles, pero ambos sabemos que eso no es verdad.

Sloan levantó la barra y le dio un golpe con ella en las costillas. El dolor fue lacerante; August sintió que los huesos amenazaban con romperse, y su conciencia se fracturó con el golpe. De la mordaza escapó un gemido. Sentía como si la cinta estuviera derritiéndose, fundiéndose con su piel, y las emanaciones le enturbiaban los sentidos mientras luchaba por respirar. La cabeza le daba vueltas.

—No, cuanta más hambre tienes, más cerca estás de ser humano. Pero estar cerca no basta.

El borde irregular de la barra se apoyó bajo su mentón y lo obligó a levantar la cabeza.

—Puedes sufrir dolor, incluso puedes sangrar, pero no vas a *morir*.

La barra golpeó la clavícula de August, y en su pecho estalló el dolor. Contuvo un sollozo.

—Estarás preguntándote —prosiguió Sloan, agarrando la barra con ambas manos— qué es lo que quiero de ti en este momento, August.

August lo miró, furioso, tratando de calmar su respiración.

—En realidad, es muy sencillo. —Los ojos rojos de Sloan fluctuaban como llamas en su cráneo—. Quiero que pases a la oscuridad.

El otro Malchai, que se había acercado un poco más al área iluminada, miró a Sloan con nerviosismo, pero August se sentía enfermo.

La sonrisa de Sloan se hizo más amplia.

—Creo que sabes por qué.

August empezó a menear la cabeza, y la barra lo golpeó en las costillas. Una explosión de dolor, y August agachó la cabeza, tratando de mantenerse centrado y no dejarse arrastrar. Las uñas de Sloan se le clavaron en la mandíbula cuando este lo obligó a alzar la cabeza.

—*Piensa* —dijo Sloan, y le dio unos golpecitos en la frente con una uña puntiaguda, que luego bajó por la ceja izquierda.

La línea de la cicatriz de Leo. August nunca lo había entendido, porque los Sunai no tenían cicatrices. No las tenían cuando estaban en carne y hueso. Lo cual significaba que Leo no lo había estado cuando le habían hecho la suya.

—Yo creo —dijo Sloan con su voz húmeda— que la forma más poderosa de un Sunai también es la más vulnerable. Creo que si pasas a la oscuridad, podré clavarte esta barra justo en el corazón.

Entonces Sloan se acercó, tanto que August percibió la fría podredumbre del

alma del monstruo contra su piel febril.

—De hecho —susurró—, lo sé, porque anoche puse a prueba mi teoría. Con Ilsa.

El corazón de August se aceleró.

La bilis le subió por la garganta.

No.

La oscuridad iba en aumento y amenazaba con aflorar, y el Malchai tarareó con regocijo.

—Tantas estrellas —dijo el monstruo.

No te preocupes, hermanito.

—Las vi apagarse a todas.

No me asusta la oscuridad.

—Justo antes de degollarla.



Cuando Kate abrió los ojos, el mundo aún estaba oscuro.

No, no solo oscuro.

Negro.

La densa negrura de los espacios interiores donde no llega la luz del exterior.

Sentía un dolor punzante en la cabeza y tenía la garganta irritada desde que los dedos de Sloan se la habían apretado. Inhaló con dificultad y percibió la humedad de los lugares abandonados que quedan expuestos a la intemperie, olor a metal, tierra y piedra.

La recorrió un escalofrío, y tomó conciencia de que se encontraba sentada

en el suelo, recostada contra una pared, ambos de cemento, y el frío se filtraba a su espalda y sus piernas. Sintió la presión del metal en las muñecas, y cuando intentó apartarse de la pared, oyó el tintineo del acero contra el acero. Tenía las manos esposadas a algo que estaba a su derecha. Giró hasta quedar de frente a ello, levantó las manos y exploró con los dedos, hasta que encontró una barra plana de metal, como una parte de un andamio. Kate tiró con todas sus fuerzas, pero no cedió.

Se aferró al metal y se puso de pie, lentamente, por si el techo era bajo. A casi un metro de altura, las esposas se trabaron con un travesaño y esto la obligó a parar, de modo que volvió a arrodillarse y siguió la línea vertical de la barra hasta el suelo de cemento, donde estaba atornillada a una especie de placa metálica. Con eso, no podía ir a ninguna parte. Giró la cabeza, intentando oír algo, lo que fuera, más allá de las pulsaciones de su oído sano. Al principio, no oyó nada, pero luego, apagada por el cemento, el metal y lo que fuera que se interpusiera entre ella y el mundo exterior, oyó una voz.

Dulce y suave, al borde de la risa.

Sloan.

Kate apretó los dientes, indecisa entre gritar su nombre hasta que se presentara y guardar silencio hasta encontrar una manera de *matarlo*. Mientras aguzaba el oído, le llegaron más sonidos, amortiguados por las paredes: un roce de metal, un grito ahogado de dolor, y se le revolvió el estómago.

August.

August, temblando en el pasillo, con los ojos dilatados de miedo y hambre.

Ve por el Sunai.

Kate inhaló y se obligó a concentrarse. Tenía que salir de allí. Ya no tenía el mechero: lo había perdido en la pelea, lo cual significaba que estaba desarmada y no tenía manera de ver lo que hacía. No tenía nada para forzar las

cerraduras de las esposas, y...

Otro grito ahogado detrás de las paredes.

Kate se espantó, e intentó contener un estremecimiento de miedo. En alguna parte, otra Kate podía estar aterrada, pero *ella* no tenía tiempo, de modo que se contuvo y tanteó el suelo hasta llegar al punto donde la barra estaba atornillada al suelo. Tocó cuatro tornillos, todos medio oxidados. El armazón era sólido, pero si lograba desprender la base, quizá podría torcerlo y pasar las esposas por debajo. Más tarde se preocuparía por quitárselas. Estar esposada no era tan malo como estar esposada *a algo*. Inhaló profundamente y exhaló, y contuvo el aliento al oír otro sollozo.

Intentó girar un tornillo con la mano, pero no se movió. Probó hacer palanca hasta que le dolieron los dedos; retorció hasta que se le rompieron las uñas.

Nada.

Cerró los ojos e intentó pensar, y sus dedos se acercaron a la medalla que descansaba sobre su esternón. Abrió los ojos al instante. Presionó su cuerpo contra la barra hasta que pudo alcanzar la cadena de la medalla y retirarla fuera del jersey. No fue una postura muy elegante, pero pronto pudo quitarse la medalla por encima de la cabeza. Insertó el canto de la medalla en la ranura del tornillo, rogando que fuera del tamaño indicado. Lo era. Empujó con la medalla para girarlo, con todas sus fuerzas. Dos veces se le resbalaron los dedos y se raspó los nudillos.

Pero luego, por fin, el primer tornillo empezó a girar.

Y tras un largo rato y varias palabrotas, se soltó.

Uno menos, pensó. Quedan tres.

Del otro lado de la puerta, la voz de Sloan se elevaba y descendía.

Insertó el disco de plata en el siguiente tornillo.

Hubo un golpe horrible, como de metal contra carne, barra contra *hueso*.

Kate torció, resbaló, volvió a torcer.

Un sollozo ahogado.

—Resiste, August —rogó, cuando el segundo tornillo cedió—. Resiste.



Una gota de sangre cayó sobre el cemento, viscosa y negra.

—Hay una sola manera de que esto termine —dijo Sloan, mientras pasaba una uña por el borde irregular de la barra.

August intentó llevar aire a sus pulmones. El Malchai lo había golpeado en la cara; le sangraba la nariz y la sangre caía sobre la cinta que le tapaba la boca. Estaba ahogándose, con sangre, con terror, y cada vez que se le nublaba la vista, pensaba en Ilsa.

Ilsa, de pie junto a la ventana, rajando el cristal con los dedos.

Tantas estrellas.

El reflejo de Ilsa en el espejo, con el mentón apoyado en el hombro de él.

Las vi apagarse a todas.

Ilsa, tendida en el suelo de la celda del traidor, arrullándolo.

Justo antes de degollarla.

Le dolían los pulmones. Se le nubló la vista.

Resiste, rogó a su cuerpo.

Entonces hubo un zumbido eléctrico en el aire, y lo que fuera que estaba sosteniendo a August desapareció. Las cadenas se aflojaron y él se desplomó; golpeó el suelo con fuerza, con las muñecas en carne viva y envuelto en cadenas.

—Sloan —advirtió el otro Malchai.

August intentó ponerse de pie pero no pudo. El depósito se deformó y se volvió borroso hasta que se convirtió en un dormitorio, un callejón, un colegio. Alguien decía un nombre, su nombre, y entonces se encontró en el bosque, rozando los árboles con los dedos, y oyó música, alguien que tarareaba, y Kate miró atrás con el ceño fruncido y entonces...

El dolor estalló en su costado, y August se encogió. Intentó tenderse de espaldas, pero el cemento estaba frío y empezaba a cubrirlo como agua y estaba en la bañera con los dedos en el borde y los de Kate sobre los suyos mientras el agua caía como lluvia y él estaba ardiendo ardiendo ardiendo desde adentro y la oscuridad esperando esperando esperando justo más allá de la luz.

Sloan estaba sobre él como una torre, todo sombra salvo aquellos ojos de un rojo brillante. Levantó la barra para golpearlo, pero cuando empezó a bajarla, las manos de August se levantaron y atraparon el metal.

La oscuridad le envolvió los dedos como vapor.

—Suéltala, August —dijo Sloan, mientras empujaba la barra con todo su peso. El frío se extendió por el metal, y se topó con el calor de las manos de August. Este aferró la barra con más fuerza, los ojos fijos en los dedos, deseando tener suficiente control para pasar de una forma a otra como su hermano.

Leo podía convertir una parte de su cuerpo sin perder el todo.

Porque no le quedaba ningún todo.

Nada humano.

Nada real.

En alguna parte, más allá del área iluminada, hubo un roce de metal contra cemento. August entornó los ojos y vio que, al fin y al cabo, la oscuridad no era sólida. En las sombras se distinguían objetos gigantescos, y había un pasillo que se abría en la dirección desde la que había proveniendo el sonido, y al final había un par de puertas que daban a la oscuridad más pálida de la noche.

—Oslo —dijo Sloan, aún apoyado en la barra alzada—. Ve a ver a Kate.

El pulso de August palpitaba a más no poder en su pecho quebrado. *Corre*, deseó decirle, incluso en ese momento.

El otro Malchai se dio la vuelta para salir.

—Y *no* la mates —añadió Sloan.

—No te preocupes —respondió el monstruo, con una sonrisa burlona—. Te dejaré un poco...

—Me la dejarás *toda* —le advirtió Sloan, fríamente, con los labios muertos apretados sobre los dientes.

El calor recrudesció en la piel de August.

—Puedes ponerle fin a esto —le dijo el monstruo, volviendo a centrar su atención en la barra. Y August sabía que podía hacerlo, pero también sabía que, apenas lo hiciera, el Malchai le clavaría el metal en el pecho, y desgarraría lo que había sido carne, lo que sería humo y sombra, y se hundiría en su corazón febril.

Y él desaparecería.

Aquello de lo que él estaba hecho, fuera lo que fuese —polvo de estrellas, cenizas, vida o muerte— dejaría de existir.

No con un estallido, sino con un gemido.
Había llegado con disparos y se iría con humo.
Y August no estaba listo para morir.
Aunque sobrevivir no fuera sencillo, ni fácil, ni justo.
Aunque nunca pudiera ser humano.
Quería tener la oportunidad de no ser insignificante.
Quería *vivir*.



Cuando Kate llegó a aflojar el último tornillo, le temblaban las manos y tenía el rostro bañado en sudor.

Arrancó el tornillo, aferró el armazón de metal y *tiró*.

No se movió. Maldijo y forcejeó con todo su peso, pero la barra seguía atascada. Exhausta, Kate apoyó la cabeza contra el metal, y sintió que se deslizaba un poquito de la base. Contuvo el aliento, sorprendida, y luego, con alivio, aferró el metal y *empujó*. La barra se movió, y al hacerlo raspó el cemento con un fuerte chirrido. Kate hizo una mueca: hasta ahí había llegado el sigilo. Logró torcer la barra lo suficiente para pasar las esposas por debajo, y se puso de pie rápidamente.

Oyó pasos en el pasillo, y contuvo el aliento, con la espalda contra la pared junto a la puerta, deseando tener un arma. Algo. Lo que fuera. Pero no iba a caer otra vez, no sin pelear.

Se abrió la puerta metálica y la luz proyectó una sombra esquelética en el recinto.

La luz iluminó también la barra deformada, los tornillos, el lugar donde Kate

debía estar.

El monstruo siseó y empezó a avanzar, pero algo lo hizo dirigirse de nuevo hacia el pasillo.

Hubo una exclamación ahogada, el sonido a mojado de una herida, y luego nada. Kate contuvo el aliento mientras una segunda sombra pasaba frente a la puerta y luego desaparecía.

A lo lejos, se oyó la voz de Sloan, con una dulzura repugnante.

Kate contó hasta diez; luego se apartó de la pared y fue a buscarlo.



August estaba cayendo; los contornos se le desdibujaban y formaban sombras. Estaba tendido de costado, con la cara contra el suelo, intentando oír los latidos del mundo.

No los oyó.

Pero sí oyó pasos. Tenués, firmes.

Y entonces una sombra se movió más allá del círculo de luz. August entornó los ojos.

No era el Malchai.

No era Kate.

Se movía demasiado lentamente y sus pasos eran demasiado iguales.

La sombra cobró forma desde la oscuridad y se convirtió en un hombre, alto, apuesto, rubio y con ojos opacos y negros como la noche.

Leo.

Sus ojos encontraron los de August, y de sus dedos caía sangre negra cuando se los llevó a los labios para indicarle que guardara silencio. Tenía una

expresión serena, como evaluando la situación mientras avanzaba silenciosamente hacia la zona iluminada.

August tosió e intentó incorporarse en cuatro patas mientras Sloan se erguía a su lado, con sus ojos rojos fijos en él, esperando.

Mírame, pensó August con cansancio. *Mírame*.

Leo entró en total silencio al área iluminada, mientras debajo de August la oscuridad se iba acumulando como humo.

Una sonrisa se extendió en el rostro de Sloan.

—Se acabó, pequeño monstruo —dijo, y levantó la barra de metal.

August se preparó para recibir el golpe, pero antes de que Sloan pudiera lanzarlo, la barra desapareció. En un instante estaba en la mano de Sloan, y al siguiente, en la de Leo; y luego, con un solo movimiento fluido, su hermano clavó el metal en la espalda del Malchai. Sloan lanzó un grito estrangulado y trastabilló, y sus uñas arañaron el borde irregular de la barra, que sobresalía del cuello de su camisa, que se iba manchando de sangre negra. Se volvió hacia Leo, pero perdió el equilibrio, se tambaleó y cayó sobre una rodilla.

—La muerte de mi hermano —dijo Leo, mientras Sloan se doblaba y vomitaba sangre —no era parte del trato.

Los labios de Sloan se estiraron hacia atrás y sus dientes quedaron al descubierto mientras intentaba formar palabras, pero no lo logró. Entonces su cuerpo se estremeció y sus huesos se crisparon hasta que por fin se desplomó sobre el cemento.

August apoyó la frente en el suelo. La sombra de Leo cayó sobre él. August giró para quedar tendido de espaldas, levantó la vista y miró a su hermano a los ojos. Por un momento, no sintió otra cosa que alivio. Y luego, por alguna razón, un asomo de miedo. En los ojos negros de Leo no había conmoción, ni venganza. Había decepción.

—Hola, hermanito.

Leo se arrodilló y arrancó la cinta adhesiva de la boca de su hermano. August ahogó una exclamación y se atragantó con el aire frío de la noche. Tosió y escupió sangre negra en el suelo. Intentó hablar, pero las palabras salieron sin sonido.

Leo ladeó la cabeza.

—¿Qué has dicho?

August hizo otro intento.

—He preguntado... —logró decir entre inhalaciones entrecortadas— ¿qué trato?

Leo lo miró con lástima. Como si fuera una obviedad.

Un trato con Sloan. Un trato entre dos monstruos que querían desatar una guerra.

—¿Qué has hecho?

Leo aferró la cadena que ataba las muñecas de August y lo levantó hasta ponerlo de pie.

—Lo que había que hacer.

August estaba mareado.

—Tú... les hablaste de mí... me enviaste a ese colegio y después le dijiste a Sloan que yo estaba allí.

Leo no lo negó.

—¿Henry lo sabe?

—Henry Flynn está cansado y débil —respondió Leo—. Ya no está capacitado para liderarnos.

—Pero Ilsa...

—Nuestra *hermana* no debería haber intervenido. —Meneó la cabeza—. Haberla perdido perjudica nuestra misión, pero tengo esperanzas para *ti*.

August empezó a menear la cabeza y no podía parar.

—Traicionaste a nuestra familia.

—Perdieron de vista nuestra causa —replicó Leo, aferrando con más fuerza las cadenas—. La ciudad nos necesita, August. No solo el sur o el norte. *Toda* la ciudad. El veneno se propaga. La violencia se propaga. *Todo se propaga*. No podemos escondernos detrás de estas treguas y Tajos, y esperar. Somos Sunai. Fuimos hechos para depurar el mundo, no para escondernos y dejar que se pudra. Tenemos un propósito, August. Es hora de que asumas tu papel.

—Henry nunca te lo perdonará.

—No necesito su perdón. Es *humano*. —Leo parecía asqueado—. Es incapaz de ver más allá de su propio miedo. De su propio deseo de sobrevivir.

—Solo eres un monstruo más.

August intentó soltarse, de apartarse, pero Leo no lo permitió.

—Soy Sunai —replicó—. Soy fuego sagrado. Y si tengo que incendiar el mundo para depurarlo, juro que lo haré.

Cogió con su mano el rostro de August, un gesto que habría podido ser amable pero no lo fue. El pulgar bajo la mandíbula lo obligó a mirarlo; sus ojos negros estaban opacos e infinitos.

—¿Dónde está ella, hermanito?

Kate.

August vio la verdad en los ojos de su hermano. Leo pensaba terminar lo que había comenzado. Iba a matarla. Pero August no podía responder lo que no sabía. Meneó la cabeza.

Leo se puso furioso.

—Proteges a una *pecadora*.

—Para proteger a nuestra familia. A nuestra ciudad. Si la matas, vas a desatar una guerra.

Una sonrisa leve, sombría.

—La guerra ya está empezando. Y no voy a matarla, hermanito. Lo harás tú.



Lo primero que vio Kate fue el cadáver.

El segundo Malchai estaba caído frente a la puerta abierta, ensangrentado; le habían abierto el pecho y destruido el escudo de sus costillas. Kate se agachó y recogió una astilla de hueso; estaba mojada pero tenía filo. No era un cuchillo, pero tendría que servir.

Se enderezó y miró alrededor. En una dirección, más allá de las puertas abiertas del depósito, esperaba la noche: un espacio de tierra vacío que daba al campo. En la otra dirección, de rodillas en medio de un círculo iluminado, estaba August. August, golpeado y ensangrentado, emanando humo como un fuego que se apaga. Había alguien de pie junto a él, y al principio Kate pensó que debía ser Sloan, pero al acercarse un poco más, vio el cadáver del Malchai en el suelo. Entonces tomó conciencia de la estatura de aquella nueva figura, del ancho de sus hombros, el brillo de la luz en su pelo rubio, y se dio cuenta de que era *Leo*.

Sintió un inmenso alivio al ver a August vivo y a Sloan, muerto, pero entonces Leo tiró de su hermano hasta ponerlo de pie, y Kate vio el dolor en el rostro bañado en sangre; oyó el dolor en la voz rota mientras rogaba a su hermano y trataba de apartarse.

Kate dio un paso atrás, y probablemente fue por la superficie ensangrentada del hueso que tenía en la mano, o porque ella se movió contra un fondo inmóvil, pero los ojos de August se encontraron con los suyos en la oscuridad, y aun desde lejos ella pudo verlos dilatarse, no con alivio, sino con *miedo*.

Un instante después, Leo también giró la cabeza y sus ojos negros se entornaron.

No había bondad en aquella mirada. Ni piedad.

Kate retrocedió y casi se cayó sobre el cuerpo del otro Malchai, mientras Leo soltaba a August y sacaba algo de su abrigo. Al principio, ella pensó que era una pistola, porque vio un brillo metálico bajo la luz, pero luego vio lo que era.

Era un instrumento. Una flauta, no más grande que sus manos.

Se la llevó a los labios, y Kate inhaló profundamente, esperando la música, hasta que comprendió que estaba destinada a ella.

—¡Corre! —le gritó August, y se lanzó contra su hermano.

Los dos cayeron sobre el cemento, mientras Kate daba media vuelta y echaba a correr hacia la noche.



August no era rival para Leo. Era demasiado joven y estaba demasiado hambriento, esposado y maltrecho, y el mayor de los dos Sunai lo arrojó a un

lado y salió del círculo de luz hacia el pasillo. August se puso de pie con dificultad y se lanzó tras su hermano con sus últimas fuerzas.

—¡Detente! —gritó, mientras Leo salía del depósito. August intentó seguirlo, pero al llegar a las puertas, una de sus rodillas cedió. Volvió a levantarse lentamente, pero cayó una vez más, al tiempo que Leo se llevaba la flauta a los labios y tocaba la primera nota.

Un sonido suave y dulce que silbó en el aire como el viento.

—¡No! —gritó August, intentando romper la melodía, pero fue inútil.

Kate iba corriendo, cubriéndose los oídos con las manos, pero apenas empezó la música, sus pasos vacilaron, se hicieron más lentos y por fin se detuvieron. Sus manos se apartaron de su cabeza y bajaron tranquilamente a los costados.

—No.

Una vez más, August intentó levantarse, pero no pudo. Se quedó de rodillas, observando cómo el resplandor rojo afloraba a la piel de Kate, que se volvió hacia ellos; la música de Leo soltó las amarras tanto del alma de Kate como de la mente de August al mismo tiempo. Cuando Ilsa tarareaba, había sentido paz. Pero cuando Leo tocaba, sentía que estaba destrozándose, disolviéndose en la oscuridad.

Y así era.

En alguna parte, debajo del calor y del dolor, sintió el ardor de una nueva marca, un nuevo día, cuatrocientos veinticuatro, y nada de eso importaba porque estaba quemándose. Cayendo.

Los labios de Kate se movieron, y a medida que iba acercándose, August pudo oír sus palabras. Su confesión.

—...creí que iba a hacerme daño. No tenía que matarlo, pero me pareció lo más fácil. Podía estar mintiéndome. Ya olvidé cómo es la verdad. Ya no sé en

quién confiar...

—Déjala, Leo —suplicó August—. Por favor.

El Sunai dejó de tocar, y Kate se quedó allí, a pocos pasos, con sus rasgos desdibujados por el resplandor.

—Cógela.

—No.

—Su alma está roja.

—*No*.

—Tú también has pecado, hermanito —dijo Leo—. Pecaste contra tu naturaleza y contra nuestra causa.

Sus palabras se abrieron paso por la fuerza en la mente destrozada de August.

—Tienes mucho potencial. Juntos, haremos grandes cosas. Pero primero debes expiar tus pecados. Ahora ponte de pie.

August se levantó, tembloroso. La oscuridad envolvía su cuerpo y subía desde sus extremidades como vapor. Las marcas de conteo iban borrándose de su piel una por una.

No soy un monstruo.

—Basta, hermanito.

No soy... Se le estrujó el corazón.

—Entrégate.

No s... Se sentía desmoronarse.

—Acepta tu verdadera forma —ordenó Leo, y sus palabras recorrieron a August y arrasaron con las últimas fuerzas que le quedaban.

August sabía que tenía razón, sabía lo que tenía que hacer.

Dejó de resistirse.

Apenas lo hizo, el dolor se disolvió, el fuego se apagó, y él fue hundiéndose

más, más y más en la oscuridad.



Kate estaba sola en la noche, y sentía... nada.

Ni pánico. Ni miedo. Incluso cuando cesó la música, siguió oyéndola en su cabeza, entrelazándose con la luz... la luz roja... ¿Sería que todo el mundo tenía la misma cantidad, como de sangre? Había tanta luz...

Se oyó hablar, pero no podía concentrarse en las palabras, ni en nada que no fuera el hombre que estaba frente a ella, y el chico que estaba detrás de él.

El chico estaba de rodillas en el suelo, con las muñecas atadas, y se lo veía tan lastimado, tan asustado, que ella deseó poder transmitirle la calma que sentía. Ese chico... ¿quién era?... no era un chico, sino un monstruo... no era un monstruo, sino un chico... y entonces la música empezó a apagarse, a retirarse de su mente, y los pensamientos de Kate se unieron en un nombre.

August.

¿Por qué August estaba en el suelo? ¿Y quién era el hombre? Kate intentó despejarse. Todo era muy lejano, pero su mente estaba moviendo y

clasificando, poniendo orden. Era Leo quien estaba delante de ella, y el que estaba detrás de él era August. Pero ya no estaba de rodillas. Estaba poniéndose de pie, y de sus hombros emanaba una oscuridad parecida al vapor.

Y entonces, en un instante, *cambió*.

Su rostro se suavizó, desapareció toda la tensión de su boca y sus ojos, y se desvaneció el peso de sus hombros. Inclino la cabeza hacia adelante, los rizos negros cayeron sobre su rostro y las sombras le cubrieron la piel. Se extendieron desde el pecho, bajaron por las extremidades, recubrieron carne y huesos, y por un momento, August no fue más que una columna de humo. Hasta que el humo se contrajo como una inhalación, empezó a cambiar y a estrecharse, dibujando las líneas de un cuerpo, trazando sus contornos con el resplandor del fuego.

Donde antes había un chico, ahora había un monstruo.

Alto, grácil y aterrador. Las cadenas que tenía en las muñecas se deshicieron y quedaron flotando como cenizas, y cuando alzó la cabeza, sus ojos negros estaban grandes y vacíos, sin luz, sin brillo, opacos como el cielo en una noche sin luna. El humo que subía desde la cabeza de la criatura formaba cuernos, y se hinchaba en su espalda formando alas de las que salían espirales de fuego como papeles encendidos. Y allí, en el centro de su cuerpo, crepitando en la oscuridad como una brasa ardiente, latía su corazón con una luz fogosa e inconstante.

Los ojos de Kate se llenaron de lágrimas mientras observaba a la criatura. No podía apartar la mirada. El fuego ardía y crepitaba en la cavidad de su pecho, y sus contornos —extremidades, alas, cuernos— fluctuaban contra la oscuridad, y era algo que hipnotizaba, como el incendio en la capilla aquella noche. Algo que se hace y luego se deja en libertad. Aquel incendio se había

iniciado al encender una cerilla, y este, este había empezado con un chico.

Leo dio un paso a un lado, y la criatura extendió la cabeza hacia Kate.

—August —dijo ella.

Pero no era él.

No había nada de August en su rostro: solo sombra.

Nada de August en sus ojos: solo brasas y cenizas.

Kate intentó retroceder, pero ante la mirada del monstruo, no pudo. Estaba paralizada, no por miedo sino por otra cosa, algo más profundo. Su cuerpo ya no obedecía, no a ella. La luz roja seguía flotando sobre su piel, y a Kate la maravilló el modo en que toda una vida podía destilarse en algo tan simple. Cómo una muerte podía reducirse a un solo toque.

El Sunai dio un paso hacia ella. No se movía como otros monstruos; no se crispaba ni se estremecía como los Corsai, y no serpenteaba ni atacaba como los Malchai. No, se movía como el humo, avanzando como impulsado por una brisa que ella no percibía. Por una canción que no podía oír.

El monstruo levantó una mano; las puntas de sus dedos estaban en llamas. El calor rozó el aire delante de Kate, y por fin el miedo la alcanzó. Luchó por apartarse, por resistirse a aquella luz roja que envolvía su piel. Le caían lágrimas por las mejillas, pero no cerró los ojos.

—No le temo a la muerte —susurró, mirando a los ojos a la criatura que se acercaba.

No sabía si August seguía allí adentro, si podía oírla, si le importaba siquiera.

—No tengo miedo —dijo, y esperó el toque del Sunai.

Pero nunca llegó.

El Sunai dio otro paso, pero su mano se lanzó hacia Leo y sus dedos de sombra se cerraron en torno a su garganta. Leo se sorprendió, pero no pudo

apartarse. Forcejeó, tratando de quitarse la mano del monstruo, pero era inquebrantable, y su fuerza, absoluta.

—¿Qué estás hacie...? —exclamó Leo, pero entonces la mano de la criatura apretó con más fuerza y ya no pudo hablar. Se le acercó y le susurró algo al oído, y el rostro de Leo pasó de la conmoción a la furia, y luego quedó en blanco. No quieto, ni sereno; solo... vacío.

Algo empezó a aflorar a la superficie de la piel de Leo. No era negro como la vida de los Malchai, ni rojo, como la de los pecadores. Kate no pudo procesar lo que estaba saliendo a la superficie de la piel del Sunai. Era luz y oscuridad, resplandor y sombra, luz de estrellas y medianoche, y algo totalmente distinto. Era una explosión en cámara lenta, tragedia y monstruosidad y decisión, y cubrió la piel de Leo, y se entrelazó con el humo del monstruo, dibujando el contorno de una forma similar a un chico dentro de la sombra, como un relámpago en una tormenta.

Y luego, igual que el relámpago, se apagó.

Las piernas de Leo se aflojaron, y el Sunai cayó con él, con la mano aún apretando la garganta de su hermano. El Sunai se arrodilló junto al cuerpo mientras este se convertía en piedra, luego en ceniza, y por último, en nada. Kate se quedó allí de pie; el resplandor rojo de su alma aún flotaba sobre su piel magullada y ensangrentada, pero su luz empezaba a apagarse a medida que se retiraba hacia la seguridad de su ser.

El Sunai se enderezó, y lo último que quedaba del cuerpo de Leo se desmenuzó en sus manos. Un solo movimiento de alas ardientes y la ceniza se esfumó. El Sunai alzó su cabeza con cuernos y volvió a mirar a Kate.

Se dirigió a ella y cruzó el espacio con dos zancadas elegantes. Levantó la mano. Kate cerró los ojos por fin y sintió el calor de los dedos de la criatura, no en su piel, sino en las esposas que le sujetaban las muñecas. Parpadeó y vio

cómo el metal se ennegrecía y se deshacía al contacto con la criatura.

El Sunai la miró, y su mano quedó en el aire entre ambos; sus contornos fluctuaban como el humo. Y entonces se estremeció. Un solo temblor animal que lo sacudió desde los cuernos hasta las alas y más abajo, le recorrió todo el cuerpo hasta los pies. La oscuridad fue retirándose como una marea, y quedó el pelo negro, la piel suave y los ojos grises.

Allí estaba August, descalzo y sin camisa; su pecho subía y bajaba. Ya no tenía heridas ni magullones. Tampoco las marcas negras que habían marcado días, meses, años en su piel. Y durante un largo segundo, su rostro no expresó nada; sus rasgos estaban demasiado suavizados, y su expresión era tan vacía como la de su hermano. La miró como si no se conocieran. Como si no hubieran escapado juntos, no hubieran peleado juntos, no hubieran estado a punto de *morir* juntos.

Luego se formó un pequeño pliegue entre sus ojos. Un levísimo asomo de ceño fruncido.

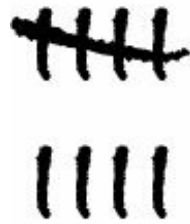
—¿Estás bien? —le preguntó.

Su voz aún sonaba distante, pero había algo en ella. Un vestigio de preocupación. Kate lanzó un suspiro entrecortado. Se miró, miró su jersey desgarrado y sus manos ensangrentadas.

—Estoy viva.

Una sonrisa cansada se encendió por un instante en el rostro de August.

—Bueno —dijo—, es un comienzo.



Nada había cambiado.

Todo había cambiado.

Cruzaron el campo en silencio mientras las primeras luces del día se filtraban en los límites del cielo; Kate, contemplando la casa a lo lejos, y August, a Kate. La sombra de ella danzaba a su espalda, inquieta, queriendo alcanzar el mundo y atizando los sentidos de August como un llamado suave pero persistente.

Quería consolarla. Y no podía. Había una brecha donde antes había otra cosa, una parte de él a la que no podía llegar. August quería creer que era por el cansancio, la pérdida, la confusión. Quería creer que era algo pasajero.

La casa estaba tal como la habían dejado. Los vehículos en la entrada de grava. La puerta del frente abierta. El cadáver en el vestíbulo. Kate recogió su mechero de entre la hierba, rodeó el cuerpo y entró a la cocina. August se dirigió al baño, donde estaba su violín, destrozado en el suelo de baldosas,

con el diapasón roto, las cuerdas cortadas. Se obligó a rodearlo, tal como había hecho Kate con el cadáver.

Recuperó su calzado deportivo y observó cómo sus dedos ataban los cordones. Tenía la piel lisa, sin marcas negras que le subieran por el brazo. Pensativo, se pasó un dedo por la muñeca.

Cuatrocientas veinticuatro marcas habían desaparecido.

Borradas.

Se enderezó, y sus ojos dieron con el espejo. Observó su imagen e intentó recordar la versión de sí mismo de unas horas antes: el chico aferrado al lavabo, desesperado por no perder el control, con ojos desorbitados y febriles, el rostro contorsionado de miedo y dolor, cada sensación intensa, terrible y *real*. Lo intentó, pero el recuerdo parecía más bien un sueño cuyos detalles se iban perdiendo.

—¿August?

Al darse vuelta, vio a Kate en la puerta, observando el violín destrozado.

—No te preocupes —dijo en voz baja—. Es solo madera y cuerdas.

Su intención había sido tranquilizarla, pero su voz le sonó mal. Demasiado pareja. Como la de Leo.

Algo empezó a surgir en él, un asomo de pánico, un eco de miedo; pero luego pasó.

Kate estaba ofreciéndole una camiseta negra. Cuando él extendió la mano para cogerla, sus dedos se rozaron, y August se echó atrás de inmediato, por temor a lastimarla. Pero, desde luego, no sucedió nada. El violín estaba destruido en el suelo de mosaicos, y el alma de Kate estaba a salvo bajo la superficie.

La camiseta olía a lavanda, observó August mientras se la ponía, y sintió la tela suave contra su piel.

—August —dijo Kate, con voz insegura—. ¿Estás... bien?

—Estoy vivo —respondió él, como un eco de la respuesta que ella le había dado.

Kate se envolvió con sus brazos, pero no apartó la mirada.

—Pero ¿sigues siendo... *tú*?

August la miró.

—Me han torturado, convertido, y acabo de matar a mi hermano. En este momento, no sé qué soy.

Kate se mordió el labio, pero asintió.

—Me parece razonable —dijo.

Parecía perdida. August se pasó una mano por el pelo.

—Tengo que volver a Ciudad V, Kate. Tengo que ver a Henry. Tengo que ayudar a mi familia... a lo que queda de ella. Leo dijo que ya habían empezado a pelear y...

—Entiendo.

—Hay dos vehículos. Yo...

—Yo también voy a regresar.

August frunció el ceño.

—¿Es buena idea?

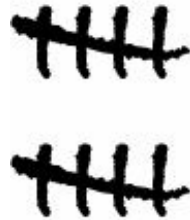
—Probablemente no —respondió Kate, y aferró la medalla de plata que llevaba al cuello—. Pero necesito ver a mi padre. ¿Vendrás conmigo?

August se puso tenso. Habían pasado por todo eso juntos, y confiaba en ella, pero la idea de enfrentarse a Harker...

—¿Por qué?

Los nudillos de Kate se pusieron blancos contra el metal.

—Necesito preguntarle algo —respondió—. Y necesito saber que me dice la verdad.



Kate Harker estaba sentada en el borde del escritorio de su padre, mirando pasar las nubes por la ventana, franjas blancas que pasaban a poca altura sobre la ciudad. Su corazón latía acelerado y le dolía todo el cuerpo, pero allí estaba. Donde tenía que estar.

Harker Hall era una fortaleza; era imposible entrar o salir sin ser visto por *alguien*.

Lo cual no molestó a Kate en absoluto. Quería que supieran que estaba allí.

Quería que él lo supiera.

Sí había hecho lo posible por mantener en secreto la presencia de August. Le había dicho con exactitud dónde colocarse para que no lo grabaran las cámaras.

Y allí estaban.

Habían tardado cuatro horas en llegar a la capital; ahora el sol estaba en su punto más alto, y los monstruos, en el más débil. Salía música de la docena de

altavoces que había en el apartamento, a bajo volumen pero con ritmo constante. August habría preferido algo clásico, pero Kate había elegido rock.

Kate no se había molestado en limpiarse la sangre. Ni siquiera se había molestado en cambiarse de ropa. En una mano, tenía la pistola que Harker guardaba en su escritorio. En la otra, la medalla de plata que él le había regalado la mañana del ataque.

Kate nunca había podido descubrir cómo la habían encontrado aquella tarde, en el edificio en construcción, a dos calles de la casa segura más cercana. O en el restaurante. O en la casa. No lo entendió hasta que pudo quitar el último tornillo de la placa de metal en el depósito. La medalla se partió, y al abrirse, quedó al descubierto el chip que tenía adentro.

Sloan no había mentido.

Su padre, sí.

Durante todo el viaje de regreso, Kate intentó decidir qué decirle. Qué hacer. Sabía que debería haber escapado, pero no podía; necesitaba saber la verdad. Necesitaba *oírla*.

August estaba apartado contra la pared, junto a la puerta, de brazos cruzados y tamborileando los dedos sobre la manga, distraído. Sus ojos grises estaban a muchos kilómetros de allí cuando oyó que se abrían las puertas del apartamento y luego unos pasos fuertes en el suelo de madera. Eran de una sola persona.

Aún después de todo lo ocurrido, él seguía subestimándola.

—¿Katherine? —llamó su padre, sin aliento, con voz teñida por la urgencia, como si acabara de enterarse de que ella estaba allí, de que estaba a salvo.

—Estoy aquí —respondió Kate, y un momento después él apareció en la puerta.

Sus ojos azul oscuro examinaron la escena y lo registraron todo, salvo a

August, y su rostro se llenó de alivio. Fue casi creíble.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó—. Deberías estar en la casa.

—Lo estaba —respondió ella—. Pero Sloan vino a buscarme. Dijo que tú se lo habías ordenado.

Los ojos de Harker fueron hacia la pistola, que ahora descansaba apuntándolo sobre el escritorio.

—¿Dónde está ahora?

—Muerto.

Harker hizo una mueca. Kate había visto a su padre furioso, lo había visto frío y calculador, controlando las situaciones. Nunca había visto que nada lo tomara desprevenido.

—Te dije que lo haría —le recordó Kate—. Cuando encontrara al monstruo que había sido responsable.

—Sloan no...

—Basta —lo interrumpió Kate, y levantó la medalla rota del escritorio—. Solo quiero saber algo: ¿esto fue idea de él, o tuya?

Harker la observó. Y entonces sus labios se crisparon. Era una sonrisa sombría, fría y sin humor, casi una disculpa. Y por ese gesto, Kate lo supo.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué romper la tregua?

—La tregua estaba fracasando. Sin una guerra, los Malchai iban a rebelarse.

—¿Y las marcas arruinadas? ¿Los monstruos que se las arrancaron?

Harker se encogió de hombros.

—Eso fue idea de Sloan, para que no me echaran la culpa a mí.

Kate se sobresaltó. Era la verdad, tenía que serlo... pero algo iba mal.

Pronto los monstruos van a rebelarse, y cuando lo hagan, la ciudad será mía.

Kate soltó una carcajada con amargura.

—Qué tonto eres —dijo a su padre—. Sloan no estaba *ayudándote*. Él inició la rebelión, y tú caíste en su juego.

La sonrisa de Harker se borró.

—Bueno, en ese caso —repuso secamente—, gracias a Dios que lo hiciste desaparecer.

Dio un paso hacia ella.

—Me resultaste útil, Katherine. Parece que, al fin y al cabo, sí eres una Harker.

Kate meneó la cabeza con incredulidad.

—La sangre no significa nada para ti, ¿verdad?

El rostro de Harker se endureció.

—Yo nunca quise una hija, pero Alice sí, y yo la amaba, y ella decía que yo te amaría. Y luego llegaste a este mundo, y vi que ella estaba en lo cierto. Yo te amaba. —A Kate se le oprimió le pecho—. A mi manera. Dicen que la paternidad cambia a los hombres. A mí no me cambió. Pero a Alice... la *arruinó*. De pronto, no le importaba nada más que tú. No veía otra cosa. Y al final, eso la mató.

—No —gruñó Kate—. La mató *Sloan*. Lo recuerdo.

Kate había tenido la intención de descolocarlo otra vez, de verlo conmocionado al enterarse de la traición. Pero no fue así. Él *lo sabía*.

—Ya no era mía —dijo fríamente—. *Mi* esposa no habría tratado de fugarse en medio de la noche. *Mi* esposa era más fuerte.

Kate alzó la pistola y apuntó a su padre.

—Tu hija sí lo es.

Harker la miró con suspicacia.

—No vas a dispararme.

—De verdad no me conoces, papá —dijo, y apretó el gatillo.

El sonido fue ensordecedor, pero esta vez, cuando el arma se disparó, no la cogió por sorpresa.

El cuerpo de Harker se echó hacia atrás, y de su hombro empezó a manar sangre. Y entonces, sonrió. Fue algo horrible, salvaje.

—Parece que, después de todo, no eres una verdadera Harker. Mi hija habría disparado a matar.

Kate volvió a apretar el gatillo, apuntando bajo. La bala atravesó la rodilla izquierda de Harker, con lo cual se le dobló la pierna. Harker apretó los dientes, dolorido, pero siguió hablando.

—Pensé que podría resultar, ¿sabes? Si sobrevivías, si nunca te enterabas de lo de Colton. Podría haber sido la mejor de las situaciones. Quizás hasta podríamos haber sido una familia.

Hace tiempo, eso había sido lo único que Kate deseaba. Ahora, la idea le repugnaba.

—No eres un padre. Ni siquiera eres un hombre. Eres un monstruo.

—Este es un mundo de monstruos —replicó Harker—. Y a ti te faltan agallas.

Kate apuntó el arma al corazón de su padre.

—Te equivocas —dijo.

Le temblaba la voz, pero sus manos estaban firmes. Antes de que pudiera apretar el gatillo, una sombra se interpuso y le bloqueó el disparo.

—Kate. No.

Harker entornó los ojos.

—August Flynn.

—Sal del medio —le advirtió Kate, pero August avanzó hasta que el cañón de la pistola quedó apoyado contra sus costillas.

—No.

—*Tengo que hacer esto.*

Las palabras le salieron estranguladas, y Kate tomó conciencia de que estaba llorando. Se odiaba por llorar. Llorar era una debilidad. Ella no era débil. E iba a demostrarlo.

—Se lo *merece*.

—Pero tú, no.

August extendió una mano y la apoyó en la de ella, sobre la pistola.

—No importa —replicó ella—. Mi alma ya está roja.

—Eso fue un accidente. Estabas asustada. Cometiste un error. Pero esto... de algo así no se vuelve. No querrás...

—Quiero justicia —lo interrumpió—. Quiero que pague.

August apoyó la otra mano en el hombro de Kate.

—Entonces deja que yo me encargue.

Lo miró a los ojos. Estaban pálidos y muy abiertos, y en su superficie se vio, vio a la Kate que había intentado ser. La hija de su padre. Por fin, el temblor llegó a los dedos de Kate, que soltó el arma y dejó que August se hiciera cargo, y entonces...

Un movimiento encima del hombro de August, un destello metálico cuando Harker se puso de pie y atacó.

Pero no llegó. August se volvió y lo atrapó por la muñeca, le arrancó el cuchillo y lanzó a Harker contra el suelo de madera. August clavó los dedos en el hombro herido de Harker, que siseó de dolor. La tarea no parecía complacer en absoluto a August, pero tampoco lo soltó.

—Mejor vete, Kate.

—No —respondió, pero lo cierto era que se le revolvía el estómago al ver a su padre retorciéndose debajo de August. Harker siempre le había parecido un hombre corpulento, pero allí tendido, sujeto bajo la rodilla de August,

mientras el dolor hacía aflorar el resplandor rojo a su piel como sudor, lo vio débil.

—Por favor —insistió August—. Vigila que nadie nos interrumpa.

Kate dio un paso atrás, y luego otro. Miró a su padre a los ojos —ojos oscuros, como los suyos— por última vez, y dijo:

—Adiós, Harker.

Luego dio media vuelta y salió, y cerró las puertas insonorizadas.



Harker tardó mucho en morir.

August no prolongó el proceso, no a propósito, pero lo que quedaba de la vida del hombre se resistía, y cuando al fin todo terminó, Callum Harker quedó tendido en medio del suelo, su cuerpo retorcido y sus ojos quemados, ennegrecidos. Más allá de las ventanas, el sol había iniciado su descenso.

De los dedos de August goteaba sangre cuando se enderezó. Aún detestaba verla, e hizo lo posible por limpiársela antes de salir de la oficina.

Kate estaba sentada en el sofá de cuero negro, con un cigarro sin encender entre los dedos.

—Esas cosas van a matarte —le dijo suavemente, para no sobresaltarla.

Kate levantó la vista. Tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando, pero ya estaban secos.

—Por eso no estoy fumando —dijo—. Hay muchas otras maneras de morir.

Su mirada se dirigió por un momento hacia las puertas de la oficina.

—Especialmente ahora.

Se había duchado, cambiado de ropa, y había empacado un bolso, sobre el

cual descansaba la pistola. Su pelo rubio estaba libre de sangre y suciedad, y lo había recogido en una coleta, por lo que se le veía la cicatriz plateada que iba desde la sien hasta la mandíbula. Estaba toda vestida de negro y tenía las uñas recién pintadas.

—Podrías venir conmigo —ofreció August—. A Ciudad Sur. Podemos protegerte...

Pero Kate ya estaba meneando la cabeza.

—Nadie puede protegerme, August. En esta ciudad, no. Ya no. Harker no tenía amigos. Tenía esclavos y enemigos. Y ahora que está muerto, ¿crees que van a dejarme ir?

No, August no lo creía. Incluso ahora que Sloan ya no estaba, los Malchai estaban levantándose, el sistema de Harker estaba fallando. No era lugar seguro. Ningún lugar era seguro.

Cogieron el ascensor privado hasta el aparcamiento, donde Kate había dejado el coche de Sloan. El sol estaba poniéndose, y no faltaba mucho hasta que alguien fuera a buscar a Harker y encontrara su cadáver. Kate apoyó la pistola en el asiento del pasajero, sobre los papeles para cruzar la frontera y el dinero que había sacado de la casa.

—¿Dónde vas a ir? —le preguntó August.

—No lo sé —respondió.

Seguramente era verdad.

Kate vaciló con la puerta abierta, un pie en el coche y otro en el suelo. August sacó un papel que había cogido del escritorio de Harker, que tenía una esquina manchada de sangre. En él, había apuntado el número de la FTF. Los códigos para acceder a la línea privada de Henry, ya que él no tenía su propia línea.

—Por si alguna vez necesitas ayuda —le dijo.

Kate no dijo nada, pero cogió el papel y lo guardó en el bolsillo.

—Ten cuidado, Kate. Mantente... —Iba a decir «a salvo», pero cambió de idea—... con vida.

Kate arqueó una ceja.

—¿Algún consejo sobre cómo hacer eso?

August intentó sonreír.

—Del mismo modo que yo me mantengo humano. Día a día.

—No eres humano —repuso Kate.

Pero sus palabras no tenían maldad.

Empezó a subir al vehículo, pero August extendió una mano y atrapó sus dedos sobre la puerta. Kate no los apartó. Él, tampoco. Fue apenas un momento, pero tuvo importancia. August se dio cuenta, aun en medio de la confusión.

August retiró la mano. Kate cerró la puerta y golpeteó con las uñas sobre la ventana abierta. August dio un paso atrás y metió las manos en los bolsillos.

—Buena suerte, Kate Harker.

—Adiós, August Flynn.

August observó alejarse el coche. Luego salió del aparcamiento y cogió la calle en dirección al Tajo, a Ciudad Sur, a su hogar.



Lo vieron venir.

Seguramente habrían avisado desde el instante en que puso pie en el edificio, o quizás incluso Paris había llamado cuando cruzó, porque Henry y Emily Flynn estaban esperándolo cuando se abrieron las puertas del ascensor.

Antes de que alcanzara a decir nada, se acercaron y lo envolvieron en algo más desesperado que un abrazo. August se hundió en sus brazos y les contó todo.

Sobre Kate.

Sobre Sloan.

Sobre Leo.

Les habló de Colton.

De la huida.

De cómo había dejado a Ilsa.

De los Malchai.

Y de la traición de su hermano.

Y de su muerte.

August *confesó*, y cuando terminó, cayó de rodillas, y Henry con él, y los dos quedaron sentados en el suelo del vestíbulo, frente contra frente.

Se había producido una pelea, le dijo Henry, después de la llamada de August. Leo se había marchado, había abandonado a los Flynn y su misión para dedicarse a la propia. No habían podido impedirselo.

August, sí.

—Creí que te había perdido —le dijo su padre.

Y así ha sido, quiso decirle August, pero quedaba más de él que lo que se había perdido, de modo que respondió:

—Estoy aquí. Y siento mucho lo de Leo. Y lo de Ilsa.

—Ella va a estar bien —dijo Emily, tocándole el hombro.

August levantó la cabeza.

—¿Qué? —August sintió que se le cerraba la garganta por la esperanza de aquellas palabras, y luego por el temor de haber oído mal—. Pero Sloan...

Henry asintió.

—Estuvo muy cerca, August. Ella logró escapar, pero... bueno, logró escapar. Eso es lo que importa.

—¿Dónde...?

Pero ya estaba de pie y dirigiéndose al dormitorio de Ilsa.

Abrió la puerta y allí estaba ella, de pie junto a la ventana con sus rizos color fresa, contemplando la puesta del sol sobre la ciudad. Allegro la observaba desde la cama. Tenía puesta una camiseta de tirantes finos, e incluso desde la puerta, August vio que tenía la piel despejada: las miles de estrellas que alguna vez habían convertido su espalda en un cielo habían desaparecido.

—Ilsa —dijo, sin aliento por el alivio.

Y cuando Ilsa se volvió hacia él, August se puso tenso: tenía una horrible línea roja en la garganta. Sloan había dicho la verdad, aunque no toda.

August no sabía cómo el Malchai había podido escapar con vida, pero se alegró de que Leo lo hubiera atravesado con una barra.

A pesar de la herida, a Ilsa se le iluminó el rostro cuando lo vio. No habló, solo extendió una mano, y August cruzó la habitación y la abrazó. Aún olía a menta.

—Pensé que habías muerto —susurró.

Ella no contestó.

Se apartó para mirarla a los ojos. No sabía cómo contarle lo que había sucedido con Leo. Ilsa había sido el primer Sunai, y Leo, el segundo, y tal vez Leo no la había amado —ni a nadie más—, pero ella lo amaba.

—Nuestro hermano... —empezó a decirle, pero ella le cubrió los labios con los dedos.

De alguna manera, ya lo sabía.

—Tengo miedo —susurró August contra la mano de ella—. Me perdí.

Y era más que eso, desde luego. Había absorbido el alma de otro Sunai. Incluso ahora, el alma de Leo ardía en él como una estrella.

—No creo haber recuperado todo.

Ilsa meneó la cabeza con gesto triste, como diciendo *nunca se recupera todo*.

Ella abrió los labios como si quisiera hablar. No salió nada, pero sus ojos, aquellos ojos azules tan brillantes, estaban llenos de palabras, y August sabía lo que quería decirle.

Nadie puede permanecer igual.

Ilsa se volvió otra vez hacia la ventana y contempló la ciudad y el Tajo. Sus dedos subieron hasta el cristal aún rajado, y contra la oscuridad, dibujó una estrella, y otra, y otra más. August abrazó a su hermana por atrás y la observó llenar el cielo de estrellas.

Elegía

Kate se dirigió al oeste.

Atravesó las zonas roja, amarilla y verde de la ciudad, el Páramo y las ciudades que había más allá. El coche llegó a la frontera antes que el sol. Entregó los papeles al hombre y esperó mientras él miraba la página, luego a ella y otra vez la página. Había quitado de la esquina superior la foto de la niña sonriente y había pegado en su lugar una de sus fotos escolares de Wild Prior o St. Agnes, ya no recordaba cuál. La mayoría de los detalles coincidían, pero según los papeles, ella se llamaba Katherine *Torrell*. Era el apellido de soltera de su madre.

Mantuvo las manos en el volante, conteniendo el impulso de tamborilear con las uñas mientras el guardia leía sus datos.

Había otros tres hombres en el puesto de control fronterizo, uno en tierra y dos en posiciones elevadas, cada uno equipado con uniforme y artillería. La pistola de su padre estaba sujeta bajo el asiento del conductor. Esperaba no necesitarla.

—¿Propósito del viaje? —le preguntó el guardia.

—Voy al colegio —respondió, tratando de recordar cuál de los internados quedaba en esa dirección, pero el hombre no se lo preguntó.

—Sabe que estos papeles no le otorgan derecho de entrada y salida, ¿verdad?

Kate asintió.

—Lo sé —respondió—. No voy a regresar.

El hombre entró. Kate echó la cabeza hacia atrás y esperó, con la esperanza de que aceptaran sus papeles. Le dolían los ojos de tanto llorar, pero hacía horas que las lágrimas habían dejado de caer, y ahora tenía bajos los parasoles por el brillo del sol poniente. En la radio estaba sintonizada una emisora de noticias, donde un hombre y una mujer hablaban acerca de la creciente tensión

entre Harker y Flynn. Disturbios en el Tajo. El hecho de que no se podía contactar a Callum para pedirle sus comentarios. Apagó la radio.

—Señorita Torrell —le dijo el hombre, mientras le devolvía los papeles—. Conduzca con cuidado —añadió, y ella casi sonrió.

—Eso haré.

Subieron las barreras y Kate cruzó, salió de Verity hacia el mundo más allá. Había una zona intermedia de dieciséis kilómetros hasta la encrucijada más cercana. Dieciséis kilómetros para que Kate decidiera adónde iría.

Volvió a encender la radio. La emisora de noticias de Verity ya estaba perdiendo la señal, y momentos después dejó de oírse; en su lugar, apareció otra voz de otra ciudad, de otro territorio. Ya no había informes de Ciudad Norte, de los Harker y los Flynn, y Kate siguió conduciendo, escuchando a medias, hasta que una frase le llamó la atención: «...*asesinatos violentos que tienen asustada a la población, y a la policía, desconcertada...*».

Kate extendió la mano y subió el volumen.

«*Así es, James. Hemos recibido informes alarmantes desde Prosperity, donde las fuerzas policiales continúan investigando una serie de asesinatos macabros en la capital. Originalmente se creía que estaban relacionados con bandas delictivas...*».

Kate llegó al cruce de carreteras y se detuvo.

A la izquierda, Temperance. A la derecha, Fortune, y más allá Prosperity.

«*Mientras la policía se niega a revelar detalles, un testigo afirmó que se trata de crímenes rituales, cercanos al ocultismo. Estos asesinatos se produjeron después de otro ataque ocurrido la semana pasada, que dejó un saldo de tres muertos. Hace ya varios años que el delito va en aumento en este territorio, pero esto marca el comienzo de un nuevo y siniestro capítulo para Prosperity*».

«*Son tiempos alarmantes, Beth*».

«*Ya lo creo*».

—Ya lo creo —repitió Kate, y apretó el acelerador.



August pasó un dedo sobre la única marca negra que tenía en la muñeca.

Era un nuevo día.

Un nuevo comienzo.

Se levantó y se vistió, pero no para Colton.

Se miró al espejo. El uniforme le ceñía el cuerpo delgado, con la sigla FTF blanca cosida sobre el corazón. El pelo aún le caía sobre los ojos, pero ahora estos estaban más oscuros, del color del peltre, y August evitó su propia mirada.

Se sentó en el borde de la cama, y Allegro se puso a jugar, distraído, con sus cordones mientras se ataba las botas. Cuando terminó, alzó al gato sobre sus rodillas y lo miró a los ojos.

—¿Estoy bien? —le preguntó. Allegro lo miró con sus enormes ojos verdes y ladeó la cabeza como hacía a veces Ilsa, cuando estaba pensativa. Luego el gato extendió una patita negra y la apoyó en el puente de la nariz de August.

August sintió que sonreía.

—Gracias.

Se puso de pie. Lo esperaba un estuche sobre la pila de libros. Regalo de Henry y Emily. El violín que estaba adentro no era nuevo, no era de madera lustrada, sino de metal, de acero inoxidable, y las cuerdas eran resistentes. A su lado había un arco de metal.

Era un nuevo instrumento, para una nueva era.

Para un nuevo August.

Levantó el violín, se llevó el metal fresco bajo el mentón y rozó con el arco la primera cuerda.

La nota que salió fue más que sonido. Fue alta y baja, suave y definida. Llenó la habitación con un tono constante que vibró como un bajo en los huesos de August. No se parecía a nada que hubiera oído, y le ardían los dedos por tocar, pero se contuvo; bajó el instrumento y lo guardó junto al arco.

Ya habría tiempo para llamar a la música.

Tiempo para convocar a las almas.

Ahora que Harker ya no estaba, Ciudad Norte estaba degenerándose. Los Malchai que se habían arrancado la *H* de la piel estaban atacando el Tajo. Los Corsai se alimentaban de cualquier cosa que pudieran atrapar, aunque tuviera la medalla de Harker. Había pánico entre los ciudadanos. No sabían cómo encontrar seguridad cuando no podían comprarla. Solo era cuestión de tiempo hasta que la FTF tuviera que cruzar el Tajo e intervenir.

Y cuando lo hiciera, August estaría allí.

No era Leo, pero sin la fuerza de su hermano y la voz de su hermana, era el último Sunai de Ciudad Sur. Y haría lo que fuera necesario para salvar la ciudad.

Podía ser el monstruo, si así lograba que otros siguieran siendo humanos.

August había matado a Harker para que Kate no tuviera que hacerlo. No lo había disfrutado, pero ese acto no mancharía su alma, como sí habría manchado la de Kate. Al final no se había tratado solo del pecador, sino del pecado mismo, la sombra que devoraba la luz de los seres humanos.

Y August no era humano.

No estaba hecho de carne y hueso, ni de luz de estrellas.

Estaba hecho de oscuridad.

Había algo en lo que Leo había tenido razón: era hora de que August aceptara lo que era.

Que lo asumiera.



En la casa que estaba más allá del Páramo no había nadie, salvo el cadáver.

En el baño, el grifo todavía goteaba en la bañera a medio llenar.

La puerta azul de la entrada estaba abierta, y el umbral estaba cubierto de hojas traídas por el viento.

El sol estaba bajando, proyectando sombras largas en el suelo de madera.

La mayoría de las sombras estaban quietas, pero una empezó a moverse, a extenderse como el charco de sangre, ya seco, a apartarse del cuerpo y subir por la pared. Se estiró, se retorció y se irguió; luego se separó de la pared salpicada de sangre y entró a la habitación.

Era alta y delgada, con uñas puntiagudas que brillaban como el metal, y ojos que resplandecían como cigarros.

El monstruo pasó por encima del cadáver, recorrió el pasillo y entró al baño, donde los restos de un violín estaban esparcidos en el suelo. Tocó los trozos de madera, las cuerdas rotas; se vio reflejada en el espejo y esbozó una sonrisa llena de dientes plateados. En el dormitorio que estaba al final del pasillo, encontró una fotografía de un hombre y una mujer, con una niña entre ellos. El hombre y la mujer no significaban nada para la Malchai, pero a la niña la reconoció.

Cogió la foto y salió, tarareando, a la oscuridad; cruzó el camino de grava y

el campo que estaba más allá. El monstruo pasaba las manos por la hierba silvestre mientras se dirigía hacia el depósito alejado, guiándose por el olor a sangre y muerte.

Encontró al primer Malchai en el corredor, con el corazón arrancado. Pasó por encima de él y se dirigió al segundo. Estaba tendido en un círculo de luz, con una barra de metal que le atravesaba el traje, la piel y los huesos.

El traje, la piel y los huesos... pero no el corazón.

Ladeó la cabeza, pensativa; luego aferró la barra empapada en sangre y la arrancó de un tirón.

El Malchai no se movió.

Nada, nada, hasta que de pronto, del pecho del monstruo escapó un estertor, y sus ojos rojos se abrieron. Se incorporó y escupió un poco de sangre negra en el cemento; luego echó la cabeza hacia atrás y la miró.

—¿Cómo te llamas, pequeña Malchai?

Ella pensó un rato largo, esperando que se le ocurriera un nombre. Hasta que surgió, brotando como sangre, y respondió:

—Alice.

Los labios del Malchai esbozaron una sonrisa perversa, y echó a reír, y su risa resonó en el depósito como una canción.

Agradecimientos

Cada vez que me siento a escribir agradecimientos, me paralizó. No porque sean pocas las personas a quienes quiero agradecer, sino porque son tantas, y sé (y me asusta cada vez más) que cuanto más intente recordar a todas, más voy a olvidar. Con eso en mente, he optado por escribir agradecimientos más generales, pero sepan que cada uno de mis lectores, seguidores, amigos y fans han tenido que ver con este libro, y con todos mis libros.

A mis padres. Diez libros más tarde, vosotros todavía no habéis perdido las esperanzas conmigo ni me habéis dicho que busque un trabajo de verdad. Les prometo que nunca los pondré en un libro.

A mi agente, Holly Root, por tu apoyo constante y por todo tu esfuerzo. Eres la mejor patrocinadora, y estoy muy feliz de que seas la mía.

A mi editora, Martha Mihalick, por ser una editora muy aguda y una persona adorable, y por exigirme lo mejor que puedo dar. Es un honor trabajar contigo.

A todo mi equipo de Greenwillow, desde los diseñadores hasta las estrellas de publicidad y marketing. A mi equipo británico de Titan, desde Miranda Jewess hasta Lydia Gittins, y tantos más.

A las seis C que me mantienen a flote, tres a cada lado del océano. Vosotros sois mis boyas, mis mejores aliados.

A mi compañera de casa, Jenna, por convertir cualquier ingrediente en una comida deliciosa, y por recordarme que salga un poco de la casa.

A la increíble red de escritores y lectores del área de Nashville; por vosotros, es una verdadera alegría pertenecer a esta comunidad.

Y más que nada, a mis lectores. En las buenas y en las malas, en todas partes, están conmigo.